

CAITLIN MORAN

*Cómo se hace
una chica*



Si eres una adolescente con unos kilos de más, te masturbas con sigilo para no despertar a tu hermano pequeño, vives en Wolverhampton, formas parte de una familia numerosa con una economía precaria, tienes un padre con aspiraciones nunca cumplidas de triunfar en la música, que abusa de la botella, y una madre depresiva, la vida puede ser un asco. Si para colmo haces el ridículo en la televisión local leyendo un poema, probablemente ha llegado el momento de tomar una decisión drástica. Empezando por cambiarte

el nombre.

Así es como Johanna Morrigan se convierte en Dolly Wilde y, sin haber cumplido la mayoría de edad, empieza a dedicarse a la crítica musical en una revista londinense. Y, entre concierto y concierto, la protagonista y narradora de esta novela de iniciación relata sin pelos en la lengua su empeño en convertirse en adulta a base de fumar, beber y dejar de masturbarse con artilugios variopintos para pasar al sexo con hombres no menos variopintos, entre ellos un músico de Brighton

poseedor de un miembro viril inhumanamente descomunal.

La autora deja muy claro desde el principio que esto es una novela y no una autobiografía, pero su personaje comparte no pocas experiencias vitales con ella. Después de su explosivo cóctel de feminismo antidogmático e impagables consejos sobre asuntos como la ropa interior, la depilación y el amor en *Cómo ser mujer*, Caitlin Moran continúa su rompedora indagación en los vericuetos de la feminidad con esta narración escrita con realismo descarnado y humor

procaz. La suya es ya una voz
femenina imprescindible:
contundente, díscola y sobre todo
muy, muy divertida.



Caitlin Moran

Cómo se hace una chica

ePub r1.0
Titivillus 14.11.15

Título original: *How to Build a Girl*

Caitlin Moran, 2014

Traducción: Gemma Rovira

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en espapdf.com

*A mis padres,
que afortunadamente no se
parecen en nada
a los padres de este libro y
me dejaron
formarme como yo quise*

Nota de la autora

Esto es una obra de ficción. De vez en cuando aparecen músicos y lugares reales, pero todo lo demás —los personajes, lo que hacen y lo que dicen— es producto de mi imaginación. Provengo, igual que Johanna, de una familia numerosa, crecí en una vivienda de protección oficial de Wolverhampton e inicié mi carrera profesional como periodista musical cuando todavía era una adolescente. Pero no soy Johanna. Su familia, sus colegas, las personas a las que conoce y sus experiencias no son

mi familia, mis colegas, las personas a las que yo conocí ni mis experiencias. Esto es una novela, y todo es ficticio.

Primera parte

Una página en blanco

1

Estoy tumbada en la cama, al lado de mi hermano Lupin.

Él tiene seis años y está dormido.

Yo tengo catorce. Estoy despierta. Me estoy masturbando.

Miro a mi hermano y pienso, con dignidad: «Esto es lo que querría él. Querría que yo fuera feliz.»

Porque mi hermano me quiere. A él no le gusta que esté estresada. Y yo también lo quiero; pero no debo pensar en él mientras me masturbo. Eso no está bien. No puedo permitir que mis hermanos se paseen por mi territorio

sexual. Puede que esta noche compartamos la cama (él se ha levantado de su litera a medianoche, llorando, y se ha acostado a mi lado), pero no podemos compartir el territorio sexual. Mi hermano tiene que salir de mi conciencia.

—Esto tengo que hacerlo sola —le digo mentalmente, con firmeza, y pongo una almohada entre los dos para tener más intimidad. Éste será nuestro pequeño y amistoso Muro de Berlín. Adolescentes conscientes de su sexualidad a un lado (Alemania Occidental), niños de seis años al otro (Europa Comunista). Hay que mantener esa separación. Es lo correcto.

No me extraña que hoy necesite masturbarme, porque ha sido un día muy estresante. El viejo no se ha hecho famoso, una vez más.

Llevaba dos días sin aparecer, y ha vuelto esta tarde, justo después de comer, rodeando con un brazo los hombros de un chico desmelenado, con granos, vestido con traje gris de tela fina y brillante y una corbata rosa.

—Este colega —ha dicho mi padre con cariño— es nuestro futuro. Saludad al futuro, niños.

Todos hemos saludado educadamente al colega, nuestro futuro.

En el pasillo, nuestro padre nos ha informado, en medio de una nube de vapores de cerveza Guinness, de que creía que el chico era un cazatalentos de una compañía discográfica de Londres llamado Rock Perry. «Aunque también podría ser que se llamara Ian.»

Todos hemos mirado al joven, sentado en nuestro sofá rosa, con el asiento hundido, del salón. Rock estaba muy borracho. Tenía la cabeza entre las manos, y la corbata parecía que se la hubiera puesto su peor enemigo, y lo estaba estrangulando. No parecía el futuro. Parecía 1984. En 1990, si algo recordaba a los ochenta era que estaba muy pasado, incluso en Wolverhampton.

—Si nos lo montamos bien, nos haremos millonarios —ha dicho nuestro padre, en voz baja pero con mucho énfasis.

Lupin y yo hemos salido corriendo al jardín para celebrarlo. Nos hemos columpiado juntos en el columpio y hemos planeado nuestro futuro.

Sin embargo, mi madre y mi hermano mayor, Krissi, se han quedado callados. Ellos ya han visto llegar otras veces al futuro a nuestro salón, y luego marcharse. El futuro siempre tiene un nombre diferente, y lleva ropa diferente, pero siempre pasa lo mismo, una y otra vez: el futuro sólo viene a nuestra casa cuando está borracho. Entonces hay que

mantener borracho al futuro, porque hay que engañar como sea al futuro para que nos lleve con él cuando se marche. Tenemos que escondernos los siete en el pelaje del futuro y agarrarnos fuerte, como los abrojos, para que nos saque de esta casa diminuta y nos devuelva a Londres, a la fama, a las riquezas y a las fiestas, que es donde nos corresponde estar.

Hasta ahora, eso nunca ha funcionado. Al final, el futuro siempre ha salido por la puerta sin nosotros. Ya llevamos trece años atrapados en un barrio de viviendas de protección oficial de Wolverhampton, esperando. Cinco niños —los gemelos,

inesperados, sólo tienen tres semanas— y dos adultos. Tenemos que salir de aquí. Dios mío, tenemos que salir de aquí cuanto antes. No podemos seguir siendo pobres y anónimos mucho tiempo. Los años noventa son una mala época para ser pobres y anónimos.

Volvemos a entrar en casa, donde las cosas se tuercen cada vez más. Obedezco las instrucciones que me da mi madre hablándome entre dientes: «¡Corre a la cocina y añádele guisantes a la boloñesa! ¡Tenemos invitados!», y al poco rato le sirvo a Rock un plato de pasta (al ofrecérselo, hago una pequeña

reverencia) que él empieza a engullir con la pasión de quien necesita desesperadamente que se le pase la borrachera con la única ayuda de los *petit pois*.

Ahora que Rock está atrapado por el plato caliente que tiene encima de las rodillas, mi padre, de pie delante de él, vacilante, suelta su discurso. Nosotros nos sabemos el discurso de memoria.

«El discurso no se *pronuncia*», nos ha explicado un montón de veces el viejo. «Tú *eres* el discurso. *Vives* el discurso. El discurso consiste en hacerles saber que eres uno de *ellos*.»

Plantado ante su invitado, mi padre sostiene un casete en la mano.

—Hijo mío —dice—. Hermano. Permíteme presentarme. Soy un hombre con... buen gusto. No soy rico. Todavía no, ¡ja, ja, ja! Y te he hecho venir para revelarte una verdad. Porque hay tres hombres sin los que ninguno de nosotros estaría hoy aquí —continúa mientras trata de abrir la caja del casete con unos dedos hinchados por el alcohol—. La Santísima Trinidad. El alfa, épsilon y omega de todas las personas con buen juicio. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Los tres únicos hombres a los que he amado en la vida. Los tres Bobbies: Bobby Dylan, Bobby Marley y Bobby Lennon.

Rock Perry se queda mirándolo con

la misma cara de perplejidad que pusimos todos la primera vez que oímos a mi padre decirnos eso.

—Y lo único que hacen todos los otros músicos del planeta —continúa mi padre— es intentar llegar al punto en que puedan ponerse delante de esos tres capullos, en el pub, y decirles: «Ya os he oído, tíos. Ya os he oído, pero ¿vosotros me oís a *mí*?» Y decirles: «Tú eres un soldado búfalo, Bobby. Tú eres Mr. Tambourine Man, Bobby. Tú eres una puta morsa, Bobby. Ya lo sé. Pero yo... Yo soy Pat Morrigan. Y soy *esto*.»

Mi padre saca el casete de la caja, por fin, y lo agita ante la cara de Rock Perry.

—¿Sabes qué es esto, colega? —le pregunta.

—¿Un C90? —pregunta Rock.

—Hijo mío, esto son los quince últimos años de mi vida —replica mi padre. Le pone el casete en las manos a Rock—. No lo parece, ¿verdad? Nadie diría que te pudieran poner toda la vida de un hombre en las manos. Pero eso es lo que tienes en las tuyas. Supongo que te hace sentirte como un puto gigante, hijo mío. ¿Te gusta sentirte como un gigante?

Rock Perry agacha la cabeza y mira el casete que tiene en las manos sin comprender. Es la confusión personificada.

—¿Y sabes qué te convertirá en un *rey*? Publicar esto y vender diez mil copias, en disco compacto —dice mi padre—. Es como alquimia. Tú y yo podemos convertir nuestras vidas en tres putos yates cada uno, y un Lamborghini, y tantas tías que no daremos abasto. La música es como la magia, colega. La música puede cambiarte la vida. Pero antes de eso... ¡Johanna, tráele una copa a este caballero!

Eso me lo dice a mí.

—¿Una copa? —pregunto.

—En la cocina, en la cocina —dice él con enojo—. Las bebidas están en la cocina, Johanna.

Voy a la cocina. Mamá está allí

plantada, con un bebé en brazos y cara de cansada.

—Me voy a la cama —dice.

—¡Pero si papá está a punto de conseguir un contrato! —le digo.

Mamá hace un ruido por el que, años más tarde, Marge Simpson se hará famosa.

—Me ha pedido que le lleve una copa a Rock Perry —digo, transmitiendo el mensaje con toda la urgencia que considero que merece—. Pero no tenemos bebidas, ¿verdad?

Mi madre, con una fatiga infinita, señala el aparador, y veo que encima hay dos vasos de Guinness medio llenos.

—Las ha traído él. En los bolsillos

—dice—. Y también ese taco de billar.

Señala el taco de billar, robado del Red Lion, que está apoyado en la cocina. En nuestra casa, está tan fuera de lugar como un pingüino.

—Lo llevaba en los pantalones. No sé cómo lo hace. —Suspira—. Todavía tenemos uno de la última vez.

Es verdad. Ya tenemos otro taco de billar robado. Y no tenemos mesa de billar (eso ni mi padre puede robarlo). Lupin utiliza el primer taco de billar robado como bastón de Gandalf cuando jugamos a *El Señor de los Anillos*.

Esta conversación sobre tacos de billar se interrumpe cuando en el salón se produce un repentino aumento de

volumen. Reconozco la canción al instante: es la última maqueta de mi padre, una canción titulada «El bombardeo». Está claro que ha comenzado la audición.

Hasta hace muy poco, «El bombardeo» era una balada de medio tiempo; pero entonces mi padre encontró el arreglo de «reggae» en su teclado Yamaha («¡El puto botón Bobby Marley! ¡Qué grande! ¡Allá vamos!»), y la adaptó a ese otro ritmo.

Es una de las canciones «políticas» de mi padre, y es superconmovedora: las tres primeras estrofas están escritas desde el punto de vista de una bomba atómica lanzada sobre mujeres y niños

en Vietnam, Corea y Escocia. Durante tres estrofas, la bomba imagina sin inmutarse la destrucción que va a provocar, una destrucción que mi padre narra empleando un efecto de «robot» del micrófono.

«Os hervirá la piel / Y no entenderéis nada / Perderéis las cosechas / En la tierra quemada», dice la bomba robot con voz lastimera.

En la última estrofa, de pronto la bomba se da cuenta del error que está cometiendo, se rebela contra los norteamericanos que la fabricaron y decide explotar en el aire rociando a la gente que hay abajo, estupefacta y asustada, con una lluvia de arcoíris.

«*Antes destruía vidas / Pero ahora las inspiro*», dice el último estribillo, acompañado por un riff inquietante interpretado con la voz número 44 del teclado Yamaha: «Flauta oriental».

Mi padre opina que es su mejor canción. Antes nos la tocaba todas las noches, antes de acostarnos, hasta que Lupin empezó a tener pesadillas sobre niños que morían quemados, y empezó a mojar la cama otra vez.

Entro en el salón con los dos vasos medio llenos, hago una reverencia y espero encontrar a Rock Perry mostrándose entusiasmado con «El bombardeo». Pero en lugar de eso encuentro a mi padre gritándole a su

invitado.

—Eso es inaceptable, tío —le chilla haciéndose oír por encima de la música—. ¡Eso es inaceptable!

—Lo siento —se disculpa Rock—. Yo no quería...

—No —dice mi padre negando lentamente con la cabeza—. No. No me puedes decir eso. ¡No *digas* eso!

Krissi, que lleva todo este rato sentado en el sofá (con la botella de ketchup en la mano, por si Rock Perry quiere salsa de tomate) me informa en voz baja. Por lo visto, Rock Perry ha comparado «El bombardeo» con «Another Day in Paradise» de Phil Collins, y mi padre se ha puesto furioso.

Es raro, porque la verdad es que a mi padre le gusta bastante Phil Collins.

—Pero él *no es un Bobby* —le dice mi padre, con los labios tensos y un poco espumosos—. Yo estoy hablando de la *revolución*. A la mierda con que *no se exige llevar chaqueta*^[1]. Me importan un carajo las putas chaquetas. Yo *no tengo* chaqueta. Yo *no le exijo* a nadie que no me exija llevar chaqueta.

—Lo siento... Sólo quería decir que... La verdad es que me *gusta* bastante Phil Collins... —dice Rock, compungido. Pero mi padre ya le ha quitado el plato de pasta, y lo empuja hacia la puerta.

—Pues vete, capullo —le dice—.

Vete a la puta mierda.

Rock se para en el umbral, vacilante; no está seguro de si es una broma.

—¡A la puta *mielda*! —repite mi padre—. Vete a la puta *mielda* —dice con acento chino, no sé muy bien por qué.

Mi madre sale al pasillo y se acerca a Rock.

—Lo siento —le dice con un tono ensayado.

Mira alrededor buscando alguna forma de arreglar las cosas; entonces coge un racimo de plátanos de una caja que hay en el pasillo. Siempre compramos la fruta en grandes cantidades, en el mercado mayorista. Mi

padre tiene un carnet falso que lo identifica como el dueño de un pequeño comercio de un pueblo llamado Trysull. Mi padre no tiene ningún pequeño comercio en un pueblo llamado Trysull.

—Por favor, llévate estos plátanos.

Rock Perry se queda un momento mirando fijamente a mi madre, con el racimo de plátanos en la mano. Ella está en el primer plano de su campo de visión; detrás tiene a mi padre, subiendo al máximo, uno a uno, todos los arreglos del equipo de música.

—Sólo... uno —dice Rock Perry, tratando de mostrarse razonable.

—Por favor —dice mi madre, y le pone todo el racimo en la mano.

Rock Perry los acepta (es obvio que todavía está muy desconcertado) y enfila el camino de nuestra casa. Cuando ya va por la mitad, mi padre se asoma por la puerta.

—¡Porque... ESTO ES LO QUE YO HAGO! —le grita a Rock.

Rock aprieta el paso por el camino y cruza la calle a toda prisa, con los plátanos en la mano.

—¡ESTO ES LO QUE YO HAGO! ¡ÉSTE SOY YO! —sigue gritando mi padre desde la otra acera. Veo moverse los visillos de las casas vecinas. La señora Forsyth ha salido a su puerta y pone cara de desaprobación, como siempre—. ¡ÉSTA ES MI PUTA MÚSICA! ¡ÉSTA ES MI

ALMA, JODER!

Rock Perry llega a la parada de autobús, al otro lado de la calle, y se agacha muy despacio hasta que lo tapa un arbusto. Permanece así hasta que llega el 512. Lo sé porque subo al piso de arriba con Krissi, y lo observamos desde la ventana de nuestro dormitorio.

—Qué manera de desperdiciar seis plátanos —se lamenta Krissi—. Habría podido comérmelos con los cereales, me habrían durado toda la semana. Genial. Otro desayuno irremediablemente soso.

—¡MI PUTO CORAZÓN! —le grita mi padre al autobús que se aleja, golpeándose el pecho con un puño—. ¿Sabes lo que dejas aquí? ¡MI PUTO

CORAZÓN!

Media hora después de cesar los gritos, cuando acaba «El bombardeo» (tras el triunfante final de doce minutos de duración), mi padre vuelve a salir.

Sale para rellenar su corazón; va al mismo pub donde ha encontrado a Rock Perry.

—A lo mejor va a ver si Rock se ha dejado allí a un hermano gemelo al que también pueda maltratar —comenta Krissi, mordaz.

El viejo no regresa hasta la una de la madrugada. Sabemos cuándo llega porque le oímos chocar con la furgoneta

contra el lilo del camino. Se le rompe el embrague; el crujido que hace es inconfundible. Sabemos el ruido que hace el embrague de una furgoneta Volkswagen cuando se rompe porque ya lo hemos oído muchas veces.

Por la mañana, cuando bajamos, encontramos, en medio del salón, una estatua enorme de hormigón que representa un zorro. A la estatua le falta la cabeza.

—Es el regalo de aniversario de vuestra madre —explica mi padre, sentado en el tranco de la puerta de atrás, fumando; lleva puesta mi bata

rosa, que le va pequeña y por la que le asoman los testículos—. Quiero un huevo a vuestra madre. —Fuma, y alza la vista al cielo—. Algún día, todos seremos reyes —dice—. Soy el hijo ilegítimo de Brendan Behan. Y todos estos capullos se arrodillarán ante mí.

—¿Y Rock Perry? —le pregunto tras un par de minutos de reflexión sobre ese futuro inevitable—. ¿Has vuelto a saber algo de él?

—Yo no trato con fantasmas, niña —dice mi padre con tono autoritario, tapándose los huevos con la bata, y da otra calada al cigarrillo.

Más tarde nos enteramos (por nuestro tío Aled, que tiene un amigo que

tiene un amigo) de que Rock Perry es, en realidad, un tal Ian, y de que no es un cazatalentos de ninguna discográfica, sino un vendedor de cuberterías de Sheffield; y de que el único «contrato» que habría podido ofrecernos era el de una cubertería completa de ochenta y ocho piezas galvanoplateadas, a un precio de cincuenta y nueve libras, con un TAE del 14,5%.

Y por eso estoy tumbada en la cama, con Lupin a mi lado, haciéndome esta pajita silenciosa. Mitad por estrés, mitad por placer. Porque, como he registrado en mi diario, soy una

«romántica sin remedio». Ya que no puedo salir con un chico (tengo catorce años, nunca he salido con ningún chico), al menos puedo salir conmigo misma. Salgo conmigo misma en la cama, es decir: me hago una paja.

Me corro (pensando en el personaje Herbert Viola de *Moonlighting*, cuya cara me gusta), me bajo el camisón, le doy un beso a Lupin, que no se ha despertado, y me duermo.

Jueves. Al despertarme, veo los grandes ojos azules de Lupin, que me miran fijamente. Lupin tiene unos ojos enormes que ocupan media habitación. Cuando lo quiero, le digo que sus ojos son como dos planetas azules que giran sobre sí mismos en la galaxia de su cráneo, y que veo satélites y cohetes que pasan deslizándose por sus pupilas.

«¡Mira, uno! ¡Y otro! ¡Estoy viendo a Neil Armstrong! ¡Lleva una bandera! ¡Dios bendiga a América!»

Cuando lo odio, le digo que tiene una enfermedad de la tiroides y que

parece una rana loca.

Como Lupin es muy movido, pasamos mucho tiempo juntos. Tiene pesadillas, y muchas veces se levanta de la litera que comparte con Krissi y viene a mi cama, porque ahora yo duermo en una cama grande. Las circunstancias por las que pasé a dormir en una cama grande me causan sentimientos encontrados.

—Tu abuelita ha muerto, y ahora vas a dormir en su cama —me dijo mi padre el pasado mes de abril.

—¡La abuelita ha muerto! —me puse a gritar—. ¡La abuelita HAMUERTO!

—Sí, pero ahora podrás dormir en su cama —insistió mi padre con

paciencia.

En medio del colchón hay una gran concavidad; es donde dormía mi abuelita, y donde murió.

«Estamos acostados en el hoyo que dejó su fantasma», pienso a veces, cuando me pongo sensiblera. «He nacido en un nido de muerte.»

Leo mucha literatura del siglo XIX. Una vez le pregunté a mi madre en qué consistiría mi ajuar cuando alguien me pidiera en matrimonio. Se echó a reír a carcajadas.

«En la buhardilla hay unas cortinas guardadas en una bolsa. Si quieres, te las puedes quedar», me dijo enjugándose las lágrimas.

Pero eso fue cuando yo era más pequeña. Ahora ya no haría eso. Ahora soy más consciente de nuestra «situación económica».

Lupin y yo bajamos en pijama. Son las once de la mañana, y hoy no hay colegio. Krissi ya está levantado. Está viendo *Sonrisas y lágrimas*. Liesl está fuera, bajo una tormenta eléctrica, haciendo migas con Rolf, el cartero nazi.

Estoy un poco nerviosa, así que me quedo un minuto de pie delante del televisor, tapándole la pantalla.

—Quítate de en medio, Johanna.
¡APÁRTATE!

Éste es Krissi. Quiero describir a Krissi, porque es mi hermano mayor y la persona que me cae mejor del mundo.

Por desgracia, creo que yo soy la persona que le cae peor del mundo. Muchas veces, nuestra relación me recuerda a una tarjeta de felicitación que vi una vez, en la que salía un gran San Bernardo con la pata en la cara de un cachorrito monísimo, y que rezaba: «Apártate de mi camino, mocoso.»

Krissi es un perro grande. Tiene quince años y ya mide más de un metro ochenta: es como un tanque enorme y blando, con manos grandes y blandas, y una extraña mata de pelo rubio afro que en las reuniones familiares siempre se

comenta.

«¡Hombre, aquí viene el “pequeño” Michael Jackson!», dice mi tía Lauren cuando Krissi entra en la habitación, encorvado, tratando de parecer más bajo de lo que es.

Ni el carácter ni las facciones de Krissi se corresponden con un chico que mide un metro ochenta. Tiene la piel muy blanca, los ojos azules y el pelo rubio; se parece a mi madre, y por lo tanto carece de pigmentación. Tiene la boca y la nariz muy delicadas, como esa actriz de cine mudo, Clara Bow. Una vez intenté sacar este tema de debate con Krissi, pero con muy malos resultados.

«Es muy raro, porque tienes una cara

muy grande, de mayor, y en cambio, tienes la nariz y la boca de niña», le dije. No sé, yo creía que podíamos tener una conversación así.

Pero resultó que ésa era la clase de conversación que *no* podíamos tener. «Vete a tomar por culo, puerca», me dijo, y salió de la habitación.

No saber qué clase de conversación podemos tener es una de las razones por las que soy la persona que peor le cae a Krissi. Siempre le estoy diciendo lo que no debería. Aunque la verdad es que a Krissi, sencillamente, no le cae bien nadie. En el colegio no tiene amigos; sus manos, blandas; su pelo, raro; y su tamaño, sumados a su odio visceral al

deporte, dan pie a que David Phelps y Robbie Knowsley lo acorralen a menudo detrás de los contenedores de basura, como dos terriers fastidiando a un ratón, y lo llamen «nenaza».

«¡Pero si tú no eres una nenaza!», le dije, indignada, cuando me lo contó. Krissi me miró con una cara muy rara. Krissi me mira a menudo con una cara muy rara.

Ahora mismo, por ejemplo, me mira con una cara muy rara mientras me lanza una muñeca, que me golpea en toda la cara, con bastante fuerza. Para tratarse de un chico que odia todos los deportes

(y que prefiera leer a George Orwell), tiene unos brazos muy fuertes. Me llevo las manos a la cara, me tiro al suelo y me hago la muerta.

Cuando era más pequeña (cuando tenía diez u once años) me hacía mucho la muerta. Ahora ya no lo hago tanto, porque: 1) estoy madurando y 2) ya casi nadie se cree que me he muerto.

Pero la última vez sí funcionó. Me quedé tumbada al pie de la escalera fingiendo que me había caído y me había partido el cuello, y cuando mi madre me encontró, le dio un ataque.

«¡PAT!», chillaba, muy asustada. Su miedo me hizo feliz y me tranquilizó. Aunque luego viniera mi padre, me

mirara y dijera: «Se está riendo, Angie. Los cadáveres no se ríen. Y lo sé porque he visto unos cuantos. Los cadáveres son repugnantes. He visto cadáveres que te dejarían las tripas tan heladas que cagarías *nieve*.»

Me *gustó* que los dos me miraran y hablaran de mí. Me hizo sentirme segura. Sólo quería comprobar que me querían.

Hoy mamá no parece nada preocupada cuando me encuentra tirada en el suelo haciéndome la muerta.

—Johanna, vas a conseguir que me suba la presión. ¡LEVÁNTATE!

Abro un ojo.

—Para de hacer el *imbécil* y prepárale el desayuno a Lupin —añade antes de salir de la habitación. Los gemelos están llorando.

Me levanto de mala gana. Lupin todavía se asusta un poco cuando me hago la muerta. Está en el sofá, con los ojos como platos.

—Jojo ya se ha puesto buena —le digo, sonriente; voy a su lado, y me abraza. Me pongo a Lupin en el regazo, y él se agarra a mí, ligeramente traumatizado. Me da un abrazo fuerte y tierno. Los niños, cuanto más asustados están, más fuerte te abrazan.

Después de recibir ese abrazo

reconstituyente, voy a la cocina, cojo la caja de Rice Pops, enorme, el cartón de leche de cuatro litros, el paquete de azúcar, tres cuencos y tres cucharas, y me lo llevo todo al salón (la leche la llevo debajo del brazo, lo que resulta muy incómodo).

Pongo los cuencos en el suelo, en fila, y los lleno de cereales y leche. Detrás de mí, encima del televisor, Maria está secando a Liesl, que ha llegado empapada.

—¡A COMER! —grito con alegría.

—Aparta la CABEZA —dice Krissi, y acompaña sus palabras de un brusco ademán para que me quite de en medio.

Lupin va poniendo una cucharada de

azúcar tras otra, metódicamente, en su cuenco de cereales. Cuando el cuenco está lleno de azúcar, se desploma hacia un lado y se hace el muerto.

—¡Estoy muerto! —anuncia.

—No hagas el imbécil —le digo—.
Cómete el desayuno.

Al cabo de veinte minutos ya estaba harta de oír *Sonrisas y lágrimas*. La escena de la boda de Maria y el capitán se alargaba mucho, aunque en cierto sentido me sentía identificada con ellos. Por ejemplo: como yo también provengo de una familia numerosa, entendía perfectamente que fuera necesaria la

fuerza de un inminente *Anschluss* nazi para que Maria consiguiera que todos aquellos niños se calzaran y salieran a dar un paseo por la montaña.

Así que fui a la cocina y me puse a preparar la cena. Ese día había pastel de carne. Para eso hacía falta hervir muchas patatas. Comíamos muchas patatas. Podríamos decir que éramos, básicamente, patatarianos.

El viejo estaba sentado en el escalón de la puerta de atrás, con su resaca y con mi bata rosa que dejaba entrever sus huevecillos. Claro que tenía resaca. La noche anterior había bebido lo suficiente para robar un zorro de hormigón.

Cuando acabó de fumarse el

cigarrillo en el escalón, entró en la casa, todavía con la polla y los huevos asomando por la bata. «Pat *mit* café», dijo, y se preparó un Nescafé. A veces habla en alemán. Su antiguo grupo había hecho una gira por Alemania en los años sesenta; las historias que contaba siempre acababan cuando decía: «... y entonces conocimos a unas... chicas muy monas que fueron muy simpáticas», y mi madre lo miraba y ponía una cara muy rara, mezcla de desaprobación y, como comprendí mucho más tarde, excitación.

—¡Angie! —gritó—. ¿Dónde están mis pantalones?

—¡No tienes ninguno! —le gritó mi

madre desde el dormitorio.

—¡He de tener alguno! —insistió mi padre.

Mi madre guardó silencio. En esa ocasión, mi padre iba a tener que apañárselas él solito.

Seguí pelando patatas. Me encanta este cuchillo de pelar porque se adapta perfectamente a mi mano. Juntos debemos de haber pelado toneladas de patatas. Formamos un buen equipo. Él es mi Excalibur.

—Hoy es un gran día. Algún pantalón he de tener —dijo el viejo bebiéndose el café—. Voy a hacer otra audición para el papel de «Pat Morrigan, Lisiado Abyecto». Mi mejor

papel.

Dejó la taza de café y empezó a practicar la cojera por la cocina.

—¿Qué te parece ésta? —me preguntó.

—¡Es una cojera genial, papá! —contesté, siempre leal.

Ensayó otra cojera, arrastrando un pie.

—Ésta es la de Ricardo III —me explicó.

Siguió ensayando su cojera.

—Me parece que tus pantalones están en la lavadora —le dije.

—¿Qué te parece si añado unos efectos sonoros? —me preguntó—. Esos gruñidos que me salen tan bien, por

ejemplo.

A mi padre le encantaba el teatro de las evaluaciones médicas. La cita anual era algo muy especial para él.

—He pensado que podría añadir un poco de dolor de espalda —comentó, animado—. Si llevara veinte años cojeando así, ya tendría la espalda destrozada. Sólo una joroba incipiente. Nada demasiado exagerado.

Sonó el timbre de la puerta.

—¡Debe de ser mi enfermera! —grito mamá desde arriba.

Hace tres semanas, mamá dio a luz a los Gemelos Inesperados. Llevaba todo el otoño quejándose de que había engordado, e intensificó su demencial

rutina de ejercicio: subió de ocho kilómetros diarios a diez, y luego a dieciséis. Corría bajo la aguanieve por las calles del barrio: un fantasma alto y blanco, tan alto como Krissi, con un vientre extrañamente hinchado que se negaba a bajar, por mucho que ella corriera.

Y entonces, en Navidad, se enteró de que estaba embarazada de gemelos. «Papá Noel tiene un sentido del humor que es la leche», dijo cuando llegó a casa del consultorio de planificación familiar, el día de Nochebuena. Se pasó el resto de la noche tumbada en el sofá, mirando al techo. Daba unos suspiros tan hondos, y tan desconsolados, que

hacían temblar el espumillón del árbol de Navidad.

Ahora sufre depresión posparto, pero nosotros todavía no lo sabemos. Mi padre atribuye su «malhumor» a sus lejanos antepasados de las islas Hébridas. «Es tu ADN de estrangulador de frailecillos, cariño. Todos tienen tendencias suicidas. Y no lo digo con ánimo de ofender», le dice, y eso, evidentemente, la cabrea aún más.

Lo único que sabemos es que, hace dos días, cuando se enteró de que nos habíamos quedado sin queso, se pasó una hora llorando, derrumbada sobre uno de los gemelos.

—¡Así no se le lava la cabeza al

niño! —le dijo mi padre para animarla.

Como mi madre seguía llorando, mi padre fue a la tienda y le compró una caja de Milk Tray, y escribió «TE QUIERO» en el recuadro en blanco que dice «De» y «Para», y ella se la zampó entera sin dejar de sorberse la nariz mientras veía *Dinastía*.

Antes de tener a los Gemelos Inesperados, mi madre era muy alegre. Preparaba grandes ollas de sopa, jugaba al Monopoly, se tomaba tres copas y se recogía el pelo en dos coletas, como la princesa Leia de *La guerra de las galaxias* («Tráeme otra copa, Pat. Eres mi única esperanza»).

Pero desde que tuvo a los gemelos

sus labios siempre dibujan una línea recta, no se peina y sólo hace comentarios muy sarcásticos o dice: «Estoy muy cansada.» Por eso los Gemelos Inesperados todavía no tienen nombre. Por eso Lupin llora tanto, y por eso yo paso gran parte del tiempo que *debería* pasar leyendo novelas del siglo XIX masturbándome o pelando patatas. Ahora mismo no tenemos madre. Sólo tenemos un espacio vacío donde antes estaba nuestra madre.

—Estoy demasiado cansada para pensar en nombres —dice cada vez que le preguntamos cómo piensa llamar a los gemelos—. Yo los he hecho. ¿Os parece poco?

En el ínterin, Krissi, Lupin y yo hemos empezado a llamar a los gemelos «David» y «Mavid».

—Bueno, vamos a taparnos los huevos —dijo mi padre ciñéndose la bata y evitando la puerta principal—. Sólo me faltaría que vinieran a hacer una inspección de bolas.

Uno de los gemelos —Mavid— lloraba en el cochecito doble, en el recibidor. Lo cogí en brazos, camino de la puerta de la calle.

La enfermera de la Seguridad Social estaba en el umbral. Era una nueva. Mavid seguía llorando. Lo meneé un poco.

—¡Cuánta actividad! —dije

alegremente.

—Buenos días —dijo la enfermera.

—¿Quiere pasar al salón? —le pregunté, muy educada. Dispuesta a demostrarle que estos bebés están bien atendidos, que toda la familia se ocupa de ellos, aunque ahora mismo su madre sea un fantasma.

Entramos en el salón. Lupin y Krissi miraron a la intrusa con resentimiento. Krissi levantó el mando a distancia y, con gran ostentación, para que se notara que estaba haciendo un esfuerzo descomunal, pulsó «Pausa». El «Edelweiss» de los Von Trapp se interrumpió en pleno «*bloom and grow*».

Tras una breve pausa, Krissi y Lupin, molestos, se desplazaron, suspirando, por el sofá, y la comadrona se sentó en el hueco que le dejaron, alisándose la falda sobre las rodillas.

—Bueno, ¿cómo está mamá? — preguntó.

—Bien, físicamente —contesté. Porque mamá estaba bien, aparte de la presión arterial. Pero eso era culpa mía, por hacerme la muerta. Así que no iba a mencionarlo.

—¿Qué tal duermen los bebés?

—Bien. Se despiertan un par de veces por la noche, pero bueno. ¡Ésa es la inefable naturaleza de los jóvenes! — dije. La enfermera iba a quedar

impresionada por lo buena hermana mayor que yo era. Y también por mi vocabulario.

—¿Y mamá? ¿Duerme bien?

—Sí. Supongo. Bastante bien. Se despierta cuando se despiertan los niños, y luego se vuelve a dormir.

—¿Y cómo tiene mamá... los puntos?

Eso me desconcertó un poco. Sabía que a mi madre le habían dado cuarenta y dos puntos después del parto, y que se lavaba la herida todos los días con agua tibia con sal —porque yo le preparaba el agua tibia con sal—, pero mi madre no me había proporcionado más información sobre su vagina. Yo sabía

por *Partería espiritual*, de Ina May Gaskin, que a las púerperas no les gusta compartir los detalles de sus partos con las vírgenes de la tribu, de modo que eso no me preocupaba excesivamente. Sin embargo, algo de información sí tenía, y estaba dispuesta a compartirla.

—¿Se los lava todos los días con agua salada! —dije, con la misma alegría.

—¿Y duelen los puntos? —insistió la enfermera—. ¿Sangran, o supuran?

Me quedé mirándola.

—¿Preferiría mamá no hablar de eso delante de los niños?

Las dos miramos a mis hermanos, sentados en el sofá. Tenían los ojos

como platos.

—Niños, ¿os importaría darles a mamá y a la enfermera un «momento de privacidad»? —dijo la comadrona.

Fue como si viera caer sobre nosotros una bomba atómica. A cámara lenta.

—Dios, qué fuerte —dijo Krissi—. Esto es el inicio de una nueva era.

—¡Yo no he tenido ningún bebé! —dije, aterrorizada. ¿Qué se pensaba esa mujer, que había tenido *cinco hijos*? Era la hostia—. ¡Éstos no son *mis* hijos! —Agaché la cabeza y miré la carita roja de Mavid. Tenía los deditos enredados en la extraña manta rosa y esponjosa con la que estaba envuelto.

—¿Tú no eres Angie Morrigan? — preguntó la enfermera, mirando los documentos que llevaba en la mano, presa del pánico.

—No. Yo soy Johanna Morrigan, su hija de *catorce años* —dije con toda la dignidad de que fui capaz.

Entonces mi madre entró por la puerta; andaba pisando con cuidado por culpa de esos puntos que le habían dado a ella, y no a mí, en su vagina, y no en la mía.

—Señora Morrigan, lo siento mucho. Ha habido un pequeño malentendido —dijo la enfermera, y se levantó, abochornada.

Todos mis hermanos se escabulleron

por las puertas, como cuando la mantequilla se desliza por una sartén caliente. Puse a Mavid en brazos de mi madre.

—Me he ocupado muy bien de *mi hermano recién nacido* —dije poniendo mucho énfasis en mis palabras, y salí corriendo tras ellos.

Salimos al jardín, trepamos por la valla rota del fondo y corrimos hacia el campo.

Krissi no paraba de repetir: «¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaah!» Cuando nos sentamos, en círculo, escondidos entre la alta hierba, terminó por fin, diciendo: «¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaah!, tú eres nuestra MADRE.»

Se puso a reír a carcajadas, y hacía tanto ruido que Lupin se echó a llorar. Me tumbé boca abajo y grité:

—¡BASTAAAAAA!

Todo esto me pasa porque estoy gorda. Cuando eres una adolescente gorda, a la gente le cuesta calcular la edad que tienes. Cuando usas una talla 100E de sujetador, todos dan por hecho que eres sexualmente activa, y que has tenido relaciones sexuales sin protección y con regularidad en algún descampado. Ojalá se me hubiera presentado esa oportunidad. A mí todavía no me ha besado ningún chico. Me muero de ganas de que me bese algún chico. Me cabrea que no me hayan

besado. Creo que lo haría muy bien. Cuando empiece a morrearne con chicos, el mundo se va a enterar. Mis besos van a cambiarlo todo. Voy a ser como los Beatles, pero en besos.

Entretanto, sin besos ni nada que se le parezca, me han tomado por la madre virgen de cinco hijos. De hecho, supero a la Virgen María en cuatro. Miradme, con todos mis Jesusitos revoltosos riéndose de mí.

—Mami, ¿me dejas MAMAR UN POQUITO? —dijo Lupin fingiendo que quería que le diera el pecho. Eso jamás habría sucedido si yo fuera delgada como mi prima Meg. A Meg ya le han metido el dedo cinco veces. Me lo contó

en el autobús, camino de Brewood. No sé muy bien qué significa eso de «meter el dedo». Me preocupa que tenga algo que ver con el culo. Meg lleva pantalones de peto. ¿Cómo debía de hacerlo el chico para llegar hasta allí?

—Mami, ¿puedo volver a METERME DENTRO? —gritó Lupin mientras apretaba la cabeza contra mi entrepierna, y Krissi se desternillaba de risa. Era todo tan bochornoso que ya no me salían ni los tacos.

—¡VETE A TOMAR... POR SACO! —Y ellos rieron aún más.

Oímos que nos llamaban desde la casa. Era mi madre. Nuestra madre de verdad. La que sí había tenido cinco

hijos.

—*¿Alguien me ayuda a buscar los pantalones de vuestro padre?* —gritó asomada a la ventana del cuarto de baño.

Una hora más tarde, voy en coche por el centro de Wolverhampton con mi padre, que ya lleva puestos los pantalones. Los hemos encontrado debajo de la escalera. La perra estaba tumbada encima.

En 1990, a Wolverhampton parece que le haya pasado algo muy malo.

—Es que le ha pasado algo muy malo —me explica mi padre cuando

bajamos por Cleveland Street—. Se llama *Thatcher*.

Mi padre siente un odio personal y visceral hacia Margaret Thatcher. Ahora que estoy madurando, lo que entiendo es que, en algún momento del pasado, ella venció a mi padre en una pelea de la que él huyó por los pelos, y que la próxima vez que se encuentren, la pelea será a muerte. Viene a ser como Gandalf y el Balrog.

—Te juro que la mataría. A Thatcher —decía viendo a los mineros en huelga en las noticias—. Le ha cortado los huevos a todo lo que yo amo de este país, y lo ha dejado desangrándose en el suelo. Sería defensa propia. Maggie

Thatcher sería capaz de entrar en esta casa y quitaros el pan de la boca para demostrar que tiene razón, niños. De quitaros el pan de la boca.

Y si en ese momento estábamos comiendo pan, nos lo quitaba de la boca para ilustrar sus palabras.

—Thatcher —decía; él, echando fuego por los ojos, y nosotros, llorando—. Puta Thatcher. Si me entero de que alguno de vosotros ha votado a los tories, lo hago volar de una patada en el culo y no vuelve a entrar en esta casa. Nosotros votamos a los *laboristas*.

El centro de la ciudad siempre está tranquilo, como si la mitad de la gente que debería estar allí se hubiera

marchado hace tiempo. Las budleias se cuelan por las ventanas más altas de los edificios victorianos. En el canal se amontonan las lavadoras viejas. Han cerrado muchas fábricas, calles enteras: la fundición, la acería, todos los cerrajeros excepto Chubb. Las fábricas de bicicletas: Percy Stallard, Marston Sunbeam, Star, Wulfruna y Rudge. Los talleres de bisutería y lacados. Los comercios de carbón. La red de trolebuses, que en su día fue la más amplia del mundo, ya no es más que una ramificación de venas irreales que quedaron plasmadas en los planos viejos.

Como crecí en la época de la Guerra

Fría, y de la amenaza persistente de un apocalipsis nuclear, siempre me he imaginado, vagamente, que ese apocalipsis nuclear, de hecho, ya se había producido: aquí. Wolverhampton parece la ciudadela en ruinas de Charn, de *El sobrino del mago* (C. S. Lewis). Una ciudad que sufrió un trauma brutal cuando yo era muy pequeña, pero de la que ya nadie habla. La ciudad se les murió delante de las narices, y eso les crea cierta sensación compartida de culpabilidad. Las ciudades industriales moribundas huelen así: a culpabilidad y a miedo. Los mayores se disculpan en silencio ante sus hijos.

 Cuando llegamos al centro, mi padre

empieza a recitar el mismo monólogo de siempre:

—Cuando yo era pequeño, a esta hora lo único que se oía era el «tram tram tram» de las botas de los obreros que iban a las fábricas —dice—. Todos los autobuses iban llenos, y las calles estaban abarrotadas. La gente venía aquí a buscar trabajo, y lo encontraba, el mismo día. Y mirad ahora.

Miro alrededor. Desde luego, ya no se oye el «tram tram tram» de las botas de los obreros. No ves a ningún joven hasta que pasas por la oficina de empleo, junto al Molineux, donde de pronto los ves formando una cola larga y paciente, todos con vaqueros ajustados

desteñidos del mercado, con las piernas flacas, el pelo de distintos largos, fumando tabaco de liar.

Mientras esperamos en el semáforo, mi padre baja la ventanilla del coche y le grita a uno de los tipos de la cola, de unos cuarenta años, con una camiseta desteñida de Simply Red.

—¡Macks! ¿Todo bien, macho?

—Ya me queda poco, Pat —contesta Macks con calma. Tiene a unas veinte personas delante.

—Nos vemos en el Red Lion —dice mi padre cuando cambia el semáforo.

—Vale, tío. ¡Déjame alguna tía!

Llegamos al centro: Queen's Square. Esto es el corazón de la vida juvenil de

Wolverhampton: nuestro Left Bank, nuestro Haight-Ashbury, nuestro Soho. A la derecha, cinco *skaters*. A la izquierda, tres góticos, sentados alrededor del Man on the ‘Oss, una estatua de un hombre montado a caballo. Éste es nuestro único monumento, el equivalente a la Estatua de la Libertad.

Mi padre baja la ventanilla.

—¡Ánimo! ¡A lo mejor nos salvamos! —les grita a los góticos; va a sesenta kilómetros por hora en una zona de treinta.

—¡Eh, Pat! —le grita una de ellas, la más bajita—. ¡Tu embrague suena como el culo!

Mi padre sigue adelante, riendo.

Estoy perpleja.

—¿La *conoces*? —pregunto. No sabía que los góticos conocieran a otras personas en este plano de existencia. Jamás me habría imaginado que los góticos tuvieran..., no sé, vecinos.

—Es vuestra prima, Ali —dice mi padre. Ha subido la ventanilla y sigue su camino.

—¿En serio? —Estiro el cuello y miro a esa gótica bajita que se aleja en el espejo retrovisor. No la había reconocido.

—Sí. Se hizo gótica el año pasado. Desde luego, si algo no te va a faltar en esta ciudad son primos frikis, niña.

Continuamos. Aunque mi padre tiene

nueve hermanos, y veintisiete sobrinos de diversas creencias, ondas e inteligencias (mi primo Adam, por ejemplo, una vez se comió una bombilla pequeña en una fiesta), yo no tenía ni idea de que tuviéramos una prima que se había pasado a la *contracultura*. No le vemos el pelo al tío Aled, porque vive en Gosnell, y porque una vez le hizo una putada a mi padre con la venta de un acuario de peces tropicales de segunda mano.

Tener una prima gótica es inesperadamente exótico. Todos los primos a los que he conocido hasta ahora llevan pantalones de peto rosa, y les encanta Rick Astley.

Como ya nos ha dicho, hoy mi padre va a hacer una segunda audición para su papel más importante hasta el momento: el de Pat Murrigan, lisiado abyecto. Mi padre *es* inválido de verdad (hay semanas en que no puede ni levantarse de la cama), pero como él mismo dice, no hay nadie que sea demasiado inválido. La gente tiene diferentes *percepciones* de lo que es la invalidez. Su trabajo consiste en presentar su discapacidad de tal forma que nunca haya ningún supervisor particularmente quisquilloso que le ordene hacerse nuevas pruebas y suspenda nuestros

beneficios durante seis meses, dejando a cinco hijos y dos padres condenados al asilo de los pobres.

—Mi misión es erradicar toda *duda* —dice mientras aparca la furgoneta delante del Centro Cívico.

Hoy va a someterse a un examen para valorar si le corresponden otros doce meses en el distintivo para el coche que lo acredita como discapacitado. El distintivo (naranja chillón, con una figura esquemática de un hombre en silla de ruedas) le permite aparcar prácticamente en cualquier sitio. Rayas amarillas, aceras, plazas de aparcamiento personalizadas con el nombre del usuario. Viene a ser como

pertenecer a la familia real, o ser famoso, o un superhéroe. Para nosotros, la discapacidad de mi padre es como una marca de distinción. Estamos orgullosos de ella.

Cruza la plaza cojeando con mucho esmero («Nunca se sabe si te están vigilando», dice señalando con la barbilla a las ventanas del edificio. «Si te están apuntando con su mira, como en *Chacal*. Tienes que cojear a tope»), y entra en el Centro Cívico.

El Centro Cívico es, básicamente, el centro de todo el limosneo de Wolvo. Alquiler, prestaciones, broncas varias con el ayuntamiento... Aquí es donde se resuelve todo. Todo el que se acerca a

este edificio intenta obtener algo de alguien que trabaja en él.

Por ese motivo, el edificio emite las vibraciones de un castillo medieval en medio de un asedio especialmente lánguido y pasivo-agresivo. En lugar de verterles aceite hirviendo a los lugareños que se acercan, aquí se les entregan unos documentos indescifrables. O «derivaciones». La promesa de un resultado en el buzón pasados catorce días. Infinidad de pequeños retrasos. Me acuerdo a menudo del consejo que da Graham Greene en *Viajes con mi tía*, donde la tía Agatha le enseña a contestar siempre cualquier factura con una carta que

empiece así: «En relación con mi carta de fecha 17 de julio...» No existe ninguna carta de fecha 17 de julio, por supuesto. Pero esa carta provoca una confusión crucial, casi infinita, en el enemigo.

Mi padre saluda a todos los que se encuentra aquí con una familiaridad alegre y farandulera («Qué tal, Barb. Qué tal, Roy. ¡Qué guapa vas, Pamela!»), lo que, ahora me doy cuenta, es evidente que ha copiado de Joey Boswell en la serie *Bread*.

La haya sacado de donde la haya sacado, su actitud contrasta notablemente con la de casi todos los otros solicitantes del edificio. Sus poses

van desde «servil» y «destrozado» hasta «furioso» y «al borde del ataque de nervios, amenazando con dejar a mis hijos aquí y dedicarme a la prostitución si la prestación para vivienda no llega pronto», pasando por algún que otro pensionista aturdido o algún beneficiario de Ayuda a la Dependencia que llora en silencio en una silla.

Mi padre, entretanto, adopta un aire zen, sereno y elegante. Sonríe a todo el mundo. Entra como si fuera un rey.

—Esos que están detrás de las mesas no tendrían un empleo si no fuera por la gente como yo —dice—. De alguna manera, trabajan *para mí*.

Como resulta que estoy leyendo

sobre causalidad (he llegado a la sección de filosofía de la biblioteca), mantengo un breve debate con él sobre la cronología de su argumento.

—En el mundo siempre habrá pobres, Johanna —me explica, jovial—. Antes de Nye Bevan^[2], mi madre crió a nueve hijos a base de limosnas de la parroquia, y a los vecinos del pueblo les deprimía tanto verla pidiendo pan que, en cuanto terminó la Segunda Guerra Mundial, votaron por el Estado del bienestar. Depender de los actos de piedad puntuales degrada la sociedad, Johanna. Imagínate que tuviéramos que llamar a la puerta de la señora Forsyth todas las semanas para pedirle... jamón.

La señora Forsyth es nuestra formidable vecina del otro lado de la calle, una tirana con permanente, de esas que hacen las tareas de la casa en zapatillas. Fue la primera de nuestra calle que compró su casa de protección oficial adhiriéndose al plan «Derecho a Comprar», e inmediatamente asfaltó todo el jardín delantero (una pena, porque tenía un frambueso fabuloso, el más apetecible del barrio).

Mi padre tiene toda la razón del mundo. La señora Forsyth se enfadaría mucho si nos presentáramos en la puerta de su casa cada dos por tres, pidiéndole pasteles y papel higiénico.

—Lo esencial, Johanna, es que a

nadie le gusta que cuando va a comprar a la tienda de la esquina lo persigan unos putos huérfanos tuertos que no paran de llorar. Es un coñazo social. Siempre han existido pobres que sufren. El Estado del bienestar pagaba para que desapareciera ese problema. Basta de niños congelados en las puertas de las tiendas. Todo mucho más alegre. Has leído a Charles Dickens, ¿no?

—He visto *La Navidad de Mickey*, de Disney —contesto, dudosa.

—Sí. Vale. Pues eso —dice él—. Está establecido que lo correcto es dar a los pobres el pavo más grande del escaparate de la carnicería. Eso es lo que hace la gente decente. Y yo voy a

que me den mi pavo.

Mientras está en la sala de valoración médica, sometiéndose a la valoración médica, me quedo en la sala de espera, mirando a las otras personas una a una, y decidiendo a) a qué famoso se parecen más y b) basándome en eso, si me acostaría con ellos.

Para mí, la cuestión de perder la virginidad es mucho más apremiante que el declive industrial de Wolverhampton. Ha pasado a ser más que urgente: de hecho, está desmoralizando a toda la familia. Se me ha metido en la cabeza que tengo que tener relaciones sexuales

por primera vez mientras todavía soy menor de edad; es como... *una estafa* esperar hasta que sea legal. *Cualquiera* puede tener relaciones sexuales a los dieciséis. Pero intenta hacerlo cuando tienes catorce años, sólo sales con tus hermanos y te pones los sujetadores de tu madre. No lo conseguirían ni en *Challenge Anneka*^[3].

Hago el «test sexual» con los otros hombres que hay en la sala. Hay un tipo con chaleco de plumón que se parece a Mark Curry, el presentador de *Treasure Houses*: con ése no. Un tipo con zapatos con borlas que se parece al DJ Mike Read de Radio One: tampoco. Tipo con pelos en la nariz que parece una

caricatura de Spike Milligan: no.

Cuento a cinco hombres que se parecen a Freddie Mercury. En 1990, en Wolverhampton, llevar bigote y una chaqueta de cuero todavía se considera heterosexual. No me acostaría con ninguno de ellos. Bueno, seguramente sí, la verdad: si me lo pidieran. Pero es improbable que suceda.

Hoy, como cualquier otro día, cuando me acueste seguiré siendo una virgen gorda que escribe su diario en forma de cartas imaginarias a Gilbert Blythe, el tío sexy de *Ana de las Tejas Verdes*.

Todavía estoy pensando en Gilbert cuando, mucho más tarde, saco a pasear a nuestra perra. Bianca es una pastora alsaciana nerviosa que, a diferencia del perro que teníamos antes, no tolera que la vistan con ropa de niño ni que le aten juguetes a la espalda como si fueran pequeños jockeys, pero a la que de todas formas adoro.

—Nos une un vínculo afectivo, ¿verdad? —le digo a Bianca mientras bajamos por Marten Road.

En muchas novelas del siglo XIX que he leído, las jóvenes adoptan animales salvajes (como un lobo, un zorro o un

cernícalo) con los que establecen un vínculo psicológico.

Así que cuando cruzamos la calle, me comunico con Bianca como suelo hacerlo: por medio de la mente.

—Estoy impaciente por irme a vivir a Londres —le digo; ella está agachada junto al bordillo, haciendo sus cosas. Me doy la vuelta para que tenga un poco de intimidad. Me parece que es una perra bastante reservada—. Cuando llegue a Londres empezaré a ser yo misma.

No tengo ni idea de en qué consiste eso. Todavía no puedo expresar con palabras lo que quiero ser. No hay nada concreto por lo que quiera luchar. Lo

que yo quiero ser todavía no se ha inventado.

Obviamente, sé *algunas* cosas que quiero ser: fundamentalmente, quiero irme a vivir a Londres y ser guay. Me imagino que Londres es una sala enorme llena de gente y que, cuando entro, todos gritan a la vez: «¡CARAY, MENUDO MONUMENTO!», como Sid James en las películas de la serie *Carry On*. Eso es lo que yo quiero. Quiero que todos (hombres, mujeres, minotauros; leo mucha mitología griega, y voy a por todas) quieran tener relaciones sexuales completas conmigo, de la forma más sexual posible. Sexualmente. Ésta es mi misión más urgente. Mis hormonas se

están amotinando, como un zoo que arde. Hay un mandril con la cabeza en llamas que va abriendo las jaulas de los otros animales y gritando: «¡SOCORRO! ¡HAY QUE SALIR DE AQUÍ!» Estoy en plena emergencia sexual. Se me están pelando las manos de tanto masturbarme.

Pero, por otra parte, dejando a un lado mis genitales, también aspiro a ser... noble. Profundamente noble. Quiero entregarme a una causa. Quiero formar *parte* de algo. Quiero entrar en acción, como un ejército compuesto de una sola persona: yo. En cuanto encuentre algo en lo que creer, voy a creer en ello más de lo que nadie ha creído jamás en nada. Me voy a entregar

a ello *en cuerpo y alma*.

Pero no quiero ser noble y comprometida como lo fueron la mayoría de las mujeres de la historia, lo que, por lo visto, implicaba que te quemaran en una hoguera, que murieras de pena o que un conde te emparedara en una torre. No quiero *sacrificarme* por nada. No quiero *morir* por nada. Ni siquiera quiero subir hasta la cima de una colina bajo la lluvia con una falda que se me pega a los muslos por algo. Lo que yo quiero es *dedicarme* a algo, como hacen los hombres. Quiero pasármelo bien. Pasármelo como nunca. Quiero empezar a divertirme como si fuera 1999, aunque todavía falten nueve

años. Quiero tener un propósito y perseguirlo. Quiero entregarme al goce. Quiero hacer un mundo mejor, de alguna manera.

Cuando haya entrado en esa sala que es Londres y todo el mundo haya gritado «¡GUAU! ¡FLIPA!», quiero que se pongan a aplaudir, como cuando Oscar Wilde entra en un restaurante en la noche del estreno de otra de sus obras teatrales rompedoras. Me imagino a todos los personajes que admiro (Douglas Adams, Dorothy Parker, French & Saunders y Tony Benn) acercándose a mí y murmurando: «No sé cómo lo haces, querida.»

De momento yo tampoco sé cómo

voy a hacerlo. No tengo ni idea de dónde he de verter toda esta inquietud. Pero si se trata de contar anécdotas que hagan reír a carcajadas a un círculo de *bon viveurs* mientras fuman sus cigarrillos (Stephen Fry y Hugh Laurie, enjugándose las lágrimas: «Eres francamente increíble. ¿Hay muchas más como tú en Wolverhampton? ¿Es un manantial de placer?» Yo: «No, Stephen Fry y Hugh Laurie. Soy la única. En el colegio, los niños me llamaban “la foca”» Stephen Fry: «Son unos mierdas, querida mía. Evítalos. ¿Más champán?»), estoy preparada.

De momento, el único plan que tengo es escribir. Sé escribir, porque escribir

(a diferencia de la coreografía, la arquitectura o conquistar reinos) es algo que puedes hacer aunque seas pobre y estés solo y no tengas infraestructura (una compañía de ballet o unos cañones, por ejemplo). Los pobres pueden escribir. Es de las pocas cosas que la pobreza, y la falta de contactos, no puede impedirte hacer.

Ahora mismo estoy escribiendo un libro, y con eso lleno las largas y vacías horas del día. Trata de una niña muy gorda que, montada en un dragón, va por el mundo y por el tiempo haciendo buenas obras. En el primer capítulo regresa a 1939 y, mediante un discurso muy apasionado, demuestra a Hitler

cuánto se equivoca y le hace llorar.

También hablo mucho de la peste negra, que evito imponiendo una estricta cuarentena a los barcos mercantes que llegan a los principales puertos británicos. Soy partidaria de solucionar los problemas mediante una buena dosis de burocracia. Ése es mi poder transformador favorito.

Hace tres días, escribí una escena de amor con la chica y un mago joven y guay del que estaba muy orgullosa, hasta que me enteré de que Krissi había descubierto el manuscrito y había escrito «Madre mía, menuda zorra» en el margen. Krissi es un corrector muy severo, y al que nadie ha pedido que

corrija nada.

—En fin, supongo que nos habremos ido de Wolverhampton para cuando tenga dieciséis años como muy tarde —sigo diciéndole a Bianca, convencida—. Entonces ya habré asimilado todas las lecciones vitales que la pobreza y la ignominia están teniendo la amabilidad de enseñarme, y gozaré de una perspectiva refrescante de la que muchos carecen. Mi nobleza alegre los hechizará, y eso conducirá, sin duda, a las relaciones sexuales.

Unos gritos interrumpen mi ensueño noble y sexy:

—¡EH, TÚ!

Los ignoro y sigo caminando. «¡EH,

TÚ!» nunca presagia nada bueno. Mi padre nos ha enseñado a no contestar nunca cuando alguien grita «¡EH, TÚ!».

—¡EH, TÚ! —insiste la voz—.
¡CERDA!

Me doy la vuelta. Hay un hombre furioso con la camiseta de los Wolves plantado en su jardín delantero.

—¡TU PERRO!

Miro alrededor buscando a Bianca, pero no la veo.

—¡TU PUTO PERRO SE HA METIDO EN MI JARDÍN!

Mierda. Pensando en follar, he interrumpido la conexión psíquica con Bianca. ¿Dónde está? Silbo, y la veo salir corriendo del jardín trasero del

hombre que me ha gritado.

—¡Lo siento mucho! —le digo. Tengo una voz potente. Sé que le fastidiará, porque tengo la voz de mi madre: de clase media, con las palabras más afiladas de lo normal; y, en esta ocasión, avivada por mi nerviosismo—. Le ruego que acepte mis más sinceras disculpas. Eso ha sido absolutamente imperdonable. Por si le sirve de consuelo, es de temperamento amable...

—¡Os perseguiré y le partiré la cabeza a tu perro con un hacha! —me grita.

Sigo andando, temblorosa, hasta la casa de Violet. Me ha puesto un poco nerviosa la referencia que ha hecho ese

hombre al hacha, y necesito hablar con alguien, y Violet es mi mejor amiga y la más reciente. También es mi única amiga, aparte de Emily Pagett, que me recuerda a Baba, de *Las chicas de campo* (Edna O'Brien), porque suele contar mentiras sobre mí, lo que sin embargo yo tolero, porque también me cuenta chismes sobre otras personas, y eso me encanta. Aunque tampoco sea cierto. Me he dado cuenta de que, en definitiva, tienes que procurarte tu propia diversión.

Así que, entretanto, voy a ver a Violet, una anciana de setenta y dos años que vive al final de nuestra calle, con Tink y Tonk, sus gatos siameses.

Desde hace unos meses, voy a visitar a Violet varias veces por semana. Creo que es maravilloso que una chica joven, una adolescente, trabee amistad con alguien de otra generación. Y más si esa persona ha enviudado y se siente sola.

«Violet es como una ventana al pasado», me digo.

Violet tiene una caja de galletas con forma de cerdito llena a rebosar de galletas de las mejores marcas. Supongo que debería admitir que visito a las galletas tanto como a Violet. Una vez se le habían acabado las galletas. Esa tarde

se nos hizo difícil a las dos.

Pero hoy todo va bien.

—¿Tomamos el té con unas galletitas? —me pregunta mi amiga, y pone las cosas en la mesa. Meto la mano en la caja, y ésta emite un gruñido de cerdo. Gruñe así cada vez que coges una galleta, algo que ni siquiera mi desparpajo se libra de interpretar como ligeramente sentencioso. Pero mira, qué se le va a hacer.

—Qué buen tiempo hace —comenta Violet.

—Sí. ¡Increíblemente templado!

Tink y Tonk entran en la habitación y se enroscan en las patas de mi silla como un humo marrón.

—¿A Dennis le gustaban los días templados? —continúo.

Leí en *La aventura de mi vida*, de David Niven, que lo peor de perder a tu cónyuge era que la gente no se atrevía a volver a mencionarlo delante del desconsolado viudo.

Aprendiendo de los errores de los amigos de Hollywood de David Niven (aunque no de Clark Gable, quien por lo visto siempre mencionaba a la difunta esposa de Niven, porque él también había perdido a su mujer, la atractiva actriz cómica Carole Lombard, unos meses atrás, en un accidente de aviación), yo mencionaba a Dennis delante de Violet siempre que podía,

para mantener vivo su recuerdo.

A veces no es fácil. Una vez intenté incluir a Dennis en una conversación sobre personas que me gustaban.

—¿Cree que Dennis me habría gustado? —pregunté.

Sin embargo, cuando Violet me enseñó una fotografía de su marido, no fui lo bastante rápida para impedir que mi cara delatara el hecho de que no, Dennis no me habría gustado *lo más mínimo*.

Yo esperaba ver una fotografía en blanco y negro de un atractivo combatiente de la Resistencia en la Segunda Guerra Mundial apoltronado en un Spitfire. Pero lo que me enseñó

Violet fue una fotografía reciente de Dennis, durante unas vacaciones en el campamento de verano Butlin's de Pwllheli, donde parecía el gran gigante bonachón de *El gran gigante bonachón* (Roald Dahl). Ni siquiera con mi despreocupación y mi actitud abierta habría podido encontrar atractivo a Dennis, un hombre con unas orejas que parecían dos largas tiras de beicon.

Ese día, Violet había acabado llorando. Comerme sus galletas no me había procurado ningún placer, y me había limitado a tomarme un bourbon.

Hoy Violet dice: «A Dennis le encantaban los días templados. Creo que las temperaturas moderadas eran las que

prefería.»

Muerdo con alegría mi galleta de coco. A Dennis le encantaban los días templados. Es evidente que estoy ayudando mucho a esta pobre viuda con una caja de galletas con forma de cerdito. Hoy, al menos, el día terminará bien.

Veinte minutos más tarde voy por la calle, de regreso a mi casa. Camino muy deprisa. Los diez últimos minutos han sido tan raros que siento que se me va la cabeza; es como si mi cabeza fuera un globo que va a desprenderse de mi cuello y alejarse flotando; yo me

derrumbaré, sin cabeza, a cámara lenta sobre la acera.

Uf, qué rara me siento. Me paro y me siento en la hierba del borde de la acera, y meto la cabeza entre las rodillas.

«Acabo de cometer el peor error de mi vida», pienso.

Estaba sentada tan guapamente en casa de Violet; ella asentía con la cabeza y todo iba muy bien hasta que de pronto he sentido una necesidad imperiosa de *sincerarme* con ella y hablarle de la comadrona que creía que yo tenía puntos en la vagina, del Centro Cívico, de la falta que me hace que me besen. Y como colofón, de un hombre provisto de un hacha que amenazaba con

matar a Bianca.

«Me paso la vida pidiéndole a Violet que me hable de Dennis», he pensado, «pero ella nunca *me* pide que le hable de *mí*. Seguramente piensa que soy *feliz*. ¡Ja! No tiene ni idea del valor y la nobleza que se necesitan para ofrecer a los demás una apariencia de persona satisfecha y contenta.»

«Todo el mundo tiene amigos con quien compartir los problemas», me he dicho. «Las adolescentes *se pasan la vida* contándose sus problemas. Pues mira, Violet es *mi* amiga, así que voy a contarle mis problemas. ¡Un problema contado se convierte automáticamente en medio problema!»

Transcurridos tres minutos, me he enterado de que eso es un caldero enorme y pernicioso lleno de mierda, una de las mayores mentiras que jamás se han contado. Porque cuando le he dicho a Violet cómo odio este barrio, y que estoy deseando que mi padre deje de recibir las ayudas de minusválido y se haga famoso, la anciana se ha enderezado en la silla. Tink y Tonk se han sentado en su regazo y se han quedado mirándome fríamente.

He empezado a titubear. Iba diciendo eso de «... nunca encajaremos aquí, por lo menos mientras Lupin siga llevando poncho», cuando Violet me ha interrumpido con una voz que yo nunca

había oído:

—No sabía que cobrabais ayudas.
Me he callado.

—No sabía que cobrabais ayudas —
ha repetido—. Dennis recibió un
disparo en la pierna en la guerra, y
estuvo muy grave, y jamás pidió ni un
penique en concepto de pensión de
invalidez.

No puedo creer que Dennis ya me
haya hecho dos putadas. Ese puto
fantasma con orejas de beicon será mi
perdición.

—¡He visto a tu padre arreglando el
coche delante de tu casa! —continúa—.
¡Esta mañana! Y parecía perfectamente
sano. No tenía ni idea —insiste— de

que recibíais una pensión de invalidez.

Sigo sentada en la hierba, mordiéndome las rodillas. Ya sé qué va a pasar ahora. Nuestro padre nos ha advertido un millón de veces de qué pasa si le cuentas lo que no debes a la persona que no debes. Violet llamará a los servicios sociales y les informará de que ha visto a mi padre arreglando el coche (¡Era uno de sus días buenos! ¡Uno de sus pocos días buenos!) y de que está capacitado para trabajar. Y habrá un retraso de dos semanas (burocracia), y luego llamarán a la puerta, o nos enviarán una carta, y lo que

pasará después... No lo sé. ¿Qué les pasa a las familias cuando les retiran las ayudas? Ésa es la gran pregunta.

Repaso todas las opciones disponibles que he utilizado otras veces, o de las que he oído hablar, para remediar una situación. Sólo se me ocurre una.

«Querido Jesucristo», pienso, deprisa; ya estoy muy cerca de mi casa. «Sé que últimamente no he creído mucho en ti, y espero que no te lo tomes muy mal, pero como seguramente ya sabes, dado tu sistema de monitorización, que supongo que debe de ser muy extenso y sofisticado, aquí las cosas están bastante chungas, y quiero ofrecerte un trato. Si

consigues que no nos retiren las ayudas, yo...» Hago una pausa e intento pensar qué es lo máximo que puedo ofrecer.

La lista es bastante patética. No puedo hacer ningún donativo económico a la Iglesia. No tengo hijos a los que bautizar. ¿Qué más puede interesarle a Jesús? Le ofrecería hacerme monja, pero estoy casi segura de que en Wolverhampton no hay ningún convento (a menos que sea ese edificio tan raro que hay detrás del centro comercial Argos, ese con los muros tan altos adonde continuamente llevan carne que sacan de un camión).

Desesperada, e improvisando, al final le ofrezco a Jesús lo más parecido

que tengo a una vida entera como Novia de Cristo: «Jesús. Si nos sacas de ésta (si lo arreglas todo bien), te prometo que no me haré pajas durante *seis meses.*»

Me lo pienso bien. Seis meses equivalen a (mates, mates, mates)... una veintiochoava parte de mi vida.

«Bueno, durante un *mes*», me apresuro a rectificar. «Un mes, fijo. No me tocaré durante un mes. Ni siquiera distraídamente en la bañera. Ni siquiera mirando la foto de dos hippies practicando sexo oral que sale en el *Whole Earth Catalog*^[4], en la que se ve cómo el chico le mete los dedos dentro. Ése será mi sacrificio, Señor.»

Nos han educado en el ateísmo más férreo, pero estoy convencida de que ésta es la clase de cosas que le molan a Jesús: que los niños no se hagan pajas. Supongo que aceptará el trato; tiene que parecerle bueno.

«Voy a decir “Amén”, y cuando lo diga, habremos cerrado el trato. Estaremos en paz. Tú arreglarás esto. Violet no nos delatará. Amén.»

3

No vayáis a pensar que el terror que me inspiraba la idea de la miseria absoluta se había reducido si os digo que aguanté nueve días sin abusar de mí misma.

A ver si me explico: fueron nueve días *terribles*. Nueve días que pasé atormentada por una frustración sexual que muchas veces rayaba en el dolor físico.

Tenía catorce años y me hallaba en plena etapa inicial y eufórica de mi relación con mi propia sexualidad. Era el primer placer ilimitado que

experimentaba. La comida se acababa, los libros se terminaban, los discos llegaban al surco final, la ropa se gastaba y en la televisión, a partir de la una de la madrugada, ponían la página de teletexto; la masturbación era diferente: podía encerrarme en mi habitación y correrme tantas veces como quisiera, pensando en montones de personas diferentes, parando sólo para comer algo y para echar una cabezadita cuando fuera necesario.

Durante unos segundos, podía estar completamente ida, fuera del tiempo, el espacio y el pensamiento. Más allá de los relojes, por encima del sol y antes de que empezaran a formarse las

palabras. No había nada salvo luz blanca y felicidad. Ni siquiera lo que yo más adoraba (Rik Mayall como Lord Flashheart en *La víbora negra*) superaba aquel único segundo de plenitud.

Al principio, mi fiel aliado en esto era el cepillo del pelo de la familia. De día, lo utilizaba para cepillarme el pelo, antes de cortarme el flequillo con las tijeras grandes de la cocina. Y de noche, me montaba en el mango de ese artículo de tocador y lo utilizaba como ilimitado pony de follar, duplicando sus funciones en un pispás. En ese sentido, era, un poco, como Bruce Wayne y Batman. Multitarea. Dos vidas completamente

separadas. Siempre con el disfraz a cuestas. Qué cepillo tan enrollado. Y lo mejor es que Gotham *nunca se enteró de nada*.

El cepillo, sin embargo, no era perfecto, por mucho cariño que yo le tuviera. Al cabo de sólo dos semanas me di cuenta de que era demasiado estrecho, y un poco puntiagudo, y que ni siquiera la otra gran ventaja de utilizarlo (podía cepillarme tiernamente el vello púbico, lo que quedaba muy pijo, como si fuéramos a ir a una boda) era suficiente.

Por suerte, por esa época decidí combatir mis florecientes problemas de olor a sobaco robando un desodorante

de bola de la marca Mum, y en el autobús, de regreso a casa, me fijé en que tenía forma de polla alegre y maciza; lo encontré descarado, flipante y muy útil. Con su tapón abombado de color rosa, y su botella delicadamente moldeada, el marketing detrás del desodorante más popular entre las adolescentes británicas de finales de los ochenta era evidente: Procter and Gamble estaba vendiendo a las adolescentes consoladores para principiantes por sólo 79 peniques.

¿Lo sabían? Pues *claro* que lo sabían. Lo sabían y nos manipulaban. ¿Por qué otro motivo (aparte de un ramalazo sádico) habrían llamado

«Mum»^[5] a un objeto con el que millones de chicas adolescentes se machacaban hasta quedar inconscientes? Ésa era su manera de jugar con nuestra mente. Un verdadero test para saber lo calentorras que éramos. ¿Estás tan desesperada que *follarías con tu Mum*? A lo que mi sencilla respuesta era (encerrándome con llave en el dormitorio y tumbándome en el suelo): «Sí.»

Yo tenía, no obstante, ciertos límites. Nunca compraba (mejor dicho, robaba) los botes de Mum azules ni verdes, porque eso habría sido como follar con un pitufo, o con un extraterrestre. Para ser una masturbadora compulsiva, la

verdad es que era muy sosa. Y durante casi tres años fui absolutamente fiel, sexualmente hablando, a mi Mum. ¿Cuántas personas pueden afirmar algo así?

Pues eso. Nueve días. Hacía calor: me puse un vestido de tirantes y me seduje casi sin querer. Me prometí que no iría más allá de unas caricias intensas, pero entonces me dejé llevar, y acabé masturbándome por todo lo alto mientras pensaba en unos monos a los que había visto follando en un documental de Attenborough.

Sabía que era inútil que intentara

explicárselo a Jesús (nuestro trato ya estaba completamente jodido), así que me dirigí directamente a él, en plan serio y formal:

«Lo siento mucho, Jesús. Te he hecho perder el tiempo al incumplir nuestro acuerdo. Admito que eso significa que tú te desentiendes, y que a partir de ahora me ocupo yo sola de salvar a mi familia de la miseria. Volveré a no creer en ti. Retomaremos nuestras posiciones anteriores. Lo siento mucho, en serio. Cuídate. Muchos recuerdos de mi parte a Dios. Amén.»

Y, muy a mi pesar, maté a Jesús, en mi imaginación, del mismo modo que nueve días atrás lo había resucitado, en

Eastcroft Road.

A partir de ese momento, llevé a la práctica otro plan para protegernos a todos: estar en guardia.

—¿Qué haces? —me pregunta mi madre cuando entra en el salón.

Han empezado las vacaciones de verano y mis hermanos chillan y corretean; yo, en cambio, estoy aquí sentada, otra vez, al pie de la escalera, comiéndome los cereales.

—Nada —contesto—. Por aquí pasan unas buenas líneas ley.

Mi madre se queda mirándome. Es evidente que *pasa* algo, y *desde hace*

algún tiempo; pero, por otra parte, estoy sentada en el primer escalón, como siempre. Técnicamente no pasa nada raro, y una madre de cinco hijos tiene que seleccionar sus batallas si no quiere morir de agotamiento.

—Bueno, pues no... —empieza a decir. Y hace una pausa. En el salón, un bebé se pone a llorar. Mi madre deja de prestarme atención—. Pero ¿qué...?

Va a ver qué le pasa al bebé.

Éste es mi plan: las malas noticias siempre llegan en sobres marrones. Lo sé por experiencia. De modo que, todos los días, voy a interceptar el correo para ver si llega alguna carta con el franqueo del Ayuntamiento de Wolverhampton.

Ésa será la carta que nos acarreará la desgracia, sin duda: la que nos anunciará que «han recibido información» sobre nuestra familia y van a retirarnos las ayudas.

Y, cuando llegue esa carta, mi plan consiste en: quemarla. Y cuando llegue la segunda carta, también la quemaré. Y seguiré quemando cartas, una detrás de otra, hasta que se me ocurra otro plan mejor, porque si gano tiempo hasta septiembre, por decir algo, seguro que se me ocurrirá. Seguro que en septiembre ya seré mucho más lista. En septiembre ya tendré otro plan mejor para salvar a mi familia de la destrucción.

Sin embargo, mi vela junto a la puerta de la calle no les ha pasado desapercibida a mis hermanos, porque a) ya no participo en ninguno de sus juegos, y b) han tenido que pasar por encima de mí para subir al cuarto de baño.

—Ven a *jugar* con nosotros, Johanna —me suplica Lupin el tercer día de las vacaciones, colgado del pasamanos, al que suele trepar para jugar a Spiderman.

—Sal de la escalera, capulla —me ordena Krissi, y me empuja todo lo que puede al pasar a mi lado.

Pero no me muevo. Soy como Greyfriars Bobby^[6] esperando junto a la tumba. Soy un vigilante tenaz. Voy a

salvar a esta familia.

Resultan las vacaciones de verano más tristes de mi vida. El año pasado, el día que terminaron las clases, inundamos el jardín de atrás con la manguera: las ramas más bajas del avellano se reflejaban en una sopa de color marrón. Quedó muy tropical, como un *bayou*.

Saltábamos al agua desde la ventana de la cocina; a Lupin el agua le llegaba por las rodillas, y estábamos todos empapados. Luego trepábamos al árbol y nos poníamos a chupar cubitos de Ribena helada, cantando «I Get Around» de los Beach Boys con nuestras voces chillonas, hasta que los vecinos se

asomaban a las ventanas y nos decían que nos calláramos y paráramos de joder. Teníamos un *plan*.

Este verano... Bueno, este verano ya está echado a perder. No puedo ponerme a jugar con los niños, porque podría no oír el ruido de la tapa del buzón. Permanezco sentada cerca de ellos, participando de vez en cuando sin ánimo, sobresaltándome cada dos por tres y corriendo hasta la puerta, para luego volver, temporalmente aliviada, pero temiendo la siguiente entrega de correo. Durante el día estoy entretenida.

Y por la noche, despierta en la cama junto a Lupin, que viene a buscar refugio, imagino una y otra vez el

momento en que ya es imposible detener la carta, y mis padres descubren la verdad, y me miran, destrozados, aterrados, y me dicen: «Johanna, *¿qué nos has hecho? ¿Qué has hecho, Johanna?*»

¿Qué he hecho? ¿Qué vamos a hacer?

En realidad, lo que pasa es que me estoy volviendo loca. Siento que he traicionado a mi familia. Saber que he puesto en peligro a mi pobre y precaria familia (con su madre fantasma y su estrella del pop todavía por descubrir en el papel de padre) hace que me encuentre mal todo el día; es como si padeciera una terrible inflamación

cerebral. Estoy sobreadrenalinizada. Estoy cargada de adrenalina, me sale por las orejas, me ahogo en ella. Tengo continuamente la sensación de que faltan treinta segundos para que el Apocalipsis llame a la puerta de nuestra casa.

Toda esta adrenalina desencadena una segunda marea hormonal. Del mismo modo que, cuando tenía doce años, la testosterona y los estrógenos trazaron nuevas conexiones neurales, ahora, a los catorce, la adrenalina traza todo un nuevo mapa de sinapsis, pasos elevados y subterráneos por encima y por debajo del que ya existía; y aparecen lugares donde pueden ocultarse pensamientos aterradores, y caminos por los que

pueden viajar más deprisa. Más deprisa, más deprisa, más deprisa. El terror me hace pensar más deprisa, con un galope frenético y agotador que a veces me tumba; parece que no vaya a parar nunca.

Estoy en el salón con mi familia mientras ellos hablan de diversos planes para el futuro (comprar una puerta de atrás nueva, o ir a visitar a nuestros tíos de Gales), y pienso: «Pero cuando llegue ese sobre marrón, no podremos hacer *nada* de todo eso. Estaremos en el asilo de los pobres, asando ratas con una vela, y *todo por mi culpa*.»

La adrenalina hace que esté siempre nerviosa. Aprieto los puños. Rechino

los dientes mientras duermo.

Más adelante, siempre podré reconocer a alguien que recibió una descarga de miedo así a una edad temprana, otros hijos de familias frágiles; niños que notaban cómo la arena se escurría bajo sus pies; niños que, a oscuras, imaginaban que quemaban a toda su familia, y que planeaban a quién salvarían primero del futuro, y de las llamas, como en *Moriremos hace cien años* (Antonia Barber). Niños criados a base de cortisol. Niños que piensan demasiado deprisa.

«Esto debe de ser lo que sientes cuando te pica una araña radiactiva», pienso, compungida, en el segundo mes de mi crisis nerviosa. Me siento un poco como un insecto, sí. Me veo los ojos brillantes, y negros. La adrenalina mantiene mis pupilas dilatadas.

Se lo cuento, sin entrar en detalles, a Krissi (le hablo de esta nueva preocupación mía, que no sé cómo gestionar), y él me recomienda leer *La metamorfosis* de Kafka. Leo dos capítulos y me da tanto miedo que tengo que dejar el libro en el rellano, lejos de mi cama. Me aterra la idea de

convertirme en otra cosa.

Es imposible que yo sufra tanto y que no sirva de *nada*. Debe de haber alguien llevando la cuenta de todas las veces que se me dispara el corazón, como un reloj desajustado; alguien que se ha fijado en que estoy marinándome en una cuba de adrenalina, sin decirle ni una palabra a nadie. Este miedo me enseñará una lección: jamás volveré a contarle a nadie que me siento mal. Jamás confesaré una debilidad. Pero no funciona. No hace sino empeorar las cosas.

La verdad es que es mejor no decir nada cuando te sientes mal. Madurar consiste en ocultar secretos y fingir que

todo va bien.

Al final voy a donde voy siempre cuando necesito información sobre algo desconcertante, venenoso o aterrador: la biblioteca. Seguro que la respuesta está allí, entre los 20 000 libros que esperan pacientemente en los estantes. Voy y me siento en el suelo, en la sección de medicina. Cuando ya hay cuatro libros amontonados a mi alrededor, me entero de cómo se llama esta sensación: «ansiedad».

Me llevo una sorpresa. «Ansiedad» es eso que hace que te retuerzas las manos porque el repartidor de la leche

se retrasa. He utilizado la palabra «ansiedad» para expresar mi sentimiento al perderme el primer minuto de la serie *Watchdog*, o al preguntarme qué me regalarán por Navidad.

Pero resulta que hay muchas clases de ansiedad. Tras dos horas cruzando referencias, he llegado a un volumen titulado *El coraje de existir*, del teólogo Paul Tillich.

Tillich clasifica la ansiedad en tres categorías: «ansiedad ontológica» es el miedo al destino y a la muerte. La segunda es la «ansiedad moral», que surge de la culpabilidad o del pecado. La tercera es la «ansiedad espiritual», causada por una vida vacía, sin norte ni

significado.

Tras identificar mi ansiedad como fundamentalmente «moral», con una pequeña guarnición de ansiedad «ontológica», sigo pasando las páginas con avidez para ver si descubro la cura para todos esos sentimientos espantosos. Justo al final, encuentro la conclusión de Tillich sobre la ansiedad: hay que aceptarla, sencillamente. «Forma parte de la condición humana», dice con toda tranquilidad.

Me apoyo en la estantería y reflexiono sobre la proposición de Tillich durante unos minutos. Me planteo aceptar sentirme así el resto de mi vida. Hirviendo eternamente en esta sopa de

azogue electrificada, con los nervios sacudiéndose y sonando como la campanilla de la puerta de una tienda vacía, poco después de que una explosión nuclear haya dejado la tienda llena de muertos, y donde soy la única que queda en pie.

«Lo que pasa, Paul», le digo a Paul Tillich en mi imaginación, «es que, en última instancia, no creo que mi ansiedad sea ontológica, moral ni espiritual.»

Lo miro a los ojos.

«En última instancia, lo único que necesito es *dinero*, Paul», le digo.

Paul Tillich hace un gesto afirmativo con la cabeza.

Si fuera rica, nada de todo esto importaría.

Lo único que necesito es dinero.

4

Éstas son las formas de ganar dinero suficiente para mantener a una familia de siete miembros si tienes catorce años:

¿Vale? Pues eso.

Un día hice de limpiadora. Contesté a un anuncio que vi en *AdNews* donde pedían a alguien para trabajar en una gran casa de Penn Road los sábados, me puse mi mejor sombrero, até a la perra delante de la casa y llamé a la puerta.

Me tiré tres horas limpiándoles la cocina, el cuarto de baño, el pasillo con

baldosas blancas y negras. La mujer me hizo raspar la cal de los grifos con un cepillo de dientes y lavar con lejía los grandes cubos de basura que había en la acera. Las bolsitas de té rotas me dejaron los brazos cubiertos de hojas de té, y en los dibujos que formaban leí mi futuro inmediato: apestar.

Cuando terminé, la mujer me preguntó cuántos años tenía, y cuando le dije que tenía catorce, me explicó que hacerme ir otro día sería ilegal; me dio diez libras y me marché. Creo que sospechó que yo era menor de edad desde el principio, pero que no quiso informarme sobre las leyes de empleo en toda su extensión hasta que le hube

lavado los cubos de basura.

En las películas americanas, los niños que necesitan ganar un poco de dinero preparan limonada, montan un tenderete delante de su casa y se la venden a los transeúntes sedientos.

Le planteé esa posibilidad a Krissi. Mi hermano se quedó mirándome, y luego miró por la ventana, hacia la calle.

—No tenemos limones —dijo Krissi por fin.

—Si Dios no te da limones, ¡haz nonimonada! —dije, con alegría.

No, aquel ansioso verano de 1990 no vendí limonada delante de nuestra casa para ganar algo de dinero.

En el salón, con mis padres, mientras esperábamos a que empezara el concurso *Catchphrase*, saqué el tema, como quien no quiere la cosa, de qué puede hacer una adolescente para ganar dinero.

—Repartir periódicos —dice mi madre—. Yo repartía periódicos. Ahorré dinero y me compré un tocadiscos. Así fue como me compré todos mis discos de los Stones.

Mi madre tiene guardados los siete primeros discos de los Rolling Stones, separados de los discos de mi padre. Nunca le ha gustado ningún otro grupo. A veces pone «You Can't Always Get

What You Want» cuando friega el suelo de la cocina, y canta a voz en grito, furiosa.

—Siempre te ha gustado un rockero bien cachondo —comenta mi padre, y le da un apretón en el muslo, muy arriba, donde ya empieza a ser de mala educación. Mamá le devuelve el apretón, también en el muslo, y también muy arriba. Se miran con sensiblería, casi emocionados; parecen bobos. Carraspeo bien fuerte para que me oigan.

Mis padres dejan de insinuarse el uno al otro en el sofá y me miran.

—El truco, si quieres hacer de repartidora de periódicos, consiste en ir

al quiosco en el cuarto trimestre —dice mi padre adoptando un aire profesional—. En otoño. Así, trabajas tres meses, cobras las propinas de Navidad y luego, por Año Nuevo, cuando empieza a hacer un frío del carajo, lo mandas todo a paseo. Haces el agosto, y fuera.

Por desgracia, al día siguiente, cuando bajo al quiosco para poner en práctica ese inteligente plan, descubro que no soy la única que conoce ese ingenioso truco: hay una lista de espera hasta la primavera que viene. «A menos que quieras hacer la ruta del Wordsley», me dice el dueño sin convicción.

El Wordsley es el barrio chungo: tres torres de color gris en medio de un páramo cubierto de maleza; parece un enchufe de tres clavijas a la espera de que vuelvan a enchufarlo para volver a dar vida al entorno medio muerto.

Circula el rumor de que en el Wordsley crucificaron a un tipo. Le clavaron las manos en un tablón y lo dejaron en la parte de atrás del consultorio médico. Ésa es una de las cosas que «sabemos» de Wolverhampton, del mismo modo que «sabemos» que el hombre al que llaman el Cowboy, que se pasea por el centro de la ciudad vestido de vaquero, vivía en Estados Unidos; y que el vagabundo

barbudo que vive en una tienda de campaña en la rotonda de Penn se ha negado tantas veces a que lo desalojaran que el ayuntamiento le ha suministrado corriente eléctrica a su tienda para que pueda ver la televisión y tener una nevera.

Aunque no lo parezca, Wolverhampton es un sitio interesante para vivir, si sabes montártelo.

Avanza el verano y sigo intentando hacerme rica. Mi proyecto de los colgantes de la suerte hechos con tréboles de cuatro hojas se tuerce cuando una niña a la que le he vendido

uno abre el suyo (es un trozo de cartón con un cordel, con un trébol de cuatro hojas pegado con cinta adhesiva) y descubre que lo que he hecho ha sido coger un trébol de tres hojas y añadirle una cuarta hoja. Tengo que devolverles el dinero a todos mis otros clientes (seis).

Después, un día increíblemente emocionante, anuncian un casting en *Express & Star*: «Se necesitan niños para la próxima producción de *Annie* en el Grand Theatre.»

Además de tratarse de un anuncio donde se ofrece trabajo, específicamente, a menores de edad (es la primera vez que veo algo así, sin

contar las reproducciones de los periódicos victorianos donde se pedían niñas de dedos hábiles para trabajar cambiando bobinas en los talleres textiles), resulta que saberme de memoria toda la partitura de *Annie* es una de las pocas cualificaciones auténticas que tengo.

Me llevo el *Express & Star* al jardín.

Los niños están entretenidos con nuestro proyecto más reciente: una granja de caracoles. En una vieja bandeja para el horno llena de hierba, tierra y margaritas tenemos más de treinta caracoles de diversos tamaños. Sabemos diferenciarlos a todos. Cada

uno tiene su propia personalidad. Cada uno lleva el nombre de uno de nuestros héroes.

—Éste es Arquímedes —dice Lupin refiriéndose a un caracol al que está bañando en una lata de tabaco vieja llena de agua—. Da muy buenos consejos.

A mí me parece que Arquímedes está bastante mustio. Lleva un rato largo «en remojo en la bañera».

Krissi, entretanto, trabaja con unas tijeras.

—¡A que no sabes lo que he leído en *Express & Star!* —digo agitando la hoja.

Krissi frunce el ceño y dice:

—Estoy en medio de una operación.

—Lesbian Dennis^[7] y la Duquesa de York están pachuchos —dice Lupin señalando dos caracoles que están encima de un tablón.

—Tienen un cáncer liado —dice Krissi.

Me acerco a verlo. Es verdad: Lesbian Dennis y la Duquesa de York tienen lo que podríamos describir como un «cáncer liado»: están unidos por dos misteriosos tubos blancos. Krissi está metiendo las tijeras entre los dos.

—Los hemos encontrado así —explica Lupin.

—Llevan tres horas enganchados. Los hemos tenido *en observación*.

Krissi se arremanga.

—¡No pueden separarse! —dice

Lupin—. ¡Están *atrapados*!

—¡Chsst, Lupin! —dice Krissi—.

Voy a cortar.

Secciona los tubos blancos. Los caracoles se retuercen de forma bastante violenta para tratarse de caracoles e, indignados, se esconden en sus caparazones expulsando unas burbujas enormes. Todos suspiramos con alivio.

—¡Ya son libres! Los caracoles deben de estar muy contentos —dice Lupin; los coge y los deja encima de una hoja de lilo. Les pone más hojas alrededor y añade—: Para que se mejoren.

—Bueno, ¿qué decías? —me pregunta Krissi mientras limpia las tijeras en su pantalón de peto con aire eficiente.

Los caracoles siguen expulsando espumarajos.

—¡Van a representar *Annie* en el Grand! —digo agitando el *Express & Star*—. ¡Y nosotros ya nos sabemos la letra de memoria! ¡No hay nadie en Wolverhampton que se sepa la letra de *Annie* mejor que nosotros! ¡Tenemos que ir a las audiciones! ¡Vosotros podríais interpretar a los huérfanos del coro, en el orfanato!

Krissi me mira fijamente.

—¿Que *nosotros* podríamos

interpretar a los huérfanos del coro?
¿«Nosotros»? ¿Y a quién vas a
interpretar *tú*?

—Bueno. —Hago una pausa—. A
Annie —digo.

Krissi se pone histérico. Mientras él
ríe, noto contra qué se estrellan las
ondas sónicas de su risa: mi cara,
enorme y redonda. La solidez de jugador
de fútbol americano de mi cuerpo. El
sujetador de mamá bajo mi camisa, que
me va enorme y que he intentado ajustar
con un pespunte (*Guía de costura para
jovencitas*). Krissi no me considera
capaz de interpretar a una huérfana
norteamericana de ocho años, medio
muerta de hambre pero vivaracha,

durante la Gran Depresión.

—A Annie —repito con optimismo, procurando transmitir firmeza.

—¿A *cuántas* Annies? —dice Krissi.

Pero sé que lo dice porque, en el fondo, Krissi también quiere interpretar a Annie. Sé que es por eso por lo que se ríe de mí.

Nos pasamos toda la mañana ensayando *Annie* en el jardín. Me sorprende que Krissi se apunte, porque ya es muy mayor; pero se apunta. Además de interpretar estupendamente a Pepper, también recita todo el papel de la señorita Hannigan. Es una señorita Hannigan muy convincente. Una vez

más, me siento orgullosa de mi hermano mayor. Curramos toda la mañana sin descanso. Estoy decidida a que seamos la mejor pandilla de huérfanos que el Grand haya visto jamás.

Paramos para comer (galletas saladas con queso; nos las comemos sentados en el árbol, pasándonos el paquete de una rama a otra, como una bandada de pájaros rechonchos y desgreñados).

Luego seguimos ensayando hasta las cuatro de la tarde, y entonces llamo por teléfono al Grand.

Nos apiñamos todos alrededor del teléfono.

—Llamo por lo de la audición para

Annie —digo con la voz más pija que sé poner, la misma que utilicé para hablar con el hombre que quería partirle la cabeza a Bianca con un hacha. Es mi voz de «hablar con la gente». La uso, como quien se pone un sombrero para ir a la iglesia, cuando tengo que hablar con alguien que no es de la familia.

—Somos cinco. ¡Formamos toda una banda! ¡La banda de los Morrigan! ¡De recién nacido a quinceañero! Y no necesitaríamos ensayar mucho ¡porque ya nos sabemos *la letra!*

Sería muy aburrido reproducir la parte de la conversación en la que la mujer me expuso los requisitos: teníamos que tener, como mínimo, un

certificado de 3.º de claqué, amplia experiencia en producciones teatrales amateur y, básicamente, no ser una pandilla de niños chiflados y gordos. Es decir, la parte en que me mandó a la mierda.

—¡Le aseguro que tenemos *muchísima* experiencia en actuaciones amateur! —le digo cuando menciona lo de la «experiencia amateur». Pero no se ríe. Nadie se ríe cuando hago esa clase de chistes. Cuando Bill Murray dice chorradas de éstas, la gente se descojona. Me encantaría ser Bill Murray. Espero que todo lo que he leído hasta ahora sobre la evolución esté equivocado, y que algún día me

convierta en él. Ése es uno de los tres únicos planes que tengo.

Cuelgo el teléfono y miro a mis hermanos. Ellos también me miran.

—Ya sabéis lo que dice Annie sobre el futuro: ¡Ve a por él! —les digo.

—Ya te *dije* que esto era una estupidez —dice Krissi, y se quita la peluca de señorita Hannigan.

Al día siguiente, Krissi tiene que admitir que Lesbian Dennis y la Duquesa de York han muerto. Se han quedado secos dentro de su caparazón, y no reaccionan por mucho que les clavemos palitos hasta el fondo, y luego

alfileres.

Cuando resulta evidente que la Duquesa de York ha muerto, Krissi la atraviesa con una aguja. Lo hace con serenidad y sangre fría; es nuestro cirujano jefe de caracoles, y supongo que necesita llevar a cabo esta investigación médica.

Volvemos a cantar «Tomorrow» mientras los enterramos, y Lupin llora.

Pero, como le dice la madre superiora a Maria en *Sonrisas y lágrimas*, cada vez que Dios cierra una puerta, abre una ventana. Dos semanas más tarde, veo un anuncio en *Express &*

Star, nuestro único portal al resto del mundo.

Bajo el titular «¡Buscamos nuevos Wordsworths!», se pone en marcha un concurso, invitando a los «jóvenes poetas en ciernes de los Midlands» a presentar sus poemas sobre el tema de la «amistad». El premio es un cheque por valor de doscientas cincuenta libras, la publicación de tu poema en *Express & Star*, y la oportunidad de leerlo en *Midlands Weekend*, el programa magazine de los viernes por la noche de los Midlands, un programa que ve todo el mundo en los Midlands occidentales.

—Tendrías que participar en ese concurso, Johanna —comenta mi madre

mientras me como mi plato de estofado de carne en conserva.

En consonancia con mi ansiedad y mi recién descubierta determinación, no le digo a mi madre que ya tengo escritos dos tercios del poema. Últimamente me gusta guardar tantos secretos como sea posible, como para compensar el gravísimo error que cometí al revelar aquel tan importante. Por eso sé que estoy madurando. Porque sé guardar un secreto.

Pero desde hace dos días he redoblado secretamente mis esfuerzos por salvar a la familia: mientras monto guardia frente al buzón de siete de la mañana a doce del mediodía, por si

viene el cartero a entregarnos nuestra sentencia, también escribo montones de páginas de poesía en mi libreta. Las he contado minuciosamente, y ya he escrito más de 2200 palabras de borrador de mi poema. Hasta he conseguido rimar «amistad» con «lealtad»; creo que ha sido un logro épico.

Si hay alguien en los Midlands occidentales que este año vaya a ganar dinero escribiendo, ésa soy yo. En serio: voy a ser yo y nadie más. Me voy a llevar esas doscientas cincuenta libras.

¡Sí, señor! ¡Gano el concurso! Llega una carta, y todos nos ponemos a gritar,

y mamá enseguida se preocupa porque no sabe qué me voy a poner para ir a la tele («Tendrás que ponerte los vaqueros de tu padre, estás demasiado gorda para llevar los tuyos viejos»), y mi padre llama al tío Jim y le pide prestadas cuarenta libras para gasolina, «Es para llevar a mi hija a Birmingham», y pone diez libras de gasolina, y el resto se lo gasta en unos zapatos nuevos para Lupin, y en *fish and chips*, para celebrarlo, y no me parece nada mal.

Y me paso una semana histórica, y por fin llega el viernes, y me paso todo el día vestida con los vaqueros de mi padre (sentada en una silla, sin apartar la mirada del reloj; sin hacer nada más,

literalmente, que mirar fijamente el reloj) hasta que son las cinco de la tarde y es hora de salir hacia Birmingham, con mi poema en una carpeta marcada: «Carpeta de Johanna: POEMA».

A medio camino de Brierley Hill, apaga el radiocasete, donde sonaba *Brothers In Arms*, y señala el valle que hay abajo, silencioso y con las calles iluminadas. Son todo polígonos industriales vacíos, y pequeñas cintas enroscadas de viviendas.

—Cuando yo era un crío, subías a esta colina, y todo eso —y abarca con un gesto el valle que se abre ante nosotros estaba *que ardía*. Las fundiciones, las forjas, las herrerías. Los

talleres de cerámica. Todo esto relucía: salían chorros de chispas de quince metros de alto. Los fuegos nunca se apagaban. Parecía el *infierno*. Mordor. Ese libro que lees, *El Señor de los Anillos*, va de eso. Tolkien era de por aquí. Escribía sobre cómo la Revolución Industrial convirtió el Hobbiton de los Midlands en Mordor.

Me contó que un trabajador que se hubiera pasado todo el día en una forja, o en una mina, podía entrar en un pub y beberse catorce pintas, «y no se emborrachaba. Sólo recuperaba el líquido que había perdido. Imagínate si sudaban».

Sentados en un rincón veías a tipos a

los que les faltaba un pie, o con una mano aplastada. O veías una silla vacía. Era un trabajo brutal: humanos formando diminutas columnas de carne, rodeados de martillazos, fuegos y explosiones.

Mientras me contaba esas historias sobre el trabajo de su padre, y de los amigos de su padre, hablaba como si no estuviera seguro de si era bueno o malo que los hombres ya no trabajaran rodeados de fuego y sudando como cerdos.

Como muchos de los adultos a los que yo conocía, no se había formado una opinión clara del declive industrial de Gran Bretaña. Supongo que venía a ser como la muerte de una madre inestable y

excesivamente severa: era una madre inestable y excesivamente severa. Pero al menos *tenías* madre. Todo el mundo necesita a una madre. Supongo.

—Si eres de clase trabajadora y quieres salir de aquí, o te haces boxeador, o futbolista o estrella del pop —dice por fin—. Es la única salida que tienes. Evidentemente, yo escogí ser estrella del pop.

Hay una breve pausa, y los dos reflexionamos sobre su carrera, hasta el momento, como estrella del pop.

—Tú, en cambio —continúa mi padre—, escribes.

—Sólo es un poema, papá.

—Si puedes escribir un poema

bueno, puedes escribir *lo que quieras* —dice mi padre con firmeza—. Si practicas todos los días, llegarás a hacerlo muy bien y podrás escribir mil palabras sobre... una bombilla. O sobre... mi culo.

—¿Tu culo?

—O *tu* culo. ¡Has encontrado otra forma de salir de aquí, niña! —dice mi padre golpeando el volante con la palma de la mano—. Otra forma de salir de la mierda. Doscientas cincuenta libras por un puto *poema*. ¡Un chollo! ¡*Felicidades!*

Me retuerzo de felicidad, como hacen los gatos cuando por la calle un desconocido se agacha y les acaricia la

cabeza.

En los estudios de *Midlands Weekend* hay muchos focos de luz blanca y mucho ajetreo. Salir de nuestra casa débilmente iluminada y sin ninguna actividad concreta y llegar a esta... colmena resulta desconcertante. Todos van muy bien vestidos, llevan zapatos nuevos, y se nota que les pagan a fin de mes, que van a restaurantes y que follan.

Nunca he estado en el mismo edificio con gente que va a restaurantes y que folla. Nunca he ido a ningún sitio, ni he hecho nada. Es embriagador. Aquí la gente hace cosas.

Una tal Amanda nos lleva a mi padre y a mí a «la Sala Verde», que no es verde, y me bebo cuatro vasos de zumo de naranja, y siento una ansiedad parecida a todas las ansiedades que he sentido otras veces, pero a cámara rápida. Todo parece absolutamente irreal. Tengo la sensación de que voy a desmayarme.

—Todo parece absolutamente irreal. Tengo la sensación de que voy a desmayarme —le digo a Amanda, cuando me lleva por fin al plató; mi padre se queda en la Sala Verde, y me hace una señal de aprobación con el pulgar.

—¡Uy, no te desmayes! —dice

Amanda—. Después de ti va una cacatúa que ha aprendido a ir en monopatín, y si te desmayas tendremos que alargar su número seis minutos. Antes ya ha atacado a un documentalista.

El programa se emite en directo. Me colocan en mi sitio, adonde se acercará el presentador cuando me llegue mi turno. Las cámaras giran a mi alrededor; miro hacia abajo y me veo en los monitores, distribuidos por el suelo.

Y ojalá no hubiera mirado.

En mi casa no hay espejos. Ni uno solo. A mamá no le gustan: «Se rompen, y eso trae mala suerte.»

Así que, desde hace catorce años, siempre he tenido que contentarme

con... imaginar el aspecto que tengo. Para verme, me dibujo, una y otra vez, en mis blocs de dibujo: con grandes ojos, y pelo largo, y vestidos preciosos con ribetes de piel y perlas. Al fin y al cabo, cabría la posibilidad de que *tuviera* ese aspecto, y desde luego, es más útil dibujarte así que no hacerlo, ¿no?

Sí, claro, he visto muchas veces mi reflejo, impreciso, en los escaparates de las tiendas del centro, pero esos escaparates no me conocían; sólo me habían visto un segundo al pasar; ¿cómo *podían* saber qué aspecto tenía? ¿Cómo podía reflejarte tan deprisa un cristal? El cristal, con las prisas, se equivocaba.

Pero aquí, en los monitores, en el plató, me veo de cuerpo entero, en color, por primera vez en la vida.

Y aunque podría haber pasado en cualquier otro sitio (y en una situación mucho más dramática, y más noble), cuando me veo en el monitor se me parte el corazón.

Porque el mayor de mis secretos, el secreto que jamás revelaría, aunque eso significara mi muerte, el que ni siquiera escribiría en mi diario, es que en realidad, en el fondo, lo que quiero es ser guapa. Lo deseo muchísimo, porque eso me protegerá, y me dará suerte, y porque no serlo resulta agotador.

Y aquí plantada, mirándome,

horrorizada, en el monitor, veo lo que inmediatamente verán un millón de personas: que no lo soy. Que no soy nada guapa.

Soy una chica muy blanca de piel, con la cara redonda, cejijunta, los ojos demasiado pequeños y el pelo lacio del color de un ratón muerto, y no soy nada guapa. Estoy gorda: una gordura sólida y pálida que hace que parezca una nevera barata que alguien haya subido al plató, y a la que alguien muy cruel le ha pintado una cara de niña angustiada.

Me miro en el monitor y veo cómo rápidamente agacho la cabeza y miro el poema que tengo en las manos, y que lo leo con mucha atención, porque no me

importa mi aspecto. Soy poetisa, y escritora, y trabajo con corazones, almas y palabras, y no con carne, vanidad y un vestido que me habría hecho parecer mejor. No importa que sea fea.

Bueno, luego tendré que explicármelo. Ya demostraré que no importa que sea fea.

Y cuando el presentador de *Midlands Weekend*, Alan «Wilko» Wilson, camina hacia mí (las cámaras anuncian su trayectoria por el plató, como cortesanos haciendo una reverencia, al dar marcha atrás) y empiezo a volatilizarme por efecto del nerviosismo, de pronto me acuerdo de una cosa muy importante de *Midlands*

Weekend. Me acuerdo, de hecho, de la clave de *Midlands Weekend*: en los Midlands todo el mundo odia este programa. Sólo lo ven para ponerlo por los suelos.

Aparecer en *Midlands Weekend* significa ofrecerte a ti mismo en un sacrificio a todos los zapeadores aburridos y despectivos de los Midlands. Me van a destrozar.

Y en ese preciso momento, me explota el cerebro.

«AMISTAD», POR JOHANNA
MORRIGAN

¿Quién es mi mejor amiga? ¿Mi compañera, mi compinche?

Mi mejor amiga es mi amiga animal

Mi perra —que se parece a

Limahl^[8].

No es ningún ser humano

Que podría revelar secretos y

esperanzas

Traicionar tu susurro más íntimo

O que te aplasta el corazón, y luego

se regodea.

Sino... ¡oh! El lobo de

Wolverhampton

Formamos una manada de dos

Tú me has visto en horas bajas

Y sé que seguiré a tu lado.

No puedes abrazarme con tus patas

—Lo sé, lo sé, ya lo he intentado.

Pero Bianca, yo sé que tú me

abrazas —Con la mirada.

—¡Ésta es Johanna Morrigan, del barrio de Vinery de Wolverhampton! — dice Alan, y entra en mi plano—. A ver, Johanna, quiero pedirte una cosa.

—No estaría bien que tú y yo saliéramos juntos, Alan —le digo.

No sabía que iba a decirle eso a Alan hasta que lo digo. El miedo no me deja pensar; es una reacción completamente automática. El chiste *me ha obligado* a que lo diga, como solíamos decir Krissi y yo.

Alan se queda muy conmocionado, lo que me sorprende mucho. Años más tarde, fue objeto de una investigación

por parte de Yewtree^[9], y descubrieron que tenía una colección de bragas de adolescente, así que, en retrospectiva, entiendo por qué se alarmó tanto.

—¡Ja, ja, ja! ¡Johanna! Ya veo que eres muy chistosa —dice Alan. Se recupera y mira hacia la cámara—. Así que quieres mucho a tu perra, ¿no?

—Sí, Alan.

—¿Siempre la has querido mucho?

—Sí, Alan.

—Johanna, la semana pasada vino una vieja amiga del programa, Judith Trevalyn, de Redditch. Ella opinaba que habría que *matar* a todos los perros de razas peligrosas: rottweilers, dóbermans, pitbulls y pastores

alemanes. ¿Cómo reaccionarías tú si *mataran* a tu «loba»?

—Como digo en el poema, Bianca es mi mejor amiga —digo con seriedad—. Si mataran a Bianca sería como si mataran a *mi mejor amiga*.

—¿Y cómo te *sentirías*?

Lo pienso un momento y digo:

—¡Me pondría como loca!

No quiero que «como loca» suene *demasiado* fuerte, así que pongo cara de loca simpática. Me pongo bizca, hago una mueca. Describo círculos con un dedo junto a la sien.

Por lo visto, no es suficiente: Alan se queda callado, como a la espera de que yo diga algo más. Para complacerlo,

digo:

—Somos como Shaggy y Scooby Doo. Mejores amigos para siempre.

Para aclarar a qué me refiero, hago una cosa que ahora sé que *nunca* debes hacer en un programa de televisión si eres una adolescente friki y gorda, dominada por tu primer ataque de odio existencial a ti misma, mientras te observan, con ojo ultracrítico, todos los habitantes de tu ciudad natal.

Sin dar explicaciones, me marco una apasionada imitación de Shabby:

—¡Scooby Doo! ¿Dónde estaaaaaás? —Lo repito—: ¡Scooby Doo! ¿Dónde estaaaaaás?

Respiro hondo. Me parece que sé

qué voy a hacer a continuación.

—¡Scooby Dooby Dooooooooooooo!
—aúllo. Dándolo *todo*—. ¡Scooby
Dooby Dooooooooooooo!

En el coche, en el camino de vuelta a casa, mi padre casi no abre la boca. Se tarda una hora en ir de Pebble Mill a Vinery, y no dice nada hasta que casi hemos llegado a casa, cuando salimos de Penn Road y entramos en el barrio.

—Johanna —me dice.

Mira hacia mí. Yo no he parado de llorar; he llorado tanto que se me han solidificado los senos nasales. Voy a arder. *Quiero arder.*

Con ese fin, me he abrochado el anorak hasta arriba, para generar calor. Quiero que en este asiento de pasajero no quede nada más que un montón de cenizas y algo parecido a una pata de cerdo calcinada, como en las fotografías de combustión espontánea en humanos que he visto en *Beyond explanation?* (Jenny Randles).

He tenido que poner el poema a secar en el salpicadero, de lo que he llegado a llorar encima de él.

—Johanna —dice mi padre, como si se dispusiera a darme una información que debería haberme dado hace mucho tiempo (en el momento de nacer yo, quizá), pero trágicamente olvidada hasta

ahora. Habla como si se culpara de todo lo que ha pasado esta noche, y como si estuviera decidido a impedir que vuelva a pasar—. Johanna, nuestro apellido es «Morrigan». No «Payaso».

Debo recordarlo. Soy una Morrigan. No soy ninguna payasa.

Durante unas semanas las paso canutas. Como salimos en el listín telefónico, un grupito de alumnos de mi colegio, reducido pero muy entregado, se dedica a llamar por teléfono a mi casa y gritar «¡Scooby Dooby Dooooo!» y colgar.

Afronto la situación con todos los

mecanismos que conozco: me tumbo debajo de la cama con la perra y leo *Mujercitas*, y como sándwiches de mermelada mojados en chocolate deshecho instantáneo.

Creía que ya había pasado todo, pero dos martes después mi padre entró en casa enfurecido. Alguien había dibujado un Scooby en la cancela de la parte de atrás, con pintura negra, y había escrito «La máquina de los misterios» en un lateral de la furgoneta.

—Nos han pintado un puto... perro subnormal yanqui en la puerta, Johanna —me advirtió, como si fuera mi última oportunidad—. Me han *pintado* la furgoneta, joder.

La única persona que conocemos que puede volver a pintar la furgó es Johnny Jones, que casualmente birló un kit de espráis de pintura en Wickes cuando trabajaba allí; pero resulta que está en Leicester, visitando a su ex mujer.

Así que durante dos semanas nos paseamos por ahí en «La máquina de los misterios», y mi padre tiene que aparcarla cerca de las paredes, o junto a los setos, para ocultar lo que le han escrito, y eso lo pone de muy mal humor.

Sobre todo cuando, pálido por la resaca, sale de la furgó delante de la carnicería, y el carnicero lo saluda diciendo: «¡Ay! ¡Un fantasma!»

Y, como es lógico, ya no puedo salir por el barrio para nada. Espero pacientemente ante la puerta de la calle, pero la llegada del correo ya no me alivia. Antes de prenderme fuego a mí misma, inútilmente, en *Midlands Weekend*, tras revisar las cartas llamaba a Bianca con un silbido, me iba a la biblioteca y me pasaba toda la tarde allí, con mis autores.

En cambio, ahora ni yo ni mis hermanos podemos salir de la casa a la luz del día. Hay un grupo de chicos que no paran de gritarle a Lupin: «¡Oh, Shaggy! ¡Es Shaggy!» Mientras que yo,

con mis gafas de la Seguridad Social, soy «Vilma la Gorda». No podría haber escogido peores dibujos animados para citar. Soy un genio proporcionándole munición al enemigo.

Así que, mientras el verano avanza, seguimos atrapados dentro, tropezando unos con otros. Todos me tratan como si yo fuera gilipollas. Lo único bueno que pasa durante todo ese periodo es que llega el premio: mi cheque de doscientas cincuenta libras.

Le hacemos una ovación al sobre. Lo abro; todavía estoy avergonzada, pero al menos soy rica. Tengo grandes planes para este dinero. Al menos, ha valido la pena sufrir.

Pero entonces, una semana más tarde, se rompe el embrague de la furgoneta, y mi padre aparece en la puerta de mi habitación.

—Voy a necesitar esa pasta, nena — me dice.

Se gasta ciento noventa libras en la reparación del coche, y el resto va para el descubierta (treinta libras) y para el Red Lion (treinta más).

Ahora, arruinada otra vez, y tumbada debajo de la cama, clavo la vista en la parte de abajo del somier, tres dedos por encima de mi cara.

Abajo suena el teléfono. Se pone mi

madre.

—Sí, sí, qué risa. ¿Eres el hijo de Barbara Lemon? Vete a tomar por el culo.

Otra llamada Scooby Doo.

Me siento como Scout Finch^[10] cuando todo el pueblo discrimina a Atticus, sólo que, en lugar de intentar salvar de la silla eléctrica a un negro condenado injustamente, lo que hice yo fue escribir un poema que daba a entender que soy una virgen leprosa y solitaria que quiere follar con su perra; y para rematar la jugada, imitar a un personaje de los dibujos animados de Hanna-Barbera en directo por televisión.

No sólo no he ganado una fortuna que salvará a mi familia del desastre, sino que, además, en el barrio nos consideran más frikis y se burlan de nosotros mucho más que antes. Y ya es decir, teniendo en cuenta que a nuestra casa la llaman «La casa del jugador de sumo» por el Buda enorme que adorna una de nuestras ventanas.

—*Soy como una gota de veneno que echan al pozo / Y que ya no se puede sacar* —me digo, compungida. Me encanta citar mi propia poesía—. *Soy la espora que salió volando / Por encima de la muralla.* Y la persona más gorda que ha salido jamás en *Midlands Weekend*.

Me quedo allí tumbada un minuto, hasta que me ilumino. Es como si alguien iluminara una tejonera con una linterna; se oye, de fondo, el ruido de palas trabajando.

No hay vuelta de hoja: voy a tener que morir.

Segunda parte

Cómo se hace una chica

5

La idea de suicidarme me entusiasma. Parece una solución muy noble, y eso resulta gratificante. Ha llegado un monstruo a la ciudad (yo), y sólo hay una heroína que pueda matarlo: yo.

No voy a suicidarme *de verdad*, por descontado. Para empezar, sospecho que podría oponer resistencia, y pelear duro (a mordiscos, seguramente); además, en realidad no quiero *morirme*. No quiero que haya un cadáver encima de la cama, y que eso sea el final. No quiero *no vivir*.

Lo que quiero es... no seguir siendo *yo*. Tal como soy ahora, nada funciona.

Básicamente quiero vivir en el anuncio de aquel banco, el de la canción «Easy like Sunday morning»: en un piso enorme de Londres, tipo *loft*; llevo puesto un albornoz gustoso y leo el periódico.

Luego saldré a la calle con un precioso vestido verde, y diré algo tan gracioso que alguien *tendrá* que acostarse conmigo. Eso es lo que quiero. Ése es mi futuro.

Tumbada debajo de la cama, me planteo qué probabilidades hay de que a la Johanna Morrigan actual se le presente ese panorama. Son

asombrosamente escasas. Por la sencilla razón de que no tengo los *recursos* necesarios.

«Voy a necesitar un barco más grande»^[11], pienso.

Así que... vuelvo a empezar desde el principio. He leído muchas veces la locución «un hombre hecho a sí mismo», pero siempre la había entendido mal. No me imaginaba a un tipo de clase trabajadora que se forjó en las fábricas y que acaba forrado, fumando puros y con los zapatos demasiado brillantes, sino algo más elemental, y más fabuloso: una especie de hechicero, de esos

creados con hilo de plata, ambición y magia.

«Un hombre hecho a sí mismo»: no nacido de mujer, sino creado mediante alquimia, a base de fuerza de voluntad, por él mismo. Eso es lo que quiero ser. Quiero ser una mujer hecha a sí misma. Quiero conjurarme a mí misma, a partir de cualquier cosa chispeante y que se mueva deprisa que vea. Quiero ser mi propia creadora. Voy a engendrarme a mí misma.

Lo primero que voy a quemar es mi nombre. «Johanna Morrigan» ya no proporciona buenas asociaciones. «Johanna Morrigan» es la respuesta que daría cualquiera de por aquí a la

pregunta «¿Quién dirías que la ha cagado últimamente?».

Recopilo una lista de posibles nombres, y se la enseño a Krissi.

Mi hermano está en su cama, tejiéndose una gorra con borla mientras escucha un audiolibro de Agatha Christie de la biblioteca. Un chico grandote y pálido encorvado sobre un par de agujas de hacer punto diminutas. Krissi se enfada mucho si le dices que hacer punto es de chicas.

—En sus comienzos, hacer punto era un hobby de hombres —aclara mientras maneja las agujas con sus grandes y

blancas manos—. Ibas a cabrear a un montón de pescadores escoceses si les dijeras que era cosa de mujeres. Te pegarían con un bacalao salado gigante, Johanna. Y yo pagaría para verlo.

Apago el audiolibro en el momento en que Poirot se toma una *tisana*.

—A Poirot no le costará mucho averiguar quién te mató. —Krissi finge clavarme la aguja de hacer punto en el corazón y vuelve a poner el audiolibro.

Lo vuelvo a apagar.

—Krissi, me voy a cambiar el nombre. ¿Qué nombre crees que podría ponerme?

—«Albóndiga.» Y ahora vete al cuerno.

—En serio, K.

Krissi sabe lo depre que estoy. Hace dos días me encontró tumbada boca abajo y llorando encima de una compresa que había colocado bajo mis ojos con objeto de calibrar el volumen de mi sufrimiento. A mi hermano le hizo gracia, pero también se mostró comprensivo.

—Ya te lo he dicho, «Albóndiga» — insiste, pero teje más despacio, como si me estuviera escuchando.

Busco un nombre delgado, ligero y potente como un planeador de aluminio: voy a subirme a ese nombre, voy a esperar a que llegue una térmica, y entonces me iré volando hasta Londres,

donde está mi futuro.

Tiene que quedar bien impreso (tiene que sentarle bien la tinta negra), pero también tiene que sonar alegre cuando lo griten de un extremo a otro de un bar. Tiene que sonar a grito de júbilo.

La lista de nombres que compongo es una prueba, por sí sola, de por qué, en general, es mejor que las adolescentes no se queden embarazadas. Porque así como las adolescentes están perfectamente capacitadas para criar a un hijo, son propensas a escoger unos nombres penosos.

—¿Qué te parece «Jamie Onna»? —
pregunto.

Respuesta inmediata:

—Te llamarán Jamona.

—¿Y «Eleanor Vulpine»?

Una mirada.

—¿«Kitten Lithium»?

—¿Buscas nombre para un ser humano? ¿Seguro que no buscas un nombre para que Iggy Pop se lo ponga a un nuevo gato de la serie *Blue Peter*?

—Sí, es para mí. ¿Qué me dices de «Laurel Canyon»? Es donde vivían Crosby, Stills, Nash y Young en los sesenta. El Valhalla de los hippies. Podría llamarme Laurel Canyon.

—Odio a Crosby, Stills, Nash y Young. Creo que son unos hijos de perra.

Parpadeo. Joder. Krissi sonrío.

—¡Que no!

Pero tiene una mirada fría.

—Mis preferidos son «Belle Jar» y «Dolly Wilde». Belle Jar como *The Bell Jar*, ya sabes, *La campana de cristal* de Sylvia Plath; y Dolly Wilde, que era la sobrina de Oscar Wilde. Era una lesbiana alcohólica de la hostia, tope escandalosa, y murió muy joven.

Krissi me mira.

—¿Y éstos son los nombres que te han de llevar a una vida mejor y más feliz?

—En serio, Krissi: ¿cuál te gusta más?

—¿No puedes seguir llamándote «Johanna Morrigan»?

—No, no puedo llamarme Johanna Morrigan. No puede ser.

Krissi suspira.

—Pito, pito, gorgorito, dónde vas tú tan bonito. A la cera verdadera, pim, pom, fuera.

Una hora y media más tarde, estoy en la farmacia de Queen's Square, birlando delineador negro de la marca Rimmel y escondiéndomelo en el bolsillo de la chaqueta. Ya vislumbro mi destino. Estoy contenta por primera vez desde que salí de casa de Violet.

Robar este delineador es correcto moralmente, porque lo necesito. Lo necesito para dibujar la cara de Dolly Wilde sobre la mía.

6

Me encanta Dolly Wilde. Es mi nueva mascota. Es un prototipo de Tamagotchi de principios de los noventa. Soy mi propia amiga imaginaria. En muchos aspectos, éste es el mejor hobby, y el más sano, que podría haber descubierto: ser yo misma. Voy a quitarme este gastado caparazón y voy a subir de categoría.

En la pared, encima de mi cama, empiezo a pegar con Blu-Tack cosas que creo que me serán útiles para esta tarea: una colección de atributos con los que me gustaría dotarme, ahora que empiezo

desde cero. Será como esas escenas de las series de detectives en las que cuelgan todas las pistas en la pared y se quedan mirándolas mientras suena la música, hasta que de pronto... ¡zas! Ya saben quién es el asesino; entonces cogen el abrigo y salen corriendo.

Voy a colgar en esta pared todas las pistas que tengo sobre cómo ser mejor, y me quedaré mirándolas mientras escucho *The Best of The Hollies*, hasta que de pronto... ¡zas! Sabré quién soy, cogeré mi chaqueta y saldré corriendo a pegar un polvo.

Recorto fotos de *Radio Times*, de libros y de revistas de los mercadillos de beneficencia. Las mujeres: Barbra

Streisand en *Hello, Dolly!*, Ana de las Tejas Verdes y Miranda Richardson como la reina Isabel I en *La víbora negra*: un triunvirato de pelirrojas indomables. Luego, las morenas: Dorothy Parker, con abrigo de pieles; Kate Bush, en camisón; Elizabeth Taylor, con un colocón. Por lo visto, no tengo tiempo para las rubias, excepto para Bugs Bunny, disfrazado de mujer, seduciendo al inútil de Elmer Gruñón. Yo podría ser esa mujer, desde luego: un conejo de dibujos animados disfrazado de chica que intenta follar con un calvo tartamudo. Sí, ya lo creo: yo sería capaz de hacer eso.

Agrupo a los hombres en mi pared:

un círculo imaginario de amantes-hermanos. Dylan Thomas fumándose un pitillo; Orson Welles burlándose del mundo entero con *La guerra de los mundos* y pasando de todo. George Orwell: ¡qué noble! ¡Qué inteligente! ¡Qué muerto tan joven! Tony Benn^[12] inventando sellos e inaugurando la Torre de Correos. Rik Mayall^[13] como Lord Flashheart en *La víbora negra*, pegándole patadas a la puerta y gritando «¡Guau!»). Una fotografía de Lenin cuando era muy joven; no sé exactamente qué se disponía a hacer cuando se la tomaron, pero sí sé que está superatractivo: grandes ojos marrones, fular chulo y pelo despeinado. Nadie

que sea tan guapo puede ser *demasiado* malo, estoy segura.

Y luego, palabras: el resto de la pared lo ocupan las palabras. La página de *En el camino* sobre los «fabulosos cohetes amarillos». El discurso de Scarlett O'Hara «A Dios pongo por testigo de que jamás volveré a pasar hambre», que contemplo, pensativa, mientras me como unos sándwiches de queso. La letra de «Rebel Rebel» y «Queen Bitch». Cuando Bowie dice, aullando, que él sabría hacerlo mejor, me parece oír a otra persona joven, atrapada en algún otro lugar, mirando por la ventana e imaginando un mundo mucho mejor que ella podría inventar si

la dejaran ponerse a los mandos del cacharro. Si pudiera colarse en la sala de máquinas sólo veinticuatro horas, con una caja de herramientas.

Algunas frases las escribo directamente en la pared, para que no se pierdan. Estoy haciendo un collage de mí misma en la pared de mi cuarto.

Y a medida que armo el interior de mi cabeza, como si decorara un apartamento nuevo, también altero mi aspecto externo. En los mercadillos benéficos evito mis compras típicas, cosas que mis padres habrían calificado de «enrolladas». Como a la mayoría de los hippies, les encantan los colores chillones; si te ven coger un grueso

jersey de lana con arcoíris, hecho a mano, te dicen: «¡Con ese jersey vas a estar superelegante, hija!»

Pero ya no voy a ponerme esas cosas. Se acabaron los colores.

Ahora voy de negro. El negro es mucho más indicado para los negocios. Como los salteadores de caminos malos. Botas, leotardos, pantalones cortos, blusa: todo negro, con una chaqueta de frac negra de camarero que me aprieta demasiado las tetas, pero no importa. Soy Chick Turpin. Soy Madame Ant^[14]. Voy a asaltar unas cuantas diligencias camino de Londres y voy a robarles mi nueva vida a los pasajeros.

También me tiño el pelo de negro,

con un bote de Movida birlado; por lo visto, las medidas de seguridad de la perfumería se limitan a un letrero que reza: «Los ladrones serán denunciados» en la puerta. Con gran acierto, alguien lo ha enmendado, tachando varias letras y añadiendo otras con un rotulador negro, para que diga: «No renuncies», y eso se está convirtiendo en mi nuevo lema.

En la perfumería puedes birlar lo que quieras. Como por ejemplo, pintalabios rojo brillante: me lo pongo como si no hubiera mañana.

Cuando empiezan otra vez las clases, en septiembre, mi nuevo color de pelo inspira diversos comentarios.

El mejor es el de Emma Pagett:

«¡Hostia, pareces una muerta, como Winona Ryder!»

El peor es el de Craig Miller, de pie detrás de ella: «Pareces Winona Ryder muerta, más bien. ¡Ja, ja!»

No me inmuto ante sus observaciones. Craig Miller es un chico que hace oler a las chicas *que le gustan* los pedos que se tira en la mano. No es Giacomo Casanova (*Historia de mi vida*), a quien sé que yo le gustaría, porque le gustan las mujeres inteligentes (y los culos grandes).

Un mes después de lo de *Midlands Weekend*, bajo a hacer mi turno de vigilancia junto a la puerta de la calle, vestida de Eduardo Manostijeras

haciendo horas extras de camarero. Paso las horas bordando (*Diseños tradicionales y folk*, de Alan y Gill Bridgewater) mi nombre, «Dolly Wilde», en todas mis prendas de ropa: en el pecho de mi chaqueta, en las vueltas de mis pantalones cortos, a la altura de los muslos. Me estoy marcando. No quiero olvidar mi nombre.

Ahora mi trabajo consiste en hacer a Dolly Wilde. Disfruto con la sensación de que decidir quién soy es un *trabajo*. Ahora tengo una profesión, y soy la única de la casa que la tiene. Compruebo que mis niveles de ansiedad han descendido muchísimo.

Este martes, concretamente, he decidido que el proyecto del día es el *networking*. Me he puesto muy seria con esto de ser yo. Según la biblia del empresario, *La gerencia de empresas* (Peter F. Drucker), tienes que «encontrar a otras personas que estén en tu misma línea de trabajo, y contactar con ellas».

Mi prima Ali se ha reinventado a sí misma hace poco (a saber, se hizo gótica el año pasado), de modo que subo al centro a establecer contacto con ella.

Y me llevo a mi socio.

—¿Qué quieres?

Me quedo quieta, parpadeando.

Estoy ante la estatua del Man on the ‘Oss, con mi prima Ali y su pandilla de cuatro chicos góticos; a uno lo conozco del colegio. Oliver. Estoy segura de que es el único chico de Wolverhampton que se llama Oliver. Me acuerdo de cómo era antes de hacerse gótico: todos los días, en el comedor, los chicos lo rodeaban en la cola, diciendo «¡Por favor, señor, quiero un poco más!» con voz quejumbrosa, y luego lo empujaban contra una pared. Francamente, con esas estadísticas, sólo era cuestión de tiempo que se hiciera gótico.

Los saludo con un alegre «¡Hola!», pero no funciona.

—¿Quieres algo? —me pregunta

Ali.

No sé cómo seguir. Estoy casi segura de haber interpretado bien esto: de que éste es el reducto de los solitarios. De que, culturalmente, deberían archivarme en esta categoría: «Góticos, sentados junto a monumento a los caídos.» Gente sin ninguna fuerza en la parte superior del cuerpo que lee poesía. Ésta es mi gente. Llevo mi chaqueta de camarero negra, botas negras, leotardos negros y tanto delineador de ojos que parezco un frailecillo.

Yo creía que, después de hacer todo este esfuerzo, la contracultura te aceptaba, sencillamente. No sabía que había un *proceso de selección*.

Vuelvo a pestañear.

—Soy tu prima. Johanna. La hija de Pat.

Ali me mira durante un minuto; es una mirada dura, evaluadora.

—Te pareces a la abuela —dice por fin.

—¡He heredado su cama!

—Yo he heredado la jaula de su periquito. Voy a poner un hámster —dice Ali.

Silencio.

Tres metros más allá, mi socio Lupin persigue una paloma. Le he hecho un disfraz genial: últimamente está obsesionado con los tigres, así que le he hecho unas orejas y una cola de tigre que

lleva prendida con alfileres a la parte de atrás de los pantalones. Persigue la paloma y le grita: «¡GGGGRRRRR!»

Un chico levanta la cabeza y dice:

—¿Va contigo, Ali?

Ali se encoge de hombros. Yo también. El chico se encoge de hombros, y yo también, otra vez.

Joder, ¿en esto consiste ser adolescente? No lo digo con intención de ofender, pero me divertía más enseñando a Lupin a utilizar el orinal, cuando estaba en aquella fase en que se cagaba detrás del sofá, tiraba la caca en el orinal y reclamaba un premio. La verdad es que era entretenido.

—Ah, ¿y eres gótica?

Eso lo dice el chico. Mira mi atuendo, todo negro.

—Bueno, ¿ser gótico es un tema sencillo, binario, «blanco o negro»? —pregunto, como haría un profesor anciano en el programa de radio *The World at One*, señalando sus caras blancas y su ropa negra.

Nada.

Tío, he visto clips de Gilda Radner haciendo reír a la gente a carcajadas en *Saturday Night Live* con esa clase de chorradas. Dudo mucho que haya alguien en esta ciudad que algún día vaya a reírse de mis chistes. Aquí no entienden ni un pijo de deconstrucción. A lo mejor tengo que irme a vivir a Nueva York.

—Digamos que tengo... curiosidad por lo gótico.

Más silencio.

—¿Qué grupos te molan?

Ha vuelto a hablar el chico. Ali no dice nada, y deja que el chico me interrogue.

Pienso durante un minuto.

—Bueno, los Beatles, como es lógico. Zeppelin. *The Best of Simon & Garfunkel*. Toda esa...

Pienso.

—... mierda.

El chico me mira fijamente. Es evidente que no lo estoy impresionando.

—¿No te gusta ningún grupo moderno? —me pregunta por fin.

—¡Ya lo creo! —digo con seguridad—. Roachford. Dire Straits. Y Michael Jackson, aunque parece un payaso, la verdad.

También me gusta Tina Turner. Me he inventado toda una coreografía para «Steamy Windows», con una escoba en lugar de bastón, pero eso no se lo digo. Me mira como si esta conversación fuera un juego que estoy perdiendo por goleada.

—... pero sobre todo John Coltrane, y Charlie Mingus —me apresuro a añadir—. Todos los músicos de jazz auténticos.

Es mentira. Odio el jazz. Me parece música de chiflados. Pero a mi padre le

gusta, y recuerdo su sabio consejo: «Cuando necesites imponerte, habla de jazz, Johanna. A la gente la descoloca.»

El chico sigue mirándome. Ali se aparta un poco de mí. Espero un minuto, pero tengo la impresión de que esta conversación ha terminado.

—Bueno —digo. No puedo creer que el jazz me haya fallado. Me pregunto respecto a qué más estará equivocado mi padre—. Bueno, tengo que... —Me levanto. Lupin está a unos seis metros, persiguiendo una paloma coja con una sola pata—. Ya me... marchó.

Ali hace una señal casi imperceptible con la cabeza. El chico me ignora por completo. Este primer

encuentro con la contracultura de Wolverhampton ha salido mal. Un cero sobre diez. Me ha faltado preparación.

Voy a necesitar un barco mucho más grande. Éste es mi problema recurrente.

Miro hacia el otro lado de la plaza, donde está Record Locker, la tienda de música independiente de Wolverhampton. Tomo una decisión.

—Vamos, Lupin. —Me levanto y le tiendo una mano—. Hemos de buscar pastos más frescos.

Ésa era la frase de despedida tradicional del crítico del *New Yorker* Alexander Woolcott, la que formulaba después de algún desastre, como por ejemplo un colapso por borrachera, o

una metedura de pata brutal en público. Lupin me da la mano (mientras sigue intentando patear la paloma) y me dirijo hacia la tienda.

Ojalá estos hijos de puta supieran quién es Alexander Woolcott. Entonces me respetarían mientras me vieran alejarme. Pero los oigo reír. Oigo que Ali dice:

—*Diossss.*

Estoy a punto de hacer lo que, sin ninguna duda, es lo más valiente que he hecho jamás. Las tiendas de discos no son para mujeres, eso lo sabe cualquiera. Son la cabaña en el árbol

con un letrero que reza «Chicas no», el equivalente para jóvenes que aman la música del salón de fumadores para caballeros. En mi fantasía más paranoide, cuando abro la puerta, deja de oírse la música, y todos vuelven la cabeza, como en un bar del Lejano Oeste cuando entra un forastero.

Cuando abro la puerta, deja de oírse la música, en efecto, y todos vuelven la cabeza. Que pare la música sólo es una coincidencia: se ha acabado el disco; pero que todos giren la cabeza, no. Los chicos que están encorvados sobre los expositores llevan el pelo largo, chaqueta militar y botas Doc Martens; hay un par con cazadoras de cuero

gastadas. Junto a los discos de cuarenta y cinco revoluciones veo a un par de tipos de la onda de Madchester^[15]. Todos pertenecen a la contracultura. Están autorizados a venir aquí.

Por el contrario, yo soy una chica gorda con una chaqueta negra de camarero y una blusa que le da la mano a un crío pelirrojo de seis años que lleva orejas de tigre y cola de tigre, y que mira a una paloma que se pasea por el suelo y le grita: «¡QUE VIENE EL ÁGUILA!»

Empieza a sonar la cara B de *Bummed*, y todos vuelven a desviar la mirada. Algunos se sonríen, pero no me importa. Yo mantengo relaciones

sexuales satisfactorias y regulares con un cepillo del pelo, y soy la hija bastarda de un hijo bastardo de Brendan Behan^[16]. Se arrepentirán. Tarde o temprano, se arrepentirán.

—Muy bien —dice el dependiente detrás del mostrador. Tiene el pelo negro y grasiento y lleva una camiseta de Sepultura; sé, por el logo, que eso es un signo internacionalmente conocido de que el tipo mata a mujeres y se las come.

—¡Sólo estoy mirando! —le digo, con tono alegre, y voy hacia el primer expositor de discos con aire decidido. Estoy en la «M». Miro las fundas de

discos aparentando entender mucho del tema, e intento averiguar, a partir del diseño de la portada, qué grupos me gustarían. Morrissey: su álbum debut, *Viva Hate*. Un poco deprimente. Mega City Four: piercings. En la nariz. Eso debe de *doler*. Me pregunto si cuando te sueñas salen trozos. Del agujero.

Lupin coge un disco de Van Morrison, lo manosea y se le cae.

—¿Buscas algo en concreto? —me pregunta el dependiente, bastante borde. Un par de chicos vuelven a mirarme. ¿Y si vuelvo a intentarlo con el jazz?

—*Escalator over the Hill* de Carla Bley —contesto.

Es el peor disco de mi padre, con

diferencia: un álbum doble experimental de ópera *free-jazz* que consigue vaciar el salón cada vez que lo pone (generalmente, borracho). Ni siquiera él es capaz de escucharlo durante más de media hora sin ponerse a gemir, como si le provocara un tremendo sufrimiento. A mugir.

—Aunque es muy poco conocido, supongo que no debes de tenerlo —digo con tono lastimero. *Confúndelos con jazz*—. Es de *jazz* —aclaro, amable.

—¿De Johnny Hates Jazz? —dice el hombre con una voz atronadora—. No, ése no lo tenemos.

—No —digo, un poco asustada—. No es de Johnny Hates Jazz.

Hasta yo sé que Johnny Hates no valen una mierda. Esas chicas con esas permanentes... Entrar en esta tienda y preguntar por Johnny Hates Jazz viene a ser como una condena a muerte.

Pero ya es demasiado tarde: los chicos han empezado a reírse.

—No, no es de Johnny Hates Jazz. Es de Carla Bley —insisto, aunque me estoy jiñando—. Es ópera jazz. Bueno, da igual, ya lo buscaré en otro sitio.

Me preparo para irme de la tienda altivamente, pero Lupin tiene una revista en la mano.

Intento quitársela a toda prisa.

El papel se rompe. Miro hacia arriba, acongojada. Si piensa cobrarme

la revista, no tengo dinero. Tendrá que... matarme y comerme en la trastienda, varias veces, hasta que haya saldado la deuda.

—Es gratis —dice el dependiente, y señala la puerta de la tienda—. Es una revista gratuita. Cógela. Llévatela.

—Vamos, Lupin —digo mientras abro la puerta con toda la dignidad de que soy capaz—. Vamos a ver a Alexander Woolcott. Nos está esperando.

El chico que está junto al expositor más cercano a la puerta se encorva sobre los discos y me da una cosa.

—La cola de tu hijo —dice, y me da la cola de tigre de Lupin.

Ya estamos con el rollo ese de los hijos. ¡Joder, NO ES MI HIJO! DE HECHO, SOY VIRGEN, PARA QUE LO SEPAS. Pero no lo digo, evidentemente.

En el autobús, de camino a casa, Lupin se apoya en la ventanilla, adormilado; le quito la revista, rota y pegajosa, y me pongo a hojearla. Es una revista musical gratuita que se llama *Making Music*. La portada promete mostrar al interesado lector los entresijos de la última gira de Del Amitri, revelar los «secretos de micrófono» de Midge Ure, y enseñarle el estudio de Los Ángeles del legendario

bajista de sesión Pino Palladino. Para mí ha sido como encontrar todo el contenido de la cabeza de mi padre, impreso. Mira que yo puedo leer *cualquier cosa* (puedes preguntarme los ingredientes de la sopa inglesa de fresa Birds; me he leído el paquete de cabo a rabo), pero esto no puedo leerlo ni yo.

Sin embargo, en la página cuatro hay una columna llamada «J. Arthur Rank», que reproduce «las sandeces que escribe la gente en las revistas». Los músicos lectores, furiosos, envían citas de la prensa musical que les parecen insoportablemente pedantes.

Craig Ammett, en su reseña de The Touch para *Melody Maker*, afirma:

«Esto es el sonido de Dios al explotar, y muy despacio. Y de los escombros al clavarse en la cara de Dalí.»

Por su parte, Ian Wilkinson, de *Disc & Music Echo*, es censurado por elogiar un LP de Sore Throat describiéndolo como «... la veloz transformación de unas amebas musicales que hacen chistes privados en delfines supersónicos».

Y David Stubbs, también en *Melody Maker*, describe el sonido del grupo de rock progresivo Henry Cow como «el ruido que hace una vaca cuando la arrastran por el escenario mientras un cerdo le chupa las ubres».

«¡Pandilla de subnormales! ¡Que

critiquen a los que escriben esas paridas!», propone en la columna J. Arthur Rank.

Por lo que se ve, todo eso que escriben es terrible. La prensa musical es, evidentemente, una especie de Versailles, lleno de dandis decadentes con puños de blonda que escriben estupideces con tono grandilocuente sobre los músicos, que tienen que trabajar durísimo. Son unos parásitos y unos lechuguinos que cabalgan sobre el fuerte lomo de la noble bestia del rock. Holgazanes, fantasmas: petimetres que se hacen pajas mentales hasta altas horas de la noche, que dicen tonterías, que hacen del mundo un lugar infinitamente

peor. De verdad, esa gente es pura chusma.

Y me digo: a mí me encanta esto. Yo podría hacerlo. Paso de escribir un libro sobre una chica gorda y un dragón. Yo podría ser crítica musical. Podría escribir cosas de éstas. Está chupado. Es mejor que escribir poemas sobre mi perra, o sobre el culo de mi padre. Ésta es la ocasión que yo estaba esperando.

Es mi salida.

Una semana más tarde, en la Biblioteca Central. Un edificio victoriano precioso, lleno de estanterías de plástico gastadas de los años ochenta; y, ahora, conmigo dentro.

En la biblioteca audiovisual del piso de arriba hay una mesa de madera enorme, con gran variedad de periódicos y revistas para que los lea quien quiera.

Antes, yo siempre me compadecía de los viejos que se sentaban a la mesa a leer *The Sun*. Iban a la biblioteca para ver las tetas de la página 3.

«Ay, Nye Bevan», pensaba yo. «¡Quién te iba a decir que verías las prestaciones sociales usadas para esto!»

Ahora, en cambio, me encanta que la biblioteca ofrezca este servicio, porque en la mesa también está la prensa musical de la semana: *Melody Maker*, *NME*, *Disc & Music Echo* y *Sounds*.

Después de montar guardia junto a la puerta de mi casa hasta que reparten el correo de la mañana, voy a pie hasta el centro y me paso el fin de semana sentada a esa mesa, leyendo la prensa musical. No, mejor dicho: *estudiando* la prensa musical. Ahora, éste es mi trabajo. Estoy estudiando mi futuro.

Todavía me acompaña mi socio,

Lupin; sentado a la mesa, disfrazado de tigre, lee libros de la biblioteca infantil. A veces, si mi madre tiene un mal día con los bebés, tengo que llevármelos también, para que les dé el aire.

En fin: me siento y me pongo a leer. ¡Hay tanto que aprender! Resulta que han pasado *un montón de cosas* desde que los Beatles se separaron. Al fin y al cabo, no todo es Dire Straits y Tina Turner. Anoto en una libreta los nombres de los que parecen los grupos más guays: The Smiths, My Bloody Valentine, Teenage Fanclub, Primal Scream, Pixies, Stone Roses, The Fall, Pavement.

Todos esos nombres suenan tan

nuevos y tan fabulosos; parecen nombres de sitios, y no de grupos musicales. Sitios llenos de gente que está viva y que sigue haciendo música. Hay un sello musical que se llama Creation, y todos los músicos que trabajan con él tienen un aire celta y macarra. Hay un pub que se llama The Good Mixer en Camden, adonde van todos a beber. En el Astoria hay un sitio que se llama The Keith Moon Bar, donde las fiestas después de los conciertos se prolongan hasta la una de la madrugada. ¡La una de la madrugada!

Yo podría entrar por la puerta de uno de esos lugares y *hablar* con alguien. Podría estar metida *en* esto. Me siento

como Marco Polo oyendo hablar de China. Sé que necesito ir allí. Sé que esto va a ser lo mío. He encontrado mi destino. Mi gente me estará esperando allí. Estas revistas describen lo que será *mi* vida en el futuro.

Intento que Krissi se interese por mi recién descubierta obsesión por la música, por estos partes enviados desde mi Terranova. Entro en su dormitorio y me tumbo en su cama.

—Dios mío, el nuevo single de Sonic Youth es increíble. Kim Gordon imita a Karen Carpenter, pero con una guitarra pornoapocalíptica y metrocutre, como si vaticinara su propia muerte.

—¿Quién es Karen Carpenter? —

pregunta Krissi.

—Ni idea —contesto, feliz.

—¿Y qué significa «una guitarra pornoapocalíptica y metrocutre»? —añade Krissi.

—Tampoco. Ni idea —admito—. Pero debe de ser *impresionante*.

Y pronto me enteraré. Pronto sabré cómo suenan las guitarras pornoapocalípticas y metrocutres, porque he encargado el disco. En la Biblioteca Central puedes encargarte cualquier disco que quieras por veinte peniques. Después de vaciarle los bolsillos a mi padre y quedarme toda la calderilla hace un par de días, cuando me lo encontré inconsciente en el

pasillo, boca abajo, encargué diez discos de los grupos que más recomienda *Disc & Music Echo*.

—Pueden tardar entre seis y ocho semanas en llegar —me advierte la bibliotecaria examinando las tarjetas, donde se leen cosas muy poco propias de una biblioteca, como «Jane's Addiction: Nothing's Shocking», «Babes In Toyland: Spanking Machine» y «Bongwater», escritas con mi letra redonda e infantil.

—Ah, no importa —le contesto—. Así tengo tiempo para imaginármelos.

Se queda mirándome.

Ésta es mi nueva afición: imaginarme la música a partir de las

letras. Me tumbo encima del edredón y me imagino cómo deben de sonar esos discos. Es un proceso casi mágico. Escucho mentalmente discos enteros mientras espero a que lleguen los de verdad. Miro las carátulas y deduzco melodías a partir de los colores: los de puesta de sol de *Heaven or Las Vegas* de Cocteau Twins, o el decorado rojo satánico de *Ritual de lo Habitual* de Jane's Addiction. Excitada (inspirada), empiezo a incorporarlos, sinestésicamente, a mis fantasías sexuales, y me corro en colores cobre, en estampados de cachemira, en los estallidos carmesí de *Scar* de Lush.

En noviembre, a medida que el

otoño se recrudece, me corro en una biblioteca de música imaginaria, con la cabeza llena de color, mientras contemplo una luna gélida al otro lado del cristal de la ventana.

Y procurando no despertar a Lupin, que está a mi lado.

Evidentemente, no puedes pasarte la vida haciéndote pajas con una colección de discos imaginaria, y al final te desesperas y te dan ganas de entrar en acción.

En esas revistas mencionan continuamente a John Peel, las legendarias sesiones de John Peel en

Radio 1, donde ponen a todos esos grupos en algún momento: una discoteca de ondas de radio en la que puedes entrar sin importar la edad que tengas ni cómo vayas vestido. Hasta puede entrar una niña de catorce años con camisón largo de estilo victoriano, mucho después de que todos los otros miembros de la familia se hayan acostado.

A medianoche, conecto los auriculares grandes de mi padre a la radio, me tumbo al lado de Lupin (él duerme) y busco Radio 1, a partir de la información que sale en *Radio Times*. Voy pasando las frecuencias y oigo fragmentos de Kylie, Simply Red y

Gladys Knight, pero sigo adelante, porque éstos no son los grupos molones que a mí me interesan.

Al final, en el 97.2 FM, tropiezo con una voz con acento de Liverpool que habla de sus «nada despreciables esfuerzos para dar con las fechas de la esperada gira del trío de Ipswich, Jacob's Mouse» y de su fracaso.

¡Ya lo tengo! ¡Lo encontré! ¡Éste es el Tío Peel, de quien todos hablan! ¡Por fin podré escuchar la música de la contracultura de los noventa, por primera vez! ¡Aquí es donde se esconde!

Peel termina su taciturna disertación sobre las fechas de la gira, y presenta el siguiente disco.

«Os advierto que aquí no hay sutilezas ni nada tan burgués como una introducción», dice, lacónico, antes de darle la entrada a la canción.

El repentino estallido sonoro que me llega por los auriculares es desconcertante: una descarga brutal, diabólica, de guitarra, aparentemente interpretada con la única intención de aterrorizar a cualquiera que todavía no haya vivido una experiencia sónica comparable, como pasar con su triciclo por debajo de una hormigonera defectuosa llena de niños moribundos.

Entonces empiezan las voces: un hombre que parece un poseso grita con tono apremiante: «*¡Está delante de tu*

casa! ¡Está delante de tu casa!» Jamás había sentido tanto miedo. Te aseguro que esto no tiene nada que ver con «Steamy Windows» de Tina Turner. Es obvio que este programa de John Peel es una especie de CB radio, mediante la que los demonios se comunican entre ellos mientras planean cómo destruir la Tierra. Y la advertencia se repite: *«¡Está delante de tu casa! ¡Está delante de tu casa!»*

Apago la radio y me quito los auriculares; estoy temblando. Joder. Necesito beber agua. Me levanto de la cama y voy hasta la mesa a coger un vaso. Al pasar al lado de la ventana, miro hacia fuera, y allí está: un hombre.

Delante de mi casa.

Un hombre plantado bajo la farola de enfrente. Con toda la carga de amenaza que puede llevar un solo hombre. ¿Qué hace ahí fuera? ¿Quién es? ¿QUIÉN ES? Por nuestro barrio nunca merodea *nadie*. Esto es diabólico.

El hombre detecta movimiento en mi ventana y mira hacia arriba. Tiene la cara muy pálida. Me mira. El miedo hace que vea su cara como si se derritiera un poco, convirtiéndose en *El grito* de Edvard Munch, un cuadro que he visto en *Las claves del arte moderno de principios del siglo XX* (Lourdes Cirlot).

Contengo un chillido, vuelvo a

meterme en la cama y escondo la radio bajo un montón de ropa, en el suelo; la entierro, no sea que ahora irradie malignidad.

Abrazo a Lupin, que duerme; es una mezcla de consuelo y algo que estoy absolutamente decidida a ofrecerle al hombre, como sacrificio, en caso de que, de repente, con su lógica malvada, aparezca en la puerta de mi cuarto.

Soy demasiado joven para la contracultura, me digo. No sé manejarla. Si consigo pasar esta noche sin morir de puro terror (algo que en este momento dudo muchísimo), mañana mismo vuelvo corriendo a los Beatles. ¡Qué maravillosos, los Beatles, con sus

armonías sobre lo viejo y lo nuevo del amor! ¡Nunca debí dejaros! Jamás volveré a escuchar a John Peel. Si para ser crítico musical tienes que escuchar *estas cosas*, me retiro.

Años más tarde comprendí, por supuesto, que no existen los demonios, que aquello sólo era un speed metal bastante anodino, y que el hombre que estaba delante de mi casa sólo era un hombre que esperaba el 512 en la parada de autobús.

Pero ahora he empezado a ponerme

firme como adolescente en ciernes, y será difícil que me vuelva atrás. Mi reciente transformación (a gótica rechazada por otros góticos) no le ha pasado desapercibida al resto de la familia.

—Estás cambiada. Vas siempre de negro. Es como tener un cuervo negro enorme atrapado dentro de casa —dice mi madre un día, cuando me ve bajar la escalera—. Un cuervo enorme chocando contra las ventanas. Es muy deprimente. ¿No puedes ponerte un vestido mono?

—El negro refleja cómo soy por dentro. Porque dentro del cuerpo humano no hay iluminación —le contesto.

Mi madre me mira sin comprender y se encoge de hombros.

Ella nunca capta este tipo de chistes, con los que intento trastocar el tópico del clásico adolescente. Ya he intentado explicárselos otras veces, pero ella se limita a emitir un débil y desdeñoso «Oh»; más o menos como haría la reina si alguien le dijera, en plan chulo: «Mira lo que llevo en el bolsillo: *¡veinte libras!*»

—Oh.

Mi maquillaje tampoco le gusta.

—Una vez casi me quedé ciega con un cepillo de rímel —me dice mientras mira quejumbrosamente mi delineador de ojos.

Me abstengo de señalar que eso dice mucho más de ella que de mí. Es como si me contara que una vez confundió «Tirar» con «Empujar» al abrir una puerta, y me prohibiera volver a usar las puertas. «No sea que a ti *también* te dé un disgusto alguna puerta.»

Y hay una larga serie de conversaciones que giran alrededor del «Estás cambiada». Como si nos hubiéramos propuesto hacer una colección.

—Estás cambiada —me dice cuando bajo la escalera con un velito de novia de blonda negra.

—Eso es buena señal, ¿no, madre? Si no, todavía estaría excretando a

través de tu cordón umbilical.

—Estás cambiada —repite, mientras miro a los Happy Mondays en *Top of The Pops*, y practico mi baile estilo Madchester.

—Mira, es ley de vida.

—Estás cambiada —replica una vez más mientras me tiño el bigote en el cuarto de baño.

—Sí, he decidido que el look «Hitler Indie» no me pega tanto como creía.

Además, a los chicos les gusta mi nuevo look.

—Pareces una princesa mala —dice Lupin, admirado, mientras juega con mi velo negro.

Princesa mala. Me gusta. Al menos es mejor que lo que tenía antes: «Pudding podrido».

Supongo que podría ser mi nombre artístico. Princesa Mala.

La siguiente noche escucho a John Peel, como haría una auténtica princesa mala. La segunda vez no me parece tan aterradora como la primera. Como cuando hay tormenta, lo único que tienes que hacer es esperar hasta que escampa. Sí, hay mucha música dance; a Peel le encanta el acid house, mientras que yo he decidido que no está hecho para mí: no tengo la ropa adecuada, ni conozco a

nadie con coche que pueda llevarme a una *rave*, así que la descarto. Soy como aquellos adolescentes estirados de 1963, que escuchaban a los Beatles, y decían, desdeñosos, «¡Qué barullo! ¡Prefiero la alegre sencillez del *skiffle*!».

Pero a veces, y de repente, las compuertas de las presas que excluyen el ruido se abren y revelan cosas que me parecen asombrosamente hermosas, y que nos son útiles a mí y a mi corazón, en nuestra situación actual. Me inclino hacia delante y pulso «record» para grabarlo y conservarlo para siempre (excepto los siete primeros segundos).

Guardo esas cintas durante años.

Mazzy Star. The Sugarcubes. Mucha guitarra *hi-life*, que, con cierta superioridad, pienso que es casi tan buena como la de *Graceland* de Paul Simon; grabo esos temas con la piadosa intención de «tener gustos amplios», aunque, si he de ser sincera, después siempre me los salto.

Pero está todo aquí, en un casete, por si lo quiero y lo necesito; y lo quiero y lo necesito: quiero y necesito todos estos colores, ideas y voces nuevos, en pequeños casetes grises que puedo llevar en el bolsillo, como si fueran amuletos. Como me pasaba antes con los libros, sé que cada una de esas canciones podría, a la larga, ser eso que

yo necesitaba: una salida. Un sitio adonde ir.

John Peel es *mi* Servicio Mundial de la BBC, mi club en el cielo, donde puedo encontrarme con todos los otros chicos como yo, que también llevan en la mano casetes vacíos y quieren oír las últimas noticias: ¡Alguien ha escrito una canción chulísima en Boston! ¡En Tokio! ¡En Perth!

Porque esto es lo que mola de Peel: descubrir que existe un mundo un palmo por debajo de nuestras aceras. La contracultura. El *underground*. Siempre ha estado allí, como los ríos subterráneos que discurren por debajo de Londres. Y cuando llega el momento

en que ya no soportas tu nivel de superficie, y sientes que ya no queda ningún sitio adonde puedas ir por los lados, puedes quedarte parado justo donde estás, sacarte un martillo del bolsillo, pegar fuerte entre los pies, y bajar. Llegar más hondo.

Descender, como Alicia, a un mundo nuevo y reluciente de Sombrereros, reinas imperiosas y lirones que hablan en clave, y guerras que se prolongan eternamente. Los punks odian a los hippies y los mods odian a los rockers y los ravers odian a los indie-kids. Patti Smith despotrica con frialdad contra Jesús, los Primal Scream están más altos que el sol, e Ivor Cutler toca el

acordeón en una playa de guijarros y canta historias surrealistas de las islas Hébridas sobre niñas que aplastan abejas para conseguir miel.

Y a veces, como si fuera una ocasión festiva, Peel pone los grandes éxitos. La primera vez que oigo «I Am The Resurrection» de The Stone Roses me pongo a bailar en la cama, tumbada boca abajo, con los auriculares puestos, los brazos extendidos, muy emocionada, por primera vez, de ser de una ciudad industrial en decadencia. En estas ciudades suceden cosas que jamás podrían suceder en ningún otro sitio; unos chicos pobres y orgullosos hacen que sucedan cosas con más entusiasmo,

y más intensidad, y más empuje que en ciudades bonitas con jardines bien cuidados.

Por fin entiendo a qué se refiere mi padre cuando dice: «Soy el hijo ilegítimo de Brendan Behan, y tú *acabarás* inclinándote ante mí.» Las clases trabajadoras hacen las cosas de otra manera. Lo oigo. Me doy cuenta de que no estamos *equivocados*. No somos, simplemente, gente pobre que todavía no ha evolucionado hacia algo mejor (es decir, gente con dinero). Nosotros *somos* otra cosa, tal como somos. Las clases trabajadoras lo hacen de otra manera. Somos lo que vendrá *después*. Propulsamos la cultura popular, del

mismo modo que antes lo hizo la Revolución Industrial. El pasado es suyo, pero el futuro es nuestro. A ellos se les ha acabado el tiempo.

—¡JOHANNA! —susurra Krissi. Me quito los auriculares. Por lo visto lleva rato diciendo mi nombre, desde su litera—. Si tienes un ataque epiléptico, avisa, que no me importa meterte una cuchara en la boca —dice—. Para de *retorcerte*.

—No me estoy *retorciendo* —digo, y vuelvo a ponerme los auriculares—. Estoy *bailando*. Estoy *bailando*, Krissi.

8

Estoy en casa del tío Jim. Estamos apretadísimos. Hoy es 28 de noviembre de 1990, y Margaret Thatcher acaba de dimitir como primera ministra, tras una crisis interna del partido que ha logrado que el informativo *Nine O'Clock News* se haya convertido en algo increíblemente emocionante en la última semana. Mi padre se ha pasado todo el rato sentado en el borde del sofá, atento a cada nuevo acontecimiento, como normalmente sólo hace para ver la final de copa si juega el Liverpool, y gritando: «¡Vamos! ¡Dadle por culo a

esa foca! ¡*Cargáosla!*!» Cuando, de pronto, la señora Thatcher aparece, inesperadamente, detrás del reportero de la BBC John Sergeant, tras la primera votación, y Sergeant pone cara de susto, mi padre grita:

—¡La tienes detrás! Joder, la tía aparece de golpe como el puto ejército de esqueletos de *Jasón y los Argonautas*, ¿verdad? Tebbit^[17] la ha liado parda. Es una Medusa, ¿verdad? Con serpientes en el pelo. Mirad las serpientes que tiene en el pelo, niños.

Miramos, y nos parece ver las serpientes.

Y ahora, Thatcher se va.

—¿Que ha dimitido? Más bien la

han echado. La han sacado a patadas. ¡A ver si te gusta que te den por culo! ¡No le gusta que le den por culo! —cacarea mi padre mientras abre una lata de Guinness. Todos levantan su lata y brindan:

—¡No le gusta que le den por culo!

La cocina está llena de tíos y tías que fuman y beben. Están todos mis tíos y tías: esto es una reunión de la tribu en toda regla. Han venido hasta los galeses, y los de Liverpool (nacieron allí; son los descendientes de mi abuelita Fat Nanna y mi abuelo el Malo, que vivieron varios bombardeos; luego se mudaron, y volvieron a bombardearlos durante la guerra, y luego se fueron en

busca de trabajo, en los años posteriores).

Mis tíos mineros de Gales siempre me han dado miedo. En los álbumes de fotos salen con la cara negra y los dientes brillantes. Cuando era pequeña siempre los confundía con los Black and White Minstrels^[18], y temía que fueran racistas. Me imaginaba su casa: una cueva excavada en el pozo principal de una mina, donde mis tías se mataban para mantener limpios los tapetes y los manteles, a oscuras, alumbrándose con una lámpara.

Cuando por fin fui de visita a casa del tío Jareth, en Swansea, me sorprendió comprobar que era una casa

de protección oficial normal y corriente, con paredes, tejado y jardín, y me quedé muy preocupada hasta que me enseñaron la carbonera. Supuse que el tío Jareth dormía allí, sobre el carbón, como un dragón sobre su tesoro, y me quedé más tranquila. Seguí jugando a tocar y parar con mis primos galeses, que eran inesperadamente rubios y blancos, como si robaran toda la luz del sol que le correspondía al tío Jareth durante el día. Los hijos de los mineros siempre van muy limpios. Me he fijado.

—Antes de Año Nuevo estarán todos en la calle —continúa mi padre pasando revista al resto de los miembros del gabinete tory—. Son una

pandilla de inútiles. Ahora que su mamáíta se ha ido, no son nada. ¡Han gaseado la colmena! ¡La reina ha muerto! ¡Antes de San Valentín, los torios colgarán de las farolas!

Mis tíos aplauden y lanzan vítores. Mis tías los miran con gesto de desaprobación y siguen quitando el film transparente de las bandejas de sándwiches.

Mis tíos salen al callejón de atrás y siguen hablando de política. Es de lo único de lo que hablan, porque nadie puede preguntar: «¿Qué tal te va el trabajo?» Excepto el tío Jim (al que llamamos «el tío rico»), porque es el representante del sindicato en una

fábrica de automóviles), todos mis tíos están en el paro. Son estibadores de muelle, obreros de fábrica de automóviles, mineros... Tipos corpulentos sentados, inquietos, en diminutos sofás de casas diminutas, que cobran el subsidio de desempleo.

Algunos tienen una «actividad suplementaria». Un día, el tío Stu se presentó en nuestra casa vendiendo productos de limpieza para el hogar que llevaba en una cesta. Mi padre le compró lejía, y luego se sentaron en el salón y se emborracharon. Más tardé le oí decir a mamá que había visto llorar al tío Stu.

Los tres hijos del tío Chris se han

alistado en el ejército: «Luchan por el país que los ha jodido», dice mi padre con amargura; pero no se lo dice a ellos a la cara. A todos les han enseñado a usar armas mortíferas. Mi padre, pese a ser una persona aparentemente temeraria, escoge con mucho cuidado sus batallas.

Cuando los hombres salen afuera, las mujeres pueden hablar de otros temas. Las mujeres siempre tienen otros temas, porque pueden hablar de su familia, de su útero y de los daños que parir a varios miembros de la familia les ha causado a sus úteros. La tía Viv siempre cuenta que una vez estaba en la cocina y, de tanto toser, se le cayó el

útero en las bragas. Cada vez que cuenta esa historia, las otras mujeres encienden un cigarrillo y dicen: «¡Qué me vas a contar! ¡Es un horror!»

—Bueno, veo que tu Johanna se ha convertido en una Hija de la Noche —le dice la tía Viv a mi madre, y me señala con la barbilla. Voy vestida de negro de pies a cabeza, y llevo tanto delineador de ojos que no veo un pijo.

—En realidad es una forma de protestar contra la guerra de Biafra. Y también contra el descenso de «Cold Turkey»^[19] en las listas de éxitos —digo yo mientras pongo unos hojaldres de salchicha en una bandeja.

De los que están aquí, nadie ha leído

la famosa carta que John Lennon envió a la reina devolviéndole su Orden del Imperio Británico, de modo que, una vez más, nadie capta la ironía de mi comentario. Voy a tener que empezar a escribir mis chistes para que no se pierdan.

—Seguro que ese tinte para el pelo te ha ensuciado las paredes, Angie — dice la tía Soo, y tira la ceniza en el fregadero.

—Es como tener un cuervo negro enorme paseándose por la casa — confirma mi madre.

—Eso ya lo has dicho un montón de veces —le recuerdo.

—Soy tu madre —replica ella—. Si

me apetece, puedo llamarte cuervo gordo diez veces al día.

—Qué va, no es un cuervo. Es un cisne negro, ¿verdad, Johanna? —tercia la tía Lauren—. El cisne negro de la familia.

La tía Lauren es una caña. Tiene «un pasado»: en los sesenta, fue una de las hippies que vertieron lavavajillas Fairy en la fuente de Queen's Square y la llenaron de espuma. Salió en la portada del *Express & Star*. En un rincón de la fotografía se ve un trocito del bolso de la tía Lauren. Nos enseña la foto muy a menudo.

La Navidad pasada se inventó «The Snowman»: el clásico Snowball de

aguacate y limonada, pero con vodka por encima.

—Te bebes un par de éstos y, por la mañana, tus hijos se despiertan y se encuentran con que te has derretido — dice riendo a carcajadas—. Se quedan en pijama, con tu bufanda mojada en las manos y llorando. ¡Por eso se llama «el Muñeco de Nieve»!

Al cabo de una hora tropezó con el sofá, bailando una canción de Fleetwood Mac, y se dio una hostia monumental.

—Y tú, ¿qué haces, Johanna? — continúa la tía Lauren—. ¿Cuántos años tienes? Quince, ¿no? ¿Ya sabes qué quieres ser de mayor?

—Voy a ser escritora. Periodista musical —le contesto.

He visto montones de películas sobre qué pasa cuando alguien de clase trabajadora anuncia que quiere dedicarse a alguna carrera «artística», como ser escritor, cantante o poeta. Toda tu familia reunida se pone furiosa y empieza a decir cosas como «¡Eso son chorradas! ¡Tienes que poder poner un plato en la mesa, niña!», o «Siempre te creíste superior a nosotros, con tus *costumbres de londinense*». Estoy perfectamente preparada para convertirme en una marginada. Estoy dispuesta a ser una joven Tony Hopkins, salir de la habitación a grandes zancadas

y buscar yo sola a mi musa.

Pero no es el caso.

—¡Qué buena idea, Jo! —dice la tía Lauren de inmediato—. ¡Muy bien, convertir todas esas chorradas en dinero!

—¡Buenísima! —dice la tía Viv, lo cual es francamente sorprendente, teniendo en cuenta que una vez me regañó por hacer que su pequeño Stephen imitara conmigo el dueto de Barbara Dickson y Elaine Paige de «I Know Him So Well», porque «le hacía parecer marica».

—¿Sabes una cosa? —dice la tía Soo—. En la escuela conocí a un chico que acabó escribiendo las críticas de

música pop del *Express & Star*, y le iba muy bien. Acabó marchándose a Edimburgo, con los Moody Blues.

De repente, en la cocina todas hablan de gente que conocen que son escritores, o que se metieron en la industria de la música, y comentan que es una carrera muy buena para una joven de clase trabajadora. Me siento extrañamente ofendida. ¿Es que mi familia no puede hacer *nada* normal? Se supone que ahora tendría que sentirme rechazada y marginada. En lugar de eso, la tía Soo se pone a darme consejos, y me dice que, si te conviertes en crítico musical, «tienes las drogas gratis, o eso me han contado».

—Johanna no necesita tomar drogas. Tiene sus hojaldres de salchicha —dice mi madre con sorna. Está sentada, aplastada, en un rincón, y observa atentamente cómo me meto uno entero en la boca.

Con toda la dignidad de que soy capaz, cojo la bandeja de hojaldres de salchicha y me la llevo al salón para ofrecérsela a mis primos.

—¡LA MANDUCA, NIÑOS! —grito, escupiendo migas, y ellos se abalanzan sobre la bandeja. Nunca he contado cuántos primos tengo. Aquí hay, como mínimo, una docena. Juegan a un juego que consiste en dar la vuelta a la habitación sin tocar el suelo, subiéndose

al sofá, a las sillas, a la repisa de la chimenea, etcétera.

Mi prima gótica, Ali, sentada en un rincón con el walkman puesto, los observa con desdén. Doy una vuelta rápida por el salón (me subo al sofá, a una silla, al alféizar de la ventana, a la repisa de la chimenea y vuelvo al punto de partida) mientras sigo comiéndome el hojaldre, y gritándoles «¡A ver si aprendéis!» a los impresionados mocosos. Luego me siento al lado de Ali.

—Qué tal —dice Ali.

Tal como yo sospechaba, hoy Ali está mucho más simpática conmigo; no tiene que lucirse delante de ningún

chico, y además está rodeada de niños pequeños con los que quiere marcar las distancias, porque ella es mayor.

Sin embargo, no pienso prostituirme descaradamente otra vez para ganarme su afecto. Para hacerme valer, giro la bandeja, y Ali tiene que coger uno de los hojaldres de salchicha más maltrechos. Coge uno horrible. Acepto esa disculpa indirecta con una cabezada. Ella la ignora. Nos quedamos un minuto calladas, observando a los niños, que se pegan unos a otros con los cojines.

—¿Quieres venir a fumar? —me dice de pronto.

Me quedo atónita, como si me hubiera dicho: «¿Vamos a ordeñar un

bisonte?»»

—Guay —le contesto.

Nos abrimos paso entre los niños, que siguen peleándose, y nos sentamos en el tranco de la puerta. Ali se saca un paquete de Silk Cut del bolsillo.

—La marca de cigarrillos de la mujer de clase trabajadora —dice.

Se pone uno en los labios y me ofrece el paquete. Cojo un cigarrillo.

—¿Lo sabe tu madre? —pregunto.

—Este paquete es suyo —me contesta; enciende el pitillo y se encoge de hombros. Yo me pongo el mío en los labios, pero Ali no me acerca el mechero, así que... se queda ahí.

Mi prima expulsa un chorro de

humo, satisfecha, y ambas lo vemos entrar directamente en la casa.

—Bueno —me dice por fin—. ¿Qué tal Tina Turner?

—Uf, ya paso de Tina Turner —miento. Anoche hice una interpretación estupenda de «Nutbush City Limits» con la que Lupin terminó llorando de risa—. Ahora leo *Disc & Music Echo* —añado—. Escucho a los Stone Roses, a Happy Mondays y a Bongwater. A Bongwater todavía no los he oído. Pero son mis favoritos.

Se queda mirándome.

—Es que todavía tienen que llegar. De la biblioteca —añado—. Y también escucho a John Peel.

—¿Te gusta John Kite? —me pregunta, como si esto fuera un examen.

—¿Quién es?

Vuelve a echar el humo; es evidente que se está preguntando si vale la pena tomarse la molestia de contestarme. Mira arriba y abajo de la calle y se convence de que, ahora mismo, no tiene nada mejor que hacer.

—Es un galés borracho y barriobajero. Muy bueno —dice por fin—. Como un cruce de American Music Club y Harry Nilsson. Y muy cañero. Acaba de sacar un disco en directo donde entre canción y canción hace una especie de números cómicos. Y luego canta sobre su madre, que está ida de la

olla.

—Lo comprendo —digo, y hago girar mi cigarrillo sin encender como si lo estuviera liando, como un *cowboy*.

—He dibujado un retrato suyo —dice Ali, y saca su bloc de dibujo—. Hago retratos de todos mis cantantes favoritos.

Me enseña el bloc. Ali dibuja bastante mal. Veo el retrato de una rubia flacucha.

—¿Es Zuul, de *Los cazafantasmas*? —pregunto.

—Es Debbie Harry —dice Ali—. Tiene una barbilla muy difícil. Ése es John Kite.

Lo señala: un tipo desaliñado,

dibujado a lápiz, fumándose un pitillo. Parece un joven gordo hecho a base de muelles de somier rotos.

—Me encanta John Kite —dice Ali—. Mira, otro retrato suyo. Pero aquí me salió mal el pelo, y lo convertí en Slash de Guns N' Roses.

Hojeamos todo el bloc; Ali sigue fumando.

—Hay muchos retratos de Slash —observo.

—Siempre que algún retrato me sale mal, lo convierto en Slash de Guns N' Roses —explica Ali—. Sólo tienes que ponerle un montón de pelo y un sombrero de copa encima. Ése —dice señalando un Slash con chaqueta Puffa,

detrás de un teclado— *era* Chris Lowe de los Pet Shop Boys.

Ali se acaba el cigarrillo y lo apaga en el suelo.

—Así que todavía no tienes ningún disco, pero quieres ser crítica musical, ¿no? —dice, casi como si le interesara.

—No. Y sí.

Ali reflexiona.

—Bueno, pues finge hasta que lo consigas, tía —dice por fin.

Ese fabuloso lema *drag-queen*, pronunciado con el acento llano y monótono de Wolverhampton, por una gótica deprimida.

«Finge hasta que lo consigas.»

Todavía sigo cavilando sobre lo

genial que es esta idea (la tercera gran verdad que aprendo en un año, junto con «No le cuentes a nadie tus secretos» y «No hagas imitaciones de Scooby Doo en directo por televisión») cuando, de pronto, los tíos salen en fila por la puerta de la calle, al jardín delantero.

El tío Jareth ha ido a la tienda de licores y ha comprado una botella de Asti Spumante, y ahora los otros tíos están muy ocupados cavando un hoyo en el jardín del tío Jim.

—¡Vamos a enterrar este vino! — dice el tío Jareth—. Enterramos la botella aquí, ¿vale?, y el día que se muera Thatcher, la desenterramos y nos la bebemos para celebrarlo.

Los otros tíos gritan en señal de aprobación. Jareth tapa el hoyo, frenético, encantado de sudar con el esfuerzo.

El tío Jim mira el hoyo mientras Jareth lo cubre con el césped, y clava un palo para señalar el sitio exacto.

—Sólo espero que sobrevivamos a esa zorra —dice en voz baja—. La vimos llegar y la veremos marcharse. Nosotros sobreviviremos a todo esto. Los sobreviviremos a *todos*.

Todos se quedan callados un segundo, con la vista clavada en el suelo, fumando, de una forma que sólo pueden hacer los hombres. Entonces mi padre grita:

—¡Porque somos los HIJOS BASTARDOS DE BRENDAN BEHAN, Y ELLOS LO LAMENTARÁN! —Y todos lanzan vítores, y el tío Jim va a buscar más cervezas y las sillas de la cocina.

Está oscureciendo. En la casa de la acera de enfrente también celebran algo, y hay gente en la calle. Alguien toca «Tramp The Dirt Down» de Elvis Costello. Está claro que la fiesta se va a alargar.

No he explicado por qué somos pobres, ni por qué mi padre no tiene trabajo. Pues bien, la razón está en mi casa, junto a la cama de mi padre. Un

gran tarro lleno de pastillas. Las pastillas de mi padre.

Mi padre tocaba en un grupo, y como no ganaban ni un penique, consiguió trabajo de bombero, y un día (un mal día, desde luego), quedó atrapado en el tejado de una fábrica en llamas.

Y cuando despertó en el hospital, le dijeron que al saltar se había roto algo así como una cuarta parte de los huesos del cuerpo. Le hicieron dieciséis operaciones, y ahora es el Hombre de Hojalata: está lleno de tornillos, chapas y diminutas articulaciones de metal que nosotros fingimos engrasar, con una aceitera, mientras él está tumbado en el sofá.

Nos enseñó una lista de todos los huesos que se había roto, y las radiografías; era interesante ver un pie o un hombro por dentro. Había un trozo de pie derecho que parecía polvo: todos los huesos habían explotado y habían quedado reducidos a arenilla. Y los tornillos parecían esos tornillos que encuentras dentro de una caja de herramientas, sólo que estaban dentro de un hombre, un hombre de carne y hueso, que para más señas era nuestro padre.

Mi padre se encontraba fatal, y nosotros teníamos que tener cuidado con sus piernas: no podías subirte encima de él, ni saltar encima de él. Mi padre no podía llevarnos a caballo, ni echar

carreras. Si llovía, tenías que taparlo con una manta, porque entonces empeoraba el dolor, y eso hacía que los días de lluvia fueran especialmente tristes, porque mi padre ocupaba todo el sofá, y tenía los nudillos blancos, y sabías que pronto empezaría a gritar; los gritos estaban esperando en la puerta de la calle, en el recibidor.

«No puedo, chicos», decía mientras nosotros nos apartábamos de él, con un cuento sin contar, o con una marioneta que no había conseguido que hablara. «Estoy para el arrastre.»

La línea recta que dibujaban sus labios, su pierna rígida bajo la manta, y la lluvia, la lluvia incesante, y las

hormigas debajo del sofá, y la lluvia.

Y los peores días mi padre decía: «Volveré a reunir al grupo y os sacaré de aquí, niños. Os lo prometo. Os lo prometo. No nos quedaremos aquí. El año que viene, por estas fechas, ya no estaremos comiendo tostadas con judías. Voy a salir de aquí cojeando, me voy a subir a una limusina y voy a entrar en el Ritz. *¡Y vosotros vendréis conmigo!*»

Eso era en 1982, cuando sólo estábamos Krissi y yo. Y ahora era 1990, y también estaba Lupin, y los gemelos. Íbamos a necesitar una limusina enorme. Una de éstas largas, americanas, como las que salen en la serie *Whicker's World*. Que no

conseguiremos mientras vivamos del subsidio de invalidez, la prestación por desempleo y las ayudas de familia numerosa.

Pero a mi padre le dolían más unas partes que otras. Entonces nosotros no lo sabíamos, pero una noche, en The Bell, años más tarde (por eso bebemos: ¡todas las verdades están guardadas detrás de la barra! ¡En los dosificadores de bebidas! ¡Pregunta lo que quieras!), un colega de mi padre nos contó la verdad de lo que había pasado aquella noche.

Nos contó que, antes de saltar desde el tejado, mientras los bidones de gas explotaban a su alrededor, uno detrás de otro, mi padre se puso a gritar una y otra

vez: «¡Me ha encontrado! ¡Me ha encontrado! ¡Me ha encontrado! ¡Me ha encontrado!»

Y que no paró de gritar hasta que cayó al aparcamiento.

Y cuando «te encuentra», a tus ojos les pasa una cosa rara. Cuando te enfadas, se vuelven de un azul muy pálido, como la porcelana de ceniza de hueso hecha con huesos de verdad, y tu ira crece tanto que llena toda la casa, y todos tienen que convivir con ella. Se te pegó cuando la explosión, y ahora estás explotando *tú*. Intentas ser más grande que la explosión, porque nunca dejaste de tenerle miedo.

La ira sólo es miedo que ha

alcanzado el punto de ebullición.

Y lo que pasa con las personas cuando tienen miedo es que si les pides consejo, sobre el tema que sea, sólo saben decirte una cosa: «Corre.»

Un mal día

Estoy sentada en la tapia del jardín. Estoy llorando. Ya hace dos semanas que dimitió Thatcher, pero no lloro por eso, por supuesto.

Mi padre está sentado en el escalón de piedra, fumando. Está furioso. He ido a preguntarle una cosa, y su respuesta ha sido larga, y furiosa. He elegido un mal

día para hablar con mi padre, un día de nudillos blancos. Hoy le duele todo. Por eso su respuesta se ha alargado media hora, y por eso me la exponía en voz cada vez más alta, y más furiosa. Hace unos diez minutos que he empezado a llorar. Ahora estoy bastante histérica, pero intuyo que el discurso está llegando a su fin:

—... así que si de verdad quieres ser escritora, Johanna —me dice, muy cabreado—... si quieres ser una puta escritora, *sé* una puta escritora. ¡*Escribe*, joder! ¡Escribe algo! ¡ESCRIBE ALGO! Pero para de *hablar* de eso. Estoy *hasta las pelotas* de oírte *hablar* siempre de lo mismo. Ponte *manos a la*

obra. ¿A qué esperas? ¡Lárgate de aquí!

Se levanta y se va cojeando, dolorido; va hacia la casa, y le oigo mascullar: «Putas piernas.»

Mis hipidos son tan fuertes que no me dejan decir lo que quiero decirle: «¡No es tan fácil! ¡No es tan fácil como tú crees, papá! Sólo tengo quince años, y no es tan *fácil*. No puedo ser escritora de la noche a la mañana. ¡Todavía no he escuchado a ningún grupo nuevo! ¡Paso miedo cuando voy sola en el autobús! ¡Me siento a la mesa y no sé dónde se han escondido las palabras! ¡No es tan fácil!»

Es así de fácil.

OCTUBRE DE 1992

Dolly Wilde está sentada en una tapia delante de la Torre IPC de Londres, en el South Bank; lleva raya en los ojos, y un recogido muy elaborado estilo siglo XVIII, sujeto con bolígrafos. Detrás tiene el Támesis, ancho, plano y marrón; se ve la cúpula de San Pablo en medio del horizonte, y se diría que emite un débil zumbido, como un gong. Ésta es la ciudad donde John Lennon y Paul McCartney, cara a cara, guitarra con

guitarra, jugaban al juego más fabuloso que ha habido en la historia: ser los Beatles, en 1967; y donde ahora los integrantes de Blur se emborrachan en The Mixer. Es el mejor sitio del mundo.

En el mejor sitio del mundo, Dolly finge escribir en la libreta que tiene en el regazo, porque ha llegado casi con una hora de antelación a su cita, y trata de aparentar que está ocupada. Está sentada en una tapia porque nunca ha entrado en una cafetería ni en un pub, y no quiere meter la pata. En cambio, sentada en la tapia se siente segura, porque en eso sí tiene experiencia, y por eso lo hace. Esto es lo que escribe en su libreta:

La gente de Londres es muy rara, todos llevan abrigos de color beige, no como en Wolverhampton, donde sólo tienes UNA CHAQUETA que es o azul marino o negra, e impermeable. Todos hablan muy deprisa. De cara, todos se parecen: es como si sus facciones se retiraran hacia atrás, alejándose de la nariz; la nariz parece el morro de un avión, tiene velocidad. Aquí todo el mundo persigue un objetivo. Se nota que hay dinero. Oyes cómo lo hacen. Antes no entendía por qué la gente votaba a Margaret Thatcher (en Wolverhampton no tenía sentido, pero aquí sí). Ahora entiendo por qué aquí la gente cree que los mineros y los obreros de las fábricas pertenecen a otro siglo y a otro país. No me imagino a ningún conocido mío aquí. La gente que pasa por la calle habla

como si estuviera en una película. Yo no tengo la impresión de estar en una película, a menos que la película sea El hombre elefante. A lo mejor debería ponerme una bolsa en la cabeza. A lo mejor funcionaba. ¡Estoy tan nerviosa! No puedo quitarme de la cabeza que todo sería mucho más fácil si ALGUNA VEZ ME HUBIERA MORREADO CON ALGUIEN. Normalmente, las personas que se han morreado tienen más autoridad.

Dolly Wilde finge succionar el bolígrafo, como si fuera un cigarrillo; entonces se da cuenta de que lo sujeta como se sujeta un bolígrafo, y vuelve a ser Johanna Morrigan. Ha conseguido ser Dolly Wilde durante cerca de nueve

minutos.

Eso es preocupante, porque está a punto de presentarse a una entrevista de trabajo en el papel de Dolly Wilde, ya que es imposible que Johanna Morrigan consiga un empleo en *Disc & Music Echo* como periodista musical. Johanna Morrigan ha firmado todas las cartas que ha enviado a *D&ME* como «Dolly Wilde». Ha cogido el teléfono y ha hablado con ellos haciéndose pasar por «Dolly Wilde», y las veintisiete críticas de discos que les ha enviado, cuidadosamente escritas con el ordenador del tío Jim e impresas con su impresora Daisy Wheel («¡Daisy Wheel! ¡Podría haberme llamado Daisy

Wheel!») , una cada día, a lo largo de veintisiete días, llevan la firma «Dolly Wilde».

Sólo que, en realidad, todavía no es una firma, claro. Un nombre no se convierte en una firma hasta que sale en una revista o en un periódico. Hasta ese momento, no es más que un nombre, aunque esté impreso.

Pero hoy es el día en que Dolly Wilde entra en *D&ME* y descubre si va a convertirse en una firma, o si seguirá siendo, sencillamente, un nombre impreso.

Llevo dos años construyendo a

«Dolly Wilde — periodista musical» con todo el esmero de que soy capaz. He tomado prestados ciento cuarenta y ocho discos de la Biblioteca Central, he escuchado casi todos los programas de John Peel, y ya soy una experta en música indie/alternativa del periodo 1988-1992. He pensado mucho, en mi habitación; ya estoy en condiciones de explicar a qué le suena la música de los noventa a una chica de dieciséis años. Hay tres tipos.

Por una parte está el ruido. Ruido blanco. Ride, My Bloody Valentine, The House of Love, Spaceman 3, Spiritualized, Slowdive y Levitation. Un ruido como el de un tren InterCity que

pasa por una estación sin detenerse, por la noche; pero en lugar de verlo pasar desde el andén, con gran revuelo de faldas, te plantas en las vías, mirando hacia el tren, como Bobbie en *Los hijos del ferrocarril*, y abres mucho la boca, y el ruido se te mete en la cabeza y empieza a hacer vertiginosos y fríos circuitos alrededor de tus venas.

Con el ruido no puedes discutir, ni pelearte; el ruido no puede tener razón ni no tenerla, no puede fallar ni caerse, y como nunca ha habido un ruido como éste, no puedes encontrarle defectos ni menospreciarlo. Me encanta este ruido. Si alguien me preguntara: «¿En qué piensas?», le mostraría este ruido.

Me como este ruido como si fueran bocados de niebla helada y centelleante. Me lleno de él. Lo utilizo como energía. Porque, cuando eres adolescente, eres un pequeño cohete de plata, vacío. Y usas la música potente como combustible, y la información de los libros como mapas y coordenadas, para saber adónde vas.

En segundo lugar, en 1992, está la música de los chicos de clase trabajadora. Manchester. Madchester. Los Mondays, los Roses. Me encantan esos discos: esa arrogancia, esa euforia; cuando el orgullo de la clase

trabajadora del norte del país pilla un colocón de éxtasis, suena como si medio país volviera a levantarse, superados los años ochenta, y se felicitara por su fuerza y su inventiva. Pero los chicos me dan miedo. Son como los granujas de mi barrio; paso a su lado con la cabeza agachada con la esperanza de que no se pongan a gritarme. Nunca podría ser amiga suya.

Sus miradas revelarían de inmediato que estaban haciendo un cruel análisis de mi persona, y la conclusión de ese análisis: que jamás me follarían. Por tanto, en su presencia me volvería otra vez invisible, al instante. Las chicas como yo somos invisibles para los

chicos de esa clase de grupos. Yo no salgo en sus canciones. No soy Sally Cinnamon.

No soy la hermana de caramelo hilado de Ian Brown^[20].

Así pues, mi amor (todo mi amor real, mi amor feroz) es para el tercer tipo de música de 1992: una música ruidosa y, *al mismo tiempo*, crítica. La música en cuyas canciones sí me encuentro, canciones escritas por frikis sexys, listos y cabreados.

1992 está lleno de grupos así; hay una excepcional abundancia de músicos vengativos, cultos y raros. Los Manic Street Preachers con traje de boda y con una granada en la boca, cantando una

canción que dice que el Primer Mundo destruye al Tercer Mundo. Suede con sus blusas de mercadillo de beneficencia, hablando de casas de protección oficial, e insistiendo en que a partir de las once de la noche todos somos bisexuales. Hombres afeminados. Hombres con delineador de ojos, y con purpurina, como si Marc Bolan y David Bowie hubieran puesto una nidada de huevos de dragón en 1973, y como si las crías hubieran empezado a romper el cascarón.

Y lo más impactante: las mujeres. Las feministas.

En Estados Unidos hay una tormenta, y la lluvia ya ha llegado hasta aquí, justo

a tiempo, en mi caso: el movimiento Riot Grrrl. Un grupo de mujeres que forman una especie de Liga de Caballeras Extraordinarias y que escriben fanzines, organizan conciertos sólo para mujeres, salen juntas, intentan hacerse un hueco sólo para mujeres en la abarrotada y pantanosa jungla del rock.

Las «chicas riot» son unas auténticas guerreras, van vestidas con enaguas y botas bastas y resistentes. Kathleen Hanna de Bikini Kill pagó su guitarra haciendo un striptease; Courtney Love se lía a puñetazos con el primero que se pase un poco con ella.

Courtney Love también le soltó un puñetazo a Kathleen Hanna, por cierto,

pero eso es normal entre estrellas del rock: no olvidemos que Charlie Watts le soltó un puñetazo a Mick Jagger cuando Jagger lo llamó «mi batería». «Tú eres *mi cantante*», le dijo Watts con desdén antes de arreglarse los puños de la camisa y marcharse. A veces, en la jungla, se pelean entre ellos. En la jungla hace mucho calor, y te pones de mala leche.

Las canciones que escriben son como conversaciones de borracho con los amigos, en el pub, justo antes de empezar a bailar encima de las mesas. En «Rebel Girl», de Bikini Kill, Kathleen Hanna empieza a describir a una extraña y orgullosa mujer como si la

odiara, pero luego explica que admira a esa chica, y que quiere follarse con ella.

Y cuando Courtney Love canta «Teenage Whore» (mitad orgullosa y mitad asqueada de sí misma), siento una tranquilidad extraña, y a la vez, excitación. Oír a las mujeres cantando canciones sobre ellas mismas, y no a los hombres cantando sobre las mujeres, hace que de repente todo parezca maravillosamente claro, y posible.

Toda mi vida he creído que si no podía decir algo que los chicos encontrarán interesante, más valía que me quedara callada. Sin embargo ahora me doy cuenta de que existía otra mitad del mundo, invisible (las chicas), con la

que sí podía hablar. Otra mitad igual de silenciosa y frustrada que yo, que esperaba recibir la mínima señal de salida (el mínimo cultivo iniciador) para *explotar* y liberar palabras, canciones, acción y gritos eufóricos de alivio: «¡Yo también! ¡Yo siento lo mismo!»

La noticia ha llegado a Gran Bretaña: en Estados Unidos ha surgido otro tipo de chicas. Chicas a las que les importa un cuerno todo. Chicas que se atreven a lo que sea. Chicas que hacen lo que hacen porque lo hacen otras chicas. Chicas a las que les caería bien una chica como tú.

Hiberno/incubo/me metamorfoseo en mi dormitorio, y creo que ya conozco

bien a estos grupos musicales (a los de chicos y a los de chicas): ellos también se han tumbado debajo de la cama, conscientes de que ya no podían seguir siendo quienes eran y de que necesitaban construir un barco más grande. Están todos sumidos en el frenético y complicado proceso de la autocreación, tratando de inventar un futuro donde tengan cabida.

Me imagino sus cuartos: letras de canciones garabateadas en las paredes con rotulador, chaquetas en el suelo con el clásico tufillo a moho de los mercadillos de beneficencia y las tiendas de segunda mano, bolsas de plástico llenas de casetes copiados y

maltratados de Bowie, Stooges, Patti Smith y Guns N' Roses, y todos reuniéndonos, sin saberlo, de madrugada, en el programa nocturno de John Peel, con los auriculares puestos para no despertar al resto de los habitantes de nuestras abarrotadas casas. Todos hacemos lo mismo: intentamos sobrellevar estos años para llegar a un sitio mejor que vamos a tener que construir nosotros mismos.

Sé qué tengo que hacer: he venido a este mundo para que en Wolverhampton a todo el mundo le gusten estos grupos. Ése es el sentido de mi vida.

Desde un punto de vista práctico, estoy muy bien situada para conseguirlo, entre toda la humanidad, porque la parada de autobús del 512, en la acera de enfrente, es, básicamente, una trampa en la que montones de futuros fans se ven obligados a esperar durante veinte minutos entre un autobús y otro, tiempo más que suficiente para que yo los conquiste para la causa, suponiendo que consiga suficiente volumen.

Arrastro el equipo de música hasta la ventana (un equipo de mantenimiento de vida, con cables negros, rojos y amarillos que cruzan la habitación) y lo

pongo en el alféizar. Entonces me siento a su lado, con las piernas colgando por fuera, y me pongo el bafle en el regazo.

—Voy a educar a esta ciudad —le digo a mi perra—. Voy a lograr que Wolverhampton sea tan guay como... Manchester. Vamos a subir de categoría.

Pongo «Double Dare Ya» de Bikini Kill, a todo volumen.

—Sí, palurdos míos —digo—. Voy a *hacer* que os estalle la cabeza. Ha llegado la hora. Ya no tendréis que seguir escuchando a Zuccherò ni a Check 1-2 con Craig McLachlan. Os he traído la música que mola.

Lógicamente la cola del bus hace lo que haría cualquier cola de bus de Gran

Bretaña en circunstancias parecidas: todos se dan la vuelta y me ignoran. Todos, excepto una mujer de unos cincuenta años, que se queda mirándome.

Al principio pienso que la expresión de su cara denota desprecio. Sin embargo, ahora que lo pienso, comprendo que no era eso, sino una expresión de profunda lástima. Soy una chica en camisón, sentada en el alféizar de la ventana, con un bafle en el regazo, poniendo música a todo trapo para que se oiga en la calle, intentando cambiar a una ciudad con un solo disco, por si me muero.

Una hora más tarde sigo sentada en

la ventana, escribiendo con Tippex «MANIC STREET PREACHERS» en el equipo de música y poniendo un disco de Hole cuando la furgoneta dobla la esquina subiéndose al bordillo y vuelve a bajar a la calzada tan bruscamente que, incluso desde aquí, oigo tintinear todos los cacharros que hay dentro.

La furgoneta se detiene delante de mi casa, y durante un minuto no sucede nada. Sé, por experiencia, que eso se debe a que mi padre está borracho e intenta concentrarse lo suficiente para averiguar cómo se abre la puerta.

Cuando por fin lo consigue, sale hecho un cisco y, al principio, aturdido por lo que está pasando. Oye la música

(Courtney Love desgañitándose); entonces mira hacia arriba y me ve a mí, en la ventana, con el altavoz en el regazo.

—¡Hola, papá! —digo.

—¡Hola, gatita! —me contesta.

Es como esos «¡Hola, papá!», «¡Hola, Nicole!» de los anuncios de Renault, sólo que en un barrio de viviendas de protección oficial.

De pronto me da pena mi padre: llega a casa y descubre que todo lo que había conseguido su generación lo ha destruido la mía. Esa herida debe de doler. Debe de sentir una profunda tristeza. Todos sus discos van a morir.

Mi padre ladea la cabeza, como un

perro, y muda la expresión. Debe de pasar algo.

—¿Sabes qué tienes que hacer? — me dice.

No le oigo bien, y me pongo una mano ahuecada detrás de la oreja.

—Tienes que SUBIR EL *MID-RANGE*, Y QUITAR EL *DOLBY* —me grita, muy serio, y da una cabezada.

Entonces tira el cigarrillo, lo pisa para apagarlo y entra en la casa. Le oigo caerse, como siempre, antes de alcanzar la escalera.

Bueno, pues ésas son las críticas que he enviado (una por día) a *D&ME*.

Ride, Manic Street Preachers, Jane's Addiction, Belly, Suede, los Stone Roses, Aztec Camera, Lilac Time y My Bloody Valentine.

Y ahora, el redactor adjunto me ha convocado en sus oficinas. Le pido a mamá que me escriba un justificante de ausencia para el colegio («Ruego permitan a Johanna tomarse el día libre, tiene un dolor de oído terrible»), escribe, y me dice: «De tanto escuchar esos condenados *aullidos*»), y aquí estoy, esperando.

Recuerdo el último consejo que me dio Krissi cuando estaba a punto de salir de casa (era muy temprano) y tomar el autobús, y luego el tren, para venir a

Londres. Estaba ante el espejo haciéndome la raya en los ojos, y cantando.

«Hagas lo que hagas», me dijo mi hermano levantando un momento la vista de su libro de George Orwell, «no seas tú misma. Eso nunca da buen resultado.»

Miro la hora: es la una de la tarde. Tengo que ir a la reunión. Me levanto.

—Buena suerte, niña —me dice mi padre.

Sí, claro. He tenido que traerme a mi padre. Él se va a quedar sentado en la tapia, delante de *D&ME*, esperándome. Lleva unos zapatos nuevos.

—No pienso dejarte ir sola a Londres —me dijo, tajante, cuando le

conté que me habían convocado a una reunión—. Me acuerdo perfectamente de lo capullo que era cuando tenía tu edad, y no pienso permitir que te mezcles con capullos como yo en la gran ciudad. Este capullo se encargará de que *no se te acerquen* otros capullos.

Evidentemente, le supliqué durante horas que me dejara ir sola, pero él se mantuvo inflexible.

—Además —dijo cuando íbamos por la tercera hora—, me apetece ir a ver qué se cuece por la metrópolis. Es por donde me movía yo cuando era joven.

—Genial. ¿Y por qué no nos llevamos también a *Lupin* y a *los*

gemelos? —digo con sarcasmo, llorando—. ¿Por qué no convertimos mi primera entrevista de trabajo en *una gran excursión familiar?*

—¿Londres? ¡SÍ, POR FAVOR! ¡SÍ, SÍ, SÍ! —grita Lupin, y se pone a brincar encima del sofá.

—No seas imbécil, Lupin —le digo, y lo empujo contra los cojines, suavemente. Mi hermano se pone a llorar; entonces me salta encima y luchamos en el suelo. Me gusta luchar con Lupin. Resulta muy relajante. Cuando por fin lo inmovilizo, hago como si le practicara masaje cardíaco (lo aprendí en la serie *Casualty*).

—¡RESPIRA, Lupin, RESPIRA! ¡No te

vayas! ¡Uno-mil, dos-dos mil!

Si le haces esto a alguien, no puede respirar, y además se parte de risa.

Sigo haciéndolo hasta que mamá me dice que me levante y vaya a preparar la merienda.

La recepcionista me informa de que las oficinas de *D&ME* están en el piso veintinueve. Tiene que comprobar si mi nombre figura en una lista. «A veces vienen... *grupos...*», dice con cara de asco, y luego me deja pasar.

Es la primera vez que subo veintinueve pisos; nunca había estado a tanta altura. En el ascensor, me planteo

la posibilidad de que hoy descubra que tengo vértigo; a lo mejor salgo del ascensor, miro por una ventana, grito y me desmayo. Pero cuando salgo del ascensor, me alegro de poder informarme a mí misma de que me encuentro bien.

D&ME está a la izquierda de los ascensores. Las puertas están forradas con adhesivos, discos rotos pegados con BluTack y una carta de una empresa de relaciones públicas con este encabezado: «Queridos hijos de la GRAN puta: QUE OS FOLLEN.»

Detrás de la puerta hay una habitación que rezuma masculinidad; a su lado, el vestuario de un equipo de

fútbol parece el probador de una tienda Dorothy Perkins.

Esta oficina está construida a base de pantalones, seguridad en uno mismo y testículos. Hay montañas de números atrasados por todas partes, amarilleando y desmenuzándose. Encima de las mesas, pilas altísimas de discos y CD.

En una de las mesas hay unos cuantos hombres (no me atrevo a contarlos) alrededor de otro que está sentado en una silla, con un vendaje sucio en la cabeza, fumando un cigarrillo y llegando al final de una anécdota larguísima.

—... me despierto debajo de la mesa, ¿vale?, y el tipo *ya no está*. Ha

desaparecido todo el grupo, y han dejado una cuenta de trescientas libras y *un cagarro humano en el cenicero*. Bueno, me *parece* que es un cagarro. Me levanto, acojonado, y me pongo a gritar: ¡ESTO ES UN CAGARRO! ¡ESTO ES UN CAGARRO HUMANO AUTÉNTICO! Entonces viene el dueño de la discoteca y me dice que es un puro. Y que además he intentado encenderlo.

—Vale, pero ¿y el *vendaje*, Rob? — dice el director, mientras todos ríen—. Todavía no nos has explicado cómo es que has vuelto de *Ámsterdam* como si en *Dover* te hubieras hecho un lío y hubieras acabado en *Vietnam*. Supongo que el *batería* te atizó. Para eso sirven

los baterías. Para atizar a los periodistas.

—Me parece que intentó agarrar a Marianne, y que ella le pegó en la cabeza con una silla —aporta otro de los del grupo.

—No, no. Me caí en el *duty-free* del ferry en el viaje de vuelta, cuando estaba comprando un cartón de Marlboro —dice Rob, y les enseña el cigarrillo que tiene en la mano—. La enfermera era *adorable*. Le regalé la maqueta del disco del grupo, y ella me enseñó el armario donde guardan las pastillas. —Se da unas palmadas en el bolsillo con aire satisfecho. De repente se le ocurre una cosa—. Hostia —dice,

y la preocupación se refleja en su cara —. Espero que no tenga ningún hermano mangui. Si no, el lunes Camden Market estará lleno de copias, y a Ed Edwards le va a dar un ataque.

Mientras el tipo contaba su anécdota, he permanecido en el sitio donde más llamaba la atención, para que me vieran. Es obvio que ha llegado el momento de que me anuncie. Cuando por fin termina su relato, y sus compañeros vuelven a reír, doy un paso adelante.

Durante unos instantes horribles, sé, con absoluta certeza, que yo, una adolescente gorda de un barrio de viviendas de protección oficial con chistera no será capaz de manejar esta

situación. No sé qué decirles a esos tipos altos y delgados del mundo del rock.

Y de pronto, tengo lo que, todavía ahora, considero mi único y gran momento de genialidad: me limitaré a *fingir* que sí lo sé. Es lo único que tengo que hacer. Lo único que tendré que hacer en el futuro. Fingir que soy la persona *idónea* para esta extraña situación. Fingir hasta que lo consiga.

—¡Hola! —digo alegremente—. ¡Soy Dolly Wilde! ¡He venido a Londres para ser periodista musical!

Todos se dan la vuelta y me miran. La cara que ponen me recuerda a las que vi una vez en un documental: alguien

había metido un flamenco en un recinto del zoo lleno de camellos, por algún motivo que no recuerdo. Los camellos lo miraban de hito en hito, y el flamenco los miraba a ellos. Todos parecían terriblemente desconcertados.

En medio de ese silencio de perplejidad, uno de los hombres, sin decir nada, se mete una mano en el bolsillo de los vaqueros y le entrega un billete de cinco a otro. El que está más cerca de mí los señala con la barbilla y dice:

—Habíamos hecho una apuesta. Un par de personas estaban convencidas de que eras un tío de cuarenta y cinco años de la península de Wirral que nos quería

tomar el pelo.

—¡Todavía no! —digo, jovial—. ¡Pero quién sabe qué me deparará el futuro! ¡La vida es como un río!

—Me llamo Kenny —dice uno, y se levanta. Es muy corpulento, muy calvo y muy gay, y lleva unos pantalones cortos asombrosamente atrevidos. Parece un galeón marica. Lleva seis pases plastificados colgados del cuello formando una especie de guirnalda hawaiana, y es evidente que siempre se la ha sudado lo que la gente piense de él. Años más tarde, le pregunté cómo podía ser que un homosexual aficionado básicamente al rock progresivo hubiera acabado trabajando para una revista

dedicada a la música indie totalmente hetero y prácticamente imposible de escuchar. «*Nunca* mezclo el trabajo con el placer», me respondió con ironía. Pero de momento, Kenny me dice: «Has hablado conmigo, por teléfono.»

—¡Eres el redactor adjunto! —digo. Esta pregunta *me la sabía*.

—Sí —me contesta. Hay una pausa—. Bueno, así que... —dice, mientras extiende las manos con las palmas hacia arriba— quieres un empleo, ¿no?

«¡Sí, por favor!», debería decir. Me han ofrecido un empleo menos de un minuto después de entrar por la puerta. Esto va bien.

Pero a partir de todas las películas

que he visto, y todos los libros que he leído, me he formado la opinión de que, siempre que sea posible, no debes decir lo más educado, ni lo más correcto, sino lo más *épico*.

Por el camino, en el tren, he planeado cuál sería la respuesta más épica a una oferta de empleo, y es lo que digo:

—¿Trabajar para usted? ¡Encantada! ¡Encantada de la vida! —Cojo una servilleta de papel que hay encima de la mesa, la mojo en un vaso de agua y hago como si fuera a limpiar las paredes—. Primero haré las paredes —le digo a Kenny—, y luego los suelos. Así, si resbalo...

Es un diálogo de *Annie*: la escena en que Oliver Warbucks propone a Annie que se quede a vivir con él durante un mes, y al principio ella lo malinterpreta y piensa que quiere contratarla como asistente.

Cuando me imaginaba pronunciando esas frases, me imaginaba que en *D&ME* todos se partían de risa.

«¡Le ofrecimos un empleo en el periódico musical más alternativo del país, y ella va y hace una parodia de sus orígenes de clase trabajadora y, *además*, de su obsesión por los musicales, fingiendo que le habíamos ofrecido trabajo de limpiadora! ¡Épico!»

Es imposible que nadie de esta

oficina haya visto *Annie*. Van a flipar conmigo.

Pues mira, resulta que nadie de esta oficina ha visto *Annie*. Se produce un largo e incómodo silencio.

—Es de *Annie* —digo—. El musical.

Más silencio.

—¿No sois muy fans de los musicales, en *D&ME*?

—Los musicales son estrictamente para homosexuales y mujeres —dice Kenny con aspereza, con una ironía tan pasada de rosca que sencillamente deja de ser comunicación y se convierte en algo desconcertante y que ayuda muy poco.

—A mí me gusta bastante *El rey y yo*
—dice el de la cabeza vendada.

—Tú has recibido un golpe en la cabeza hace poco —dice Kenny.

¡Es todo guasa! ¡Esto es una oficina de bromistas! Como es lógico, lamento que *mi* chiste no haya funcionado, pero no ha sido *tan* grave (sólo unas seis muertes sobre diez). No se puede comparar con «Scooby Doo en directo por la tele».

—Bueno, ahora que ya formas parte del equipo, Annie, ¿quieres participar en la reunión editorial? —me pregunta Kenny—. No veo ninguna razón por la que una adolescente en el umbral de una vida fabulosa no pueda participar en el

proceso por el cual acabaremos poniendo a Skinny Puppy en la portada y perdiendo a veinte mil lectores en una sola semana.

—¡Eh! —dice Rob, molesto.

—¿Has escuchado a Skinny Puppy?
—me pregunta Kenny.

—No, señor —contesto. He decidido empezar a llamar a la gente «señor» y «señora». Una vez le vi hacerlo a Elvis, en la tele, y quedaba muy guay.

—Mucho mejor. No los escuches —me previene Kenny—. Son horribles. Es como si alguien quemara vivos a un montón de críos retrasados.

La reunión editorial se celebra en una habitación adyacente. Por lo visto, fumar es obligatorio, igual que no dejar hablar a los demás. La mayoría de los participantes visten de negro, y todos parecen asombrosamente seguros de sí mismos. Todos parecen tener clarísimo cuál es su personaje, y se ciñen a él sistemáticamente: el enfadado, el cínico, el listillo, el de la cabeza vendada. Esta reunión es una escena que ya han representado muchas veces, y todos se saben su papel y sus tropos. Yo, como soy nueva, no tengo ni idea de cuál es mi papel, y lo único que puedo hacer es sentir una ansiedad tremenda. Me quedo

muy quieta en la silla.

Hay una discusión que dura veinte minutos sobre la portada de la semana siguiente, en la que aparece Lush, una pandilla de borrachines cuya música recuerda un poco a My Bloody Valentine en los inicios, con Miki Berenyi como líder, una londinense del East End, medio japonesa y medio húngara, con melena corta de color rojo cereza.

—Qué guapa es esta mujer — observa Rob, y todos coinciden con él mientras contemplan la fotografía—. Guapa de verdad.

Eso es lo que se decide en esta reunión. Que Miki Berenyi es una tía guapa de verdad. Todavía estoy

asimilando todo lo que eso implica (tiene muchas repercusiones) cuando Kenny se vuelve repentinamente hacia mí y dice:

—A ver, el frente de avanzada. Grupos nuevos. ¿Tienes algo? ¿Con quién enloquece actualmente la juventud ignorante de los Midlands?

Pienso. No tengo ni idea. ¿Cómo voy a saber qué grupos nuevos hay? Todo lo que sé lo he aprendido de *D&ME*. ¿De dónde se *sacan* los grupos nuevos?

—Hay un trío bastante interesante de Derby —interviene un chico sentado al otro lado de la mesa interrumpiendo el silencio. Aparte de mí, es la única persona que ha estado callada durante la

reunión. Es lo que mi padre llamaría «un tipo oscuro» (¿paquistaní, quizá?), y he supuesto que está callado por la misma razón que yo: los dos nos sentimos fuera de lugar en esta habitación—. Llevan un rollo bastante dance. Tienen grandes *samples* orquestales sobre lastimeros solos instrumentales. Una especie de Shut Up and Dance, si alguien les hubiera regalado *Now That's What I Call Classical Music* por Navidad. El líder se parece a Catweazle^[21] — continúa con un marcado acento de Birmingham, muy quejumbroso—. La semana pasada tocaron en el Club 69 de Wolverhampton —añade dirigiéndose a mí—, ¿verdad?

—¡Ah, sí! —digo, fingiendo saberlo —. Sí, he oído hablar de ellos. Sí. Me parece que Peel los puso la semana pasada. Señor.

No tengo ni idea de si Peel *los puso* la semana pasada, pero dado que Peel pone unas cien canciones por semana, no me estoy arriesgando mucho respecto al peligro de que alguien se entere de si es verdad o no. Es una mentira sólida y práctica.

Kenny asiente con la cabeza, contundente, y le dice:

—¿Quieres investigarlo? Entérate de si tienen single, ¿vale?

El chico asiente. Acabo de deducir quién debe de ser: escribe con el

seudónimo «ZZ Top», y se ocupa de los grupos de rap, dance y hip-hop. Nunca leo sus críticas porque el rap, la música dance y el hip-hop me echan un poco para atrás. No tengo la ropa adecuada para aficionarme a esos estilos, y resultan excesivamente intensos. Esos géneros los pongo en la misma categoría que el heavy metal y el speed metal: «Gente que me mataría y luego se me comería.» Me gustan los grupos con cantantes a los que, por su aspecto, podría ganar en una pelea si el viento soplara en la dirección correcta. Supongo que podría tumbar a Morrissey, si fuera necesario. He practicado con Lupin. En cambio, dudo que pudiera

solucionar a hostias un malentendido con Ice T.

—¡Estupendo! —dice Kenny, y da la reunión por acabada—. Ya os podéis ir todos al pub cagando leches. ¿La semana que viene a la misma hora?

Mientras todos salen de la habitación (empujándose unos a otros y hablando), me quedo rezagada, porque no tengo a nadie a quien empujar. Veo que ZZ Top hace lo mismo que yo, seguramente por la misma razón. Guardamos nuestras libretas en nuestras respectivas bolsas, con parsimonia, y salimos casi al mismo tiempo. ZZ me abre la puerta, y yo le hago una reverencia y salgo.

—Gracias, señor —le digo, como haría Elvis. Voy a seguir con esto del señor y la señora.

—¿Puede ser que te viera en *Midlands Weekend*? —me pregunta ZZ. Mi corazón, sabiamente, vacía sus cuatro cámaras de sangre y las envía a mi cara; al mismo tiempo, se me hielan las entrañas.

—¡JAJAJAJA! —digo—. ¡JAJAJAJA!

—Eras tú, ¿verdad? —insiste—. Saliste haciendo no sé qué de Scooby Doo. Yo estaba en casa de mis padres. Dejaste a Wilko *acojonado*. Deberían haber sacado ese fragmento del programa en *It'll Be Alright on the Night*.

Da la impresión de que quiere decir algo más, pero yo no soporto esta conversación. Me está generando una ansiedad tremenda.

—Bueno, está claro que os debo *a todos* una disculpa... ¡ADIOOOOÓS!

Me meto en el lavabo de señoras y lo dejo allí plantado, en el pasillo, con su mochila en la mano.

Soy la única chica que hay en el lavabo. Junto a la papelera hay un montón de ejemplares de *BMX Weekly*, cuyas oficinas están en el mismo piso que las de *D&ME*. Es evidente que este lavabo lo usan sobre todo como almacén, porque aquí no trabaja ninguna mujer.

Me siento en el váter y me da un poco de diarrea inducida por el flashback de *Midlands Weekend*, y entonces veo que me ha venido la regla, como siempre inesperadamente, de la manera más estúpida.

—*De puta madre* —les digo a mis bragas, y limpio la sangre lo mejor que puedo frotando con un poco de papel; luego improviso una compresa con un taco de papel higiénico y me la pongo. *Annie, Midlands Weekend*, no decir ni pío en toda la reunión, y ahora, *Carrie* en las bragas. Está visto que hoy es el día más superguay de mi vida. Tiro de la cadena y camino como un pato hasta los lavamanos, con toda la elegancia que me

permite el almohadón que llevo entre las piernas. Me lavo las manos y me miro en el espejo.

—Bueno, ahora es cuando te dices algo filosófico a ti misma —digo en voz alta.

Distingo perfectamente la cara de Dolly Wilde superpuesta en mi cara (ambas coexisten con cierta dificultad), pero a lo mejor los demás no lo ven. Si hablo y camino deprisa, a lo mejor nadie se fija. Sólo necesito un momento para recomponerme, aquí, en el lavabo. Sólo un momento para serenarme. Puede que los próximos dieciocho años.

—Algo filosófico —repito.

Pero no tengo nada. Parezco Dolly

Wilde, pero sigo comportándome como Johanna Morrigan. Esto tiene que cambiar. Porque éste es el sitio donde necesito estar. Necesito seguir viniendo aquí, y convertir esto en *mi* sitio, porque así es como conoces grupos, y ganas dinero, y te metes en el mundo de la música. Ésta es la única puerta que he visto que se abre a mi futuro.

Cuando por fin salgo al pasillo, se han marchado todos. Bajo sola veintinueve pisos.

10

Bueno, pues ya soy escritora. ¡Soy escritora! Esta semana tengo que hacer la reseña de tres álbumes (de doscientas palabras cada una), por lo que me pagarán la espléndida cantidad de 85,23 libras. Es una cantidad espléndida.

Sin embargo, el día a día de mi nueva profesión resulta inesperadamente difícil. Tenemos un ordenador (un Commodore 64 que nos regaló el tío Jim) en el salón, conectado al televisor, y en mi primer día «en el trabajo», que es un sábado, entro en el salón con mi libreta y mis CD y me dispongo a fichar.

Lupin está jugando a *Dungeon Master* con el ordenador.

—Largo de aquí, mocoso —le digo, con cariño—. Necesito comunicarme con mi musa. ¡Aire!

—Me toca a mí —dice Lupin, implacable. Sin apartar la vista de la pantalla, señala la hoja de «Turnos de ordenador», el programa minuciosamente organizado, escrito en una hoja Din-A4 y pegado en un lateral del televisor, que ideamos el año pasado, tras meses de guerra sangrienta. Y es verdad: «Lupin — 9-11 h» va justo antes de «Johanna — 11-13 h».

Pero, claro, ahora todo ha cambiado.
—Ya, pero yo lo necesito *para*

trabajar, Lupin —le explico, sentada en el borde de la silla, aplastándolo un poco—. Jo-Jo tiene que escribir doscientas palabras sobre el disco de los Milltown Brothers. Lupin puede irse a jugar un rato con sus Stickle Bricks.

—Me toca *a mí* —dice Lupin, obstinado.

—Ya no —le digo, y me siento en la silla a su lado, obligándolo a salir hacia arriba, como un guisante resbaladizo que sale de su vaina—. Tengo prioridad. Sal de aquí.

—¡MAMÁ! —grita Lupin, y se cae de la silla.

—¡Eso! ¡MAMÁ! —grito yo también, sin moverme de la silla.

Cuando mi madre llega a la habitación, con un gemelo en brazos, compruebo que se muestra inesperadamente favorable a la causa de mi hermano.

—Le toca a él, Johanna —me dice, con firmeza.

—Pero si sólo está... haciendo el tonto. Sólo está... —miro la pantalla— ... matando un fantasma. Y ni siquiera uno de verdad, sino imaginario. Yo, en cambio, ESTOY EN EL TRABAJO —le explico.

—No podemos cambiarlo todo por el hecho de que te hayan dado trabajo —dice mi madre—. En esta casa todos somos iguales.

—Excepto papá —replico, enfurruñada—. A él siempre le toca la costilla de cerdo más grande. Y tiene prioridad para elegir canal cuando dan un partido de fútbol americano. Nunca podemos ver *That's Life*.

—Johanna, tendrás que esperar tu turno —dice mi madre—. No puedo concederte privilegios. En esta casa vivimos muchas personas, y tenemos que ser justos con todas.

—Yo no pido ningún *privilegio*, sino un trato *lógico*. Mi necesidad es *más importante*. Ahora, como escritora profesional, tengo *más derecho* a utilizar el ordenador que Lupin, simplemente. Es como si... como si estuviéramos

negociando la política exterior. Si yo fuera Boutros Boutros-Ghali, me harías más caso que a... este Karate Kid de aquí.

—No pienso discutir contigo, Johanna. Tú no eres Boutros Boutros-Ghali —dice mi madre, y sale de la habitación.

—Déjame usar el ordenador, por favor —le susurro a Lupin.

Pero ahora Lupin tiene la baza del apoyo de mi madre.

—Me toca a mí —insiste, tenaz, y vuelve a sentarse. Me siento un poco más encima de él (para dejarle claro lo que opino), le susurro «¡Qué *mal*, Lupin!» y voy a la cocina a prepararme

una taza de Horlicks bien cargado (mi bebida preferida en tiempos de crisis). Pienso bebérmelo furiosamente, mientras cultivo una sensación de injusticia cada vez más adormilada.

Mi padre está en la cocina, friéndose un poco de beicon. Lleva puesta mi bata rosa.

—¡Ah, pero si es Hunter S. Thompson! —dice mientras abro el tarro—. ¿Cómo van las cosas por esa trinchera de dinero cruel y poco profunda que llaman rock?^[22]

—Lupin se ha puesto borde —digo, malhumorada—. No puedo usar el ordenador hasta dentro de una hora.

—Bueno, no te preocupes —dice él

con aire despreocupado, mientras echa la grasa derretida del beicon encima del pan—. Tengo que hablar contigo de nuestro plan.

—¿Nuestro plan? ¿Qué plan?

—Pues nuestro plan para asaltar la ciudadela, ahora que ya tienes un pie dentro.

Lo miro sin comprender.

—Johanna, llevo veinte años esperando a que aparezca alguien y me consiga un contrato con una discográfica —dice mientras saca salsa HP de la botella con un cuchillo—. Me he tirado horas esperando en un pub, he enviado demos, he ido a estudios de grabación a hablar con ingenieros de sonido que

decían conocer a alguien que conocía al técnico de guitarra de Peter Gabriel. Llevo veinte años esperando a que llegue la persona que nos pueda sacar de aquí. Y todo ese tiempo, la persona que iba a conseguirme el contrato estaba aquí mismo. —Me mira—. Eras tú.

—Esto...

—¡Es nuestra gran ocasión, Johanna! —Le da un bocado al sándwich. Hacía años que no lo veía tan contento—. Sólo necesitamos un single, y lo habremos conseguido. Una puñetera canción. Y si es estacional, mucho mejor. Y si no, mira a Noddy Holder^[23]. Se pone un gorro de Papá Noel una vez al año y grita «¡ES NAVIDAD!», y luego se tumba a

descansar otra vez, el muy capullo. Sólo tienes que poner mi nombre en el periódico —dice—. Es lo único que necesito. Un buen achuchón.

Vuelvo al salón, pensando: «¿Un buen achuchón? Pero si eso es lo que ando buscando yo para *mí*», y riéndome de lo sexualmente liberada que estoy. Para ser una virgen que ni siquiera se ha morreado con nadie, y que bebe Horlicks, soy *tope* Riot Grrrl. Doy gracias a mis hermanas mayores del otro lado del Atlántico por sus clases de descarado e ironía. No tengo ni la más remota idea de cómo ayudar a mi padre.

Son las dos y media de la tarde y por fin estoy donde me corresponde, sentada al ordenador, tecleando, cuando mi intento de implantar una nueva dinámica en la familia vuelve a toparse con una complicación. Cuando voy por la mitad de un párrafo difícil, tratando de describir las guitarras indiscutiblemente discordantes de los Milltown Brothers llamándolas algo que no sea «discordantes» (de momento, sólo se me ha ocurrido «discrepantes»), oigo un largo gemido proveniente de la cocina. Oigo que mi madre va a investigar, y luego, sus pasos por el pasillo. Entra en

el salón, furiosa.

—¿Tú le has dicho a Lupin que te preparara un sándwich? —me pregunta. La veo muy cabreada.

—Francamente, yo le he preparado *millones* a él en estos años —replico—. He pensado que le gustaría aprender algo nuevo. Además, tengo que entregar esto en el plazo previsto. ¡Estoy muerta de hambre!

—Pues que sepas que tu hermano se ha dejado medio pulgar en el rallador de queso —me informa.

Ladeo un poco la cabeza: sí, ese gemido que sale de la cocina suena *exactamente* a niño de ocho años que se ha hecho polvo un dedo con el rallador.

Tiene el tono *exacto*.

—Somos una *familia*, Johanna, y no «Johanna Morrigan y sus Suplicantes» —continúa mi madre—. No puedes tratar a los niños con esta prepotencia.

Lógicamente, no puedo *explicarle* que, yo solita, estoy intentando salvar a nuestra familia de la ruina, porque entonces tendría que contarle lo de la ruina, que fue culpa mía.

—Si no consigo conservar este trabajo —le digo—, las únicas opciones que me quedan son trabajar en una tienda Argos, o hacerme puta.

—A lo mejor podrías trabajar *de* puta en un Argos —dice mi madre alegremente. Me parece que se está

divirtiéndome con esta conversación—. Podrían incluirte en el catálogo, y la gente haría cola y esperaría a que salieras por la cinta transportadora.

Como he leído mucho, sé que es un cliché terrible que una adolescente grite «¡Te ODIÓ! ¡Yo nunca PEDÍ nacer!», de modo que me contengo.

Además, esa frase ya la he usado otras veces, y mi madre me contestó, con mucha serenidad: «Pues mira, como somos budistas, creemos que los niños *sí* piden nacer. Resulta que tú me *pediste* a mí como madre, Johanna. Así que, si no ha salido bien, me temo que se debe a tu pobre criterio kármico al elegirme. Lo siento.»

Esta vez me limito a ponerme los auriculares y escuchar «Mother» de John Lennon con todo el sarcasmo de que soy capaz.

Y así transcurren las semanas.

Una llamada. Es Kenny, de *D&ME*.

—Hace tiempo que no sabemos nada de ti —me dice, lacónico—. ¿Has estado muy ocupada?

No puedo explicarle que ahora mismo nadie está autorizado a utilizar el teléfono, mientras encima del aparador hay una factura por pagar de setenta y ocho libras, ni que he estado rezando con fervor para que me llamara él y me

ofreciera más trabajo.

—¡Sí! —digo alegremente. Me aprendí muy bien la lección de la reunión editorial, y ahora ya sé cómo tengo que hablar. Sé qué clase de persona tengo que ser cuando hablo con Kenny—. ¡Es que últimamente llevo una marcha loca, Kenny! No es nada fácil programar tanto polvo y tanta borrachera.

Estoy sentada en la escalera, en camión, mirando a uno de los gemelos, que está en su cochecito, vomitando silenciosa y apaciblemente y manchándose toda la barbilla y el cuello.

—Vale, pues a ver si buscas un

momento entre polvo y polvo, Wilde — dice Kenny, divertido—, porque queremos encargarte un poco más de trabajo de ese que tanto te interesaba. Los Smashing Pumpkins actúan en el club abstrusamente llamado Edwards Number 8 de Birmingham. ¿Qué tal seiscientas palabras sobre eso? El jueves que viene. Nos ha parecido que ya era hora de que te encargáramos algo de más peso. De subirte de categoría. ¡Esto es un ascenso! Como ya has hecho buena provisión de polvos y curdas, podrás trabajar un poquito. ¿Sí?

—¡Sí, señor! —Luego ya pensaré cómo me lo voy a montar para ir a Birmingham sin dinero, porque hasta que

no cobre mi primer sueldo, que está tardando un poco, estoy más pelada que una rata. ¡A lo mejor, la semana que viene Birmingham se acerca un poco más a Wolverhampton, y puedo ir hasta allí andando!

—El responsable de prensa de la compañía de discos se llama Ed Edwards. Es un inútil total, pero bueno, todos lo son. —Kenny suspira, y luego me da el número de teléfono de Ed—. Que te pongan en la lista de invitados. ¡Ya que vas, tómate un par de copas! Guarda los recibos, ¿vale? Es una pena, porque dudo que se puedan incluir los polvos en los gastos, aunque podrías intentarlo.

—¿Gastos?

Siento como si acabaran de arrearme en toda la cara con una bolsa llena de lingotes de oro.

—¿Gastos?

Es una palabra mágica. «Gastos.» ¡Qué palabra tan bonita! Gastos significa... *más dinero*.

—¿Y también podemos reclamar los gastos de desplazamiento? —le pregunto. He cruzado todos los dedos, de las manos y los pies, y rezo para que me diga que sí.

—Hombre, si vas en primera clase te van a mandar a paseo, o si vas en un patín de esos con forma de cisne, pero por lo demás, sí. Afortunadamente,

Contabilidad reconoce que no vas a «Edwards Number 8, Birmingham» por algo tan placentero... como el placer — dice Kenny, y cuelga. Me quedo tumbada en el suelo, contemplando el techo y diciendo «¡Siiiiiiiiiiiií! Tengo un encargo nuevo. Me han *ascendido*.»

Si bien a Lupin le interesa muy poco colaborar con mi nuevo rol de «empleada importante de una publicación nacional», mi padre, que me considera «alguien que puede serle útil para *su* carrera», se muestra mucho más amable. Y eso da resultados desiguales.

En este momento (jueves por la

noche), mi padre está delante de Edwards Number 8 intentando meter la furgoneta marcha atrás en una plaza de aparcamiento que es un poquito pequeña para ella, a base de empujar con insistencia un montón de cubos de basura que le estorban. Me imagino que fuera deben de oírse unos golpes y unos chirridos terribles, pero dentro de la furgoneta, él tiene puesta «Buffalo Soldier» a todo volumen, así que no lo sé. El bajo hace vibrar la palanca de cambio.

La semana pasada fue emocionante. O sea, horrible. Le pedí a mi padre un adelanto para pagar el billete de tren a Birmingham, pero él se negó en redondo

alegando: «Sé perfectamente lo que hacía en los trenes nocturnos cuando era joven, y no quiero que te cruces con ningún cabronazo como yo.»

—Ese cuento ya lo has usado conmigo —le dije.

—Y tú ya has usado ése con tu madre —replicó él.

Se ha empeñado en llevarme a Birmingham.

—Puedes ponerme también en la lista esa, ¿no? —me dice—. Pat Murrigan, y acompañante. Como en los viejos tiempos. Me irá bien ver cómo está la competencia, qué hacen los más jóvenes. Así me motivaré más.

Su entusiasmo por el rock

alternativo moderno, y sus impulsos caballerescos hacia mí, me parecerían aún más admirables si mi padre no me hubiera hecho su ofrecimiento después de enterarse de que los periodistas musicales pueden consumir «refrigerios» y cargarlo a la cuenta de gastos.

—Bueno —dice mientras cierra la furgoneta, y se frota las manos—. Vamos a por esos «refrigerios».

Su adhesivo de minusválido le ha permitido aparcar justo delante del local, concretamente en una parada de autobús. Eso, junto con los porrazos a los cubos de basura, nos ha convertido en objeto de curiosidad para la cola de

gente que se ha formado en la puerta de Edwards Number 8. Es una llegada que automáticamente hace surgir la pregunta: «¿Quiénes *coño* sois vosotros?»

Mi padre cojea con seguridad hacia el portero. Esto, en el fondo, es un camelo, y él siempre se siente cómodo en estas situaciones. Está en su elemento. Una vez se refirió a la proposición de matrimonio que le hizo a mi madre como «un camelo». «Me la camelé en la playa de Brighton», dijo mientras se bebía una Guinness. «Me camelé a vuestra madre.»

—Estamos en la lista —dice, como si hablara con un campesino—. Johanna Morrigan y acompañante.

El portero consulta la lista de invitados con recelo.

—Esto... no —le digo a mi padre, y luego le digo al gorila—: Es Dolly Wilde. Dolly Wilde y acompañante.

—¿Dolly Wilde? —pregunta mi padre, y me mira bien por primera vez en varios meses. Voy toda de negro, evidentemente, y también llevo la chistera del mercadillo de segunda mano, en honor a Slash de Guns N' Roses. Estoy increíble. O, como mínimo, no tengo la pinta que tenía el año pasado.

—¿Dolly Wilde?

—Es mi seudónimo —aclaró—.
Dolly Wilde.

—¡Aaaaah! —dice el viejo en señal de apreciación—. Ahhhhh. Tu seudónimo. Muy bueno.

—Era una lesbiana alcohólica de triste fama —añado con una sonrisa.

—¡Cojonudo! —dice mi padre; el portero descuelga el cordón rojo y nos deja pasar.

Nunca había ido a un concierto. No sólo es mi primer concierto, sino que me pagan por estar aquí. Todo es nuevo para mí. Hemos llegado muy pronto (en realidad todavía no hay nadie), y las luces de la sala están encendidas. Compruebo que nos hallamos en lo que en su día fue un teatro de variedades eduardiano, con una barra larga y

desvencijada al fondo, de pared a pared. Las paredes están pintadas de un negro mate, y todo (el suelo, las paredes, el techo) tiene arañazos y desconchones y huele a tabaco y a ambientador de váter.

¡Aquí es donde se cuece el rock! ¡Aquí es donde viene la gente joven! ¡El rock huele a váter y a tabaco! ¡Voy aprendiendo! Estoy *muy* emocionada. Siento como si me hallara en el umbral de algo.

—Voy a buscar unos *refrigerios* de ésos —dice mi padre; va hacia la barra y le hace una seña al camarero.

Yo voy hasta la parte delantera, justo debajo del escenario. Quiero asegurarme un sitio desde donde vea

bien a los dos grupos (Chapterhouse harán de teloneros; están bastante de moda) para que mi crítica sea la mejor crítica que jamás haya publicado *D&ME*.

Me planto justo delante del micrófono central, donde se pondrá el cantante Billy Corgan y, para consolidar mi posición, saco la libreta y el bolígrafo, abro la libreta por la primera página y escribo: «SMASHING PUMPKINS — BIRMINGHAM EDWARDS N.º 8, BIRMINGHAM, 19 de noviembre de 1992.»

Me doy la vuelta y veo a mi padre apoyado en la barra bebiéndose una Guinness y hablando con un tipo que

está a su lado. Me ve y me saluda levantando la cerveza.

—*Refrescándome* un poco —me dice desde lejos.

Le devuelvo el saludo.

Todavía falta una hora y treinta y siete minutos para que actúe el primer grupo. Doy un suspiro. A lo mejor es que me he pasado llegando tan pronto.

«BIRMINGHAM EDWARDS N.º 8,
BIRMINGHAM, MIDLANDS
OCCIDENTALES, GRAN BRETAÑA,
EUROPA, LA TIERRA, VÍA LÁCTEA,
INFINITO», escribo en mi libreta, con mi caligrafía más pulida.

Tengo dieciséis años y me pagan por palabra.

Son las diez y once de la noche. Todo esto empieza a resultar muy desconcertante. He conseguido mantener mi posición delante del micrófono de Billy Corgan, pero me ha costado lo mío. Porque no tardo en enterarme de que los fans de Smashing Pumpkins hacen una cosa muy rara, una especie de danza intensa, a base de saltos y empujones, al son de las canciones del grupo.

Al principio he creído que era una tradición que tenían para el primer tema, como cuando, en una boda, ponen «Oops Upside Your Head» y todo el mundo se

pone a remar en el suelo. Suponía que después del primer tema dejarían de hacer el gilipollas y se calmarían, y sobre todo, que dejarían de saltarme encima de la cabeza.

Pero Smashing Pumpkins ya van por la tercera canción, y es evidente que este rollo de los saltos no es una tradición que se limite al primer tema. Siguen dándose empujones, como si todos intentaran encender fuego a base de topar unos contra otros, utilizando camisetas Tad como encendajas.

Cada vez me cuesta más escribir mis impresiones del concierto desde el terreno («¡Corgan muy serio! ¡D'Arcy bebe agua!»), porque casi todo el rato

tengo que sujetar la libreta con la boca y aguantarme el sombrero con las manos. Este público no es nada respetuoso con la gente que lleva chistera.

Cuando suenan los primeros compases de la cuarta canción se produce un empujón particularmente fuerte desde atrás, y pierdo el sombrero y la libreta.

—¡HOSTIA! —grito—. ¡Esto es una LOCURA!

Me arrodillo, recojo mi sombrero y salgo del mogollón para observar desde uno de los lados. Esta gente está chiflada. Siempre me habían asustado las *raves*, porque creía que habría demasiado follón y que sudaría

demasiado, pero esto es muchísimo peor.

Me quedo a un lado del escenario. He decidido que esta noche seré una simple espectadora de la cultura juvenil. Además, ¿cómo voy a analizar lo que está pasando si formo parte de ello? Soy una crítica de rock, no un *animal*. Tengo que mantenerme al margen y observar.

El concierto se alarga mucho. Estoy muy cansada; son más de las once de la noche, y normalmente a esta hora ya estoy en la cama escuchando las llamadas de Beacon Radio. Todos los viernes hacen un programa dedicado a

los fenómenos sobrenaturales. Es muy interesante. En Whitmore Reans hay una mujer que tiene un fantasma en el recibidor de su casa, y siempre llama para contarnos qué ha hecho últimamente.

«Harry», así se llama el fantasma: Harry, «ha estado de un humor de perros toda la semana. Me ha tirado todos los listines telefónicos de la mesita.»

No conozco ninguna canción de las que han tocado los Smashing Pumpkins; robé veinte peniques para encargar *Gish* en la biblioteca, pero no llegó a tiempo (por lo visto, un chico de Brewood lo pidió antes que yo. Cerdo). De todos modos, sé cuáles son las más famosas

porque cuando las tocan todo el mundo enloquece. Hay unos cuantos que hacen *crowd-surfing*; yo creía que eso sólo lo practicaban en Estados Unidos, y resulta un poco raro verlo aquí, en Birmingham. Es como si de repente la gente celebrara el Cuatro de Julio y se emocionara porque iba a ir al baile de fin de curso del instituto.

«¡Esto no pertenece a vuestra cultura!», me dan ganas de gritarles. «¡Tendríais que estar bailando como baila la gente en *Top of the Pops* cuando ponen “Tiger Feet” de Mudd! ¡O haciendo el lambeth walk^[24]! ¡Eso es lo británico!»

Aprovechando que tocan un tema

lento y aburrido, me voy a la parte de atrás a ver qué hace mi padre. Ha encontrado a un amigote, y está bastante cocido.

—Te presento a Pat —me dice. Su amigo está tan borracho como él—. ¡Yo también me llamo Pat! Este Pat es protestante —fingiendo un tono confidencial—, pero ya lo hemos *arreglado todo*.

Lo dice como si acabaran de resolver todo el conflicto de Irlanda del Norte, y como si fueran a hacer una llamada desde la cabina de la calle, cuando termine el concierto, y vaya a volver a reinar la paz entre nuestras dos naciones.

—¿Podrás conducir? —le pregunto.

—¡Pues claro! —Intenta dejar el vaso en la barra, y casi lo tira al suelo.

—Después tengo que ir al *backstage* a saludar a los músicos —digo.

No sé por qué lo doy por hecho. Tengo la impresión de que esto es como una fiesta que han organizado los Smashing Pumpkins, y que sería de mala educación que, antes de marcharme, no pasara a presentarme y darles las gracias.

Le doy el sombrero y la libreta a mi padre y vuelvo a la parte delantera para escuchar las dos últimas canciones. La verdad es que los Smashing Pumpkins no me gustan mucho (los encuentro un

poco *fúnebres*), pero no puedo desaprovechar esta oportunidad de experimentar plenamente mi primer concierto. Hago lo que veo que hacen los demás, al principio con torpeza y un poco de mala gana. Me pongo a botar sin moverme del sitio, con el cuerpo rígido, como si calentara para la clase de educación física.

«El rock exige unos buenos sujetadores», pienso; me agarro las tetas y sigo botando a pesar de todo. Es un detalle que la prensa musical nunca ha mencionado. No se preocupan nada de orientar a las chicas.

Durante un estribillo, me empujan por detrás, y tengo que empujar yo

también; me estoy restregando contra estos chicos, y pienso, con regocijo, que es la experiencia más sexual que he tenido hasta el momento.

«¡Ya soy aproximadamente un siete por ciento menos virgen!», me digo mientras noto las costillas de un chico flacucho clavándose en mi espalda.

En menos de diez minutos, quedo empapada de un cóctel embriagador hecho de mi propio sudor y del sudor de otros. Del foso se elevan nubes de vapor que se mezclan con las de hielo seco.

Cuando por fin salgo, tambaleándome, de ese tropel (el último acorde musical resuena en un *feedback* infinito), tengo el pelo tan mojado como

si me lo hubiera lavado y estoy parcialmente sorda. Es como aquella vez que participé en una carrera de cross, y me subió un poco la adrenalina, pero sin nadie gritándome «¡CORRE, Morrigan!». Me imagino por qué esas cosas atraen tanto a la gente.

Colarme en el *backstage* resulta asombrosamente fácil. De hecho, en el futuro, nunca vuelve a resultar tan fácil, por muchas invitaciones y pases que lleve. A lo mejor es porque los seguratas de Edwards Number 8 no están acostumbrados a que se les acerque una chica bajita, gorda,

empapada y con un subidón de adrenalina y les diga «¡Soy periodista! ¡Vengo a ver al grupo!» a voz en grito porque se ha quedado sorda.

Como regla general, sabes que la seguridad de un grupo musical ha fallado estrepitosamente cuando una chica de dieciséis años con chistera (con una libreta hecha trizas que le ha costado un huevo encontrar, pisoteada, junto a la torre de los altavoces, y con su padre borracho, y con el amigo borracho de su padre, Pat) consigue entrar en el camerino de los músicos.

Los encuentro sentados en los sofás; repantigados, sudados, agotados. Se respira una atmósfera tensa; años más

tarde, leyendo acerca de su carrera, me entero de que por esa época el guitarrista James Iha y la bajista D'Arcy Wretzky están a punto de separarse; el batería Jimmy Chamberlin está empezando a tontear con la heroína, lo que acabará en una adicción considerable; y Billy Corgan está entrando en una fase depresiva provocada, en parte, por el hecho de que está tan arruinado que vive en un garaje.

—¡Hola! —los saludo al entrar.

En realidad no sé cómo hablar con un grupo musical (bueno, en realidad no sé cómo hablar con la gente en general), pero, no sé por qué, supongo que lo que hay que hacer es «compadecerse un

poco» de ellos. Salta a la vista que los Pumpkins están bastante depres; deduzco que eso se debe a que han venido de Estados Unidos, el país de los cochazos, *Dinastía* y Elvis, a Birmingham, y que eso los ha puesto tristes. Evidentemente, yo todavía no sé nada del garaje de Billy Corgan. Me imagino que todos los norteamericanos viven en casas enormes. Porque hasta en *Roseanne* viven en casas enormes, con porche, y eso que Roseanne trabaja barriendo pelo en una peluquería.

Me siento al lado de D'Arcy, porque es una chica, y pongo cara de lástima.

—Un día largo, ¿no? —le digo—. Ahora os vendría bien una taza de té,

¿verdad? Aquí todo lo arreglamos con una taza de té. ¡No os vayáis a creer que somos todos unos alcohólicos! ¡Qué va, nos mola mucho más el té!

D'Arcy me mira, perpleja.

—Se nota que estás hecha polvo —
continúo.

Su gesto de perplejidad y desconsuelo se acentúa.

—¡Pero lo habéis hecho de puta madre! —me apresuro a añadir—. ¡Habéis estado GENIALES! ¡JODER! ¡Nunca había ido a un concierto tan bueno!

Eso es verdad, desde luego. Nunca había ido a un concierto tan bueno. Ni tan malo. Nunca había ido a ningún

concierto.

—¿Cómo va la gira? —pregunto—.
¿Es emocionante?

—Bueno, no sé —contesta ella. Tiene acento americano. Es la primera vez que hablo con alguien que tiene acento americano. Hasta ahora sólo lo había oído en la televisión—. Venir a Europa es un pasote, y flipamos de que haya gente que ya nos conocía.

Al decir Europa lo pronuncia «Yuuuuurp». *Alucinante*. Es tope yanqui. Pero sigue mirando al suelo. Hay una breve pausa. Todos los integrantes del grupo tienen la mirada vidriosa; por lo visto el concierto que acaban de dar los ha dejado traumatizados y como lelos.

No se me ocurre nada más que decir. De pronto se oye una voz junto a la puerta.

—¿Sabéis una cosa? ¡No estáis nada mal!

Es mi padre, hablando con mucha autoridad. Todos vuelven la cabeza y lo miran. Está apoyado en el dintel, y todavía lleva su Guinness en la mano.

—Nada mal —insiste—. El batería es bueno, tío —le dice a Billy Corgan, héroe del grunge—. Tiene un punto *jazzístico* que mola. Y la chica... —añade señalando a D'Arcy Wretzky, heroína del grunge— lo hace *de puta madre*.

Todos se quedan mirándolo.

—¡Eh, chicos! —interviene Pat, el

amigo de mi padre—. Lo hacéis muy bien, sí, pero ¿no sabéis tocar ninguna canción de fiesta? ¿O «Protestant Boys»? Eso sí que es una canción. ¡Nadie se le resiste!

«Los chicos protestantes / son leales y sinceros, / acérrimos en la batalla / y de manos fuertes...»

Decido que ha llegado el momento de marcharse de aquí. Creo que ya hemos intimado bastante con los Smashing Pumpkins.

Cuando sale publicada la reseña, contiene todos los superlativos que conozco; en parte, es mi forma de

agradecerle al grupo que recibieran a mi padre y a Pat; y, en parte, porque cuando vuelvo a meterme en la furgoneta de mi padre y me lleva de nuevo a Wolvo, borracho, me encantaría volver a aquel local y que volviera a invadirme aquel potente sonido.

Ahora que ya sé qué pasa en un concierto, la próxima vez estaré preparada: iré en camiseta, pantalones cortos y botas, y pelearé para llegar hasta la primera fila, como un soldado sereno y decidido, y dejaré que el grupo me haga estallar la cabeza. Quiero entrar todas las noches en salas como aquélla, con la sensación de que están *pasando cosas*.

Ahora me doy cuenta de que un concierto es un sitio donde la gente se reúne y se otorga permiso para que suceda cualquier cosa. Puedes decir, gritar y cantar lo que quieras; la gente se emborracha; la gente se besa. Hay una agenda común de vandalismo jovial. Éstas son las salas de juntas de la gente joven, donde nosotros decidimos qué onda llevamos.

Por el contrario, todo lo demás que hago es esperar sentada.

Dios mío, qué ganas tengo de volver a salir.

Cuando se publica mi reseña (titular:

¡*MOSHING* PUMPKINS!)[25], va acompañada de una gran foto del grupo, y ocupa media página. «Esta noche empieza todo para los Smashing Pumpkins en el Reino Unido», he escrito.

Todos los jóvenes guay de los Midlands han venido a rendir homenaje a los nuevos Emperadores del Grunge Lastimero. Poco importa que la forma de cantar de Billy Corgan recuerde a los maullidos de un gato bajo la lluvia que acaba de darse cuenta de que se ha cerrado la gatera y no puede volver a entrar. Desde los primeros compases de «Siva», todos los jóvenes presentes en el local ponen la misma cara. Una cara que

dice: «¡Yo también me he sentido como un gato que se ha quedado fuera bajo la lluvia, Billy Corgan! ¡Vivo en Bilston! ¡Hay que esperar cuarenta y cinco minutos a que pase el 79! ¡Gracias por escribir una canción que por fin expresa cómo nos sentimos!»

Releo mi crónica con gran regocijo. Ya ocupo media página. Eso es lo que valgo: media página. Es emocionante seguir mi trayectoria de escritora; es como esa parte de la pared de la cocina donde vamos marcando nuestra estatura, cada seis meses, y formando un arcoíris de bolígrafos de diferentes colores. «Lupin — Halloween 1991.» «Kriss — Navidad 90.» «DOLLY, primer artículo

principal, *D&ME*, 1992.»

Kenny me dice que cuando llegue a las cincuenta críticas, ya tendré suficiente experiencia para hacer mi primera entrevista.

En enero de 1993 he entrevistado a diecinueve grupos locales. Entrego mi trabajo puntualmente, con la ortografía revisada con ayuda de un diccionario, y mis mejores palabras y locuciones desplegadas como sombreros, esclavinas y joyas, para atraer las miradas e inspirar admiración.

En febrero, cuando mis ingresos a menudo ascienden a unas vertiginosas

cien libras semanales, voy al colegio a las once de la mañana y me siento delante del despacho de la secretaria, escuchando a Jane's Addiction en mi walkman e imitando discretamente los movimientos de un batería, hasta que la veo salir.

—Dimito —le digo alegremente a la secretaria. Me quito los auriculares y me los dejo colgados, y las dos escuchamos a Perry Farrell gritando «¡EL SEXO ES VIOLENTO!» con su voz metálica—. No podré continuar con mis estudios, porque tengo que unirme al circo. Le he vendido mi alma al rock 'n' roll.

—¿Y ya se lo has comunicado a tus padres? —me pregunta la secretaria, con

serenidad, como si ya hubiera oído todo esto otras veces.

—Todavía no —le contesto con toda tranquilidad—. Pero no pondrán ninguna pega.

Le entrego la corbata de mi uniforme.

—Dele esto a Tim Watts, del 10J —le digo—. La necesita. Siempre muerde la suya. Creo que todavía está echando dientes. Aún no le ha cambiado la voz. A lo mejor tiene algún trastorno cromosómico. Además, por si no lo sabía, fue Andy Webster quien hizo saltar la alarma de incendios el año pasado, Annette Kennedy deja que le metan mano por veinte peniques en los

campos de deporte, y la señora Cooke es incapaz de controlar a los alumnos en las clases de religión: Tim Hawley, el evangelista con labio leporino, se sube a las mesas y baila voluptuosamente mientras ella escribe en la pizarra. Muchas veces se baja los pantalones y enseña sus partes a los compañeros. Creo que tiene algún problema. Y además es muy asimétrico. Tiene un testículo el doble de grande que el otro. No sé si eso es normal, pero pronto lo sabré, porque pienso pasármelo en grande ahora que todavía soy joven.

La secretaria del colegio no parece impresionada con esta cita clásica de Rizzo en *Grease*; se limita a guardarse

mi corbata en el bolsillo y me dice:

—Informaré al director y enviaré una carta a tus padres.

A la hora del recreo, les cuento a mis amigos que dejo el colegio.

—*Joder*, tía, qué suerte —dice Emma Pagett mientras se come unos Chipstix, mirándome con unos ojos como platos—. Eres *la bomba*.

Veo a Krissi en el otro lado del patio, mirándome con cara de desaprobación.

Voy a casa por el camino más largo y paso por el parque infantil, donde un grupo de unos treinta chicos y chicas me

escribe mensajes de despedida con rotulador en la camisa del uniforme. Me dibujan un ratoncito de cómic que dice «¡PUTA MADRE!» en el brazo, «MADCHESTER» en la espalda, y «POL CULO» en el cuello. Parezco la pared del lavabo de chicas.

Cuando llego a casa son más de las seis de la tarde, y mis padres están en el salón con Krissi. Parecen un senado intergaláctico furioso, a punto de declararle la guerra a un Jedi díscolo, es decir: a mí.

—¿Se puede saber a qué juegas, Johanna? —me pregunta mi padre—. ¿Qué es eso de que has dejado el *colegio*?

—Mañana mismo vuelves y les dices que te equivocaste —añade mi madre.

—No puedo. Les he entregado la corbata. Y ésta es mi única camisa —les digo señalando el «POL CULO» del cuello.

—Puedes tirarte toda la noche limpiando eso mientras nos explicas qué *demonios* te has creído que haces —dice mi madre—. No puedes *dejar el colegio*.

—Pero si la gente va al colegio para conseguir trabajo, y yo ya *tengo* trabajo —razono—. Es que si me quedo en el colegio, no podré hacer mi trabajo, ¿captas? Los conciertos acaban a las

once de la noche; la semana pasada me quedé dormida en la clase de natación. Me quedé flotando boca abajo, como el cadáver de *El crepúsculo de los dioses*, mientras la gente me tiraba flotadores a la cabeza. Ya he tenido que rechazar encargos por culpa de una estúpida clase de matemáticas. ¡No voy a necesitar las mates para nada! ¡Seré tan buena en lengua que ganaré montones de dinero y contrataré a un contable! Lo tengo todo planeado. No soy *imbécil*.

Nunca había visto a mi madre tan enfadada. Es aún peor que cuando éramos mucho más pequeños y Krissi y yo vestimos una muñeca con la ropa de Lupin y la tiramos por la ventana del

dormitorio, gritando «¡NO, LUPIN, NO!» justo cuando ella llegaba con el coche. Esa vez la bronca duró un día entero.

Ésta dura una semana. Esa noche, discutimos hasta medianoche; lloro como una histérica de las nueve en adelante.

A las siete de la mañana del día siguiente, mi madre me despierta quitándome el edredón.

—¡AL COLEGIO! —dice. Pero me niego a ir. Los gritos empiezan enseguida.

—Como mi herramienta de trabajo es la lengua, me resisto a utilizar algún cliché tipo «Ya tengo DIECISÉIS años y puedo LLEVAR LAS RIENDAS DE MI

VIDA» —digo sin moverme—. Sería un diálogo muy trillado. Así pues, en lugar de eso voy a emplear la técnica «no expliques: muestra». —Y vuelvo a taparme con el edredón—. Esto significa que no pienso ir al colegio —aclaro, por si no lo ha captado—. Puedo llevar las riendas de mi vida. Pídele a Lupin que me prepare un bocata bien grande.

A mi madre no le hace ni pizca de gracia esta referencia a una transgresión anterior. Al cabo de veinte minutos se marcha, y mi padre viene a sustituirla.

—Tienes que terminar los estudios, Jo —dice, sentándose en mi cama. Su actitud es mucho más conciliadora. Amable. Casi... insegura—. ¿Lo

entiendes? Aprobar esos exámenes. Conseguir esos pedazos de papel.

—*Tú* no lo hiciste —replico. Mi padre dejó el colegio a los quince años y montó su grupo musical. Nos lo ha contado todo: que tocaban en clubs de obreros, bares de striptease y bases del ejército de los Estados Unidos; que comían bistecs y aprendían a jugar al póquer con prostitutas; y que sólo faltaron seis meses para que lo consiguieran. Para que triunfaran.

—Sí —admite.

Hay una pausa, y los dos nos paseamos mentalmente por la casa: la alfombra de la escalera, deshilachada. Las estanterías hechas con ladrillos y

tablones: un mueble bien conocido, en el programa *The Antiques Roadshow*, como «el buró de los barrios de viviendas de protección oficial». La ducha que gotea, el cochecito de bebé con el asa rota, las cagadas de ratón en el fondo de los armarios. Abajo, uno de los gemelos llora.

Mi padre suspira. De pronto parece muy triste. Me levanto y lo abrazo. Me sienta en sus rodillas, por primera vez desde hace muchos años.

—Te vas a joder las rodillas —le advierto, y me doy cuenta de lo que he crecido desde la última vez que mi padre me sentó en su regazo.

Apoyo la cabeza en su hombro.

Huele a cigarrillos, jabón de brea y sudor.

—Mi pequeña —dice.

Me gustaría decirle: «No la cagaré. No la cagaré... como tú, papá. He aprendido de ti. Sé que esto me saldrá bien.» Pero decirle eso equivaldría a admitir que mi padre la cagó, que no supo montárselo, y entonces todavía me costaría más mirarlo a los ojos.

Así que le digo:

—Vaaaaaaa. Por favor.

Le oigo bajar y hablar con mi madre. Oigo cómo el débil murmullo va subiendo de tono, hasta convertirse en

una discusión.

—¡Sabes perfectamente que no es tan fácil! —le grita mi madre.

Me pongo los auriculares y escucho a Courtney Love cantando «Teenage Whore». Courtney se marchó de casa con catorce años y se hizo bailarina de striptease, y está *perfectamente*. No sé por qué se preocupan tanto.

La discusión de mis padres dura una semana. Ella está empeñada en que debo volver al colegio y hacer los exámenes; él dice, una y otra vez: «Déjala elegir, Angie», mientras ella baraja las facturas atrasadas del aparador y augura que voy a «destrozar mi vida con una pandilla de drogatas».

Me quedo en mi cuarto escribiendo mis artículos, y sólo bajo para prepararme varias tazas de té, proyectando el aire más respetable, inocente y ofendido que puedo.

Al final, tras una semana de discusiones, mi madre se rinde: «Allá vosotros», dice, «pero luego no digáis que no os lo advertí.» Y agrega, mirando a mi padre: «Me parece que no te lo has pensado bien. Será más difícil de lo que crees. Es una gran responsabilidad para Johanna.»

Me pongo a gritar y la abrazo, y luego abrazo a mi padre. A él le doy un abrazo mucho más largo.

—¡Os *prometo* que lo haré bien! —

les digo—. ¡Será bueno para *todos*! ¡Podré contribuir a los gastos domésticos! Será como cuando Jo March escribe relatos para ayudar a Marmee a salir adelante, en *Mujercitas*. O cuando en la película *Ballet Shoes* Pauline Fossil adopta el papel de Alice en *Alicia en el País de las Maravillas*. ¡Os daré quince chelines por semana, en concepto de manutención! ¡Si papá tiene que ir a la guerra, podremos enviarle mantas y coñac!

—La única guerra en la que pienso participar es la guerra de clases —dice mi padre, y cita su frase favorita de una película—: Tu padre quiere matar a la familia real y enviar a todos los ex

alumnos de colegio privado a hacer trabajos forzados. Es un idealista. — Entonces añade—: Pero el coñac nos vendrá bien.

Y por lo visto lo conseguirá antes de lo que creíamos: al día siguiente, Kenny me llama y dice:

—Enhorabuena, Wilde: la semana que viene te vas a Dublín a entrevistar a John Kite.

Voy en avión. ¡Voy en avión! ¡VOY EN AVIÓN! Nunca había ido en avión. Evidentemente, no se lo voy a decir a Ed Edwards (Ed Edwards, el responsable de prensa del sello discográfico del legendario dipsómano galés John Kite). No quiero que se compadezca de mí. No quiero que vea cómo soy cuando hago algo por primera vez. No quiero que nadie me vea *cambiar*. Mis cambios los haré en privado. En público soy, siempre, el producto acabado. La persona correcta, en el lugar correcto. He dejado una crisálida colgada en mi

cuarto, a oscuras.

Me sorprendió la poca resistencia que opusieron mis padres a que me fuera sola a Irlanda. Mi madre me dijo: «¿Que te vas, sola, a pasearte con un grupo musical por otro país? No sé si me gusta mucho la idea. *¿Cómo es esa gente?*» Es evidente que se imaginaba a Led Zeppelin con toda su pompa, tirando a chicas de catorce años por la ventana del hotel y metiendo peces vivos dentro de los televisores.

Pero ya le había enseñado algunas entrevistas con John Kite (en las que él hablaba de la Seguridad Social, de los Beatles y de sus galletas favoritas); se sorbió la nariz y me dijo: «Ah, entonces

no es una estrella del rock *auténtica*. Sólo es un *músico*», como insinuando que los músicos no tenían pene, y que por tanto no representaban una amenaza para mí.

A mi padre, en cambio, le interesaban sobre todo los chanchullos: «¿Te llevan a un buen hotel? ¿Vuelas en primera clase? ¿Coges un taxi en el aeropuerto? ¡Ah, las discográficas! ¡Si no fuera por ellas!»

Cuando se enteró de que al sello discográfico de John Kite iba a costarle algo menos de quinientas libras enviarme a Irlanda, no le importó dejarme ir: «Con el dinero que se gastan en ti, las grandes compañías te

demuestran cuánto te quieren», dijo con aire de enterado mientras se fumaba un cigarrillo. «No se van a gastar quinientas libras para arrojarte a los lobos.»

Así que aquí estoy: yo sola, con mi mochilita, en una pista de despegue, a punto de viajar a otro país. Me recuerdo, feliz, que la semana pasada mi antigua clase del colegio hizo *su* primera salida al extranjero: un viaje de intercambio a Francia. A Emma Pagett le tocó una familia que la puso en una litera con una niña de doce años que no paraba de repetir «Kenny Everett»^[26] con acento inglés pijo, y que le daba salami y queso para desayunar. La carta

que escribió después destilaba indignación.

«Fuimos todos al centro a ver si encontrábamos copos de maíz. Tim Hawley estaba llorando», escribió con satisfacción.

Yo, en cambio, me alojo en un hotel con *piscina*. Con una *estrella*.

«Han pedido a Bono que vaya al concierto de esta noche. ¡Bono!», dice Ed. Va sentado en el avión como si estuviera sentado en el pub. Tiene el periódico en el regazo. Va a *leer* durante el vuelo. Va a hacer un crucigrama. ¡Una diversión! ¡Una cosa para los que se aburren!

Yo *no* pienso leer durante el vuelo.

Tengo la nariz pegada a la ventanilla. Cuando volemos, voy a darme cuenta de cada metro, de cada nube. Nadie habrá volado más que yo *jamás*.

—¡Bono! Genial —digo—. Así podré pedirle personalmente que me pida disculpas... por todo.

Actualmente finjo que detesto a U2, sobre todo porque me he fijado en que en *D&ME* todos odian a U2, y supongo que ellos... tienen más elementos de juicio.

En realidad, aunque no lo diga, U2 es uno de mis grupos favoritos. Cuando oigo «Who's Gonna Ride Your Wild Horses?», me pongo a llorar, y no puedo parar hasta que me imagino que Bono

me abraza. Me encantaría que Bono me abrazara. Me encantaría que Bono me diera la «bonocharla», ese discurso que resume sus consejos para los jóvenes, y con el que jura protegerlos, una especie de equivalente rockero al beso en la frente de Glinda, la bruja buena del norte.

Si te dan la bonocharla, significa que estás salvado. A mí me encantaría que me salvaran. Me encantaría que alguien me explicara, empíricamente, lo que debo hacer. Tener que adivinarlo (improvisar) resulta agotador.

—Actúa a las diez. Allí, eso es tarde, así que comeremos antes —
continúa Ed mientras completa el nueve

vertical—. Y después del concierto, tendrás a John para ti sola.

El avión empieza a circular por la pista. No tenía ni idea de la velocidad que alcanzan. Yo jamás había ido a tanta velocidad. Ya me parece que vamos demasiado deprisa, y entonces aceleramos aún más. Los aviones vuelan a casi mil kilómetros por hora. ¿Son esto mil kilómetros por hora? Esta velocidad es inhumana, y pecaminosa. Es como si los aviones tuvieran que cabrearse para poder volar. Se libran de la tierra de un par de patadas y se lanzan hacia las nubes, chillando y con los puños apretados. La tierra se aleja, como si le hubiéramos puesto un lastre. Cuentas

hasta tres, y los árboles y las carreteras y las casas se han hecho diminutos. Cuentas hasta seis, y los pueblos han quedado reducidos a una mancha gris pegada a una autopista.

—... no está contento con el artículo de *NME* —oigo decir a Ed en plan confidencial—. Publicaron todo aquello sobre su ex novia, que en teoría era extraoficial, y llamó su madre, llorando...

Cállate, Ed. El mundo se ha convertido en un mapa allí abajo. ¡Un mapa de verdad! Los bosques parecen los letreros de «Bosque: caducifolio» del servicio oficial de cartografía. ¡Todo es tal como ellos lo dibujan! ¡Quién lo

iba a decir! ¡Quién iba a decir que podías plasmar el mundo entero en papel! ¡Los dibujantes tenían razón! ¡Cómo tranquiliza eso!

—... y cuando llegamos a MTV, el único equipaje que llevaba él era una bolsa de plástico con unos auriculares dentro, su pasaporte, y una botella de aguamiel del *duty-free*. ¡Aguamiel! O sea, ¿quién bebe aguamiel? —Ed chasca la lengua—. John está *loco*.

Las ventanas se ponen de color gris claro: hemos entrado en las nubes. Las nubes de lluvia están sucias, y mojadas; cuando las miras por la ventanilla tienes la sensación de haberte quedado temporalmente ciego. El interior de una

nube de lluvia parece una burbuja de noche. Y entonces el avión asciende aún más (rasga las nubes con el morro), y de pronto salimos a la luz, a un sol intenso y brillante.

Y así como, hace dos años, cuando tuve mi primer ataque de ansiedad, el exceso de adrenalina me recorrió como una marea negra, esto de ahora es todo lo contrario.

Sentada en el asiento 14A, al sol, floto en una gozosa marea viva que no se parece a nada que yo haya experimentado. Me estoy colocando sólo de pensar en un hecho asombroso: que por encima de las nubes siempre hace sol. Siempre. Que absolutamente

todos los días de mi vida han sido, en el fondo, días soleados. Por muy mal tiempo que hiciera en Wolverhampton y por mucho que lloviera, incluso esos días en que parecía que las nubes se te iban a caer encima y las alcantarillas tenían que hacer gárgaras para digerirlo todo, aquí arriba *siempre* ha hecho sol.

Siento como si hubiera salido volando a mil kilómetros por hora derecha hacia la metáfora más hermosa de mi vida: si vuelas lo bastante alto, si subes por encima de las nubes, allí siempre es verano.

Decido que, durante el resto de mi vida, al menos una vez al día, me acordaré de esto. Creo que es el

pensamiento más alentador que he tenido jamás. Cuando por fin aterrizamos en Dublín, y voy a conocer a John Kite, estoy, básicamente, ebria de cielo.

John no era guapo, ni alto. Era redondo como un tonel, con el pelo de un color indefinido, y llevaba un traje raído que él mismo había arreglado. Tenía la cara un poco achatada, y le temblaban mucho las manos para tener veinticuatro años (aunque, como observaría más adelante, «si contamos en años de perro, mi hígado tiene sesenta y ocho»). Pero cuando se emocionaba, veías latir su corazón bajo

la camisa; y cuando la conversación se aceleraba, oías los engranajes de su mente. Era brillante, tan brillante como el farol colgado sobre la puerta de un pub en noviembre: hacía que tuvieras ganas de entrar y no marcharte nunca. Te hacía compañía, buena compañía; no tardé en descubrir que era mi única compañía.

La primera vez que lo vi, estaba en el salón de un pub cerca de Temple Bar, discutiendo con un tipo que alardeaba de fumarse ochenta cigarrillos diarios.

—Pero ¿quién es el gilipollas que los cuenta? —preguntó Kite tirando de los puños de su camisa. Él fumaba con mucha ceremonia, como si cada

cigarrillo estuviera hecho a mano y contuviera un poco de oro; como si no pudiera adquirirlos fácilmente en la tienda de la esquina, en paquetes de veinte.

Había entrado en el pub (más de una hora tarde) como un juez que entra en la sala del tribunal. Era obvio que allí era donde se harían los negocios, pero también era el teatro del corazón humano, donde ocurría todo y donde todo se revelaría, con el tiempo.

Todavía estaba discutiendo con aquel tipo («Pues por cómo hueles, yo diría que fumas menos de cincuenta al día, amigo mío. Para ser un fumador compulsivo, eres prácticamente

inodoro») cuando se le acercó Ed y le tocó el codo.

—John —dijo—. ¡Ha venido *D&ME!*

—Vale —dijo John, y me saludó con una inclinación de la cabeza.

—Te presento a Dolly —insistió Ed.

—Vale. Hola, Duquesa. —John giró la cabeza, me miró y, de repente, se concentró por completo. Se encendieron todas las luces, como si alguien hubiera enchufado el piano eléctrico. La pista de baile se llenó de gente—. Dolly —continuó—, encantado de conocerte. ¿Nos castigamos un poco? ¿Con ginebra, por ejemplo?

John tenía una sonrisa radiante.

Cuando sonreía, era como si en toda su vida jamás hubiera deseado nada tanto como estar sentado a aquella mesa conmigo, fumando y charlando mientras veíamos pasar a la gente al otro lado de la ventana.

Sonrió cuando le dije que prefería una Coca-Cola («Pero gracias»), y rió abiertamente cuando confesé que no fumaba: «Te felicito, Dolly», dijo encendiendo un cigarrillo. «Te felicito por tu inteligencia. Lo que pasa es que, cuando empiezas a fumar, te crees que te has comprado una cría de dragón monísima. Te crees que has domesticado una bestia fabulosa, que le harás hacer lo que quieras y dejarás a todo el mundo

impresionado. Pero luego, veinte años más tarde, te despiertas con los pulmones llenos de ceniza y mierda, y la cama ardiendo, y te das cuenta de que el dragón ha crecido y *le ha pegado fuego a tu casa.*»

Y se puso a toser (una tos fuerte, muy varonil) para demostrarlo.

Y entrechocó su vaso de ginebra con mi vaso de CocaCola, y sonrió hasta que sus ojos quedaron reducidos a dos arruguitas de felicidad, y nos pusimos a hablar y ya no paramos: de la familia, de la locura, de *Los cazafantasmas* y de nuestros árboles favoritos («En general, no he conocido a ningún árbol que no me gustara. Excepto el tilo, que es un hijo

de la gran puta»); de Larkin, de Tolstói, y de perros. Y de si la palabra «septuagésimo» era mejor que la locución «luna gibosa», y de barrios de viviendas de protección oficial, y de cómo era ir a Londres por primera vez, y que te avergonzaras de los zapatos que llevabas: «Pero eso ya no me pasa», dijo él, y puso los pies encima de la mesa. «Ahora llevo zapatos hechos a mano. Me costaron veinte libras en una tienda Oxfam. Sólo me hacen daño cuando camino. Pero mira qué *lustre* tan bonito tienen. El empeine es de piel de becerro; y mira las orejas: Derby.»

Y en cuestión de veinte minutos (y ya, para los veinte años siguientes de mi

vida), aprendí algo muy importante: que lo único que quería hacer era estar cerca de John Kite. Que a partir de ese momento, las cosas se dividirían, sencillamente, en dos categorías: las cosas que podía hacer con John Kite, y las cosas que podía hacer sin John Kite. Y que no dudaría ni un segundo en abandonar cualquier cosa del segundo grupo si había alguna posibilidad de hacer otra cualquiera del primero.

Acababa de conocer a un buen chico con el que se podía hablar, y de vez en cuando levantaba la cabeza y me veía reflejada a su lado en el espejo, bajo las lámparas doradas del pub, mientras, detrás de la ventana, la niebla formaba

húmedos remolinos; y era la foto más feliz que me habían hecho jamás. Juntos parecíamos felices.

John Kite era la primera persona que conocía que me hacía sentirme normal. Me hacía sentir que cuando yo hablaba demasiado, no era el momento de marcharse diciendo «Estás *fatal*, Johanna», o «Cierra el pico, Johanna», sino que era el momento en que la conversación se ponía interesante. Cuanto más ridículas eran las cosas que decía (cuanto más asombrosas eran las cosas que confesaba), más se reía él, o daba una palmada en la mesa y decía: «Tienes *toda la razón del mundo*, ¡eres la leche!»

Le conté que quería salvar el mundo, y que quería ser noble, y que trabajar para *D&ME* era flipante. Le conté que se me había caído el sombrero en el concierto de Smashing Pumpkins, y que mi padre y su amigo Pat se habían presentado en el camerino, borrachos, y él dio una palmada en la mesa y se le saltaron las lágrimas de tanto reír.

Envalentonada, le confesé que me gustaba Gonzo de *Los Teleñecos*, y él se lo tomó muy en serio y me dijo: «A ti, amiga mía, *te volvería loca* Serge Gainsbourg. ¿Lo conoces? Es *exactamente* igual que Gonzo. ¡Clavado! Mi opinión es que se basaron en Serge para crear el personaje de

Gonzo. ¡Sí, sí, Serge y tú estáis predestinados! ¡Te enviaré una cinta suya *en cuanto llegue* a mi casa!» Yo, por mi parte, siempre he sospechado que Mary Poppins debía de ser una *guarra*.

«Nunca habías sido tan feliz», me dije dos horas más tarde, ante el espejo, en el lavabo de decoración victoriana.

Había ido a tener una breve charla de mujer a mujer conmigo misma; a pedirme una segunda opinión. En plan Goose y Maverick en *Top Gun*.

«¡Has hecho un amigo! ¡Estás haciendo un amigo, *ahora mismo!* ¡Mírate la cara, estás en plena génesis

de la amistad! ¡Estás incubando una relación! Porque lo que mola de John Kite... Lo más *importante* de John Kite es que...»

Se abrió la puerta y de pronto apareció la cabeza de John Kite, con el pelo un poco alborotado y un cigarrillo en los dedos.

—Duquesa, he puesto Guns N' Roses en la máquina de discos, y nos han vaciado el cenicero con mucha parsimonia, y mira, no puedes perder más tiempo meando. Son casi las cuatro de la tarde.

A las cinco y media habíamos

decidido ir a otro sitio. Un tipo con un sombrero raído, más irlandés que un trébol, nos informó de que en un pub llamado Doran's era donde tenían la mejor selección de whiskies de Dublín.

No llegamos a encontrar ese pub, sino que deambulamos por las calles, emocionados con la niebla, que había descendido; emocionados con cómo salían de ella las cosas, brevemente sólidas, para derretirse de nuevo al cabo de un segundo. Todo tenía el aire onírico de *A través del espejo*; no me habría sorprendido que un grajo gigantesco o una oveja haciendo calceta se hubieran materializado y desmaterializado en la cinta transportadora invisible que

parecía discurrir a nuestro lado.

Íbamos por una calle y estuvimos a punto de caer al Liffey (apareció de golpe ante nosotros); nos sentamos en la piedra fría de la orilla y nos quedamos contemplando la silueta de los edificios de la orilla opuesta.

A las ocho de la tarde, cuando ya había anochecido, John se volvió hacia mí y, con un mechón rubio y sucio tapándole un ojo, me dijo: «Duquesa, ésta es una de esas tardes fabulosas en las que haces un amigo para toda la vida, ¿verdad?» Por lo visto... nos parecemos mucho.

Llegamos al concierto una hora tarde. Kite entró por la puerta con su abrigo de pieles falso con pinta de macarra galés, borracho y legendario. Íbamos cogidos de la mano. Atesoré cada mirada de celos que me lanzaron, y me hice infinitamente rica con ellas.

En el *backstage*, mientras Ed intentaba darle café solo a John (y John seguía bebiendo whisky sin inmutarse, al tiempo que ahuyentaba a Ed a manotazos como si fuera una mariposa) yo miraba alrededor y pensaba: «¡Estoy en el *backstage*! ¡Es más, soy el *backstage*! Ya no soy una simple espectadora. Voy

con los músicos.»

Miré a «los músicos». John intentaba quitarse la corbata con cierta dificultad. Era de lana, de punto. «Pero para actuar voy a ponerme una pajarita», dijo, vehemente, «porque creo que para cantar canciones sobre el desengaño hay que llevar un atuendo más formal. La sensación de autoridad proporciona consuelo a los que sufren.»

La sala estaba tan abarrotada (había mucho ruido y hacía mucho calor; todos parecían un poco cabreados con todos por conocer a aquel cantante que ellos creían su secreto especial), y no quedaba sitio para que yo viera el concierto.

—Tú puedes sentarte allí —dijo Kite señalando con un floreo el borde del escenario. Estábamos entre bastidores, esperando.

—Ni *hablar* —dije yo, pero él ya me había cogido de la mano y salió conmigo al escenario en medio de un gran aplauso que parecía sólido y llenaba la sala. La luz de los focos me dio en la cara; fue como abrir la puerta de la calle y encontrarme ante los acantilados blancos de Dover alzándose, pacientes y enormes, ante mí.

—Ésta es la Duquesa. Viene con el grupo —dijo señalándome. Saludé al público con la mano, me senté en el borde del escenario y me concentré en

poner cara de admiración, con un toque de seriedad—. Y yo soy el grupo — continuó—. *Melody Maker* me ha informado de que voy a partir los corazones más frágiles, así que... gafas protectoras preparadas.

Me senté en el escenario y me tiré todo el concierto llorando. Debía de parecer una instalación artística: «Niña que llora afectada por canciones tristes». Intenté contenerme, pero cuando empezó el segundo tema ya había desistido: las canciones de John tenían un no sé qué frágil, asustadizo, que yo reconocía de cuando despertaba de

madrugada, me incorporaba en la cama, sola, y sentía que el futuro era aterrador.

«Propensa a la melodía», la canción sobre la crisis de su madre («Un pobre crío, solo / en una casa en llamas / decidiendo quién saldrá el último») fue el detonante; y para cuando sus dedos regordetes y blancos se pusieron a tocar «Somos la caballería» («Me recordáis a un campo de santos crucificados / La bondad es una herida / y a la hora de cerrar / lavamos la sangre / con el pelo empapado en vino»), yo tenía la boca llena de mocos y tuve que tragármelos todos, estremeciéndome en silencio.

Hubo un momento en que me miró y me vio llorar, y pareció que vacilaba.

Creí que iba a interrumpir la canción. Pero entonces sonreí valientemente, y él sonrió también, tan contento como en el pub, y retomó aquel coro tristísimo.

Y fue en ese preciso momento cuando comprendí que amaba a aquel hombre sucio, feo y locuaz con abrigo de pieles que era feliz deambulando por toda la ciudad, persiguiendo luces y risas; y que luego, por la noche, subía al escenario, se desabrochaba dos botones del chaleco con aquellos dedos gruesos y torpes y te mostraba el corazón que había debajo.

Después del concierto, se tomó tres

copas en el *backstage* (como era John Kite, las inhaló como si fueran vapor en menos de diez minutos), y a continuación se despidió de todos abrazándolos, con un alegre «Ahora tengo que ir a que la Duquesa me interrogue», y me llevó al hotel para que lo entrevistara.

Yo sólo tenía un casete para mi grabadora: un solo C90. Jamás se me habría ocurrido pensar que, al final, estaría desde medianoche hasta las cinco de la madrugada hablando con él. John había bebido suficiente para no parar de hablar, y yo, de hecho, todavía tenía que aprender a estarme callada.

Me contó que a su madre la habían internado en un psiquiátrico cuando él

tenía nueve años; que su padre era alcohólico, y que a él le tocó ocuparse de sus tres hermanos pequeños. Que se ponía el abrigo de su madre, sentaba a sus desamparados hermanitos en las rodillas y los abrazaba, para que ellos olieran el abrigo y fingieran que era ella.

«Había leído que eso es lo que hay que hacer con los cachorros», me explicó. «Y parecían cachorritos, Duquesa. Cachorritos abandonados en una caja de cartón debajo de un puente.»

Y que eran tan pobres que, en la noche de las hogueras, robaban leña de la hoguera del barrio y la llevaban a casa en un cochecito de niño, con el

bebé sentado encima. Y que, cuando iba a visitar a su madre al hospital, tan joven y sin embargo sintiéndose tan viejo y deprimido, su madre nunca lo abrazaba ni lo acariciaba. No soportaba el contacto físico. Y al final de la visita, su madre se besaba las yemas de los dedos y le tocaba los labios, y le decía: «Ésta es la despedida de John.»

A cambio, yo le hablé de mi familia: de mi padre alcohólico, del barrio deprimente donde vivíamos. Que era yo quien había llevado a mi familia al borde de la desgracia, y que ahora tenía que correr mucho para adelantarme a ella. Que mi madre se había convertido en un fantasma huraño al que no le

gustaba cómo era yo. Que mi madre creía que Dolly Wilde no tenía nada que ver con quien yo era *en realidad*.

—Qué manía tiene la gente de decirte cómo eres *en realidad* —dijo con desdén, como si eso fuera un hobby repugnante; como bailar la danza Morris, o hacerle pajas a tu gato. Encendió un cigarrillo—. Qué coñazo es la gente.

Hablamos hasta el amanecer; entonces John puso unas almohadas en la bañera del cuarto de baño de su suite, para que yo durmiera allí.

—¿Vas a hacer un *Norwegian Wood*^[27] esta noche, tesoro? —dijo mientras yo me metía en la bañera.

Cuando me hube instalado (me sorprendió lo cómoda que resultaba; era como tumbarse dentro de un huevo), Kite entró en el cuarto de baño y me tapó con su abrigo de pieles. Una bañera blanca, llena de pelo.

—Todavía es pronto, ¿no? —me preguntó, optimista, sentado en el borde de la bañera.

—John, son las cinco de la madrugada.

—Bueno —dijo él, pensativo—. Entonces podemos seguir hablando.

No quiero hacerme pesada explicando cómo nos llegamos a reír. Él se acostó en su cama y siguió contándome historias; de pronto se

quedaba callado (¿dormido?), y luego reía, y decía: «Cuelga el teléfono», y yo le contestaba: «No, cuelga *tú*.»

Una vez entró en el cuarto de baño a mear, a un metro de donde yo estaba acostada: una descarga atronadora de whisky, Guinness y ginebra.

—Cuelga el teléfono —me dijo.

—No, cuelga *tú*.

—Te quiero, nena.

Tiró de la cadena y volvió a acostarse.

Parecíamos dos críos en un campamento de verano.

Primero un taxi, y luego el

aeropuerto. Un avión. Confundo la sombra del avión con una ballena cuando sobrevolamos el Mar de Irlanda. Me encanta cómo nos sigue hasta Gran Bretaña. Heathrow. La línea Piccadilly. La línea Victoria. El tren. Wolverhampton.

El autobús 512. Me he caído del cielo al autobús 512. La ropa todavía me huele a Irlanda, pero ya estoy de vuelta. ¡Penn Road! ¡Con tus monstruosos árboles, llenos de nudos! ¡Te saludo!

Tengo la mochila en el asiento de al lado; pesa un huevo, porque dentro llevo los tres ceniceros que Kite se empeñó en que robara. Dos de dos pubs, y uno del

hotel.

El del hotel fue en el que más insistió. Me había despertado a las nueve de la mañana y lo había encontrado sentado a la mesa, junto a la ventana, rodeado de los restos del desayuno.

—No había flores en mi bandeja de desayuno —me explicó, ofendido—. ¡Ni un clavel! ¡Ni una rosa! Esto exigirá la compra de un *boutonnier*, tarea que puede llevar mucho tiempo. —Se señaló la solapa de la chaqueta, donde siempre llevaba una flor—. Debo dejar constancia de mi *insatisfacción* —añadió, y metió el cenicero en mi mochila con un floreo; a continuación

metió todas las botellitas de champú, gel y crema, antes de intentarlo con una toalla de manos, y desistir—. Esto lo hago para que el director del hotel sepa que no estoy contento con la atención recibida —dijo, y vació el minibar en los bolsillos laterales.

El autobús da muchas sacudidas cuando circula por Penn Road, y tengo que sujetar con cuidado mi vaso de Guinness. Este vaso de Guinness es mi mejor souvenir de Dublín.

Esta mañana, a las diez, en el taxi que me llevaba al aeropuerto de Dublín, le he pedido a Ed Edwards que hiciera parar al taxista delante de un pub mientras yo entraba un momento, pedía

una pinta de Guinness, y luego le preguntaba al camarero, muy digna: «¿Podría envolvérmela para regalo? Necesito llevármela a Inglaterra.»

Entre los dos, hemos ideado un método: yo le he puesto un posavasos encima, a modo de tapa, y entonces él ha envuelto el vaso con casi todo un rollo de film transparente de la cocina. He llevado esta pegajosa momia marrón desde el aeropuerto de Dublín hasta Wolverhampton, durante un total de siete horas y media.

Lo he hecho porque, desde que yo recuerdo, mi padre tiene una perorata recurrente sobre la mala calidad de la Guinness que venden en Gran Bretaña.

«La única Guinness buena», dice con la barbilla manchada de cremosa espuma «es la que hacen en Dublín. El agua es diferente. Daría *cualquier cosa* por una Guinness como Dios manda.»

Y por eso le he traído esta pinta: una pinta irlandesa auténtica, de Irlanda. Esta pinta, traída por los aires y por encima del mar. Por fin le he comprado a mi Viejo una Guinness de verdad.

Cuando entro por la puerta con la pinta en la mano (los niños se abalanzan sobre mí; uno ya está llorando), se la ofrezco a mi padre y le digo que la pruebe.

Mi padre retira el film transparente, me mira con gesto de extrañeza y da un

sorbo.

—Joder, no tiene gas —dice.

Una hora más tarde subo a mi habitación. Pongo el disco de John, *Forestry*, a todo volumen.

Mientras suena, recuerdo la cara que puso cuando le dije que había sido mi primer viaje en avión. «¿En serio? ¡Ojalá te hubiera visto la cara! ¡Seguro que te encantó, putita astuta! ¡Seguro que *estallaste* de placer!»

Me encantó contarle a John Kite que había hecho algo por primera vez. Por lo visto, mi inocencia lo emocionaba. No se me ocurriría contárselo a nadie más.

Para el resto de la gente, mi inexperiencia es un hándicap. John Kite es la primera persona que conozco que no hace que me sienta como un bicho raro.

Empiezo a redactar una lista de cosas de las que quiero hablar con John y de las que no puedo hablar con nadie más, y la titulo, muy decidida, «Mis cincuenta próximas conversaciones con John Kite».

Voy a la biblioteca y arranco (disimuladamente) fotos de John de *Melody Maker*, *D&ME*, *NME*, *Select* y *Sounds*, y las pego con Blu-Tack en la pared, junto a los Manic Street Preachers, Brett Anderson y Bernard

Butler, y Kurt Cobain con vestido. Empiezo a escribirle a él mi diario, en lugar de a Gilbert Blythe. Pongo los tres ceniceros encima de la mesa y me quedo mirándolos.

Si yo fumara, podría utilizar los ceniceros de John, y sería como si estuviéramos fumando *juntos*. A lo mejor debería empezar a fumar. A lo mejor eso es lo que tengo que hacer.

Cuatro días más tarde recibo una carta. Un sobre alargado de color crema, con mi dirección escrita a mano con caligrafía elegante, con bolígrafo gris, y un casete dentro, con «Gonzo

Gainsbourg» escrito con el mismo bolígrafo. Nunca había visto tinta de bolígrafo gris. ¿Quién coño sabe dónde encontrar un bolígrafo gris? Pongo el casete en mi equipo de música y pulso «play» mientras leo la nota.

«Hola, Duquesa», empieza; son las dos palabras más bonitas que he leído en mi vida. Mi primer y único bautizo.

Hola, Duquesa:

He creído que te gustaría saber que acabé nuestro día de fiesta en la piscina del hotel a las once de la mañana, dormido en una hamaca, con las pieles puestas. Pensé que me sentaría bien un baño, para despejarme, y que luego me tumbaría a meditar un rato. Al despertar,

estaba rodeado por toda una familia en traje de baño; la madre, desde atrás, les decía a los niños: «¡Dejad en paz a este hombre! ¡No lo molestéis!»

Nadie me había llamado «hombre» hasta ahora; me sentí orgulloso y maduro. Esto podría ser mi paso a la edad adulta.

Ha sido un placer conocerte, princesa. Volveremos a vernos, ¿vale? Y que sea pronto: no quiero tener que esperar veinticuatro años más para volver a conocerte. Salgo a dar un paseo. Hace tres días que no salgo de casa.

Un abrazo,

El Grupo

El casete que me ha copiado John es

el *Melody Nelson* de Gainsbourg: es increíble, e insoportablemente sexual. Misterioso y flipante. Como un futuro que me asusta y me atrae al mismo tiempo. Junto con la carta, estimula la parte más infantil de mi cerebro, y de pronto rompo a llorar.

Me parece que llevo como mínimo media hora llorando; es ese tipo de llanto que recuerda a la lluvia cuando empieza a caer sin avisar, con violencia, pero que de pronto deja paso al arcoíris, y a mirlos que cantan agradecidos mientras vuelven a los jardines regados. El llanto de alivio.

Sin darme ni cuenta, me acerco la carta a la cara, para ver si huelo aunque

sólo sea un débil rastro de las manos de John, esas manos con las que crea su música. Las manos que tocan su guitarra. No sé por qué, pero sus manos me parten el corazón.

«Gracias, Dios, gracias, Dios, gracias, Dios», pienso: no me moriré sin haber recibido una carta. Ahora recibo cartas. La gente me escribe cartas. Me he hecho amiga de la música. Puedo ir por el mundo, hacer amigos. Funciona. Voy con El Grupo.

12

Las semanas siguientes son de las peores de mi vida, porque he descubierto algo asombroso: que hay personas que no son simplemente personas, sino que son un lugar, todo un mundo. A veces encuentras a alguien donde podrías pasar el resto de tu vida.

Para mí, John Kite es como Narnia: he atravesado su abrigo de pieles y he entrado en una tierra donde soy la Duquesa, la Gran Charlatana de Cair Paravel. En John Kite, la gente va por la calle con un cerdo bajo el brazo, y cruzamos el escenario cogidos de la

mano bajo la intensa luz de los focos, y sobrevuelo mapas diminutos hasta grandes teorías, y duermo en una bañera, sin parar de hablar. Quiero ser siempre una ciudadana de John Kite; quiero irme a vivir allí inmediatamente. Porque John Kite es la persona más impresionante del mundo. Con John Kite pasan cosas.

—No puedo seguir viviendo aquí —le digo a mi perra, compungida. Me he subido al tejado del cobertizo, y la he ayudado a subir conmigo—. No puedo seguir aquí. Esto no funciona. La casa es demasiado pequeña, y aquí no pasa nada, y aquí nunca tendré más de doce años.

Como he viajado en avión y he visto

cómo las casas se convertían en cajas de cerillas, es como si las casas de Wolverhampton se hubieran encogido. Soy como Alicia cuando se hace grande, y luego pequeña, y luego grande otra vez, en el País de las Maravillas. Ha cambiado mi escala. Todavía estoy a treinta mil pies de altitud. No paso por las puertas. Sueño que me pongo de pie y piso las casas, y las aplasto, y huyo. Necesito huir a Londres, adonde vive John Kite, y donde seré la Duquesa, y vivir en bares.

Pero no puedo. Porque lo malo es que, ahora que sé lo que quiero (estar a no más de cinco metros de John Kite el resto de mi vida), no puede ser. Le he

entregado a Kenny mi artículo sobre John Kite, y veo que dejo de tener trabajo. Kenny está un poco raro por teléfono.

—¿Te ha gustado el artículo? —le pregunto.

—Bueno, has dejado muy clara tu opinión sobre él —me contesta, y cambia de tema.

El artículo sale publicado el día 18; voy al quiosco y allí está, anunciado en lugar destacado.

El párrafo introductorio, firmado por Kenny, resume mi noche de juerga con Kite: «Dolly Wilde viaja a Dublín, deja una cuenta de 217 libras en el bar, acaba durmiendo en la bañera de John Kite y

explica por qué ahora Kite es “más importante que los Beatles” [¿En serio?].»

En el artículo, he intentado describir lo que sientes cuando estás tan cerca de la música: cuando le das la mano, y subes al escenario con ella, y hablas con ella, y la oyes ir al baño. Mi crónica tiene un único objetivo: hacer que todo el que la lea quiera comprar los discos de John Kite. Lo llamo «ángel sucio y valeroso», «chico del coro guarro», «corazón desbocado con un traje raído». Después de cada una de esas descripciones, Kenny ha escrito: «[Ups, señora]», o «[¡Joder!]», y eso me intranquiliza.

Sin embargo, Kenny no ha escrito nada después del párrafo donde describo la cara que pone John cuando canta, con el pelo empapado de sudor tapándole los ojos; cómo da a entender que va a cantarte esta canción sólo a ti, y que luego saltará por la borda de un barco, e irá a nado hasta París, a empezar una nueva vida, porque se avergüenza de haber sido tan sincero. Así que... quizá no sea tan grave.

Es la primera carta de amor que escribo, aunque entonces no me doy cuenta; quizá mi nerviosismo, cercano a la histeria, debería haberme alertado. O algo más prosaico: la parte donde digo: «Estoy enamorada de John Kite. Es

decir, de su música.»

Entonces lo encuentro muy sutil, pero es como si hubiera repetido quinientas veces la frase: «ESTOY PERDIDAMENTE ENAMORADA DE JOHN KITE.»

Y cuando sale publicado el artículo, Kenny deja de llamarme y de ofrecerme trabajo. Se produce un silencio que no presagia nada bueno. No hay más viajes a Londres, a pesar de que llamo a Kenny a menudo. A lo mejor tendría que haberme quedado en el colegio, y haber aprobado esos exámenes, y haberme contentado con que me metiera mano Craig Miller, que no está en ningún grupo musical. A lo mejor me

equivocé.

Las primeras dos semanas son soportables, porque John está de gira por Estados Unidos. Tumbada en la cama con la prensa musical, leo las crónicas que llegan con la ansiedad de una madre que lee las cartas que le escribe su hijo desde el campo de batalla.

«¿Qué estará haciendo?», me pregunto con cariño, y abro la página donde hablan de su concierto de Nueva York, donde por lo visto «encandiló al público» con sus «caóticas bromas entre canción y canción», que, más que

«presentaciones de sus [no] éxitos», son un «número de monologuista interpretado por un Withnail^[28] que canta canciones de amor».

«Yo sé lo gracioso que es, porque es *amigo mío*», pienso. «Lo he visto ser gracioso *sólo para mí*. He oído chistes que no ha oído nadie más. Lo he visto mear. Seguro que allí nadie lo vio mear.»

Una semana más tarde, sale la crítica de Rob Grant, que acompaña a Kite en su gira estadounidense. Entonces es cuando la cosa se pone difícil, porque entro en la tercera semana del *Anno domini Nostri Kite*. Dios mío, qué mal lo paso leyendo ese artículo.

Tumbada en la cama, comiendo pasas, compruebo que lo que ha hecho Grant ha sido robarme aquella noche perfecta, la noche que yo habría pedido como último deseo antes de ser ejecutada en la silla eléctrica.

Grant ha ido al concierto, ha ido de bares hasta las tres de la madrugada y, al final, Kite se ha sentado en el balcón de su habitación, a las seis de la madrugada, y, mientras veían salir el sol y despertaban las calles de Nueva York, le ha cantado a Grant sus canciones nuevas.

Han desayunado en un *diner* («Perdone, señorita, pero esta gramola no funciona.» «Es que es una máquina de

cigarrillos, señor») y luego han tomado el ferry de la Estatua de la Libertad; han hecho el trayecto bebiendo botellines de whisky y fumando un Marlboro tras otro en la cubierta, bajo un cielo nuevo y azul.

Mi cabreo aumenta con cada nuevo párrafo. Mastico las pasas hasta hacerlas papilla, una papilla negra. Grant no necesita este día; ¡vamos, es que ni siquiera le interesa! Su grupo favorito es Can, y seguro que se pasó todo el puto fin de semana quejándose porque quería volver con su mujer y sus hijos.

Yo, en cambio, me habría comido entero ese fabuloso día. Habría

estrujado el cielo nocturno hasta extraerle cada puto destello, y me habría paseado por la barandilla del balcón. Habrían podido matarme de un tiro, a mediodía, y habría muerto con una sonrisa en los labios. *¿Por qué yo no estaba allí?* En una tortura exquisita: otros escriben sobre *la vida que tendría que haber vivido yo*; y, entretanto, estoy aquí sin hacer nada, esperando y muriendo. Ahora mi diario lo escriben otros, y yo no salgo en él para nada.

Porque mientras estoy en esta habitación, no existo.

—Mientras estás en tu habitación, no existes —le digo a Bianca, para que aprenda ese hecho tan importante—. Las

adolescentes que están en su habitación no son reales.

Encojo las rodillas para convertirme en una bala, y alzo la vista hacia la pared, donde las fotos nuevas de John Kite han tapado las fotos de Elizabeth Taylor, George Orwell y Orson Welles. Representa a la perfección el interior de mi cabeza.

—Tengo que salir de esta habitación —le digo—. Espérame, por favor. No te diviertas tanto. No te llenes con otros que no son yo. No sacies todo tu apetito.

Me muerdo las manos. Últimamente me muerdo más: los nudillos, sobre todo los de los pulgares. Estos mordiscos vienen a ser, para un adulto, lo que para

un crío es chuparse el dedo. Esto es lo que hacen los adultos cuando necesitan consolarse: se muerden las manos, en silencio, en su habitación. Así rebajo mi ansiedad, la concentro en las dos pequeñas marcas en forma de media luna que me dejan los dientes en la piel.

—Voy a salir de esta habitación.

Y sé cómo. La semana siguiente, John Kite vuelve a Londres y actúa en el Falcon. Voy a salir de esta habitación. Voy a coger un tren, voy a ir a Londres y voy a volver a entrar en este juego.

Bajo corriendo la escalera, brincando alegremente, y voy a decirle a

mi madre que me marchó a Londres a ver a John Kite. Empiezo a planear lo que me pondré: a lo mejor, un vestido de flores de la tienda benéfica. Seguro que a John le encanta una chica con un vestido de flores. Yo podría *dejar tieso* a John Kite con un vestido de flores. En el buen sentido.

Cuando voy por la mitad de la escalera, me doy cuenta de que ha pasado algo. Mis padres salen de casa; mi madre llora, y mi padre cierra de un portazo con las prisas; Krissi está plantado en el recibidor con un sobre marrón en la mano. Como me he imaginado tantas veces este momento, tal vez pienses que sabré gestionarlo.

Pero no, no sé. Nunca me he atrevido a imaginar qué podía pasar después.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Estamos jodidos, Johanna —dice Krissi—. Nos van a retirar las ayudas.

—¿Por qué?

Tengo la impresión de que voy a mearme encima, como cuando los niños pequeños se asustan o se hacen daño, pero al mismo tiempo voy a llorar hasta morir, en una autoinmolación acelerada y piroclástica.

—Han «recibido información» —dice Krissi, muy serio.

13

Durante seis semanas, mientras estudian la «información» recibida sobre una «posible irregularidad», los servicios sociales nos retiran las prestaciones. Mis padres hacen problemas de matemáticas en el dorso de varios sobres, y calculan que hemos perdido un 11% de nuestros ingresos.

Al principio siento alivio: yo temía que nos hubieran quitado el 50%, el 90%, hasta el último penique... Y entonces ¿qué? En 1993 ni siquiera existen los asilos para pobres; a lo mejor habríamos tenido que irnos a vivir

a casa de alguna tía, como las familias arruinadas de las novelas del siglo XIX. Una familia entera en la habitación de invitados, viviendo de la caridad. Siete Jane Eyres de diversos tamaños a merced de la tía Reed. Yo tendría que dormir en un armario, y a Lupin lo perseguirían los fantasmas.

El 11% parece, en contraste con esa ruina absoluta..., ¿soportable? Al fin y al cabo, si me cortara el 11% del pelo, apenas se notaría. Por un momento pienso que el 11% no es tan grave.

Lo que pasa es que, al principio, no tengo en cuenta que ya estamos muy al límite. No hay inversiones que recuperar para ayudarnos a solventar este recorte

del 11%: ni bonos, ni ahorros, ni acciones. No hay «caprichos» de los que prescindir, como ir a la peluquería, o la suscripción a una revista. Nosotros mismos nos cortamos el pelo, y vamos a la biblioteca a leer revistas. No hay grandes planes que podamos atrasar mientras dure la sequía, como cambiar de coche, o redecorar el salón. No teníamos intención de cambiarnos de coche ni de redecorar el salón.

Tampoco hay nadie a quien podamos pedir prestado, pues una de las grandes verdades de los pobres es que suelen relacionarse únicamente con otros pobres que tampoco podrían permitirse un recorte del 11% y que no podrían

poner remedio al suyo.

La verdad es que, cuando eres muy pobre, ese 11% te amarga profundamente la existencia. El 11% menos significa tener que elegir entre electricidad o comida: una electricidad y una comida que ya estaban racionadas y que ya te agobiaban. El 11% no es mucho, pero cuando eres muy pobre, puede constituir la base de tu supervivencia.

Ahora tienes que mantenerte en pie en un espacio mucho más reducido que antes. Estás inseguro. Podrías caerte.

Las nuevas matemáticas de nuestra

existencia han sido resueltas meticulosamente en una hoja de papel que está colgada en la pared. Es nuestro nuevo presupuesto, sin ni pizca de margen para ningún extra: ni un tarro de mermelada, ni unos zapatos nuevos. No podemos hacer nada que no sea quedarnos muy quietos. Funcionamos con un 11% menos de lo que, de entrada, ya era insuficiente.

La mañana después del día en que mis padres hacen el presupuesto nuevo, entro en su habitación, cuando los dos están en la cama, y me siento a los pies.

—Bueno, no es tan grave como parece —les digo—. ¡Ahora yo trabajo! ¡Cuando por fin llegue mi cheque, podré

daros dinero!

Al hacer esta oferta, siento una mezcla de alivio y temor. Me alivia poder darles dinero a mis padres, y poner fin a tantas preocupaciones.

Además, seguro que cuanto más dinero les dé a mis padres ahora, menos se enfadarán cuando se enteren de que fui yo la que la cagó. Si consigo ganar y darles mil libras, por decir algo, antes del descubrimiento, ¡a lo mejor ni siquiera se enfadan! ¡A lo mejor puedo comprar su perdón! ¡Haré que estén *en deuda* conmigo! ¡Es un plan fabuloso!

Sin embargo, mi madre se carga inmediatamente mi plan.

—Cuando llegue ese cheque, *si es*

que llega, vas a meter la mitad en una cuenta de ahorro —me dice con firmeza—. Y también la mitad de todo lo que cobres en adelante. Tu padre y yo ya lo hemos hablado.

—¿*Cómo*?

—No sabes qué puede pasar en el futuro, Johanna —interviene mi padre—. Dejar los estudios es un riesgo...

—¡No lo es! —le contradigo—. Todos los que trabajan en *D&ME* tienen como *treinta* años y tienen... una *casa*. ¡Es un trabajo normal!

—Has empezado muy pronto tu carrera, Johanna —argumenta mi madre—. Necesitas tener unos ahorros.

Mi padre se levanta para ir al baño.

—Voy a regar el jardín, cariño — dice, y mi madre se inclina hacia delante y le dice algo al oído. Por un instante, parece la de antes, cuando todavía no habían nacido los gemelos.

—Si tu padre hubiera tenido ahorros, no habría tenido que dejar la música cuando el grupo se separó — dice atropelladamente—. Cuando las cosas van mal, necesitas dinero para no quedarte... atascado.

Mira a los gemelos, que duermen encima de un colchón junto a la cama.

—¿Qué ha pasado con nuestras ayudas? —pregunto.

—No tardaremos en saberlo — contesta mi madre con esa tristeza

desinflada que producen el cansancio y la sensación de estar atrapado. Esa tristeza que, cuando la ves en un padre o una madre, te inspira miedo.

Entonces mi padre vuelve a la habitación, y mi madre se recuesta en las almohadas y finge ser la de antes.

Al día siguiente, se presentan dos hombres en la puerta de nuestra casa y se llevan el televisor. Nosotros siempre hemos alquilado el televisor: es lo que hacen todos los vecinos del barrio. ¿Quién tiene trescientas libras para comprar un televisor? Es el primer recorte que hacemos.

Los niños forman una fila que va del salón a la puerta de la calle, como si esto fuera un funeral, y, llorando, ven cómo se llevan nuestro televisor.

Luego volvemos al salón y formamos un corro alrededor del espacio que ha quedado vacío, como tristes animalillos del bosque alrededor del cadáver de Blancanieves.

—Es como si se hubiera muerto nuestra madre. Nuestra madre *de verdad* —dice Krissi. Hasta Krissi llora un poco, y eso que Krissi no llora nunca. La última vez que lloró fue cuando se cayó de espaldas de la litera encima de un Lego, y se hizo un desgarrón en la oreja.

Lupin se pone histérico, como corresponde (vamos por la mitad de la primera temporada de *Twin Peaks*, y estamos obsesionados con la historia).

—¡Ahora nunca sabremos quién mató a Laura Palmer! —se lamenta mientras le resbala la baba por la barbilla.

Ni siquiera nos animamos cuando propongo «jugar» a *Twin Peaks* envolviendo a Lupin en bolsas de plástico y dejándolo en el jardín. Al cabo de unos veinte minutos, Lupin se queja de que no puede respirar (aunque hemos hecho agujeros en el plástico), y abandonamos el juego. Trepamos al árbol y, muy serios, contemplamos el

futuro sin televisión.

—Se acabaron *Blue Peter* y *Saturday Superstore* —dice Lupin.

—Y *Crimewatch* —dice Krissi. Nos encanta *Crimewatch*. A menudo anotamos la matrícula de todos los coches que pasan por nuestra calle, por si en alguno va un asesino y ese dato se convierte en una pista fundamental. Todas las noches, después de contarle una historia de terror larga y truculenta, le decimos a Lupin la misteriosa y amenazadora frase de despedida del presentador de *Crimewatch*, Nick Owen: «No tengan pesadillas, por favor. Que duerman bien.»

Ahora, esa frase nos suena falsa.

Porque por fin ha llegado la pesadilla, y es peor que un asesinato.

Y no es sólo el televisor. Hay que recortar en todo. Se han acabado las cajas de fruta y hortalizas del mercado al por mayor. Mi padre compra un saco de cincuenta kilos de harina integral, y por lo menos una comida al día consiste en chapatis: una masa de harina, agua y sal que, una vez aplastada y redondeada, cocemos en el horno y luego cubrimos con margarina.

Hemos descubierto que, si los pinchas con un tenedor antes de hornearlos, puedes duplicar la cantidad de grasa que absorben, con lo que consigues que estén un poco más

sabrosos. Competimos para ver quién consigue meterle más margarina a un chapati (gano yo, por una diferencia de una cucharada de sopa), hasta que mi madre nos descubre y nos raciona también la margarina, diciendo: «En esa etiqueta pone “setenta y nueve peniques”, y no “gratis para los cerditos”.»

Nos convertimos en expertos en encontrar ofertas de productos que están a punto de caducar. Durante unos días, en el supermercado hay una oferta de grandes latas de salchichas rellenas de sobrasada, en salmuera, y las comemos tres veces por semana, con col hervida y montañas de ketchup o salsa para

ensalada de marca blanca. Vivimos a base de ketchup y salsa para ensalada. Sin eso, se produciría un auténtico motín. Nuestra moral va en botellas de condimento de marca blanca de un kilo.

Llega una factura de gas, y luego otra de electricidad. Mi madre pide que le autoricen otro descubierto para pagarlas: ahora vamos hacia atrás, y al doble de velocidad. A Lupin se le quedan pequeños los zapatos, pero no hay dinero para comprar otros, así que tiene que ponerse las botas de agua viejas de Krissi. Ahora siempre tiene los pies blandos, húmedos y blancos, por el sudor.

Mis hurtos en las tiendas se disparan

(«No renuncies», me recuerda el letrero de la perfumería mientras me lleno los bolsillos de tampones y desodorante). Como Robin Hood antes que yo, les robo compresas higiénicas a las ricas para forrar con ellas las bragas de las pobres.

Ahora es más difícil robar en las tiendas, porque no tengo dinero para ir al centro en autobús, y tengo que ir y volver a pie: diez kilómetros de ida y diez de vuelta, por la autovía; los camiones hacen volar continuamente mi sombrero.

Muchas veces me llevo a los gemelos en el cochecito, para no aburrirme por el camino. O a Lupin, y a

la perra; les canto mientras caminamos. Les canto «I Am The Resurrection» y «Cemetery Gates» de los Smiths.

Esas canciones significan mucho más para mí ahora que no tenemos dinero. Hasta los puñados de monedas de veinte peniques para alquilar CD nuevos han desaparecido, de modo que mi colección de discos se ha quedado parada en los 148 que ya tenía. Esos 148 discos, pirateados de los CD de la biblioteca, constituyen todo mi mundo. Un faro a lo lejos hacia el que sólo yo me dirijo. Un lugar al que llegaré, algún día.

En la Biblioteca Central (con los bolsillos llenos de tampones robados; he

dejado a Bianca atada en la calle), los gemelos duermen en el cochecito mientras leo *D&ME*, *Melody Maker* y *NME*. Para eso he recorrido diez kilómetros a pie. Para amortizar la inversión, me leo las revistas de cabo a rabo, incluidas las listas de conciertos, que componen un catálogo de los locales pequeños y medianos de toda Gran Bretaña en activo en 1993: Rayleigh Pink Toothbrush, Derbyshire Wherehouse, King Tut's Wah-Wah Hut, Buckley Tivoli, Windsor Old Trout. Puedo recitarlos todos, como un rosario de lugares adonde la gente todavía va, y donde todavía suceden cosas, y a los que algún día *yo* también iré, y donde *a*

mí también me sucederán cosas. No voy a quedarme atrapada aquí. Me niego.

Una semana aparece una entrevista a John Kite en *D&ME*, anunciada en la portada. Reflexiono sobre la utilidad de que tus amigos sean un poco famosos y los entrevisten en las revistas. Es una forma maravillosa de ponerte al día sobre su vida en tu tiempo libre. Muy útil. ¡Mira, seguimos en contacto!

Ya en el primer párrafo, me entero de que un fan alemán le ha regalado un collar a John; un crucifijo, concretamente, «por si de pronto estoy a punto de morirme y decido activar urgentemente mi anquilosado catolicismo»; ha escrito un tema sobre

las setas titulado «Aumenta el léxico», y se ha hecho un pequeño tatuaje de un dragón galés en la piel blanca y suave del antebrazo: «Aunque seré sincero contigo: el sitio al que fuimos no era de mucha confianza, y más que un dragón parece un gato larguirucho con eccema.»

La mayor parte de la entrevista, sin embargo, versa sobre la clase, que actualmente es un gran tema. A todos los artistas les preguntan sobre la recesión, el gobierno de Major, las prestaciones sociales, la política y la pobreza. Les piden que se definan.

Y ahora le llega el turno a John Kite (un dipsómano galés de clase trabajadora e infame autor de monólogos

de bar) en una entrevista que le hace Tony Rich para *D&ME*. La leo sentada en la Biblioteca Central, mientras fuera llueve a mares.

«Entre pobres y ricos hay una gran diferencia», expone Kite, y da una calada al cigarrillo. Estamos en un pub a la hora de comer. John Kite siempre está en un pub, a la hora de comer, fumándose un cigarrillo, a menos que se especifique lo contrario.

«Los ricos no son malos, como sostienen muchos de mis hermanos. He conocido a gente rica, he tocado en sus yates, y no son mala gente, ni odian a los pobres, como mucha gente cree. Tampoco son estúpidos, o al menos, no son más estúpidos que los pobres. A pesar de que me divierte la

idea de una clase gobernante de pijos encopetados, incapaces de ponerse los calcetines sin que los ayude la niñera, eso no es cierto. Crean bancos, alcanzan acuerdos y formulan políticas, y todo lo hacen a la perfección y competentemente.

»No, la gran diferencia entre los ricos y los pobres es que los ricos no se agobian. Creen que nada puede salir demasiado mal. Nacen con una maravillosa y aterciopelada película de despreocupación (como el lanugo de los bebés), y nunca se les desprende por una factura que no puedan pagar, por un hijo al que no puedan dar estudios, ni una casa que deban abandonar para irse a un albergue cuando no puedan pagar el alquiler.

»Su forma de vida no cambia a lo

largo de las generaciones. No hay revuelta social que les afecte de verdad. Si perteneces a la clase media, ¿qué es lo peor que te puede hacer la política del gobierno? ¿Qué es lo peor de todo? Gravarte con un 90% y dejar tus cubos de basura llenos en la acera. Pero tú y todos tus conocidos seguiréis bebiendo vino, aunque quizá más barato, y seguiréis yendo de vacaciones, aunque quizá no tan lejos, y seguiréis pagando la hipoteca, aunque quizá con retraso.

»Y ahora, piensa en los pobres. ¿Qué es lo peor que puede hacerles la política del gobierno? Puede anularles una operación quirúrgica, cuando ellos no pueden recurrir a un seguro privado. Puede cerrarles el colegio, sin que puedan matricularse en un colegio privado. Puede echarlos

de su casa y obligarlos a vivir en una pensión antes de que acabe el año. Cuando la clase media se pone vehemente hablando de política, está pensando en sus privilegios: sus amnistías fiscales y sus inversiones. Cuando los pobres se ponen vehementes hablando de política, están luchando para sobrevivir.

»La política siempre significará más cosas para los pobres. Siempre. Por eso hacemos huelgas y manifestaciones, y por eso nos desesperamos cuando los jóvenes dicen que pasan de votar. Por eso a los pobres se los considera más vitales, y más bestias. La música clásica no está hecha para nosotros, ni pasear por las propiedades del National Trust, ni comprar parquet de madera recuperada. Nosotros no

tenemos nostalgia. No nos mola el ayer. No lo soportamos. No queremos que nos recuerden nuestro pasado, porque era horrible: la gente moría en las minas, vivía en barrios insalubres, era analfabeta y no podía votar. Vivíamos sin dignidad. En el pasado, todo era horrible. Por eso el presente y el futuro son para los pobres; ése es el tiempo que nos corresponde: sobrevivir ahora, y confiar en un mañana mejor. Vivimos aquí y ahora, para que nuestros caprichos instantáneos, calientes y rápidos nos levanten el ánimo: el azúcar, un cigarrillo, una canción rápida nueva que oímos por la radio.

»Cuando hables con un pobre, nunca olvides que cuesta diez veces más llegar a cualquier sitio desde un barrio con un código postal chungo.

Que alguien de un código postal chungo llegue a algún sitio siempre es un milagro, hijo. Es un milagro que haga algo, lo que sea.»

El artículo continúa; Kite se emborracha considerablemente, como hace siempre que lo entrevistan, y se anima cuando empieza a hablar de su próxima gira por Europa, y de su reciente adopción de un perezoso del zoológico de Regent's Park («Sus semejanzas físicas con nosotros son asombrosas. Ojalá, en las circunstancias inversas, la raza superior de perezosos fuera tan considerada conmigo.»)

Pero en la Biblioteca Central, yo

intento que no se note que estoy llorando. ¡Eso es lo que pasa! ¡Vivo en un código postal chungo! ¡Es a mí a quien se refiere! Me encanta John Kite. *Él* sí sabe qué significa el 11%. Ojalá pudiera dejar el cochecito de los gemelos junto a esta mesa y echar a correr, y seguir corriendo hasta encontrarlo y estrecharle la mano, y subirme la manga y enseñarle un tatuaje nuevo que yo me habría hecho, donde diría «WV4 — Código postal chungo».

Ojalá pudiera llevarme esta entrevista a todas partes, y usarla como documento de presentación (al supermercado, a las oficinas del ayuntamiento, a *D&ME*), y enseñársela a

la gente y decirle: «Ésta es la situación. Esto es lo que me pasa a mí. Por eso estoy tan cansada.»

Estoy muy cansada. Cansadísima, pero también muy histérica.

Porque lo único que no le he confesado a nadie es que yo sé que todo esto es culpa mía. Que yo soy la responsable de nuestra repentina, aterradora y absoluta miseria.

En la casa reina un ambiente horrible. Ya he tenido que llevarme a Lupin y los gemelos tres veces a mi habitación y poner «Bridge Over Troubled Water» de Simon & Garfunkel a todo volumen, mientras mis padres se gritaban el uno al otro en el piso de

abajo. Estas discusiones siempre acaban igual: mi padre se va al Red Lion, donde se emborracha escuchando a Johnny Jones, y mi madre se queda en casa barajando una y otra vez las facturas del aparador, como si cada contacto con su mano fuera a hacer disminuir un poco el total.

Como es lógico, Krissi está profundamente deprimido. Él tenía previsto ir a la universidad, pero éste no parece buen momento para hablar de algo que implicaría gastar dinero, y muchos trastornos, de modo que ha enmudecido casi por completo. Es como si se hiciera el muerto.

Y yo tengo la culpa de todo, y la

ansiedad me está matando. Los subidones de adrenalina que tenía cuando esperaba el correo sentada en la escalera no son nada comparados con éstos de ahora: se me duermen las manos. Tengo diarrea. Mis pensamientos son tan rápidos y aterradores que a veces me acuerdo del pasaje de la autobiografía de Bob Geldof (*Is That It?*) donde, después de morir su madre, de pronto se encuentra apoyado en un clavo que sobresale de la pared, empujando con la frente, como si se hiciera una trepanación casera.

Creo que eso es lo que me gustaría hacer. Clavarme un clavo frío, largo y limpio en medio de la cabeza. Eso me

calmaría. Y nadie me lo reprocharía; nadie le haría reproches a una chica con un clavo en el cráneo. Me ingresarían en el hospital, y como estaría deprimida, y enferma, estaría a salvo. Si me rompiera todos los huesos, nadie me odiaría. Si tuviera un problema grave. Si me encontraran al pie de la escalera. Si estuviera destrozada. Si me muriera.

Si no puedes defenderte de un ataque mediante la fuerza (y es evidente que yo no tengo ninguna fuerza; tengo las manos vacías), quizá puedas defenderte estando hecho polvo. Destruyete antes de que te encuentre el enemigo.

La razón por la que estoy tan asustada es que esto ya ha pasado otras veces. Ya hemos sido así de pobres otras veces (en una casa así de enfadada, donde la mirada de mi padre se vuelve horriblemente fría, y donde parece que se va a acabar todo), la primera vez que mi padre dejó de trabajar, en 1986.

Voy a contaros una historia; antes me entristecía mucho, pero ya no. Os la regalo.

Cuando iba a cumplir once años, quise hacer una fiesta de cumpleaños. Nunca había hecho una fiesta. Tenía una

amiga por primera vez, Emma Pagett, y quería invitarla a mi casa.

Mi madre me dijo que podía; mi regalo de cumpleaños sería un billete de diez libras, y tenía plena libertad para invertir ese dinero en comida para la fiesta e invitar a mi amiga.

Preparé un pastel y me lo pasé muy bien. Bates la margarina con el azúcar, añades los huevos, incorporas la harina, lo horneas, lo cortas por la mitad y lo untas con crema de mantequilla y mermelada, y ya tienes un pastel.

Krissi me hizo una foto cuando la mesa ya estaba preparada: el pastel en una bandeja, tapado con papel de aluminio para darle ambiente festivo, y

yo con mi gorra de pastelero, como John Lennon. Estoy de pie junto a la mesa, mostrando la comida con un ademán elegante, como Anthea Redfern mostrando el juego de cubiertos en el concurso *The Generation Game*.

Pero mientras yo hacía todo eso, mi padre estaba en la cama. Era uno de esos días en que... no se levantaba. Se quedaba acostado, con su gran tarro blanco de medicamento, con los ojos casi en blanco.

A las tres de la tarde, mi madre entró en el comedor, donde yo estaba leyendo *Los hijos del ferrocarril*, esperando a que fueran las cuatro y llegara Emma.

—Tu padre no se encuentra bien —

me dijo mi madre—. Ha ido a acostarse. Prefiere que no venga Emma, por si necesita... —pensó un momento— darse un baño.

No me acuerdo de cómo le dije a Emma, por teléfono, que no podía venir a mi casa. No creo que le explicara que, a veces, cuando tu padre se ha caído desde el tejado de un edificio, no le apetece que venga gente a su casa. Que no deja que entre ni salga nadie.

Supongo que le dije que no me encontraba bien, que me dolía la barriga y que teníamos que cancelar la fiesta.

Y en realidad, lo del dolor de barriga era verdad. Porque me comí todo lo que había en la mesa. Me comí

toda mi fiesta de cumpleaños.

Y luego me metí en la cama.

Sin embargo, ahora la vida en Wolverhampton tiene sus atractivos. El jueves llevamos a Lupin al dentista, y le arrancan cinco dientes.

A lo mejor es por eso por lo que llora tanto. En realidad no es que sea melancólico y pensativo por naturaleza, sino que tiene la boca llena de caries. El dentista tiene que dormirlo y extraerle cinco dientes durante un puñetazo quirúrgico brutal, de una hora de duración, en toda la cara.

—¡Sólo son dientes de leche, hijo!
—dice mi padre alegremente cuando lo

llevamos a casa en la furgoneta, tumbado en el asiento trasero, con la cabeza en el regazo de Krissi—. ¡Los dientes de *principiante*! ¡Ahora te saldrán los dientes de hombre! ¡Pronto podrás morder ladrillos, como un tiburón!

Lupin abraza la bolsa de caramelos que le han regalado. No tenemos a nuestro alcance ningún otro sistema de recompensas. Le han pagado por sus dientes en Black Jacks, Refreshers y Fruit Salads. Y él ha pagado por sus Black Jacks, Fruit Salads y Refreshers en dientes. De alguna manera, es un sistema dental para niños perfectamente circular.

—¡Cuando yo era pequeño, *todos* teníamos caries! —dice mi padre por encima del hombro—. ¡Todos! ¡Todos tus tíos! A tu tío Jim se le cayó uno completamente negro. *Se le cayó. Completamente negro.* Lo llamábamos «el diente del diablo». ¡Tu abuela llevaba dentadura postiza cuando tenía veintiocho años! Siempre decía que había perdido un diente con cada hijo.

—Igual que Lupin —comenta Krissi fríamente, echando un vistazo al interior de la furgoneta, donde van todos los hermanos.

No podemos dejar de mirar a Lupin. Todavía está grogui, como borracho, y cuando abre la boca y enseña esos

huecos rojos y húmedos, parece que le falte una quinta parte de la cara. Ya no tiene boca, sólo un agujero.

Krissi, sin decir nada, le pone un dedo en la mejilla a Lupin y me señala algo: también le han roto el labio, mientras estaba dormido. Los dientes y los labios. Lo único que han dejado es un amasijo carnoso, con un solo incisivo en el lado derecho, como una torre Martello, en una orilla vacía y sanguinolenta. Pobre Lupin.

Llegamos a casa y vemos que mi madre lo ha dejado todo como una patena, cosa que normalmente sólo hace

si van a venir visitas. La invitada de honor de hoy es la boca hecha puré de Lupin. Le dejamos el mejor trozo de sofá (el que tiene los muelles menos cascados), y le ponemos la mejor manta en las rodillas; y cuando despierta del todo de la anestesia, tratamos de animarlo haciendo cosas cada vez más humillantes a cambio de caramelos de su bolsa.

Krissi tiene que hacer ver que es un orangután que se ha quedado atrapado debajo de un sillón. Yo tengo que decir que me gustan una serie de personas cada vez más vergonzosas (empezando por Mr. Bennett, el conserje de *Take Hart*, y acabando con el Guante Volador

de *Yellow Submarine*) hasta que me pongo a llorar, y mi madre tiene que intervenir y nos regaña a todos por dejar que las cosas se nos vayan de las manos.

Fingimos que hacemos esas payasadas humillantes para animar a Lupin, pero en realidad las hacemos por los caramelos. Cenamos macarrones con col hervida. Lo que buscamos son los «pequeños caprichos» de John Kite. A Lupin le damos una lata entera de arroz con leche, con una cucharada de mermelada, porque como no tiene dientes, no puede comer macarrones con col hervida.

—¡Mi cena es la mejor! —dice, y dejamos que disfrute de su victoria.

—Son increíbles —dice Krissi más tarde. Estamos en la habitación: todos los hermanos, sentados en el suelo en círculo, jugando con los dientes de Lupin. Krissi tiene un alfiler y, con mucho cuidado, va rascando la caries de una muela.

—¿Huele? ¿Huele a podrido? —pregunta Lupin.

Krissi la olfatea.

—No.

Pero la habitación huele mal. Hace diez minutos, Krissi ha encendido una cerilla, la ha acercado a un diente que todavía tenía enganchada una pizca de

chicle y la ha quemado.

—Es como beicon humano —ha dicho.

Desprendía un olor a pelo quemado; pero quizá fuera el olor del propio diente. Ahora tiene unas manchas negras en un lado. ¡Quién iba a decirnos que podíamos divertirnos tanto con unos dientes!

Yo cojo tres para tirar el I Ching. Mi hexagrama es el cuarenta y cuatro: «El ir al encuentro». Consulto el libro del I Ching para ver qué significa.

—«Vemos a una mujer fuerte y valiente» —leo—. ¡Ésa debo de ser yo! ¡Voy a casarme con John Kite!

Hago el signo de la victoria con las

dos manos. Me lanzo vítores a mí misma. Doy puñetazos al aire.

Sigo leyendo.

—«No dará buen resultado casarse con esa mujer.»

Todos me miran con cara de «Ya te lo decía yo».

Miro los dientes de Lupin.

—Voy a tirarlos otra vez.

Vuelvo a tirar el I Ching nueve veces seguidas, hasta que sale algo que me gusta. Sigo haciéndolo hasta que dice que me iré a vivir a Londres, que viviré en un piso de Rosebery Avenue, que me casaré con John Kite y que Stephen Fry hará de pastor. A veces, tardo toda la noche en vislumbrar ese futuro. Pero

ahora me sobra tiempo.

Ahora usamos mucho *El libro del I Ching*. Mientras sigue adelante la investigación sobre nuestras prestaciones sociales, nos obsesionamos con la adivinación del futuro. Intentamos recuperar la sensación de control, por escasa que sea, sobre lo que pasará a continuación.

Por alguna extraña razón, mi madre decide que Krissi tiene poderes, y le pide que nos lea el futuro a todos, en días alternos; presionamos continuamente a nuestro futuro para que se actualice, hasta que conseguimos uno que nos gusta.

—Va a salir lo mismo que ayer —

dice Krissi, mosqueado, y lanza las monedas de adivinación al suelo.

Sin embargo, dado que el tiempo apremia, las sesiones de adivinación se centran en mi padre.

Como sabe que ahora tiene un plazo de tiempo (¡la fama mundial o el asilo para pobres! ¡Doble o nada!), mi padre ha redoblado sus esfuerzos para regresar a los Campos Elíseos del rock. Con el consentimiento del resto de la familia, ha cogido diez libras del presupuesto semanal para comida y las ha utilizado para enviar doce maquetas recién acabadas a varias compañías discográficas de Londres. Por fin le encuentro una utilidad a la pluma de

caligrafía, increíblemente poco práctica, que me regalaron por Navidad y escribo las direcciones en los sobres de burbujas (Virgin Records, Island Records, WEA). Les enviamos la última versión de «El bombardeo», que ahora se ha convertido en un clásico del género baggy, al estilo de los Happy Mondays.

Me ha sorprendido bastante la reciente evolución de mi padre hacia la música moderna. El otro día entró en el salón cuando yo estaba viendo *Top of The Pops*, y me imaginé que me soltaría el clásico rollo de ex hippy de que toda la música moderna es una mierda. No sólo estaba preparada para eso, sino que

lo estaba *deseando*. Así podría discutir con él, indignada, en nombre de mi generación, y sentirme rabiosamente adolescente.

Sin embargo, se quedó plantado en el umbral durante un minuto, viendo a los Mondays tocar «Step On» completamente ciegos, y dijo, con respeto: «Hay que reconocer que tienen cojones. ¡Míralos! ¡Qué colocón!»

Eso último lo dijo casi... *con cariño*.

Así pues, una vez enviados los sobres de burbujas, Krissi, obedeciendo órdenes de mi madre, le lee el futuro a mi padre. Otra vez.

—A ver, ¿cuándo voy a ganar mi

primer millón? —pregunta cuando entra en el salón frotándose las manos.

Formamos un corro a su alrededor para oír la noticia; pasados los primeros minutos, mi padre se tumba sobre el costado en el suelo, porque sus rodillas no soportan su peso.

Las monedas vaticinan que tendremos que esperar un poco más de lo que deseábamos a que llegue nuestra riqueza («Mierda, espero que antes de marzo. Tengo que pasar la ITV, y se casa nuestra Chris, en el puto *Hull*»), pero no cabe duda de que la fortuna llegará. Lo dice el I Ching.

Después de la sesión, todos aplaudimos a Krissi. Estamos muy

contentos.

—Bueno, pues arreglado —dice mi padre, y, despacio, se levanta del suelo—. ¡Ay! ¡La rodilla! Johanna, es hora de actuar. Ahora, mientras los auspicios son favorables.

—¡Vale! —digo, porque no puedo decir otra cosa. Y luego añado—: ¿Cómo?

—Podemos invadir Londres *juntos* —me contesta mi padre—. Tendrías que hablar con esa gente de las compañías de discos y explicarles quién soy. Promocionarme.

—¡Vale! —digo otra vez. Y a continuación—: ¿Cómo?

—No lo sé. ¿Qué hacen hoy en día

los grupos para promocionarse? ¿Por qué no se lo preguntamos al I Ching?

—El I Ching ya está cansado —dice Krissi—. Tenéis que dejar que se... *regenerere* un poco.

—Tú y yo tenemos que aunar esfuerzos —me dice mi padre—. Tenemos que planear algo. Ser creativos, como P. T. Barnum^[29]. A Johanna y a mí se nos ocurrirá algo.

Pero yo estoy convencida de que a mí no se me va a ocurrir nada.

Más tarde, esa noche, Krissi está tumbado en la litera mirando al techo. Lupin duerme en la litera de abajo.

Intuyo que quiere decirme algo; por fin lo suelta:

—Oye, es todo mentira. Todo lo que he dicho es mentira. Ni siquiera me he leído el libro.

Sigue mirando al techo.

—¿Cómo dices?

—Que no sé leer el futuro. No sé tirar el I Ching. Es todo mentira. Es mentira, Johanna.

—Pero... ¡has dicho que antes de Navidad tendría novio! —Me pongo a llorar.

Estoy sentada en el borde de mi cama de matrimonio, con los calzoncillos largos termales de mi padre, y llevo una mascarilla de avena

en la cara que he aprendido a hacer leyendo *El manual de las brownies*. Se ve que va bien para los granos que me están saliendo a gran velocidad desde que nos alimentamos a base de una dieta compuesta en un noventa por ciento de col hervida y chapatis con margarina.

Krissi me mira durante un minuto. A veces me mira con algo que raya en la lástima. Es lo que hace ahora.

—Bueno, sí. Eso sí pasará —dice por fin; se da la vuelta y se tapa la cabeza con el edredón.

Espero hasta que todos se han dormido, y entonces me llevo la mano al

matorral. Últimamente, mis fantasías sexuales se han vuelto muy medievales; además de todos los libros sobre adivinación que sacamos de la biblioteca, yo me he extendido hacia la sección de «Sobrenatural», y leo mucho sobre brujería.

He descubierto, con gran sorpresa, que los libros sobre brujería están llenos de pornografía. Evidentemente, no *dicen* que es pornografía: son sólo informes históricos sobre mujeres, muchas veces monjas, que tenían relaciones sexuales con el demonio.

Por lo visto, la historia está llena de monjas que se follaban a Satanás. Si el demonio te folla en la posición del

misionero, es un íncubo. Si te montas tú encima, es un súcubo. Los libros dan muchos detalles técnicos para aprender a follar con el demonio.

«Llevan a la joven neófita, aparentemente drogada, al centro de la sala, y le hacen quedarse de pie, desnuda, delante del aquelarre», explica una crónica. «“¡Joven neófita!”, grita el sumo sacerdote. “¡Me has prestado un buen servicio! ¡Levántate y únete a los que están aquí reunidos para que puedan mirarte bien, y haz lo que deseen!” Tiene que someterse a los deseos carnales de cualquier miembro del aquelarre que lo solicite, y colaborar en sus perversiones colectivas.»

Bueno, etcétera, etcétera. Lo esencial es que me masturbo mucho pensando en demonios medievales.

Después de un día muy estresante, empiezo a imaginar que me follan encima de un altar y que me obligan a participar en «hechizos de lujuria» con una sucesión de demonios y sacerdotes viciosos. Los campos de trigo están reseco y agostados, y si no se tiran a una virgen en una misa negra, todos los aldeanos morirán de hambre.

Imagínate que acostarte con alguien fuera *útil*. Que todos te necesitaran. Porque si no, se echarían a perder las cosechas. Es la hostia. Perversiones colectivas. Mmmmmmm. O pienso en

esto, o pienso en John Kite, y cada vez que pienso en él, me pongo a llorar. Por eso prefiero pensar en misas negras.

—Johanna.

Silencio.

—Johanna, ¿qué haces?

Es Krissi. Está despierto.

—Es que... me pica. Me estoy rascando.

Silencio.

—Últimamente te rascas mucho. Por la noche.

Otro silencio.

—Tienes muchos picores, Johanna.

Una pausa muy larga. Al final digo:

—Creo que tengo... piojos.

Al día siguiente, Krissi le pregunta a mi madre si puede irse de la habitación que comparte con Lupin y conmigo y dormir en otra habitación.

—¡Pues claro! —le contesta mi madre con una gran sonrisa—. ¡Yo, encantada! ¡Ahora mismo voy a sacarme un dormitorio fabuloso del culo! ¿No quieres también un poni? ¿Y un establo? ¡Me parece que todo esto también lo tengo aquí metido!

—Podría dormir en el comedor —dice Krissi fríamente.

Eso desconcierta a mi madre.

—¿En el comedor?

—Sí. Ya lo he pensado. De todas

formas, todos comemos en el salón.

Eso es verdad. Últimamente comemos con el plato en el regazo, en el sofá o en el suelo. O de pie en la cocina: trozos de pan con queso.

—No puedes ocupar el comedor — dice mi madre con voz monótona.

—Necesito mi propio dormitorio — insiste Krissi.

Desde que ya no se habla más de planes para que vaya a la universidad, Krissi se ha vuelto más inflexible. Como si pensara: «Es la *última* vez que me jodéis. A partir de ahora, no daré mi brazo a torcer. Lucharé.»

Yo sé, por supuesto, que está pidiendo que le dejen instalarse en el

comedor porque llevo semanas despertándolo con mis fantasías satánicas, de modo que me siento con la obligación de apoyarlo incondicionalmente.

—Yo creo que Krissi *debería* tener su propio cuarto —digo—. Tiene diecisiete años, necesita intimidad.

—Eso, necesito intimidad —confirma Krissi evitando mirarme—. Y necesito más espacio para mis plantas.

Últimamente mi hermano se ha aficionado a la jardinería, con vistas a cultivar hortalizas para que no muramos de escorbuto. Nuestra habitación está llena de tarros con etiquetas que rezan «Calabaza», «Guisantes», «Tomates» y

«Chiles».

Como es habitual en mi familia, a continuación comienza un colosal y acalorado debate sobre la cuestión de si Krissi tiene que ocupar el comedor, y todos intervienen y utilizan la petición inicial de un hermano para hacer *su* propia petición. Al poco rato, Lupin está pidiendo una bicicleta, una lámpara para la mesilla de noche y un Transformer.

Pero a las cuatro de la tarde, mi madre ya se ha rendido. Ponen la cama de Krissi en el comedor, donde antes estaba la mesa. Y la mesa la ponen en mi habitación, donde podré utilizarla «para escribir».

Por la noche, aparece un letrero en

la puerta del comedor que reza: «Picadero de Alan Titchmarsh»^[30] (lo he escrito yo), y Krissi está colocando sus plantas en el sistema de estantes improvisado, construido con tablones y ladrillos.

Y yo... ¡tengo un escritorio! ¡Por fin! No importa que media mesa esté llena de cajas de juguetes y ropa, porque la otra mitad, marcada con una tira de celo, es toda para mí: por fin tengo un sitio para escribir.

Quito todas las fotos y citas de encima de mi cama y las traslado a la pared de detrás de la mesa. Tengo más cosas que pegar que he encontrado en las últimas semanas. El poema «Versos

sobre el álbum de fotografías de una joven», de Larkin, con las palabras «Una chica de verdad, en un sitio de verdad», y «siempre adorable» subrayadas en rojo. *Siempre adorable. Siempre adorable. Una chica de verdad, en un sitio de verdad.* Pongo una foto enorme de John Kite al lado. Ese día fui una chica de verdad, en un sitio de verdad.

También hay una lista titulada «Mis mejores palabras», que he ido recopilando con la misma diligencia con que otros coleccionan mariposas o prendedores: *Chagrín. Uxoricida. Mimosa. Catedral. Coloidal. Mercurio. Yodo. Bombicílido. Lila. Panela. Atholl*

Brose^[31]. *Zoo*.

Estas últimas semanas tengo tan poco trabajo que me parece oportuno reunir otro tipo de armamento: debo asegurarme de tener las mejores palabras, las más afiladas y potentes, en mi pared; así, cuando vuelvan a llamarme a filas, estaré preparada para luchar, y seré invencible, y nunca más volverán a relegarme.

También tengo las páginas centrales del *London A-Z* clavadas en la pared, y me las estudio y me las aprendo de memoria, como si fueran mis horarios. Quiero que la gente piense que soy de Londres, que nací en Londres, y que me cambiaron de sitio por error. Cuando

vuelva allí y vaya a donde van los adultos, quiero que parezca que conozco Londres mejor que ellos: quiero poder decir, sin vacilar y con naturalidad: «Sí, Rosebery Avenue, EC1. Puedes ir por Clerkenwell Road. Marylebone Road se pronuncia “Marrali-bun”, y en los pubs alrededor de Billingsgate Market, que están abiertos hasta el amanecer, sirven desayunos. Ya lo ves, me conozco todo Londres como la palma de la mano. Esta ciudad no tiene misterios para mí. Siempre supe que acabaría viniendo aquí. Éste es mi verdadero hogar. Antes llevaba otra vida, pero era por error; ahora todo va mejor. Ahora todo va mucho mejor.»

Voy a volver a Londres en cuanto pueda, y allí seré una chica de verdad, en un sitio de verdad, otra vez.

Este mes, sin embargo, no todo son malas noticias: el día 29 llega, por fin, un cheque por todo el trabajo que llevo hecho para *D&ME* hasta el momento, por un importe de 352,67 libras. Voy al centro y compro un televisor en la tienda de segunda mano, y lo instalo en el salón en medio de una gran ovación. Los niños corren a besar la pantalla, y la dejan cubierta de marcas de labios.

—¡Volvemos a estar *en marcha!* — dice Krissi; enchufa el televisor, lo

enciende y el salón vuelve a iluminarse con su hermoso y parpadeante resplandor. Vemos las noticias por primera vez desde hace meses, y el pronóstico del tiempo, y programas de cocina. En *Spitting Image*^[32] han hecho una marioneta de John Major, toda gris, que no entiende por qué la economía se está yendo al traste. No hay tantos chistes como antes.

—La tele era más divertida cuando Margaret Thatcher era primera ministra —observa Lupin sabiamente.

Esa noche nos quedamos hasta las tres de la madrugada viendo la serie *Hammer House of Horror* y comiendo montones de queso rallado. Me encanta

el dinero. Si se te rompe algo, con dinero lo puedes arreglar. Lo sabía: *sabía* que podía demostrar que Paul Tillich se equivocaba. Lo único que *necesitaba* era un poco de dinero. El dinero hace que todo sea mejor.

Por fin llega la esperada llamada: Kenny me convoca a otra reunión editorial.

—Hace mucho que no nos vemos, Wilde.

En un primer momento, pestañeo al oírle pronunciar ese nombre: ha pasado mucho tiempo desde que inventé a Dolly Wilde, y hace semanas que nadie me llama así.

—El jueves a mediodía, Wilde —dice Kenny—. Trae ideas. Te aseguro que nos hacen mucha falta.

Por lo visto, ya me han perdonado

por lo que sea que hice mal en mi artículo sobre John Kite. O, como mínimo, me ofrecen otra oportunidad.

Animada al volver a oír el nombre de Dolly, recuerdo el cariño que le tenía y la resucito con pasión.

Preparo a Dolly para el viaje a Londres como si fuera su doncella: primero le decoloro el pelo, y luego se lo tiño de rojo cereza (como Miki Berenyi, de Lush). Le pinto los ojos, agrandándoselos con grandes pinceladas de delineador negro; la visto con medias sin ligero, vestido negro y chistera.

Ya llevo tiempo tomando nota de cómo formar a una chica y presentarla en sociedad. Todas beben. Todas fuman.

La borrachina Miki Berenyi es una tía espectacular. Entrás en una habitación y dices cosas, como si estuvieras en una obra de teatro. Finges hasta que lo consigues. Hablas de sexo como si fuera un juego. Tienes aventuras. No citas obras musicales. Haces lo que ves hacer a los demás, sea lo que sea. Dices cosas para que te oigan, y no tanto para tener razón.

Lamentas la luz de las farolas, porque las confundes con la luz del sol.

Llego a la estación de Wolverhampton y me subo al tren. La ciudad es una pistola sucia y yo soy la

bala. Miro el paisaje por la ventanilla y es como si hojeara un libro: tejados, jardines traseros, canales, páramos como platos de col demasiado hervida. Me muero por salir de esta ciudad y volver a Londres. Voy a hacer de cada momento un sueño desenfrenado que podré regurgitar cuando quiera y saborear tantas veces como quiera cuando vuelva a estar aquí, comiendo chapatis y contemplando las paredes sucias.

Cuando sales del túnel, en la estación de Euston, las paredes son altas y blancas, y están recubiertas de hiedra. Es como entrar en la antigua y poderosa Roma.

D&ME. Ascensor. Pasillo. Voy derecha al lavabo de señoras, que siempre está vacío, y me miro en el espejo.

—Hola otra vez —me digo a mí misma. Esta vez estoy preparada. Tengo un paquete de cigarrillos en una mano (Silk Cut, los cigarrillos de la mujer de clase trabajadora) y, en la otra, una botella. He decidido que voy a empezar a beber aquí, delante de mis compañeros de la revista. Ahora voy de este palo.

Tardé mucho en decidir qué bebida compraría para llevarme a Londres. Por lo visto, es una de las claves de la edad

adulto: decidir qué beberás. En los libros, la gente se forma una rápida opinión de ti basándose únicamente en lo que bebes.

«¡Ah, bebes whisky!», dicen. O: «¡Claro, champán!» Al final (en la tienda de licores junto a la estación, detrás de un vagabundo que no paraba de temblar) me he decidido por una botella de Mad Dog 20/20, el vino generoso tan popular en los años noventa. No sólo es barato, y tiene un color alegre, sino que además he observado que es la botella vacía que más abunda junto a las hogueras improvisadas de The Green, entre colchones quemados y baterías de

coche. Esa campaña de marketing barata y eficaz ha funcionado conmigo, y ha señalado el MD 20/20 como la mejor bebida alcohólica para las jóvenes como yo.

Me planteo echar un sorbito de Mad Dog *antes* de entrar en la reunión (aquí mismo, en el lavabo), pero al final decido no hacerlo.

No tiene sentido beber si no me está mirando nadie.

La sala de reuniones está casi llena. Están todos sentados, en las sillas o en la mesa, fumando y charlando.

—Damas y caballeros: iiiiiiELTON

JOHN!!!!!! —digo al entrar. Muchos se ríen. Se ve que he *mejorado* respecto a la vez anterior.

—Wilde —dice Kenny; me mira, mira mi pelo, mi botella de MD 20/20 —. Pareces la Joplin.

Abro la botella de Mad Dog y se la ofrezco a los demás.

—¿Un aperitivo? —pregunto. Todos rechazan la invitación. Doy un sorbito de la botella.

Es la primera vez que pruebo el alcohol. Es brutal: una agresión contra mis ojos, sobre todo, que de pronto se me llenan de lágrimas.

—¡Ah, menos mal! Mucho mejor —digo. Dejo la botella en la mesa y me

limpio los labios con el dorso de la mano. Finge hasta que lo consigas—. Anoche fue *bestial*.

Más risas. Esto de la «adolescente rockera y borracha» está dando mucho mejor resultado que *Annie*. Es evidente que he encontrado mi papel.

—Bueno, será mejor que empecemos esta reunión antes de que Wilde encuentre un televisor y lo tire por la ventana —dice Kenny, y, sin levantarse de la silla, cierra la puerta de una patada.

Si tuviera que puntuarme en esta reunión editorial, comparada con la primera, me pondría siete estrellas de diez. No sólo hago tres chistes con los

que consigo hacerles reír (respecto al hecho de que Prince sea un sex symbol, digo: «Lo siento, pero como mujer, que es lo que soy la mayor parte del tiempo, he de decir que Prince es demasiado bajito para parecer sexy. A menos que le metieras unos cables de arranque por el culo y lo usaras como vibrador.» Carcajadas), sino que, además, hacia el final estoy borracha.

Estar borracho no es para nada como yo había imaginado: notas las rodillas calientes, y tu ansiedad se reduce mágicamente y se convierte en algo denso como el jarabe, agradable y manejable. Como todos los medicamentos, sabe fatal, pero hace que

te sientas mejor. *¡Te hace mejor!* Si me tomara cuatro cucharadas de esto todos los días, ya no tendría que morderme los nudillos. El alcohol es la cura para los mordiscos y para el nerviosismo. Mary Poppins se bebe su cucharada de ponche de ron. John Kite la observa con lascivia. Mis pensamientos ascienden en espiral, en un agradable torbellino etílico.

Cuando acaba la reunión, Kenny da el pistoletazo de salida («¡Todos cagando leches al pub!»), y esta vez, yo también voy cagando leches al pub.

Es la segunda vez que voy a un pub:

el de Dublín no cuenta, porque allí sólo bebí Coca-Cola.

Esta vez, en cambio (ampliamente medicada a base de MD 20/20), de pronto caigo en que, de todos los edificios del mundo (galerías de arte, hospitales, bibliotecas y casas buenas), los pubs son los *mejores*. Como siempre dice mi padre, son los palacios del proletariado. Los castillos de los desgraciados.

En 1993, los pubs están en su máximo esplendor, y en su máxima nobleza. En todas las esquinas de todas las ciudades hay una de estas fabulosas y opulentas ciudadelas victorianas, con espejos de marco dorado, grandes

ventanas con parteluces y mesas marrones barnizadas y rebarnizadas tantas veces que parece que las hayan esmaltado con salsa de carne.

En el centro de todas las mesas hay un cenicero, y cuando te sientas, te das cuenta de que el cenicero es el centro de tu grupo.

A lo largo de la tarde y la noche, la mesa gira y gira, cada vez más deprisa, como una rueda; pero mientras sigas echando la ceniza de tu cigarrillo en el cenicero, en el centro, no te caerás de la mesa, ni saldrás volando por la puerta. Está muy bien que en los pubs pongan los ceniceros en el sitio menos vulnerable a la fuerza centrífuga. Los

dueños de los pubs son prudentes hombres de ciencia que han comprobado el funcionamiento de estos edificios.

—Dolly, ¿qué vas a tomar?

La plantilla de *D&ME* ha ocupado una mesa grande, y Kenny se encarga de llevar las bebidas. Tengo cuatro libras en el monedero, y voy a sacarlas, pero Kenny me hace una seña para que me las guarde.

—¿Qué vas a beber? —insiste.

—Muy amable, señor. Otro MD 20/20, por favor —le contesto. Kenny se queda mirándome.

—Ya. Es que me parece que aquí no tienen Mad Dog —me dice con delicadeza—. Aunque podríamos ir a

preguntarle a algún vagabundo de los que acampan debajo de la rotonda de Waterloo si te quiere vender un trago. Seguro que se lo puedes cambiar por... una rata, un periódico mojado o algo.

Pienso en las otras bebidas de que he oído hablar. No se me ocurren muchas. Me viene a la mente Cary Grant pidiendo una copa en un aeropuerto, pero no me acuerdo de si era un High Ball o un Screw Ball^[33], y no quiero meter la pata. ¿Qué bebidas *hay*?

—Una sidra con soda, por favor — digo por fin. Kenny se queda mirándome otra vez.

—Una sidra... ¿con soda?

—¡Sí! Es un combinado que

bebemos mucho en los Midlands. Señor.

ZZ me mira de soslayo. Es de los Midlands. Sabe perfectamente que eso no lo bebemos en los Midlands.

—Bueno, nunca te acostarás sin saber una cosa más —dice Kenny; va a la barra y hace la comanda. Veo cómo reacciona el camarero cuando oye eso de «sidra con soda». Kenny se encoge de hombros y le dice: «Se ve que es muy típico de los Midlands. Deberías tomar nota de la receta, por si algún día vienen por aquí los Slade.»^[34]

Cuando Kenny vuelve con mi copa y me dice «Tu sidra con soda, Wilde» (sin disimular que todo esto le hace mucha gracia), le digo:

—Muchas gracias, señor.

—Oye, ¿estás imitando a Elvis Presley? —me pregunta Kenny.

—Sí, señor. Muchas gracias, señor.

—Vale. —El director alza su vaso y brinda—: ¡Salud!

—¡Salud!

Entrechocamos nuestros vasos.

Parecemos los tres mosqueteros entrechocando las espadas. ¡Formo parte de un grupo! ¡Por fin!

—Siempre vas vestida de negro. ¿Es por algo especial? —me pregunta Kenny, y se sienta a mi lado.

—Es por todos mis futuros amantes a los que mataré —le contesto, sonriente. Estoy *muy* contenta.

Invenciblemente contenta. Como Debbie Reynolds en la comedia musical *Molly Brown, siempre a flote*. Ahora mismo podría interpretar un número de un musical. Sin embargo, cuando llevamos diez minutos hablando de REM («Los conozco desde hace cinco años. Unos gilipollas», dice Kenny), reúno suficiente valor para preguntarle a Kenny, por fin, por qué últimamente me ha dado tan poco trabajo.

—Kenny, ¿por qué no me encargas más artículos importantes?

—Bueno... —empieza Kenny, y se remueve en la silla, incómodo—. Esto..., Wilde. Es que... la entrevista que le hiciste a John Kite...

—¿Qué? —digo con una osadía comparable a la del rey Arturo.

—Nos... decepcionó un poco, la verdad —dice con sutileza—. ¿Quieres que te sea sincero?

¡No! ¡Claro que no!

—Sí.

—Era demasiado... entusiasta —dice Kenny, casi como si se disculpara—. Parecías una adolescente histérica en el aeropuerto de Heathrow, golpeando las puertas y gritando: ¡QUEREMOS A LOS ROLLERS!

Me mira, y entonces cae en la cuenta de que *soy* una adolescente histérica, y de que seguramente no sé quiénes son los Bay City Rollers.

—No lo digo con ánimo de ofender —dice, y, con tono aún más suave, añade—: Oye, no estarás un poco enamorada de John Kite, ¿verdad?

—No —miento. Pero es un «no» que no engañaría a nadie.

—Porque el último párrafo era, prácticamente, una proposición de matrimonio... Mira, todos hemos pasado por eso. Pero nosotros no somos *fans*, Dolly. Nosotros somos *críticos* musicales. Tengo que pensar en la impresión que le causas al *lector*.

No oigo lo que dice, porque estoy muy ocupada escribiendo, en mi mente, una nota enorme que reza:
«INFORMACIÓN CRUCIAL PARA EL RESTO

DE TU VIDA: NO ESCRIBAS COMO UN FAN, NI ESTÉS ENAMORADA.»

Kenny se da cuenta de que estoy a punto de llorar, y lleva la conversación a territorio menos peligroso:

—Y tus referencias musicales están un poco... pasadas. Comparas el álbum de Kite con Deacon Blue y con un tema de *The Best of Simon & Garfunkel*. No mencionas a American Music Club, ni a Nick Drake, ni a Tim Buckley.

Me encojo de hombros, cada vez más compungida. Nick Drake es el siguiente de mi lista de discos que tengo que pedir en la biblioteca, cuando consiga un poco de dinero. Y de Tim Buckley ni siquiera he oído hablar. ¿A

cuántos grupos musicales tienes que escuchar para ser un periodista musical como Dios manda? Si hay que conocer a más de doscientos, voy a tardar una eternidad. Sólo puedo pedir cinco discos cada vez con mi carnet de adolescente.

—¿Puedo cargar el préstamo de discos de la biblioteca a la cuenta de gastos? —pregunto de pronto—. Cuesta veinte peniques cada uno. ¿Puedo cargarlo, como los gastos de viaje y los refrigerios? Me vendría muy bien.

Kenny está tan perplejo que, por primera vez desde que lo conozco, se queda callado durante un minuto. Al final dice:

—Wilde, puedes pedir todos los discos que quieras. Llama a los relaciones públicas y te mandarán un sobre acolchado enorme lleno de discos de todos los onanistas, incontinentes y subnormales peludos, egocéntricos y dejados de la mano de Dios incluidos en el canon del rock occidental. Puedes revolcarte en una montaña de Superchunk, Ned's Atomic Dustbin y Bum Gravy. Y luego, si decides que no te gusta determinado disco de no sé qué grupo *grebo* de segunda fila, puedes venderlo a buen precio. Nuestro colega Bryce Cannon lleva casi cuatro años costeándose una saludable (es decir, fatal) adicción a la cocaína mediante

este sistema. Esto es el Club Tropicana.
Los Linx son gratis.

Se queda mirándome.

—Linx es un grupo, Wilde.

Cuatro horas más tarde, estamos en una fiesta, en el Soho.

A las cinco de la tarde hemos salido juntos del pub. Es fabuloso salir de un edificio en embriagada formación y estrenar una larga noche de primavera. Los edificios del South Bank son de color gris claro, como damas de honor sucias; ante ellos desfilan hacia su siguiente destino mujeres con vestidos llamativos. Londres parece un juguete

inagotable. Las noches no se acaban nunca; simplemente se convierten en mañana, sin que tú te des cuenta.

Yo tenía billete para volver a Wolverhampton en el tren de las siete de la tarde, pero en la acera, cuando ya me estaba despidiendo, la conversación ha derivado hacia la fiesta a la que todos tenían previsto ir esta noche.

—Ven con nosotros —me ha dicho Kenny—. Ven con la brigada de demolición. Vamos a ir todos los chicos de *Disc & Music Echo*: nos bebemos a los tíos y nos follamos la cerveza.

—Tengo que volver a casa —digo. Pero en el fondo no quiero volver a casa.

—Vendrá tu amigo John Kite —dice Kenny con astucia.

—El último tren a Wolverhampton sale a las diez treinta y cinco —tercia Zee.

—Y vendrá John Kite —insiste Kenny mirándome a los ojos.

Así que aquí me tenéis, en mi primera fiesta de la industria musical. En mi primera fiesta, vamos, exceptuando las bodas de mis primos. En la última a la que fuimos, nos sentamos debajo de la mesa del bufet y sorbimos la nata de toda una bandeja de palos de nata; luego jugamos a un juego que consistía en ponernos en la pista de baile y dar patadas al aire hasta que nos

saltaban los zapatos, al son de «Star Trekkín», de The Firm. Fue mala suerte que Lupin llevara botas de agua, y que mi prima Ali estuviera sentada donde estaba sentada, pero por lo demás fue una noche de fiesta estupenda.

Esta fiesta no tiene nada que ver con las bodas de mis primos. El principal problema es que no conozco a nadie. He venido con los chicos de *D&ME*, evidentemente, pero la verdad es que todavía no sé cómo comportarme. Entran y se quedan junto a la barra (que, pese a ser libre, está desatendida) y esperan, impacientes, a que les sirvan. Siento que debería hacer algo para remediarlo, en parte porque no puedo participar en su

conversación sobre el grupo Faust, por la sencilla razón de que nunca había oído hablar de Faust.

Espero dos minutos más, y decido tomar cartas en el asunto.

—Chicos, ¿qué queréis? —Me subo a la barra y empiezo a servirles. El MD 20/20 y la sidra me han infundido *valor*.

—Yo, un Jack con Coca-Cola, Wilde. Pero... ¿seguro que puedes hacer esto? —me pregunta Kenny.

—Nosotros lo llamamos «self-service estilo Wolverhampton» —respondo, contenta de poder hacer algo épico—. Una vez, por Nochebuena, me ocupé de la barra del pub Posada durante veinte minutos. Con lo que

llegué a ayudar, me pareció una grosería que, después, no me dejaran entrar.

Me lo estoy inventando todo: hoy es la primera vez que tomo alcohol en un pub, pero todos parecen muy emocionados con mi osadía, y ¿qué gracia tiene tener diecisiete años si no puedes inventarte tu propio pasado? Yo sólo hago lo que hacía Bob Dylan, pero con vestido y unas cuantas copas gratis.

Rob Grant ríe encantado, como una chica. «Yo quiero una cerveza, Wilde», dice, y hago crecer mi leyenda poniendo unos frutos secos en la barra.

—¿A alguien le apetece picar un poco? —pregunto. Pero entonces aparece el camarero y me mira como si

me fuera a pegar, así que bajo de un salto—. ¡Sólo quería ayudar un poco! — digo, risueña, y me bebo de un trago la ginebra que me he servido, disfrutando de las caras escandalizadas de los chicos de *D&ME*.

—Esta chica es la bomba —dice Rob.

Me encanta ser la bomba. Supone un gran paso adelante respecto a ser «apta».

Sin embargo, cuando pasa la emoción de la «camarera *freelance*», sigo sin poder incorporarme a la conversación sobre Faust.

John Kite todavía no ha llegado («Está grabando un vídeo en el East

End. Llegará a las nueve»), así que me aparto del personal de *D&ME*; todavía faltan dos horas largas para que tenga alguien *con quien* divertirme.

Una fiesta es, sin duda, un esfuerzo colaborativo; me doy cuenta observando a la gente, que mantiene conversaciones, baila y se besa en los rincones. ¡Oh, se besan! Los miro besarse hasta que se nota que los estoy mirando, y entonces me marchó a toda prisa. No mola que te vean observando a una pareja que se besa.

De momento, ese beso que nadie me ha dado es como pólvora en mis labios: si alguien se me acerca con la más tenue llama de atracción, arderé como una tea

(la boca primero). De pronto siento una furia sexual arrolladora. ¡Dios mío, me muero de ganas de follar! ¡Me los follaría a *todos!* *A todos los que están en esta sala.* ¡Dame una cama y déjame demostrarles de qué soy capaz!

En fin. Durante noventa minutos, intento poner en práctica diversas tácticas para que parezca que no me siento sola. Mis conclusiones sobre «cómo pasártelo bien sola» se centran en los siguientes puntos:

1. El bufet. Ofrece una gran profusión, y ninguna chica puede decir que se siente sola si se encuentra junto a

una bandeja de minisalchichas caramelizadas. Me como seis, concienzudamente, y luego pienso que a lo mejor parezco, simplemente, una chica que se siente sola atracándose de salchichitas. Con el convencimiento adolescente, típico y erróneo, de que hay alguien a) observándome y b) a quien le importa algo lo que yo haga, cojo dos platos de papel y los lleno, como si cogiera comida para llevársela a una amiga que está en el otro extremo de la sala. Represento esta farsa lo mejor que

puedo (dudo mucho con las minirraciones de quiche, y luego las dejo, porque a mi amiga Claire no le gusta la quiche, y me acuerdo de que lo que de verdad le gusta a Claire son los huevos escoceses, no como a mí), y entonces atravieso la pista de baile «buscando» a mi «amiga Claire», hasta que mis dos platos llenos hasta arriba y yo llegamos...

2. ... al lavabo, donde echo el pestillo de la puerta y me como los dos platos. Cuando acabo, no consigo meter los dos platos de papel en la papelera de la

vergüenza, que está llena de compresas, por culpa de los huevos escoceses que no me he comido, así que los dejo con cuidado en el suelo. Para cuando salgo del lavabo, fuera se ha formado una pequeña cola; la chica que la encabeza se asoma y ve los platos con los huevos escoceses. «¡Están a punto de romper el cascarón!», le digo, sonriente. «¡Son huevos de dragón! ¡Buena suerte!»

3. Ser una periodista muy ocupada. Si eres escritora, estás *siempre* de servicio, ¿no? La condición humana no descansa jamás, se debe

informar de ella las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. Me siento en un rincón con mi libreta y anoto todas las observaciones asombrosas que se me ocurren. Años más tarde, cuando encuentro esas libretas, veo que consisten en: un dibujo de un gato con chistera; el número de mi cuenta corriente (que estoy intentando aprenderme de memoria); ocupando una página entera, la frase: «Ojalá estuviera aquí Krissi.»

4. ¡Una conversación con un desconocido! «¿Sabes dónde está

el lavabo?» «Sí, allí.» «Vale, gracias.» Me alegro de parecer una persona en la que puedes confiar para que te diga dónde está el lavabo. Cuando a Krissi le preguntan eso en una fiesta, siempre señala un armario, y luego observa a su víctima, riendo. ¡Cómo echo de menos a Krissi!

5. Y, por último, fumar. No se puede negar que esta mierda ayuda mucho. Llevo tiempo observando sus utilidades sociales, y he llegado a la conclusión de que es muy necesario. Todo el mundo fuma: hay que hacerlo, y punto.

Tras admitirlo, anoche, compré un paquete de diez de Silk Cut en el quiosco del centro. Ese quiosco es famoso por su laxa conducta a la hora de vender tabaco a menores. Hasta hace poco vendían un cigarrillo suelto, metido en un paquete de caramelos Polo Mint, por quince peniques, para captar a los fumadores de la hora de comer que necesitaban refrescarse el aliento antes de volver a la clase de educación física. Sentada en la hierba, delante de la catedral de San Pedro, aprendí a fumar yo sola a base de tenacidad. Estoy

impresionada con mi fuerza de voluntad, porque el tabaco es repugnante, lo siento. Sabe a *mierda*. Es como succionar todo lo que has puesto a lo largo de tu vida en el cubo de la basura: ceniceros, alfombra de pub quemada, nieve meada, muerte. Mi padre a las dos de la madrugada. A medida que mi limpiezísima garganta y mis rosados pulmones inhalaban el humo, cada vez iba sintiendo más lástima de mí misma: eso no era lo que debería estar haciendo una chica de mi edad. En un mundo mejor, me habría gastado ese dinero en

golosinas (me habría llegado para ocho Curly Wurlys y un par de Refreshers).

Pero aquí, ahora, en la fiesta, me alegro de llevar tabaco en la mochila, porque así tengo algo que hacer, algo con lo que entretenerme. Voy hasta la ventana, saco el paquete, enciendo un cigarrillo y me lo fumo, pensativa, mientras contemplo la calle. Intento acordarme de cómo coge los cigarrillos Elizabeth Taylor y lo sostengo cerca de la cara. Me veo reflejada en el cristal de la ventana, y compruebo que no me parezco al personaje de *La gata sobre*

el tejado de zinc, sino que parece, más bien, que esté haciendo un cisne con sombras chinas. Bajo el brazo y toso un poco. Joder, qué *asco*.

—Aaaaaaaah —dice un tipo de pie a mi lado, y enciende un cigarrillo—. Qué bien sienta un pitillo.

—Sí, ya lo creo —le digo con la voz un poco estrangulada—. Llevaba todo el día muriéndome por fumar. ¡Je, je —continúo con el humor negro que supongo que deben de tener todos los fumadores—, y cuando tenga cincuenta años me moriré *literalmente*!

Por lo visto, mi comentario es inadecuado.

—Ya —dice él, y se marcha.

Bueno, no importa. Tengo otras cosas en las que concentrarme. Abajo, en la calle, un borracho con pinta de pijo lee la tarjeta de una prostituta, pegada con Blu-Tack junto a un timbre. La examina con la misma atención de forense que supongo que debe de poner cuando lee una carta de vinos.

«¿Qué buscas?», me imagino que le pregunto. «¿Qué mujer ligará más con tu primer plato de terrible y caliente soledad?»

Especulo brevemente sobre lo diferente que sería el mundo si lo dirigieran las mujeres. En ese mundo, si te sintieras sola y estuvieras caliente (como me pasa a mí, siempre), verías

postales pegadas con Blu-Tack junto a los portales del Soho que rezarían: «Chico guapo con cárdigan, 24, con ganas de hablar contigo de los Smiths mientras te prepara unas tostadas con queso y te acompaña a fiestas. Razón aquí.»

Pero éste no es ese mundo.

El borracho pijo, que evidentemente no ha quedado cautivado por lo que ha leído, se marcha haciendo eses por la oscura calle, solo. Apoyo la frente en el cristal. Sigo fumando.

A las 21.59, por fin, aparece John Kite: el revuelo junto a la puerta anuncia

su llegada; eso y una voz de galés borracho que dice: «Necesito quitarme este maldito abrigo. Se me ha mojado y huele a zoo. *A animalarium.*»

Voy hacia él; se quita ese abrigo de pieles enorme y empapado y lo cuelga en un perchero; tiene el pelo mojado, tapándole un ojo, y un cigarrillo en los labios.

—¡Duquesa! —exclama al verme. Su abrazo, enorme, es la cuarta mejor cosa que me ha pasado jamás, después de los cumpleaños, las navidades y aquella Semana Santa que nevó cuando acababan de florecer las primeras rosas. Los gastados anillos de oro que lleva en los dedos se me clavan en la espalda—.

Eres como una bebida mala en un mundo bueno. ¡No sabía que te encontraría aquí! ¡*Qué lujazo*, tía! ¿Dónde está la ginebra? —pregunta.

Le paso un gin tonic que he pedido a las 21.29, previendo su llegada. Ya se ha derretido casi todo el hielo, y la bebida ha quedado bastante aguada.

—¿Quieres que te pida uno con hielo? —le pregunta Ed Edwards. Kite lleva un pequeño séquito.

—No, no. Esto será como el vaso de agua entre dos copas —dice Kite, y se bebe la mitad del gin tonic de un trago—. Es saludable. —Tose un poco. Su séquito sigue rodeándolo.

—¿Vamos a fumar? —le pregunto.

Tengo el paquete en la mano (el paquete que actúa como escudo contra la soledad; cada cigarrillo es una varita mágica diminuta que puedo agitar para reordenar la habitación a mi antojo). Con este paquete puedo hacer desaparecer a Kite, robárselo al resto de la gente.

—¡Sí! —contesta él.

Hasta que no llegamos junto a la ventana (hemos dejado atrás al séquito), Kite no se da cuenta de lo que ha pasado.

—¿Ahora fumas, Duquesa? —me pregunta.

—Me pareció que ya era hora de que empezara otro hobby —le digo con

arrojo, y trato de encender el cigarrillo.

Kite se inclina hacia delante.

—Mira, es que la mayoría de la gente se los fuma al revés.

Me quita el cigarrillo de los labios con cuidado y vuelve a ponérmelo, pero del derecho. Se me llena la boca de sabor a filtro quemado.

—Pero nunca te dé miedo experimentar, cielo —dice, y me enciende el cigarrillo con un floreo, por el extremo correcto—. Si existe alguien capaz de inventar los Cigarrillos del Revés, ésa eres *tú*, sin ninguna duda, querida.

Durante diez minutos soy más feliz que nunca: de pie junto a esta gran

ventana con John, fumando (sabía decisión, comprar este paquete) y charlando de lo que hemos hecho últimamente. Me cuenta una anécdota de su gira por Canadá que me hace mucha gracia, y yo le cuento lo de los dientes de Lupin, de manera burlesca, y creo que con mucho éxito. En un momento dado, me coge las manos y dice: «Y gracias por aquella entrevista *maravillosa* que escribiste. Lograste que pareciera Owain Glyndwr^[35] con una guitarra de doce cuerdas, bombardeando su propio castillo.» Me encantaba leerla en el bus de la gira. Se la leía en voz alta a Ed Edwards, hasta que él me dijo que parecía un mono del zoo de esos que

se tocan la polla y se ríen.

Pero entonces John apaga el cigarrillo, apura su copa de un trago y hace el equivalente a meterme la embocadura de un cañón en el corazón.

—Bueno, tengo que largarme, Duquesa. John-John tiene que acostarse. Me río.

—¿Te vas tan pronto? Kite, la única posibilidad de que tú salgas de algún sitio pronto es que lo hagas en una camilla, con un enfermero a horcajadas encima de ti, haciéndote masaje cardíaco y gritando: «¿QUÉ HAS TOMADO, JOHN? ¡JOHN, DIME QUÉ HAS TOMADO!»

Es imposible que este golfo se

marche tan pronto.

Pues resulta que este golfo se marcha pronto.

—En serio, cielo. Mañana me espera la MTV holandesa a las ocho de la mañana. Tengo que irme —dice—. Me han dado un ultimátum. Me han prohibido volver a quedarme toda la noche levantado contigo, y luego morirme en una piscina.

Levanto la cabeza y veo que Ed Edwards le está aguantando la puerta abierta, para que salga por ella, se meta en el coche y se marche a Holanda.

—Hostia puta. Lo dices en serio.

Me quedo callada casi diez segundos: lo máximo, creo, que me he

estado callada en la vida. Me meto en un ataúd. Clavo la tapa. Me muero durante ese silencio.

—Bueno —digo por fin—. Bueno, buena suerte. Y recuerda: vístete siempre como si fueras al encuentro de tu peor enemigo.

Se inclina y me besa en los labios. No sé qué significa. Me quedo quieta, y él me besa. Un solo beso. Suave como la nieve.

Mi corazón explota como un enjambre de abejas.

—Adiós, Duquesa —me dice.

Y se va: John Kite, la única razón

por la que estoy en esta fiesta; en Londres; viva. Mi billete de tren de 18,90 libras y mi vida entera se meten en un taxi y me dejan esta sala llena de gente como regalo de despedida.

Nunca he querido nada menos.

Me quedo plantada, sola, unos minutos; su beso todavía resuena dentro de mí. Mientras intento averiguar qué opino, me fumo otro cigarrillo. Dios mío, qué *útiles* son. ¡Debería haber empezado a fumar hace *mucho* tiempo! ¡A lo mejor, si hubiera fumado cuando todavía iba al colegio, no me habría sentido tan sola!

Es la primera vez que un hombre me besa en los labios. La primera. Sólo ha sido un beso de despedida, seco y tranquilo, pero ha sido la primera vez que alguien no apuntaba a mi mejilla derecha ni a mi mejilla izquierda, sino que iba directo al centro, como hacen los hombres y las mujeres.

«La boca es el corazón de la cara», pienso; cojo una copa de vino, gratis, de la mesa y me la bebo de un trago; me vibran las manos; me zumban los oídos. La verdad es que no sé qué hacer conmigo misma. Quiero seguir con el beso. Quiero acabar el beso: prolongarlo, y llegar a esa parte en que alguien me arranca la ropa a bocados y

me folla. ¿Por qué sigo sin echar un polvo? ¿Qué pasa? Esto es un error operacional.

Miro alrededor. Debería estar participando en esta fiesta. Veo a Zee junto a la barra, con una cerveza en la mano y hablando con alguien. «Zee es un chico simpático», me dicen las cinco ginebras que llevo en el cuerpo. «Ve a hablar con él.»

—¡Holaaaaa! —le digo—. ¿Qué taaaaaal?

—Mira, Dolly, te presento a Tony Rich —dice Zee—. Anthony, Dolly.

—Hola —dice Rich.

Ya sé quién es Rich, por supuesto: el escritor estrella de *D&ME*. Por exótica

gentileza de haber estudiado en Harvard (¡ha vivido en *Estados Unidos!* ¡Como *Marilyn!*), Rich es increíblemente inteligente e increíblemente cruel. Su onda es una insatisfacción general con la mayoría de los músicos de la lista de éxitos. La semana pasada describió la música del jovial grupo indie The Wonder Stuff, los héroes de los Midlands, como «el ruido que hacen cinco idiotas riéndose con la boca muy abierta. Se hallan en el punto donde la música termina su asombroso y expansivo viaje al espacio, se acopla en una desolada estación espacial y, con orgullo, empieza a colonizar las tolvas de la basura, de donde rescata cagarros

que conserva como tesoros».

En fin, ahora eso no importa. Lo que importa es que acabo de constatar que Tony Rich está como un tren. Alto, con la boca grande y la piel muy clara; tiene unos ojos inteligentes, intensos como cohetes, como cañones, como el sol, y del color de la Coca-Cola.

Me sorprende que en las páginas de noticias no haya artículos sobre lo buenísimo que está, todas las semanas. ¿Cómo es que no sale en grandes titulares? Aquí la revista ha fallado. Esto es lo que pasa por tener un entorno únicamente masculino: no sólo no te recomiendan que te pongas un sujetador deportivo para ir a revolcarte en un

concierto, sino que no informan a las chicas de las fabulosas oportunidades para pervertirse.

No puedo creer lo bien sincronizado que está todo: treinta segundos después de que se marche John Kite, mi futuro marido (dejándome caliente y tirada con un beso), el mundo me ofrece a mi segundo futuro marido. O no, espera: a lo mejor tengo un rollo con Rich mientras sigo casada con John. A lo mejor me los follo a los dos y luego me caso con Gonzo, el de *Los Teleñecos*, como planeé cuando tenía nueve años. Me siento capaz de llevarlo todo para delante. Ahora mismo tengo un *gran* potencial.

—Eres judío, ¿verdad? —le pregunto a Rich recurriendo a mis mejores dotes de conversadora—. ¡Yo me enteré la semana pasada de que también soy medio judía! ¡Por parte de madre!

—*Mazel tov* —dice Rich, lacónico. Eso de que la semana pasada me enteré de que era medio judía es mentira, por supuesto: mi madre es de Peterborough, y sus padres son de las islas Hébridas, pero *me he leído* la autobiografía de Harpo Marx (*¡Harpo habla!*), y por eso sé qué significa *shiksa*, y *pinochle*, y a veces me *gustaría* ser judía, y más o menos es como si lo fuera. Además, mentir me ha dado muy buen resultado

esta noche. ¡Me voy inventando a mí misma sobre la marcha! ¡Soy como el jazz! Me bebo otra ginebra.

—En Wolverhampton somos muy pocos —digo, suspirando, con el aire más judío que puedo.

Me planteo adoptar un tono despectivo y describir Wolverhampton como una ciudad llena de gentiles, pero no estoy segura de que los judíos los llamen así, de modo que descarto mi incipiente identidad étnica y pregunto:

—Bueno, ¿a quién has puesto por los suelos últimamente? Yo también los odio, no te cortes.

—Estábamos hablando de tu amigo John Kite —me contesta Zee, con una

mirada apacible y parpadeante—. Tratando de averiguar qué parte hay de teatro.

—*¿Teatro?* —Me quedo atónita. Por un instante dejo de lanzarle miradas insinuantes a Rich, lo que denota una perplejidad *enorme*. Estoy tan ofendida como lo estaría un cristiano que participara en una conversación sobre si la cruz que Jesús llevaba en el Calvario tenía ruedas retráctiles (como las de las maletas) y si Jesús, en realidad, había hecho trampas—. *¿Teatro?* No creo que John Kite «vaya de» John Kite —replico—. He salido con *él*. En Dublín, meó a mi lado mientras yo estaba en la bañera, tapada con su abrigo de pieles y

fumándome un cigarrillo. John Kite es cien por cien John Kite, cien por cien real. Creo en él como creo en Elvis cantando salmos un domingo.

—¿Acabas de citar incorrectamente una canción de Eurythmics... para defender a John Kite? —me pregunta Zee.

—Sí. Me he dejado llevar por el pánico.

—*Chapeau* —dice Zee.

Rich hace una mueca cuando menciono a Eurythmics, un grupo que me acuerdo que una vez describió como «el sonido de la nada masturbándose mientras se mira en el espejo».

A mí no sólo me encanta Eurythmics

(Krissi y yo hacemos una versión genial de «Sex Crime»; él siempre hace de Annie Lennox), sino que, además, me he masturbado mientras me miraba en el espejo. Bueno, en la parte de atrás de un CD. El agujero del medio del CD se alineaba con mi agujero. Era inquietante. A lo mejor resulta que no me caso con Rich.

—La gente enseguida se identifica con su propia leyenda —dice Rich—. Después de leer media docena de artículos sobre él mismo, todo artista pierde la inocencia que alimentaba a su personaje original. Todo artista está condenado a convertirse en su propio imitador, tarde o temprano. ABBA se

había transformado en Bjorn Again *años* antes de que apareciera Bjorn Again.

—¿Y cuál es *mi* leyenda? —le pregunto a Rich.

Rich me mira de arriba abajo: el delineador de ojos, la chistera, las medias con carreras, el vestido corto, el cigarrillo. Me gusta que me mire.

—Bueno, tú todavía la estás construyendo —me dice mirándome a los ojos—. Pero sospecho que conlleva mucho conflicto.

Tiene una boca que es un pecado mortal. No me importa lo que dice. Sólo quiero que su boca se junte con la mía. Dios, imagínatela acariciándote el vientre, descendiendo y humedeciéndote

el chichi. Como en las fotos de *The Whole Earth Catalog*; pero que me pasara a mí. A mi yo real, por todas partes.

¡Dios mío! ¡OH, DIOS! ¡DIOS TODOPODEROSO! ¡Escucha mis palabras! Porque te lo advierto: lo de los besos no puede esperar más. Si no llegan pronto, me voy a morir. Necesito besos para humedecer mis labios y enfriar el calor que me abrasa por dentro; tengo algo en la boca que hay que sacar. Como cuando las crías de pájaro toman el alimento del pico de sus madres. Me pregunto si podría meterme toda la boca de Rich, enterita, en la mía; si le sujetara bien la cabeza, y me

apretara fuerte contra él, quizá *pudiera*.
A lo mejor debería pasearme por la sala
haciendo que la gente me besara.

Me muero por un beso.

Tengo que coger un tren.

Una hora más tarde, en el último
tren, medio borracha, todavía, de vino,
ginebra, beso y la boca de Rich, pienso
en esto. Pienso en el día de hoy: en que
he fumado, y he bebido, y en la
importante información de que las
entrevistas no son cartas de amor; y en
que ahora no soy una fan, sino una
periodista. Y en que conlleva conflicto.
Seguro que es verdad: lo ha dicho Rich,

y Rich es el crítico más listo que conozco.

En el bolso llevo la libreta, en la que he empezado a tomar notas sobre el próximo álbum que tengo que reseñar, de un grupo llamado The Rational al que no le va demasiado bien.

El disco es decididamente mediocre desde el principio hasta el fin (música indie sin ninguna originalidad); he empezado a bosquejar caprichosas descripciones de las guitarras, y he hecho un par de chistes sobre la procedencia de los músicos (son escoceses).

Todo en un tono muy jovial: un poco de cachondeo benévolo a costa de lo

mal que lo hacen. También he empezado a describir al cantante, Alec Sancler, un tipo insulso y presumido con *mullet* rubio, con cresta: «Parece una cacatúa a la que alguien hubiera pegado en la cara una foto de un tipo con pinta de aturdido», he escrito.

Lo tacho todo excepto esta última frase, y vuelvo a empezar.

«Dios mío, ¿por qué han dejado salir a esta cacatúa peluda de la jaula y grabar un *segundo* disco?», escribo. «¿No podemos llamar a algún número de asistencia telefónica y enviar a la Real Sociedad para la Protección de las Aves para que la capture con sus grandes redes? También podríamos

envenenar unas pasas y dejarlas esparcidas alrededor de su guarida, como hacen en *Danny, el campeón del mundo*. Sí, seguro que eso funciona. Es un plan estupendo. Ponemos Seconal en las copas de los miembros de The Rational y sus acompañantes, nos mezclamos entre el público y vemos caer del cielo bandadas de desafortunados Sanclears. ¡Fiiiu! ¡Plaf! ¡Fiiiu! ¡Plaf! Es lo mejor que podría pasarles.»

Vuelvo a casa en el último tren, con mis conflictos a cuestas.

16

Durante dos meses me siento ebria permanentemente. Eso se debe, en parte, al éxito instantáneo de mi nuevo rol de pistolera broncas. Ahora soy conflictiva.

Aparezco en los conciertos con mi libreta y, con gesto sarcástico, veo actuar a una sucesión de grupos musicales indie mediocres; luego me voy a casa y me pongo a destriparlos. Es mucho más fácil que lo que hacía antes (ser maja con los grupos), y la verdad es que también es más divertido. ¿Por qué quedarte allí de pie tratando educadamente de participar en una

conversación sobre Faust, cuando puedes subirte a la barra y repartirles COPAS a todos? A todo el mundo le gusta que haya una chica mala en el equipo.

Los siguientes artículos que escribo son un éxito: mi estatus en el periódico se dispara. Trabajo seis días por semana, sentada en mi habitación, con mi última adquisición (un ordenador nuevo), y produzco críticas durísimas a siete peniques por palabra. Ser conflictiva sale rentable. Ser conflictiva es un buen trabajo, y regular. Ser conflictiva es el futuro.

«Si quieres salir adelante, pisa fuerte», dice Kenny, y me encarga un artículo principal tras otro.

Es alucinante: empiezan a aparecer cartas sobre mí en la página de cartas de los lectores; los grupos me mencionan en las entrevistas. Cuando vives en una casa sin espejos, da mucha risa que otras personas hablen de ti. Siempre me había preocupado un poco la posibilidad de no existir, de ser un sueño muy largo que yo misma estaba teniendo. O quizá un sueño que estaba teniendo Krissi, y del que intentaba despertar desesperadamente.

Sin embargo, ahora soy incuestionablemente real, porque hay otras personas que hablan de mí. Ahora que mi firma sale en la página 7, y en la 9, y tres veces más entre las páginas 17

y 20, y que salgo en una foto de la página de cotilleos (en una fiesta, de pie en una mesa con mi chistera, borracha, con el pie de foto: «Slash se desmelenaa»).

Porque la otra razón por la que me siento ebria permanentemente es que estoy borracha permanentemente. Bueno, no permanentemente. Pero todas las noches, en todos los conciertos a los que voy, bebo; ¿quién iba a dejar de gastarse ni un solo penique de sus veinte libras de presupuesto para refrigerios en alcohol, excepto un loco? Cuando el día se me hace largo, apaciguo el chirrido exasperante de la preocupación pensando: «A las nueve ya estaré

divirtiéndome.» Además, bebo por razones prácticas. Como me he gastado todo el dinero que tenía en el ordenador, vuelvo a casa a pie de los conciertos; voy por la A449 hasta nuestro barrio, y el alcohol me quita el frío, y no me corto con las notas más agudas cuando canto. Con *High Land, Hard Rain* de Aztec Camera llego hasta el cruce de Springhill; entonces recorro las calles oscuras y desiertas hasta nuestra casa. Y paso por delante de la casa de Violet.

«¿Qué les contaría?», me pregunto. Los visillos parecen cataratas blancas heladas en las ventanas, y hacen que la casa parezca miope y testaruda. «¿Qué más va a pasar?»

En un concierto, en Wolverhampton, me encuentro a Ali, mi prima gótica. Voy borracha, por supuesto.

—Qué tal —dice, y me saluda con un movimiento de la cabeza. Tiene una cerveza en la mano. Me fijo en que ya no es gótica. Ahora va vestida como la clásica *shoegazer indie*: botas negras hasta los tobillos, vaqueros, camiseta bretona de rayas, flequillo enorme.

—¡Hola, Ali! ¡Qué tal! ¡Ahora a mí también me encanta John Kite! ¡Dormí en su bañera! ¡Le oí mear!

—A mí ya no me gusta —dice Ali con voz monótona—. Ahora me gusta

The Nova. Son tope buenos.

No tengo ni idea de quiénes son The Nova.

—Están allí —dice Ali, y señala un rincón de la sala, donde hay cinco chicos delgados de pelo negro; también llevan vaqueros y camisetas bretonas de rayas, y están allí sin hacer nada, con cara seria.

—Me tiro al bajista —dice Ali, y añade—: También le he oído mear y tal. Y cagar.

—Yo nunca he oído cagar a un músico pop —admito. Ali *siempre* me lleva ventaja—. Me pregunto quién hará las cacas más sonoras de la música pop. Seguro que Celine Dion tiene uno de

esos váteres victorianos de porcelana, con cantidad de flores dentro de la taza, y que ella lo llena de bolitas secas como cacas de conejo. ¡Cling, cling, cling, cling!

—Ya —dice Ali, sin mudar la expresión. Es la misma cara fría e inexpresiva que ha tenido siempre, pero se nota que está intrigada. Entonces dice —: Prince caga detrás del sofá, como los gatos. Y luego araña un poco la alfombra, y se va a follar con Sheena Easton.

—Seguro que Nick Cave saca una bolita por la boca, como un búho. Abre la boca, y la lanza. Una bolita con todo de huesos dentro.

Seguimos así un rato, describiendo los hábitos intestinales de todos los integrantes de la lista de los 40 principales.

—Oye, ¿te lo has tirado o no? —me pregunta entonces Ali, tras un silencio contemplativo que pasamos fumando—. ¿Te has tirado a John Kite?

—Puede —contesto.

—Entonces es que no. Es verdad, todavía tienes pinta de virgen.

—¡No, no, ya no soy virgen!

—Sí, eres virgen.

—¡Qué va! Ya sé... ¡a qué sabe la lefa!

Mi prima se queda mirándome.

—Sabe a lejía —digo.

Eso lo leí en una entrevista a Sally, del grupo Bleach, en la que explicaba por qué el grupo se llamaba «Bleach», leía. Por lo visto, la información de Sally era correcta, porque Ali se queda satisfecha.

Pero su pregunta me ha removido algo. Mi condición de no besada pesa dentro de mí, palpable como un bocio; o como una herradura que no trae buena suerte, atada a una cadena, que debo arrastrar a todas partes. A veces siento que me impide hablar. A veces me impide respirar.

—Pero hace una eternidad que no me morreo con nadie —confieso, y es verdad: ya he cumplido diecisiete años,

y no me he morreado con nadie en todos estos años. Toda una vida *es* una eternidad. John Kite no cuenta, porque fue un beso sin lengua—. Me muero de ganas.

Ali se queda mirándome un segundo, y entonces señala con la barbilla a los chicos de The Nova.

—¿Ves a ese que está con el grupo? —me pregunta. Con ellos hay un chico larguirucho, por lo demás bastante anodino—. Ése te morrea, si quieres. Es «el Besuqueador».

Lo miro otra vez. El Besuqueador. No sé cómo describirlo. Es simplemente... normal. Lo tiene todo en su sitio, enfocando en la dirección

correcta. Tiene cabeza, piernas... Lleva Doc Martens. El Besuqueador.

—Si quieres, se morrea contigo — dice Ali—. Se dedica a eso. Se ha morreado con todas mis amigas. ¿Sabes esos cacharros que hay fuera de las tiendas, una especie de jirafa en la que metes una moneda de diez peniques y te puedes montar? Pues igual. Vas, y te morreas con él. Es una putilla.

Vuelvo a mirar al Besuqueador. Entonces miro la hora, porque me he bebido un par de copas. Creo que, en mi subconsciente, intento decidir si ha llegado el momento de que me den mi primer beso como Dios manda. Mi reloj me informa de que son las 21.47 del

miércoles 17 de mayo de 1993, pero va un poco adelantado. ¡Como yo! ¡Voy a estar adelantada, porque van a darme mi primer morreo!

—Vale. ¿Cómo funciona?

Ali atraviesa la pista de baile, y yo la sigo.

—Hola, chicos —les dice a los chicos de The Nova, y al Besuqueador.

—Qué tal, Al —la saludan ellos.

—Ésta es Jo. Bueno, Dolly Wilde.

Mi prima.

—¿Eres Dolly Wilde de *Disc & Music Echo*? —me pregunta uno, impresionado.

—Sí —confirmo—. La mayor parte del tiempo.

—¡Hostia! —Entonces frunce el entrecejo y añade—: Espera, pero la semana pasada pusiste por los suelos a Uncle Tupelo. Uncle Tupelo no está nada mal.

Joder, yo he venido aquí a que me morreen, y no a discutir sobre subgéneros del folk.

—¡Ahora no estoy de servicio! — digo con un ademán expansivo.

—¿Era tuyo aquel artículo que decía que Neil Young era el propietario del setenta por ciento de todos los búfalos de América? —me pregunta otro miembro de The Nova.

—Sí.

—¿Es verdad?

—Creo que sí.

—¿Es raro, o sólo me lo parece a mí? —me pregunta—. Que Neil Young sea el propietario de tantos búfalos. Es muy raro.

—Ya. Es como enterarte de que la madre de Mike Nesmith de The Monkees inventó el Tippex.

Los chicos de The Nova se quedan atónitos.

—¡No puede ser!

—Ya lo creo. Creo que fue cuando vio lo mal que su hijo había escrito «The Monkees», y quiso corregirlo con una especie de... papel líquido.

El novio de Ali nos cuenta que la primera vez que se colocó fue inhalando

Tippex («Bueno, era un líquido corrector de marca blanca»), y a continuación la conversación deriva hacia una exhaustiva discusión de cinco minutos sobre qué artículos se pueden comprar en una papelería para colocarse. Pegamento, rotuladores, recargas de gas para mecheros... Yo no tenía ni idea. Resulta que el WH Smith del Mander Centre es como el Studio 54 de Wolverhampton: una mina de oro de narcóticos. Y yo sin enterarme. ¡Yo sólo voy allí a comprar grapas!

Pero de morreos, nada, así que me quedo mirando a mi prima, que, discretamente, se lleva a los músicos a hacer «una cosa» y me deja con el

Besunqueador.

Como nunca me han besado, no estoy muy segura de qué tengo que hacer para activar esa función en un hombre. Pienso en todos los besos que he visto. Sé que decir «¡Ya puedes besar a la novia!» tiene un porcentaje de éxito del cien por cien, pero intuyo que, aquí, eso resultaría inapropiado. Leia conseguía que Han la besara justo antes de saltar juntos cogidos a una cuerda para salvar un abismo en una nave espacial, pero eso requeriría mucha más infraestructura de la que yo tengo a mi alcance.

Intento acordarme de cómo empieza el beso de *Sonrisas y lágrimas* (normalmente, cuando llegan las escenas

sentimentaloides, le damos al botón de avance rápido, porque Lupin se pone a gritar «¡PUAJ!», así que sólo me acuerdo de unas imágenes de Christopher Plummer y Julie Andrews persiguiéndose alrededor de una pérgola a gran velocidad), y de repente, El Besuqueador hace honor a su nombre y... me besa.

Creo que es una especie de beso con «Programación de Fábrica» (uno, dos, tres besos en los labios, y a continuación, para dentro con la lengua), ¡pero es real! ¡Me están dando un morreo! Los capitanes de esta discoteca están escogiendo a los miembros de sus equipos de Adolescentes Sexualmente

Activos, ¡y me han llamado, por fin!

Sigo morreándome un par de minutos más; no es fácil, porque mi pelo se mete por el medio todo el rato, y tenemos que quitárnoslo de la boca una y otra vez. Al final, con el sentido práctico que me caracteriza, digo: «Espera un momento», me lo recojo en una cómoda coleta y, sin perder el tiempo, vuelvo a lanzarme al morreo. Besarse, tal como yo imaginaba, es genial: yo lo colocaría justo detrás de la televisión, pero sin ninguna duda por delante del alcohol, de quitarse espinillas y de los parques de atracciones. O quitarle las espinillas de la espalda a Krissi (me dejó hacerlo una Navidad, pero me hizo prometer que

nunca se lo contaría a nadie).

En un momento dado, abro los ojos y veo a Ali en el otro lado de la sala, observándome; está con los brazos cruzados y fumándose un cigarrillo.

«*Muy bien, prima*», me dice moviendo los labios.

El Besuqueador y yo nos morreamos durante nueve minutos (cuando paramos, miro la hora), y entonces el grupo sube al escenario, y el Besuqueador dice: «Oh, me encanta esta canción», y va hacia las primeras filas, a empujar y chocar con la gente; pero no se lo reprocho: el Besuqueador ya ha hecho

su trabajo. Le estoy agradecida por sus servicios. Si hubiera necesitado llevar un rebaño de ovejas de un campo a otro, habría buscado a un pastor. Si se me hubiera caído el anillo de casada por el váter, habría llamado a un fontanero. Y como necesitaba que me dieran mi primer beso antes de que pasara un solo día más, he recurrido al Besuqueador. Ya me siento mejor.

—¿Cómo se llama el Besuqueador?
—le pregunto a Ali más tarde.

—Gareth^[36].

—Bueno, seguiremos llamándolo el Besuqueador —le digo.

Cuando llego a casa, encuentro a Krissi en el salón, viendo *Eurotrash*; Lupin está dormido encima de él.

—He pensado que sería educativo para él —dice mi hermano mayor mirando a Lupin—, pero se ha quedado dormido antes de que salieran los empleados del hogar en pelotas.

—¡Me han dado mi primer beso! —le digo, radiante. Estaba impaciente por contárselo. Para mí es muy importante explicarle lo que he hecho.

—Ah —me dice con la vista fija en el televisor.

—¡Mi primer beso! ¡Me han dado mi

primer beso! —insisto.

—Vale —dice Krissi.

—No quería que te... preocuparas —elaboro—. No quería que pensaras que me pasaba algo raro. ¡Pues no! ¡Me puedo morrear!

Krissi me mira.

—¿Ha sido Gareth, por un casual? —me pregunta—. ¿Un tipo ni fu ni fa, bastante normalito?

—¡Sí! ¡Sí, ha sido Gareth! —exclamo—. ¡Ha sido Gareth!

—El año pasado se morreó con Fat Tommy —dice mi hermano, a título informativo.

Todavía estoy intentando decidir qué cara pongo, cuando añade:

—Papá quiere hablar contigo. Está en el jardín. Borracho.

Yo también estoy borracha, así que mira, ¡podemos estar borrachos a la vez! ¡Ésa es la gracia de estar borracho!

Mi padre está al fondo del jardín, sentado en el banco que hizo él mismo (por supuesto) con un tablón y unos ladrillos. El extremo de su cigarrillo flota en la oscuridad, como un diminuto fuego fatuo de color naranja.

—¡Hola, Johan! —dice, y me deja sitio—. ¿Cómo ha ido?

—Muy bien —le contesto, y me siento a su lado.

Me gusta sentarme con él. Cuando era más pequeña, siempre acompañaba a

mi padre a comprar. Le gustaba ir temprano al supermercado, antes de que empezara a llegar la gente, y nos sentábamos fuera, esperando a que abrieran, y él me contaba historias de cómo era su vida cuando era pequeño, en un pueblo de Shropshire, en una familia de siete hermanos.

—Entonces no había prestaciones — me contó mientras un adolescente con tabardo daba vueltas alrededor de los carritos del aparcamiento, gritando—. Los de la parroquia venían y valoraban tus necesidades, y si tenías muebles que se podían vender, ¡zas! Perdías el dinero de la parroquia. Por eso, cuando llamaban a la puerta, tu abuela no los

dejaba entrar, y todos los hermanos cogíamos las sillas y las mesas, las llevábamos al fondo del jardín y se las pasábamos a los vecinos por encima de la tapia. Y cuando los de la parroquia iban a llamar a *su* puerta, ellos hacían lo mismo. Todos los vecinos se ponían a lanzar colchones por encima de las tapias cuando llamaban a la puerta. Debía de ser cojonudo verlo desde un avión. Todos esos muebles migrando continuamente, adelantándose al peligro.

—Debía de haber mucha solidaridad —dije yo, muy seria, balanceando las piernas bajo el primer sol de la mañana.

—No, qué va. Era horrible —dijo mi padre alegremente—. Acababa de

terminar la guerra, y la mitad de los hombres del pueblo estaban traumatizados o alcoholizados. Los maridos zurraban a sus mujeres, y nadie decía nada. «He chocado contra una puerta», decían ellas, con un ojo morado, cuando iban a la carnicería. Era muy triste, Johan. En aquella época, la gente lo pasaba mucho peor que ahora. En el colegio, si eras zurdo, las monjas te pegaban con una regla.

—¿A *ti* te pegaban?

—¡Ya lo creo! Y eso que yo era un angelito. Era guapísimo. Y te hacían ponerte delante de todo el colegio y te daban cinco golpes en la palma de la mano izquierda, para que no pudieras

aguantar el lápiz con ella. Las muy putas.

Pienso en la letra de mi padre. Ahora escribe con la mano derecha, y siempre nos reímos de su caligrafía chapucera e insegura; de vez en cuando se le cuele una letra del revés. Una de las cosas que más le gustan de que lo hayan declarado minusválido es que no tiene que firmar con su nombre completo. «¡Basta con que ponga una X! ¡Como los putos *espías*!»

—Por eso me fugué y me uní al grupo —decía—. Para largarme de aquel sitio de mierda. Volví al cabo de seis meses con pantalones acampanados y con el pelo por el culo, con el resto

del grupo. Traíamos pipas de hachís de Turquía, e incienso de Londres. Los vecinos estaban escandalizados. Al bajista le hacían merendar en el tejado del porche.

—¿Por qué?

—Porque era negro. En Shropshire nunca habían visto a ningún negro.

—¿De dónde era?

—De Bilston.

Me encantaban esas conversaciones con mi padre, las historias que me contaba de ese sitio tan extraño; parecía que me hablara de otro país. Sólo habían pasado veinticinco años, pero era como

si me hablara de la época medieval: monjas violentas, sacerdotes que repartían dinero, hambre, ratas, guerra y gente que temía a los negros. Eso me daba la poderosa sensación de que todo lo que conformaba *mi* mundo (las ayudas, la multiculturalidad, el rock 'n' roll, hasta escribir con la mano izquierda) eran inventos bastante recientes, un mundo nuevo al que acabábamos de quitar el envoltorio de regalo. Me daba cuenta de que era un logro muy importante, fruto de la fuerza de voluntad de un reducido número de hombres y mujeres que escribían, pensaban, se manifestaban y cantaban. Con sólo que hubieran matado a

doscientas personas, este futuro jamás habría llegado.

A lo mejor, este futuro tardó tanto en llegar porque, anteriormente, *sí* habían matado a esas doscientas personas, una y otra vez, a lo largo de la historia.

Siempre que mi padre me cuenta historias de cómo era la vida cuando él era joven, me estremezco de alivio y me alegro de vivir aquí y ahora. No creo que hubiera sido quien soy en ninguna otra época. No me lo habrían permitido. Sé lo que les pasa a las chicas como yo en otros momentos de la historia. Tienen las manos encallecidas, manchadas de grasa y apestosas de realizar trabajos manuales. Trabajan tanto que a los

treinta años aparentan cincuenta. Yo habría trabajado en una fábrica, o en un campo; no habría tenido libros, ni música, ni trenes para ir a Londres. Habría sido una más de un rebaño de ganado triste, de pie bajo la lluvia, totalmente anónima. No habría sido conflictiva ni me habría paseado por Londres con mi chistera.

—¡Aish! —le digo a la Johanna del siglo XVI.

—¿Qué dices, niña? —me pregunta mi padre, y me acuerdo de quién soy y de que estoy en el jardín, borracha.

—No, nada. Es que me alegro de estar aquí —digo, y apoyo la cabeza en su hombro.

—Niña, tenemos que preparar un plan, ¿vale? —Me besa en la coronilla y se lía otro cigarrillo—. Tu madre está cabreada. Hoy hemos recibido una carta de la Seguridad Social. Han terminado la investigación, y van a dejar nuestras prestaciones tal como están.

—¡Qué bien! ¡Menos mal!

—No. Tal como están *ahora*. Recortadas.

—Pero ¿por qué? ¿Han dicho por qué? —Por favor, que no sea por mi culpa.

—No —dice furtivamente—. Se ve que han descubierto que nos estaban pagando más de la cuenta. Así que ahora estamos arruinados.

—¡Yo puedo daros más dinero! Si no ahorro. Ahorrar es una estupidez. Necesitamos el dinero ahora.

—Tu madre no quiere ni oír hablar de eso. Así que tendremos que espabilarnos. Somos una familia; no podemos depender de ti. De entrada, porque no estaríamos siendo justos contigo, tesoro. No, tenemos que *explotar* nuestros *recursos*. Y éstos somos tú y yo. Tú escribes sobre música, y yo la hago. —Hace una pausa y enciende el cigarrillo—. Tienes que darme un empujoncito, niña. Tienes que hacerme salir en esa revista. Y antes de Navidad seremos millonarios.

Lo abrazo porque estoy borracha, y

porque lo quiero, y porque me emociona
vivir en el siglo XX.

—De acuerdo —le digo, y nos
estrechamos la mano.

Como ya soy colaboradora fija de *D&ME*, empiezan a llegar sobres acolchados a mi casa: diez, quince, veinte al día. Me traen a casa cada disco que se publica en Gran Bretaña; el cartero llega sudoroso, con la bolsa siempre llena de paquetes. Antes, el ruido de la tapa del buzón sólo significaba facturas atrasadas y la amenaza de sobres marrones del ayuntamiento; ahora, en cambio, ese escaso correo queda sepultado por los CD, los siete pulgadas, los doce pulgadas y los casetes blancos

promocionales. Parece Navidad, todos los días. Es como si lloviera música.

Recojo los discos con el cesto de la colada, me los llevo a mi habitación y los escucho, separándolos en dos montones: los que me encantan y sobre los que, por lo tanto, no voy a escribir (NO SEAS UNA FAN), y los que puedo hacer polvo en invectivas injuriosas contra esa pandilla de oportunistas insensatos que pretenden que la juventud británica malgaste su tiempo y su dinero.

Después de tres semanas de esta prodigalidad, un día voy al cuarto de baño mientras estoy escuchando un disco, y al volver a mi habitación me encuentro a un visitante inesperado:

Krissi. Está sentado en el suelo, hurgando en el cesto de la colada.

—Hola —le digo.

Es sorprendente: Krissi no pisaba mi dormitorio desde el episodio de las pajas satánicas. Es más, desde el episodio de las pajas satánicas, no me ha dirigido la palabra, ni siquiera cuando intenté desdramatizar un poco la situación llamándolo «el episodio de las pajas satánicas». Cuando se lo dije, mi hermano dejó su cuenco de Ready Brek, suspiró y salió de la habitación.

Otro triste corolario del «episodio de las pajas satánicas» es que ya no puedo pensar en Satanás mientras me masturbo. Ahora asocio al Gran Lucifer

con Krissi mosqueado, no puedo evitarlo; y es escalofriante.

—Hola, asquerosa —me saluda Krissi sin dejar de rebuscar en el cesto de la colada.

—¿Qué ha...?

—¿Tienes algo de los Bee Gees? —me pregunta.

—Creo que por aquí tengo una recopilación de grandes éxitos... —digo, y señalo los estantes: tablones y ladrillos, como en la habitación de Krissi; pero donde él tiene plantas, yo tengo centenares de CD. Lo observo mientras él se acerca a los estantes y se pone a buscar.

—Ayer volví a ver *Grease*, y me

acordé de lo buena que era la música — dice Krissi, sin dejar de buscar—. Necesito un poco de *Grease*.

Cojo el disco y lo acerco al equipo de música («¿Lo pongo?»); Krissi dice que sí con la cabeza y sigue husmeando por los estantes.

—¿Y de la Velvet Underground tienes algo? —me pregunta mientras suena la música facilona de *Grease* y empiezo a bailar como si hiciera dedo en un rincón.

—Bueno, no han publicado nada desde que se disolvieron en 1973, así que tendré que pedirlo —le contesto.

—Ya sé que ya no van de gira — replica Krissi con desdén—. Ya me

había fijado en que hace tiempo que no aparecen en *Going Live!*, anunciados por Gordon the Gopher^[37].

—Gordon the Gopher no habría podido anunciarlos, porque es mudo.

—Sí podría, mediante *mímica* —dice Krissi, y apila unos CD en mi mesa—. Podría... señalar a Lou Reed.

—Bueno, ¿qué pasa, que ahora te gusta la música? —digo, y me tumbo relajadamente en la cama.

—Siempre me ha gustado la música, imbécil —me contesta. De pronto me acuerdo de cuando cantábamos «Sex Crime» de Eurythmics. Actuábamos para nuestra abuela, cuando todavía vivía. Tiene razón—. Lo que pasa es que no

me gusta la misma música que a ti. Yo también voy a la biblioteca.

—¡Aaaaaah! ¿Y qué escuchas? Oye, no serás tú el que encargó el disco de los Smashing Pumpkins antes que yo, ¿verdad? Todavía lo estoy esperando.

—No, paso de Smashing Pumpkins. No sirven para *nada*.

—¿Cómo que no sirven? ¿Para qué quieres usarlos?

—Para bailar. KLF, Pet Shop Boys, Public Enemy, Ice T, NWA. Ésos sí que sirven.

—¿Hip-hop? ¿Te gusta el hip-hop? ¿Cómo has descubierto el hip-hop?

—Leyendo.

—¿Lees *D&ME*? ¿Lees esas cosas?

Esto es una novedad. Krissi jamás ha hecho ninguna referencia a mi trabajo. Pensar que lleva meses leyendo a escondidas lo que escribo me llena de felicidad. Me siento como Bruce Wayne cuando Vicki Vale menciona de pasada que le gusta Batman.

—No, no leo *Dame* —dice Krissi con desdén—. Lo siento, pero es cutre de cojones. Es como estar en una clase de sexto grado con una docena de aspirantes a Fonzes^[38] discutiendo junto al equipo de música. A mí me gusta la *música*, Johanna. Leo fanzines. Me gusta *Thank You*.

Thank You es el principal fanzine de los Midlands; lo escribe ZZ Top (de

hecho, gracias al fanzine consiguió su trabajo en *Dame*). Cuesta cincuenta peniques, y la última edición incluye un entusiasta análisis de dos mil palabras de *O.G. Original Gangster* de Ice T; termina diciendo que es «un funk amargo, furioso, militarizado; como si Bootsy Collins se hubiera visto envuelto en una persecución policial, hubiera acabado chocando y hubiera salido de los restos de su vehículo siniestrado con los pantalones acampanados y el peinado afro chamuscados, con una ametralladora en las manos, preparado para la guerra».

ZZ sólo escribe sobre músicos que le gustan. Exceptuando a Sting, con

quien mantiene una enemistad imaginaria que viene de largo. ZZ escribe como un fan. Por eso sigue sin destacar mucho en *Dame*. Una vez oí que Kenny lo llamaba, peyorativamente, «el *groupie*».

«¿*Thank You?* No, gracias», le dijo, y se puso a reír a carcajadas; luego le encargó a ZZ la crónica de otra birra de concierto indie en no sé qué tugurio de Derby.

—Ah —le digo a Krissi. No sé muy bien cómo reaccionar. Nunca se me había ocurrido pensar que pudiera no ser la escritora favorita de mi hermano. Es un momento un tanto incómodo. Me planteo volver a disculparme por el episodio de las pajas satánicas, aunque

sólo sea por decir algo; pero Krissi, percatándose de que ha tocado un tema delicado, me mira a los ojos y me señala con aire teatral. Ha empezado a sonar «Stayin' Alive».

Krissi viene bailando hacia mí con una coreografía muy discotequera. Pese a que aún estoy un poco dolida, hago unos movimientos desganados con los brazos, sin moverme del sitio.

Krissi pasa a mi lado y apaga la luz. Es lo que hacíamos cuando éramos pequeños: bailar a oscuras. Apagábamos todas las luces y bailábamos *Hotter Than July* de Stevie Wonder a oscuras; así podíamos movernos como nos diera la gana, sin

avergonzarnos de cómo el otro agitaba brazos y piernas y sacudía el trasero sin ningún estilo.

No puedo resistirme a bailar a oscuras con Krissi: me encanta. En menos de treinta segundos, me ha acorralado en un rincón. Aprovecho el débil resplandor verdoso de la luz del equipo de música para buscar mi botella de MD 20/20, doy un trago y se la ofrezco a Krissi; él hace una pausa, y entonces bebe un sorbo.

—¡GARRRRRRGH! —grita en falsete.

—¡YAHHHH! —grito yo.

Bailamos y bebemos al son de «Night Fever», «Jive Talkin'» y «Tragedy», y entonces nos dejamos caer

sobre la cama, sudorosos y un poco borrachos, mientras suena «I've Got To Get A Message To You».

—Hostia, qué gays son los Bee Gees —digo mientras canto. Estoy tumbada al lado de Krissi, como cuando éramos pequeños: como dos cachorros compartiendo manta—. Me encantaría tener un amigo gay. Me pregunto si habrá *algún* gay en Wolverhampton. Seguramente lo matarían.

Krissi se tensa un poco, y luego da un gran suspiro.

—¿Kenny no es gay? ¿El de la revista? —dice—. ¿No es amigo tuyo?

Pienso un momento en Kenny, con sus pantalones de chándal cortados,

esnifando *speed* y escuchando a Yes a escondidas.

—No es el *tipo* de gay que me mola —le digo.

De pronto se enciende la luz, y mi padre entra en la habitación, furioso.

—¿Qué coño hacéis? ¡Parecéis una manada de elefantes! Los gemelos intentan dormir —dice fulminándonos con la mirada. Entonces ve el equipo de música, me ve a mí tumbada encima de Krissi, y la botella de MD 20/20 que tengo en la mano—. Ah, ya veo —dice, y su enfado se disipa al instante. Tiende una mano y añade—: Descorche.

Hago un intento patético de esconder la botella de MD 20/20 debajo de mi

chaqueta, pero mi padre no retira la mano. Le entrego la botella, y él echa un trago, como un profesional.

—Más o menos el quince por ciento —dice sosteniendo la botella en alto, contra la luz, para evaluar el contenido—. Falta la propina. —Da otro trago y me devuelve la botella. Entonces se sienta en la cama, obligándonos a apartarnos un poco, y vuelve a quitarme la botella—. Y el IVA —dice, y bebe un poco más. Ya casi no queda nada—. Bueno, ¿qué hacéis? —dice mirando los CD y los sobres acolchados que hay tirados por el suelo.

—Estaba abriendo el correo —le digo—. Haciendo de crítica de rock.

Ésos son los ganadores —señalo un montón—, y éstos, los perdedores, a los que voy a destrozar.

Mi padre se queda mirando el montón de sobres acolchados. Al principio no sé interpretar la expresión de su cara, y entonces pienso: esos sobres son idénticos a los que él envía a Londres, pero se los devuelven todos, con una educada nota de rechazo: «Estimado PAT MORRIGAN, gracias por hacernos llegar una muestra de su trabajo para su valoración, pero desgraciadamente...»

Hay una larga pausa.

—Pronto haré una crítica de tu música, papá —le prometo—. Es que

tengo que elegir bien el momento.

—Ya —dice, asintiendo—. Tienes que elegir el momento. La sincronización es muy importante. Los ritmos del universo. Las ruedas del engranaje.

Lo miro. Tiene los ojos vidriosos. Es evidente que hoy ha tomado mucha medicina.

Paso un tiempo ocupada haciendo otras cosas. Con la boca. Dos meses más tarde, ya me he morreado seis veces con Tony Rich. La última vez, en su piso, donde me quedo «a pasar la noche»: tres largas, lentas y húmedas horas dándonos el pico a la luz de su ordenador, que emite un resplandor verdoso en un rincón (en la pantalla hay un artículo inacabado sobre My Bloody Valentine) hasta que me monto encima de él y le hago sombra en la cara.

Esa noche no quiere follar conmigo, porque está «medio saliendo» con

alguien, pero la siguiente vez que voy a Londres, ese «alguien» ha desaparecido:

—Ya estoy soltero —me dice en el pub, después de la reunión editorial y antes de llevarme afuera y besarme junto a la puerta. Cuando levanto la cabeza, la mitad de la plantilla de la revista está mirando por la ventana y aplaudiendo con sarcasmo. Saludo con la mano, como la reina, y Rich les hace una peineta; seguimos morreándonos, hasta que ellos pierden el interés y nos dejan en paz.

Al cabo de un rato, entramos e intentamos volver a participar en la conversación, pero estamos los dos tan calientes que la situación cada vez es

más insostenible. Rich me acaricia los muslos por debajo de la falda, y yo, sentada a su lado y apoyada en él, noto los latidos de su corazón bajo la camisa.

—¿No os parece que deberíamos dejar que los pandas se apareen en privado? —pregunta Kenny a los demás, por fin, cuando mis pupilas dilatadas y las respuestas cada vez más distraídas de Rich ponen en evidencia que ahora mismo no estamos en condiciones de socializar.

Cojo a Rich de la mano y me lo llevo otra vez afuera. Estos besos son alucinantes. Esto no tiene nada que ver con el Besuqueador. Esto es... emocionante. La boca de Rich es enorme

y ondulante, como un festín infinito, un banquete de hombre al que por fin me han invitado. Me da unos besos que podrían salvarle la vida a un moribundo. Me sujeta la cara con ambas manos y se mueve con un placer perezoso y apremiante. Estoy segura de que no puede haber habido besos mejores que éstos. Es más, no puede haber habido besos, jamás. Nos los estamos inventando nosotros, en estos diez últimos minutos. Si sigues el rastro de todos los besos del mundo corriente arriba, al final acabas aquí, en la puerta de una pizzería frente a la estación de Waterloo; pasan taxis, y gente, a escasos metros, ajenos a Tony Rich besándome

las comisuras de la boca (despacio, concienzudamente) antes de volver a zambullirse. Somos las dos primeras personas a las que se les ocurre hacer esto. En la historia.

Y cuando te están besando así, eres el día de Navidad; eres el lanzamiento de una nave espacial a la luna; eres una alondra. De pronto mis zapatos valían un millón de libras, y mi aliento era el alcohol del champán. Cuando alguien te besa así, eres lo que da sentido a todo.

Fui yo la que propuso tomar un taxi; fui yo la que le desabrochó el primer botón cuando pasábamos por el puente de Waterloo. En los libros, un caballero siempre pregunta «¿Estás segura?» antes

de abrirte la puerta de su casa, pero Tony no me lo preguntó, porque habría sido una pérdida de tiempo absurda. Yo exhalaba tanto deseo que estábamos los dos mareados, y cuando has tenido la erección de un hombre apretándote durante casi una hora, esa pregunta no es pertinente.

Nos metimos en la cama y follamos.

Resulta extraño perder la virginidad cuando llevas años imaginándote cómo será. Del sexo no me sorprendió nada, aparte de aquellos besos como supernovas que ni siquiera el Nostradamus de la masturbación habría

podido predecir, hasta que le hubiera pasado a su boca. El mecanismo básico era tal como me lo había imaginado: dedos y bocas húmedas; y de repente (¡por fin!) tener a alguien dentro de mí.

No me corrí, pero eso tampoco me sorprendió. Porque lo único que yo quería era follar. No sabía qué *clase* de sexo quería, sólo que quería sexo. Fue todo tremendamente divertido, atropellado y urgente, y cuando quedamos exhaustos, permanecemos tumbados lado a lado, riendo. Y así fue como perdí la virginidad, con Tony Rich, quien había pasado de ser sólo palabras impresas en una revista a dejarme cardenales en los muslos de lo

fuerte que me agarraba mientras gritaba mi nombre. Le pedí que gritara mi nombre («¡Dolly!»), como si ésa fuera la primera de todas las palabras. Y cuando lo dijo, me produjo una inesperada y breve tristeza que no dijera «¡Johanna!», pero ignoré esa sensación, de momento.

Por fin me veía aparecer en el mundo. Follaba y publicaba artículos. Me iba componiendo poco a poco, como una imagen vista con un telescopio.

Así que no, lo sorprendente, eso que yo necesitaba pegar un polvo para descubrir, no fue el sexo en sí.

Lo sorprendente fue todo lo demás. Lo asombroso del sexo es esto: que tienes a una persona entera para ti sola,

por primera vez desde que eras un bebé. Alguien que te mira sólo a ti, y que piensa en ti, y que te quiere, y ni siquiera has tenido que hacerte la muerta al pie de la escalera para conseguirlo.

Disfruté tanto quitándole la camisa a Rich que creí que iba a darme algo. Quitarle la camisa a un hombre significa sentirte por fin mujer. Eso no es para crías de catorce años. Eso sólo lo hacen las mujeres.

Y estás en una habitación con la puerta cerrada, y no puede entrar nadie. Nadie puede entrar e interrumpirte, nadie entrará y se sentará a tu lado y estropeará la conversación. El tiempo, ese cortarrollos, deja de existir. No hay

ningún momento triste en que terminará la llamada telefónica, ni de pronto se encienden las luces y se acaba la música y tienes que volver a casa, sola, al final del concierto o de la fiesta.

Me pareció que en realidad era por eso por lo que a la gente le gustaba tanto follar. Para llegar a ese punto. Para llegar a ese sitio diminuto y tranquilo donde no había nada más que hacer que estar con el otro. Sólo ser dos seres humanos que, durante un breve periodo, dejan de ansiar. Ése es el hermoso destino final. El final de todo.

Es tan agradable estar aquí

tumbados. Hemos encendido una lámpara; Rich me da la mano y hace girar mi brazo para ver la cara interna. Tengo marcas de mordiscos hasta arriba, de cuando me sentía desgraciada.

—¿Qué es esto? ¿Te das chupetones a ti misma? —bromea—. ¿Te morreas contigo misma?

—Sí, pero es una relación muy abierta. También salimos con otras personas.

Prepara tostadas con queso y champiñones («Es lo más importante que aprendí en Harvard»), que para mí son exóticas, y saca una botella de vino tinto («Es de la tienda de la esquina, lo siento»), y nos lo bebemos en unos

vasos verdes. Es *maravilloso*. No sabía que ligar y tirarte a un tío pudiera ser tan maravilloso.

Los libros me habían hecho creer que el segundo polvo tenía que ser lento y como de ensueño, y más satisfactorio; pero cuando terminamos de comer, el segundo polvo es aún más urgente que el primero, y sigo sin correrme, pero cuando se corre *él* me siento sumamente... útil. Los hombres necesitan correrse, y yo lo he conseguido. Mi objetivo era sencillo.

Y por la mañana, le digo: «Tenemos que repetirlo», y él dice: «Vuelve pronto», y en la parada de autobús me besa hasta que llega el autobús y se me

lleva; pego los labios al cristal para enfriarlos un poco. En realidad, el morreo de despedida no me ha calmado en absoluto, sino todo lo contrario: me ha puesto aún más cachonda.

Al entrar en mi casa, en Wolverhampton, me sentí muy rara. Fue como si llegara victoriosa del campo de batalla. De todos los logros conseguidos esa semana por mi familia, el mío era, sin duda alguna, el mayor de todos. En un mundo más justo, debería haber abierto la puerta de la calle de una patada, como Lord Flashheart en *La víbora negra*, y gritar: «¡SÍ, SÍ, SÍ! ¡ESE

HIMEN YA HA PASADO A LA HISTORIA!
¡NO OS PREOCUPÉIS!», y haber dado una
vuelta por la habitación para que mis
padres y mis hermanos entrechocaran
sus manos con la mía. Porque acababa
de marcar un tanto para el equipo.

Pero yo sabía que eso no habría sido
lo correcto, por supuesto. Por muy
injusto que fuera (y era tremendamente
injusto), tenía que fingir que aquélla era
una semana como cualquier otra, y que
había estado por ahí sin provocar
erecciones, que no había participado al
cincuenta por ciento en unos morreos de
nivel olímpico y que no había
conseguido que un hombre que había ido
a la universidad EN ESTADOS UNIDOS

eyaculara en mis genitales de instituto.

A fin de encontrar la forma de mediar en ese conflicto entre mis instintos y los límites impuestos por la sociedad, opté por adoptar una actitud sumamente petulante.

—¿Qué haces con la cara? —me preguntó Krissi mientras me preparaba un sándwich de queso en la cocina. Había pasado dos noches fuera de casa, y de pronto tenía una vertiginosa perspectiva de la capa de margarina que cubría permanentemente nuestras encimeras. La cocina, toda, era un riesgo para la salud.

—¿Qué quieres decir? —pregunté acentuando mi petulancia mientras

cortaba lonchas de queso.

—Tu cara. Me está pidiendo que le dé una bofetada —dijo mi hermano mirándome fijamente—. Se comunica conmigo en una frecuencia que tú no oyes. Me está suplicando que le dé una bofetada en cada mejilla, a la vez, como Cannon & Ball.

—Nada —dije, y seguí rallando queso para el sándwich—. Es que hoy me siento..., no sé, zorruna.

—Es que *tú* eres zorruna —replicó Krissi—. Muy zorruna.

—¡Hombre, gracias!

—Zorruna... como Basil Brush —continuó—. Tienes la misma capacidad que Basil para reírte de tus propios

chistes. Y además —añadió, y salió con picardía de la cocina—, te han sobado el trasero.

Más tarde, esa noche, le digo a Krissi «Ptarmigan», nuestra vieja palabra en clave que significa «Ven conmigo al armario, tengo que contarte un secreto». Allí es donde nos contamos todos nuestros secretos. Allí admití que me gustaba Jason de *La batalla de los planetas*, y Krissi me dijo que a él también, y acordamos que, cuando nos hiciéramos mayores, o nos casaríamos con alguien del Comando G, o no nos casaríamos. De eso hace mucho tiempo.

Nos sentamos en el armario, apretujados; hemos crecido mucho desde que empezamos a hacer esto.

—¿Qué pasa? —me pregunta Krissi, cauteloso.

—¿Qué has querido decir con eso de que me habían sobado el trasero?

—Ya lo *sabes*.

—¿Qué?

—*Ya lo sabes*.

—¡No, no lo sé! —miento.

—Es evidente. Te felicito.

Silencio.

—¿Quieres preguntarme algo? —le digo.

—¡NO! —salta Krissi.

Silencio. Es obvio que Krissi se

debate entre la curiosidad y el horror.

Por fin dice:

—¿Te dolió?

—No...

—Bueno, en realidad no quiero saber nada.

Krissi hace ademán de salir del armario, pero tiro de él, y nos quedamos un momento callados hasta que se le pasan las náuseas.

—¿Te quitaste... *toda* la ropa? —me pregunta por fin.

—Sí.

—Joder.

—Lo siento —le digo.

—No pasa nada.

Krissi suspira varias veces. Bufa y

resopla. Finalmente, se lanza:

—Es que quiero preguntarte cosas, pero las respuestas son literalmente intolerables, porque entonces te imagino follando, y eso, inevitablemente, hace que quiera suicidarme y matar a toda la familia. Y a todas las personas que he conocido a lo largo de mi vida. Y a Dios. Por eso no quiero imaginarte follando.

—Pues tienes que imaginarme follando.

—¡No! ¡Es *repugnante!*

—¡Hazlo! ¡Imagínate follando!

—¡NO!

—¡F follando follando follando
 follando!

Kriss me da un puñetazo fraterno. Cualquiera que tenga hermanos sabe lo que es eso: un puñetazo que duele bastante, y que se da con la intención de que duela, pero por el que no puedes enfadarte, y que no puedes devolver, porque te has esforzado mucho para que te lo den; porque, a veces, *quieres* que tu hermano te dé un puñetazo. Nadie sabe a qué se debe eso. Volvemos a quedarnos callados.

Al cabo de un rato, propongo:

—¿Por qué no les cambiamos el nombre a los protagonistas? En lugar de Tony Rich y yo, Peter Venkman y Dana Barrett, por ejemplo.

A Krissi le parece buena idea.

Y le cuento cómo Dana Barrett de *Los cazafantasmas* perdió la virginidad con Peter Venkman de *Los cazafantasmas*, y él me hace un par de preguntas más, y sólo dice «¡PUAJ!» o «¡ME QUIERO MORIR!» tres veces.

Hay un momento en que se pone una funda de almohada en la cabeza y dice en voz muy baja:

—¿Y cómo era su polla?

Y le contesto:

—La piel era suavísima, como un jersiecito de bebé, y estaba un poco torcida, hacia la izquierda; supongo que porque es zurdo, y se le ha torcido hacia ese lado de masturbarse. Me sentí muy orgullosa de resolver ese enigma. Me

sentí como... David Attenborough, cuando averigua qué hacen unas hormigas.

Y cuando acabo, le he contado a Krissi cómo es un primer polvo, y ambos sabemos, aunque no lo digamos, que nunca jamás volveremos a hablar de este tema.

Cuando salimos del armario, dejamos ahí dentro mi pérdida de la virginidad, entre bolsas de basura negras llenas de abrigos viejos. Y Krissi baja y pone «Gotta Get a Message to You» a todo volumen hasta que los gemelos se despiertan y se ponen a llorar, los dos a la vez: es el único sonido del planeta más agudo y

persistente que las armonías de los
hermanos Gibb.

19

Durante todo este tiempo me he escrito con John Kite: dos, tres, cuatro cartas por semana; y él, lo mismo. Yo escribo las mías en la mesa de mi habitación, mientras contemplo fotografías suyas y tiro la ceniza en su cenicero; él, desde su estudio de Gales, donde está grabando su nuevo álbum.

John es la primera persona a la que cuento que he perdido la virginidad: en el tren, de vuelta a casa (todavía dolorida), mucho antes de llevarme a Krissi al armario y traumatizarlo, le escribí una carta a John contándole lo

que había pasado aquella noche.

Si bien, en ese momento, ya hacía casi catorce horas que había dejado de ser virgen, seguía siendo, en esencia, la carta de una persona muy inexperta; ahora me moriría de vergüenza si escribiera algo tan inocente y, a la vez, tan pornográfico. No sabía que no es muy normal escribir cartas a tus «amigos» que incluyan descripciones gráficas de cómo te dan la vuelta y te follan hasta hacerte chillar; ni que hablar de lo empapada que estabas de sudor, montada encima de un tío, desnuda y con el collar golpeándote las clavículas es... *excesivo*. Yo suponía que una vez que entrabas en el territorio del folleteo,

todos los folladores y follados hablaban así entre ellos, independientemente de su posición social.

«Seguro que la gente que folla habla así en la cola del supermercado», me decía, «o mientras espera a que le entreguen el coche en Kwik-Fit.»

Y, la verdad, aunque *lo hubiera* sabido, seguramente habría escrito esa carta de todas formas. Y todas las cartas guarras que le escribí después. No fue casualidad que me liara con el primer hombre con el que me cruzaba después de besarme John: John había empezado algo que él no podía acabar, y, una vez puesta en marcha, yo había ido en busca de alguien que sí pudiera. Podemos

afirmar que perdí la virginidad *por* John. Cuando le escribí explicándoselo, quería que se imaginara que había sido con él con quien había echado el polvo. Quería que mis cartas lo *perturbaran*. Quería que viniera a buscarme.

Pero su respuesta fue increíblemente imparcial: «Hostia, tía, pierdes el tiempo con la crítica musical. Esto es material de revista porno de primera categoría. Si mandas esto a *Razzle*, no tendrás que volver a escribir sobre la actuación de Bum Gravy en el George Robey. ¡Te pondrán la máxima calificación, cinco pollas de cinco! Aunque supongo que me perdonarás si me imagino que te estabas tirando a otro

que no sea Rich, ¿verdad? Es que su defensa de Lou Reed me parece intolerable. Odio a Lou Reed. Se parece al puto Erik Estrada de la serie *C.H.i.P.s*, pero cabreado.»

Pero la verdad es que quiero que *todos* se imaginen que están follando conmigo. Porque, ahora que he perdido la virginidad, la utilizo como trampolín para iniciar lo que podríamos describir como una gigantesca Búsqueda del Polvo. Me gustaría ser como James Bond, que nunca se marcha de una fiesta sin tirarse a alguien o hacer explotar algo. Ahora él es mi modelo.

Y es un modelo que inicialmente escojo sin hacerme muchas ilusiones. Porque, hasta que me acosté con Tony Rich, estaba convencida de que, como chica obesa, tal vez llegara a echar tres o cuatro polvos en la vida, la mitad de las veces por pura compasión, y siempre en el marco de la borrachera y la negligencia; y que después me conformaría con un marido obeso y volvería a dejarles el sexo ocasional a las chicas guapas y delgadas, para quienes estaba pensado ese pasatiempo. Si *tenía* que ser una chica Bond, mi película sería *Sólo se folla dos veces*, y *con suerte*.

Pero ahora he descubierto la verdad:

que cualquier mujer puede echar un polvo, siempre que quiera. *Cualquier mujer. Siempre que quiera.* Ése es el mayor y más asombroso secreto del universo. En realidad, poco importa que seas una gordita con chistera y con acento de Wolverhampton. Es increíblemente fácil. Vas a una fiesta, o a un concierto, te pones a hablar con alguien, sacas el tema del sexo (no importa cómo; además, *de alguna forma* todo está relacionado con el sexo) y, al cabo de veinte minutos, estás morreándote frenéticamente con alguien en un rincón oscuro, e intentando averiguar, entre beso y beso, dónde vive.

Porque, en el verano de 1993, ya tengo un mapa cuidadosamente calibrado de las zonas de Londres donde follaré, trianguladas a partir de la estación de Euston, que es adonde inevitablemente tendré que volver por la mañana para regresar a Wolverhampton. No más al este que Clerkenwell, ni más al oeste que Kensal Green; no más al norte que Crouch End, ni más al sur que Stockwell. Si es a más de veinticinco minutos en taxi desde el local del Soho donde estemos, renunciaré al encuentro sexual, pues he aprendido a base de cometer errores lo desagradable que puede llegar a ser, a las nueve de la mañana del día siguiente, ir desde

Putney hasta el centro de la ciudad con un chupetón en la cara.

También siento un odio irracional por la línea District, y lo utilizaré como factor decisivo en casos dudosos:

—¿Por qué no vienes a mi casa [deslizándose una mano por debajo del sujetador] y seguimos hablando de esto?

—¿Dónde vives?

—En Earl's Court.

—Lo siento. Tengo turno de noche en un albergue para indigentes, y prefiero echar un polvo allí. Hasta luego.

Aprendo mucho por el camino. Si les hablas de sexo a todos los borrachos

que conoces, accedes a varias generaciones de actitudes sexuales en cuestión de minutos, un arsenal de sabiduría y creencias heredadas. Una estrella del rock me explica que «siempre sabe lo inteligente que es una chica por su forma de andar».

Eso me desconcierta. Yo tengo los tobillos muy débiles, y ando como un pingüino. Siempre me había considerado bastante inteligente, pero ¿y si mis tobillos lo desmienten? ¿O son sólo mis tobillos los que son estúpidos?

Dedico semanas a alterar mi forma de andar; para ello, me fijo en cómo andan las chicas listas. La respuesta parece ser «deprisa y con decisión», así

que empiezo a practicar y me muevo como el T-1000 de *Terminator 2: El Juicio Final*, cuando empieza a correr detrás del coche. Resulta agotador y, además, muy amenazador, lo siento. Dudo que caminando así cause la impresión de ser inteligente. Qué pena que no pidiera más detalles.

Un bajista me cuenta, durante una entrevista que le hago cuando está borracho, que la clave para que una mujer sea buena en la cama consiste en no dejar nunca una mano quieta. «Hay que estar siempre haciendo algo con las dos manos.»

Eso también me genera preocupación. La siguiente vez que me

acuesto con un tío, me acuerdo de ese detalle y me pongo a darle palmaditas en la espalda, distraídamente, al tipo que tengo encima, como si intentara sacarle el aire a un bebé. ¿Se refería a esto? No me parece muy sensual. Los hombres son demasiado imprecisos.

Otros hombres no son suficientemente imprecisos. Un cazatalentos de una discográfica del East End de Londres (que no es la persona con la que quiero acostarme, sino que está al lado de la persona con la que quiero acostarme, y queda atrapada en el fuego cruzado del coqueteo) me cuenta, confidencialmente, que él entiende mucho de gordas: «Son

fabulosas en dos cosas: la natación y las mamadas.»

Me explica que eso se debe a que, en el colegio, las gordas no practican deportes en los que haya que correr, «porque las tetas les botan demasiado, ¿no?», y en cambio les gusta nadar, «porque en el agua no se sienten pesadas. Les gusta flotar».

Y en cuanto a las mamadas: «No hace falta que te quites la ropa. A las gordas no les gusta desnudarse.»

Como es lógico, no me acuesto con él, aunque pienso: «¡Dios mío, es verdad, *se me da muy bien* nadar!», y, de mala gana, me pregunto si el tipo tendrá razón respecto a las mamadas.

Eso todavía no lo he probado, pero es algo que quiero hacer bien, desde luego. Ser buena haciendo mamadas es algo que tengo previsto lograr este año, mientras la mayoría de los chicos de mi edad están concentrados en aprobar los exámenes de acceso a la universidad.

Quiero estar muy puesta en sexo. La mayoría de mis chistes se basan en alusiones sexuales, y necesito saber qué es eso *sobre* lo que estoy haciendo chistes. De momento, me limito a hacer conjeturas basándome en los libros y en cosas que he leído o que dice la gente en entrevistas y películas.

Sí, es urgente que esté muy informada sobre sexo. Es un atributo que

quiero poseer. Quiero ser respetada y admirada por ser una cachonda legendaria (de hecho, me gustaría que me presentaran así: «Ésta es Dolly Wilde, una *cachonda legendaria*»), pero la única forma de lograrlo es salir y follarse mucho. Y eso tiene repercusiones.

Porque es injusto, pero la única forma de prepararme bien en este terreno (el sexo), que se contempla como algo tan socialmente importante y tan deseable, consiste en ser una auténtica putilla, lo que *no* se contempla como algo socialmente importante ni deseable. Eso me pone furiosa.

«¡A un fontanero con mucha

experiencia arreglando lavabos nadie lo censura!», me digo cada vez que veo la expresión «auténtica putilla», y me acuerdo de que me describe a mí. «¡Nadie cuchichea sobre un veterinario que le ha salvado la vida a más de trescientos conejillos de Indias! ¡Pues conmigo, lo mismo! ¡Estoy aprendiendo el oficio! ¡Estoy ampliando mi CV! ¡Me estoy convirtiendo en un par de manos seguras alrededor de una polla!»

Me repito a menudo la expresión «auténtica putilla», para que deje de sonarme tan hiriente. «¡Soy una auténtica putilla!», me digo en plan motivador. «¡Soy una caballera andante del sexo! ¡Soy una pirata carnal! ¡Soy una

mosquetera erótica! Soy una auténtica putilla buena y noble, y voy a saciar mi apetito sexual.» Adopto «Teenage Whore» de Courtney Love como himno personal.

Hay dos áreas del sexo en las que quiero especializarme. La primera es el S&M, el sexo para pervertidos. He escuchado muchos discos de la Velvet Underground de Krissi, y por tanto estoy familiarizada con látigos y dominatrices; y en los anhelos de los masoquistas detecto una avidez sexual tan furiosa como la mía. Al hombre que quiere que lo dominen lo impulsa la misma necesidad desesperada, casi incoherente que siento *yo*. Quiero *ayudar* a esos

tipos. Quiero, otra vez, ser *útil*. Si algún hombre quisiera ser esclavo sexual, estaría *encantada* de ayudarlo. Para poner en marcha el negocio, me encantaría llenar un nicho de mercado desatendido. Azotaría con mi látigo a esos ávidos chicos, con toda la bondad que hay en mí.

La segunda son las mamadas. Las mamadas son, supuestamente, lo que más desean los chicos, y por tanto, como buena estudiante de las dinámicas de mercado, me interesan mucho. Margaret Thatcher me ha convertido en una defensora de las mamadas. He leído todo lo que he encontrado sobre ellas, y he llegado a la conclusión de que lo

fundamental es que *tienes* que tragártelo. A las chicas que no se lo tragan se las considera quisquillosas, y hay que coaccionarlas para que se lo traguen, lo que resulta molesto para todos los implicados. Con vistas a obtener predominio en el mercado, estoy decidida a tragármelo. Así pues, todas mis mamadas van a estar absolutamente *exentas de estrés* y nadie se sentirá incómodo ni avergonzado.

También hay una habilidad no sexual que quiero llegar a dominar: escribir a máquina mientras fumo, como hacen en *Luna nueva*, y como Hunter S. Thompson en todas las fotos. Ya lo he probado, pero el humo siempre se me

mete en los ojos, y el resultado es que acabo fumando, llorando y tecleando, todo a la vez.

La última vez que lo hice, Krissi me vio, salió de la habitación y regresó con unas gafas de natación.

«Para que estés más guapa», me dijo; las dejó al lado de mi ordenador y me dio unas tiernas palmaditas en la cabeza.

Tres semanas después de acostarme con Tony Rich, ya he empezado la lista: he probado el S&M, utilizando el vídeo «Justify My Love» de Madonna como fuente primaria de información práctica.

Un tipo desafortunado que me lleva a su casa una noche se muestra muy emocionado cuando le pregunto: «¿Has visto el vídeo de “Justify My Love”?», y, luego, muy alarmado cuando le susurro: «¿Lo aguantas bien?» mientras le vierto unas gotas de cera de vela derretida en los huevos.

«¡JODER!», exclama. Salta de la cama y empieza a darse manotazos en los genitales, extendiendo la cera roja por todas partes.

Cuando vuelvo a verlo, en un concierto, todavía adopta una postura un poco rara, y evita mirarme a los ojos. Está como atemorizado. Más adelante me entero de que tenía tanta cera fría en

los huevos que al final tuvo que afeitarse todo el lado derecho, y que desde entonces sus amigos lo llaman Phil Oakey.

A *ese* pene lo lastimé tanto que no pude hacerle la felación, evidentemente, pero una semana más tarde estoy en un piso de Ladbroke Grove (justo en los límites de mi Mapa Sexual; cuatro calles más hacia el oeste y habría tenido que pasar) realizando la primera mamada de mi vida.

He asimilado un par de principios de Jilly Cooper: en primer lugar, que se trata sobre todo de poner entusiasmo, y que la parte de arriba del pene (esa parte que tanto me recuerda al capitán

Jean-Luc Picard de *Star Trek*) es donde debe concentrarse toda la acción.

Además, como es lógico (con lo que he aprendido con mis hábitos masturbatorios), supongo que necesita ritmo, y un poco de aceleración hacia el final, como «Release» de Aztec Camera.

El pene resulta un mecanismo bastante simple y fácil de entender. Al menos de entrada.

Al principio, me sorprende lo agradable que es tenerlo en la boca; lo encuentro francamente reconfortante. Es como chuparte el pulgar, pero mientras haces inmensamente feliz a otra persona. Me gusta lo *campechano* que es; me halaga que su dueño confíe en que no se

lo voy a morder, lo que tal vez demuestre que aún soy muy joven. Seguro que las mujeres de cuarenta y tres años no piensan: «¡Mira, no lo muerdo!»

«Aquí me tienes», me digo, «apañándomelas la mar de bien con un pene ¡y sin que nadie me haya enseñado! ¡Soy completamente autodidacta! ¡Me felicito!»

Sin embargo, las cosas se complican un poco cuando el tío se aproxima al orgasmo, momento en que empieza a sacudirse un poco y a hacer ruidos confusos, y entonces me empuja la cabeza contra su polla.

Bueno, de entrada este último

movimiento me parece de mala educación (al fin y al cabo, le estoy haciendo un gran favor). Meterme en la boca, de golpe, una cantidad extra e inesperada de polla es como pedirme que lo lleve en mi Mini y, entonces, cuando ya le he dicho que sí, pretender meter a seis colegas y una alacena en el coche. Pero es que además no es nada práctico. Porque, si le introduces demasiado la polla en la boca a alguien, es casi inevitable que le den ganas de vomitar. Es cuestión de reflejos, nada más.

Desprevenida, me viene una discreta arcada y me sube el vómito a la boca, y en ese preciso momento el tío se corre.

En muchos aspectos (pese a resultar, en principio, inoportuno), el vómito facilita la gestión sexual posterior: al menos no tengo que resolver el dilema, en el último momento, de si soy la clase de persona que escupe o traga, porque, por educación, tengo que tragarme el vómito, así que... Es lo más sensato. No hay ningún sitio donde escupir una cantidad mediana de vómito, a menos (echo un rápido vistazo a mis inmediaciones) que utilice una copa de vino vacía o los calzoncillos de mi compañero de juegos, y ninguna de las dos cosas están en conformidad con el ambiente de intensa sensualidad que hemos creado.

Me pregunto, como suelo hacer en momentos sexuales, si a Madonna le ha pasado esto alguna vez: si alguna vez le ha hecho una mamada a un tío en una habitación de alquiler cutre, con la boca llena de vómito.

Decidida a seguir mostrando buena disposición en relación con la mamada, sigo chupando mucho después de que el tío se haya corrido, hasta que se incorpora de golpe en la cama, sujetándome la cabeza con una mano, y me dice: «Cuidado, cariño. Es muy sensible.»

Después intentamos follar un poco más, pero con mi succión exageradamente entusiasta le he hecho

un diminuto desgarrón en el prepucio, de modo que el pene está de baja; nos quedamos mirándolo un rato con tristeza, y entonces miro por la ventana y digo: «Bueno, creo que será mejor que coja el autobús», y me marchó.

Ni siquiera puedo darle un beso de despedida al chico, porque todavía me sabe la boca a vómito y semen, y no quiero provocarle rechazo, aunque en realidad la culpa de todo la tiene él.

—Pues adiós —digo, muy formal, cuando se me acerca para que le dé un beso, en la puerta; le cojo la mano y se la estrecho. Él se queda muy desconcertado, y con un poco de dolor residual de entrepierna. ¡Pero yo no

tengo la culpa! ¡Ay, qué complicado es todo!

«No paro de destrozar penes», pienso, compungida, en el 37, camino de la estación de Euston. «Y todavía nadie ha conseguido que me corra. Sigo siendo mi mejor amante. La mejor que he tenido.»

Algunos de estos chicos lo han intentado, por supuesto (han empezado besándome el vientre, que es el prelude del sexo oral; luego me han mirado a través del flequillo y me han preguntado con la mirada: «¿Puedo?»), pero yo siempre les he parado los pies.

¿Por qué? Pues no lo sé. No sé si es porque creo que no lo merezco, que ellos no *disfrutarían* haciéndolo, que sólo lo dicen para ser educados, y que por tanto lo correcto es poner reparos; o si es porque creo que *ellos* no lo merecen: que no quiero que estos hombres me vean perder el control y correrme a consecuencia de sus manipulaciones, como hago a consecuencia de las mías.

Al fin y al cabo, nunca he visto correrse a ninguna mujer, excepto en *Cuando Harry encontró a Sally*, que, para mí, sigue siendo una escena sobre un sándwich increíble, más que sobre sexo. Estamos en una época anterior a la

pornografía por Internet. En todas las películas guarras que he visto, sólo se corren los hombres. De alguna manera, tendría que inventarme el orgasmo femenino antes de poder alcanzarlo habiendo otra persona en la habitación. No tengo ninguna plantilla para saber en qué momento del acto sexual encaja, ni cómo. ¿Qué hago, me corro antes de follar, o después? ¿En qué orden suelen ir estas cosas? ¿Cuánto tengo que tardar en correrme? ¿Tardo demasiado? ¿Tengo que renunciar si con un tío tardo más de cuatro minutos, por decir algo? ¿Es eso sencillamente inaceptable? No quiero ser un caso difícil ni provocarle a nadie una lesión por esfuerzo repetitivo. No

quiero adquirir fama de «gastamanos».

Además, debo admitir que un factor importante de mi fracaso orgásmico es que algunos de esos hombres son unos inútiles totales. Uno se tira una eternidad rebuscando en mis bragas, y va tan desencaminado que al final, mientras intenta manipular mi muslo para hacerme llegar al orgasmo, lo miro y le digo: «¿Sabes qué? Si está ahí, te doy el dinero de mi bolsillo.»^[39] Pero él no capta la alusión, y el chiste no le hace ninguna gracia.

Más tarde, cuando me masturbo junto a su cuerpo dormido, susurro, resentida: «Bette Midler no soportaría esta mierda. Todo el mundo capta los

chistes de Bette Midler»; me corro y me quedo dormida.

20

Esta intensa fase de entrenamiento en sexo ocasional alcanza su apogeo con Al Polla Grande.

Al Polla Grande es un músico de un grupo de Brighton llamado Sooner, y me lo encuentro en muchos conciertos y me morreo con él, pero nunca podemos ir más allá, porque él tiene que coger el último tren para volver a su casa.

Un día que Sooner actúa en Brighton, Al Polla Grande me invita a quedarme a dormir en su casa. Me llama por teléfono, y no lo dice así, pero viene a ser como si me preguntara:

«¿Follamos el jueves que viene?»

Y aquí estoy, en su piso de Brighton: en un cuarto piso, con vistas a los tejados, en una habitación llena de colchas *batik*, varillas de incienso, Budas y guitarras.

Sólo llevo puesta una enagua de nailon azul marino, y Al se ha quedado en pantalones. Acabo de desabrocharle la bragueta y he liberado el pene más grande que he visto jamás. Necesito las dos manos para sacarlo de los pantalones. Me siento como un adiestrador de serpientes en *Blue Peter*. Es gigantesco. Cuando sale de su escondite, me parece oír un «¡plop!». Estoy impresionada. La última vez que

vi algo parecido fue en casa de mi difunta abuela, en la base de la puerta de la calle: un bloqueador de corrientes de aire para puertas, con dos botones imitando unos ojos. En el colegio había niños con las piernas más cortas.

—¡Caramba! —exclamo, como diría un deshollinador al ver una moneda de seis peniques de plata.

—Sí, *ya lo sé* —dice Al, y compone la sonrisa perezosa y triunfante de los extraordinariamente dotados.

Veamos, todo lo que he leído hasta ahora me ha llevado a creer ciegamente que, cuanto más pene, mejor. Jilly Cooper siempre ha sido muy tajante en esto: las pollas de los hombres son

básicamente como los bufets de las fiestas: sencillamente, no existe el concepto de «demasiado». Todo lo que no puedas comerte esa noche, con el ajetreo de la fiesta, lo puedes tapar con film transparente y comértelo para desayunar al día siguiente.

Sin embargo, ése no es el caso ahora. Este pene es tan inmenso que raya en la emergencia médica. Si me arriesgo a meterme dentro aunque sólo sea la mitad, vamos a necesitar que haya una ambulancia cerca, por si se produce algún terrible accidente. Como ocurre en las curvas difíciles de las carreras de F1.

Con un miembro de este tamaño,

supongo que Al no pretende que echemos un polvo. No, no va de eso.

«Lo que tú necesitas no es una vagina», pienso. «Sólo intentas ahorrarte los gastos de alquiler de una instalación de almacenaje apropiada. Amigo mío, vas a necesitar un *permiso especial* del ayuntamiento para aparcar esto.»

Al está tumbado boca arriba, con los ojos cerrados, y aprovecho para echar otro vistazo. El panorama me hace sonreír. Es un miembro *descomunal*; parece el brazo de un niño, o el morro de Alf, de la serie *ALF*.

Tiene ese aire que empiezo a comprobar que tienen todos los penes en erección: optimista y, a la vez, casi

suplicante («¡Acaríciame, por favor! ¡Soy bueno!»); no obstante, dado su extraordinario tamaño, resulta, al mismo tiempo, un tanto amenazador. Es absolutamente desproporcionado. Como el gatito gigante, blanco y esponjoso, de *The Goodies*^[40]: ¡es un gatito esponjoso y encantador! ¡Pero va a pisar tu casa y te va a aplastar!

Seguro que este pene pisaba mi casa y me aplastaba.

—¡Qué pene tan grande tienes! — digo con ternura.

—Sí —admite Al con cierto apremio—. Chúpamelo, y hazlo más grande.

¡Ja, ja, ja! ¡Qué bromista! No pienso

hacer eso. No estoy chiflada.

Pero ¿qué *hago*? He ahí el dilema. Si sigo tocando esta polla, se hará aún más grande, tal como acaban de prevenirme (aunque, francamente, eso parece imposible). Si intento metérmela dentro, me va a atravesar y me va a salir por la coronilla, como la estaca de un espantapájaros. Y si decido retirarme, se acabó el sexo; y eso sería un desperdicio tremendo, verdaderamente *intolerable*, dado que me he gastado 25,90 libras para venir hasta aquí, llevo una enagua nueva muy sexy, me apetece follar, y tengo a mi disposición a un tío en pelotas, para mí sola, en un piso cerrado con llave (eso con lo que

siempre sueño, y que casi nunca consigo).

Dedico un segundo a valorar la opción de «no sexo», y de pronto me imagino mi casa. Jueves por la noche. Si me voy a casa, esta noche hay sopa de patata para cenar, y luego jugaremos a las charadas. Hostia, no.

En realidad, lo que necesito es que Al me lo coma a mí, porque ése es el único sexo que podemos practicar sin que yo me arriesgue a morir; sin embargo, por lo visto es una posibilidad que a él no se le ha ocurrido, y según tengo entendido, para comer chochos los hombres siguen unas normas parecidas a la Directiva Primaria de *Star Trek*: los

miembros de la tripulación de la nave *Enterprise* tienen prohibido revelar a otras culturas más primitivas avances tecnológicos prodigiosos y placenteros que hayan visto en otros planetas.

Yo, Tiberius Kirk, no puedo iluminar a este humano no-oral sobre la maravillosa revolución de las comidas de coño. Es una información del futuro que él todavía no está preparado para manejar.

Miro su polla y suspiro. Al levanta la cabeza.

—¿Estás bien, tesoro? —me pregunta.

Al final follamos, claro. A caballo regalado, no le mires el diente. Al final, compruebo que lo que funciona es no pensar en lo que pienso yo de esta particular experiencia sexual (básicamente esto: «¡Qué susto! ¡Éste es el pene más grande de todos los tiempos, sin duda! ¡Rápido, que llamen a Norris McWhirter^[41]!»), y empezar a pensar en lo que piensa *él*. En cómo lo excitan mi boca y la conveniente amplitud de mis nalgas.

«¡Se lo está pasando en grande conmigo!», me digo, feliz, cuando se me pone encima y, con diligencia, empieza a

introducir en mi vagina treinta kilómetros de nabo. «¡Soy una amante generosa!»

Años más tarde, me entero de que eso se llama «desconexión física» y de que está relacionado con el hecho de que la sexualidad de las mujeres está condicionada por la mirada masculina. Existe muy poca literatura femenina sobre lo que es follarse y que te follan. Me doy cuenta de que, cuando tenía diecisiete años, durante ese polvo yo no oía mi propia voz.

Pero aquí y ahora, en esta habitación de Brighton, encima de una colcha *batik* arrugada, y con un montón de ejemplares de *D&ME* en un rincón, lo único que sé

es que su deseo me hace desearle, y que estoy bastante contenta por haber logrado meterme al menos media polla dentro sin gritar: «¡Caramba! ¡Los de atrás, no empujen! ¡Quédense donde están!» Mi comportamiento sexual raya en la nobleza.

Y mientras disfruto con el polvo (porque disfruto, en varios momentos), encuentro tiempo para componer mentalmente una breve lista de consejos con los que redactar, en el futuro, una chuleta titulada: «¡Chicas: vosotras también podéis manejar un pene de dimensiones inviables! Firmado: Una Amiga.»

1. En la postura del misionero, apoya las palmas de las manos en su pecho y apuntálate bien con los brazos. Así limitas la profundidad de sus embestidas. Al mismo tiempo, se te juntan las tetas, por lo que también es un buen consejo para parecer sexy, posar para futuras fotografías, etc.
2. En la postura del perrito, puedes ir avanzando disimuladamente, *alejándote* del pene; de ese modo, él no puede introducir más de diez centímetros de polla en tu vagina. Durante nuestra sesión de diez minutos, consigo dar una vuelta

entera a la cama, a cuatro patas, mientras Al me persigue ardientemente, de rodillas. Si viéramos esas imágenes a cámara rápida, Al parecería Bernie Clifton, el cómico, cabalgando con su avestruz (yo) alrededor de un picadero.

3. En el transcurso de aproximadamente una hora, comprobarás que, por suerte, en la mujer al final todo cede para adaptarse. Deber de haber algún término más técnico para describir este fenómeno, pero en ese momento yo pienso en él como

«Usar el pene como pequeño desplantador para cavar un agujero más grande».

4. Piensa en Han Solo.
5. Sigue imaginándote que eres Al. ¡Piensa en lo maravilloso que es para él poder follar contigo! Debe de estar mirándote el culo (que se estremece con cada embestida) y pensando que ha llegado la Navidad. Sí, es un gran día para Al. Debe de estar feliz.
6. Piensa en lo poco que te apetece cenar sopa de patata y jugar a las charadas. En esta vida todo es relativo.

7. Intercala descansos para mamadas, del mismo modo que el fútbol americano intercala descansos para publicidad en los partidos. Son una oportunidad para recobrar el aliento y curarse contusiones y heridas.
8. Imagínate a Han Solo y a Chewbacca follando tiernamente después de una gran batalla intergaláctica con armas láser. Mmmmm, te pone un montón.
9. Qué divertido es esto.
10. Eso sí: ten claro que así jamás te vas a correr.

Al acaba corriéndose, con un rugido muy quejumbroso (como el que daría Aslan, el león de Narnia, si le extrajeran una espina clavada en la pata). Yo doy un gemido de apoyo (una especie de «¡Mmmmmrrrr!»), y entonces Al se quita de encima de mí, se tumba a mi lado, jadeando, como si acabara de completar el último palmo de un salto en paracaídas, y mi enredada enagua fuera la campana de seda.

Todavía no sé muy bien cómo abordar las situaciones poscoitales. Supongo que las normas básicas deben de ser parecidas a las de las charlas en el pub. Al cabo de un minuto de silencio, decido poner en marcha la

conversación:

—¿Leíste el artículo de Tony Rich sobre los Cocteau Twins? —pregunto señalando el montón de ejemplares de *D&ME*—. Utiliza la palabra «basorexia», el deseo incontrolable de besar y que te besen. ¿Verdad que es una palabra preciosa? Basorexia. Siempre pienso que debería buscar una lata y guardar en ella palabras bonitas. Basorexia.

Como Al no dice nada, me doy la vuelta y lo miro. Yo estoy fresca como una rosa, pero la actitud de Al es muy rara: se diría que el Correcaminos acababa de arrearle en toda la cabeza con una sartén marca ACME. Más tarde

me entero de que eso se llama «letargo poscoital».

—¿Eeeeeeh? —dice, incapaz de abrir los ojos—. No, cariño. Lo siento.

—¡Yo me he *acostado* con Tony Rich! —añado, con orgullo, y también para mantener la conversación en marcha. ¡A la gente le encanta hablar de sexo! ¡Es el mejor tema de conversación que hay!

Pero Al se ha quedado dormido.

—¡Felicidades por meterte toda mi picha dentro, Dolly! —digo alegremente—. ¡Gracias por el esfuerzo que has hecho! ¡No ha estado nada mal, teniendo en cuenta que éste ha sido el tercer polvo de tu vida! Teniendo en cuenta que

todavía eres una cría, y que yo soy un adulto, ¡has salido muy airosa!

Al no se mueve. Está KO.

Yo no tengo ni pizca de sueño. A mí lo que me apetece es follar un poco más. Follar mejor. Follar y enterarme de algo. De hecho, con un pene más pequeño (uno que no viva en dos códigos postales a la vez) me gustaría follar prácticamente todo el día, la verdad. La idea de que el sexo sólo dure unos cuarenta minutos me produce extrañeza. Es como esa gente que sólo ve la televisión una hora al día. La tele la enciendes y ya no la apagas en todo el

día, ¿no? ¡ES LA TELE!

«Las mujeres», pienso, «podemos tener la tele del sexo encendida todo el día.»

Pero Al duerme, de modo que si quiero follar, tendrá que ser conmigo. Charlo un poco conmigo misma, y luego me corro, a tope, en plan choque de trenes, procurando no hacer ruido.

Me pregunto junto a cuántos hombres inconscientes voy a correrme en los próximos diez años. Cuántas veces me correré sola, con un tío al lado que todavía no es ni siquiera amigo mío, mientras detrás de la ventana la luna, pálida, observa y suspira.

Cuando Al se despierta, yo ya le he ordenado todo el piso (sí, soy gilipollas). He tapado el sucio sofá con colchas, vaciado los ceniceros y quitado el polvo de la repisa de la chimenea. Y, por si fuera poco, también he preparado un pudin de pan y mantequilla con todo su pan duro (tres bolsas llenas), y he fabricado un ambientador rudimentario hirviendo un limón cortado por la mitad en una olla (como recomiendan en el *Libro de gestión doméstica de Mrs Beeton*). ¿Qué pretendo? Demostrar que soy útil, supongo, y simpática, y que tengo sentido práctico. Que sé hacer otras cosas, aparte de ir escabulléndome

con elegancia y constancia de un rabo monumental.

—¿Estás bien, cielo? —me pregunta Al cuando entra en la habitación, con el pantalón de pijama arrugado, y enciende un cigarrillo.

—¡Han venido los duendes! —le digo, y abro un brazo abarcando todo el piso. Estoy sentada a la mesa, comiendo pudin de pan y mantequilla. Le doy una cuchara.

—¡Joder, qué pasada! Primero me voy a fumar el cigarrillo —dice él.

—Ay, dame uno. Me muero de ganas de fumar —le digo.

En realidad no me apetece fumar, pero siempre te fumas un pitillo cuando

otra persona se lo fuma, aunque no te apetezca. Así es como funcionan los cigarrillos. Los fumadores tienen que fichar juntos. Es lo que está acordado.

Me da un cigarrillo. Lo enciendo, inhalo y me mareo un poco.

—Ha sido... cojonudo —dice Al, y señala el dormitorio con la cabeza.

—Gracias —le digo—. No tengo estudios sexuales reglados. Soy totalmente autodidacta. De la... Escuela de las Pollas Duras.

Apoyo la cabeza en la mesa.

—¿Estás bien? —me pregunta Al, y se sienta a mi lado—. Estás... pálida.

—No es nada —digo, mareada—. Quería descansar un poco. Tranquilo.

Sigue, sigue.

Al va hasta el equipo de música.

—¿Quieres oír lo último que hemos hecho? —me pregunta con entusiasmo—. Tengo algunas maquetas.

Normalmente, la idea de oír música que todavía está formándose (música nueva, música que todavía está caliente, porque hace muy poco aún estaba en la cabeza de alguien) me entusiasmaría. Obligo a esa parte de mí a decir: «¡Hostia, sí!», mientras mi otra parte piensa: «No, la verdad es que no me apetece oír vuestras nuevas canciones. No me encuentro muy bien y tengo una oreja apoyada en la mesa. Estoy transmitiendo Signos de Malestar. Me

apetece tanto como montarme en tu bote de remos nuevo e ir a dar un paseo por el Mar de la Tinta.»

Al pone un casete en el equipo, y escucho por primera vez la maqueta de un grupo musical.

Ahora entiendo por qué las maquetas musicales nunca se sacan a la venta. Si tuviera que escribir una crítica de esto, mi artículo consistiría en una sola frase: «Una chapuza semiforme a base de sonidos inconexos y apagados.» Esto se carga toda la magia; es como si te enseñaran los tubos por los que se escapan los conejos de los prestidigitadores.

—¡Guau, qué... incipiente! —digo;

es una frase que una vez utilizó Krissi cuando le pedí su opinión sobre mi estilo de baile.

Sigue sonando la maqueta. Al me mira fijamente, muy concentrado; sólo rebaja esa intensidad cuando cierra los ojos para disfrutar aún más de varias partes que a mí me parecen especialmente horribles.

—¡Ahí vamos a poner unos clarinetes! —grita en un momento dado, o—: Hay que arreglar ese balance. El teclado de Steve se oye demasiado.

Sigo con la cabeza apoyada en la mesa; cada vez me encuentro peor.

Noto que algo no va bien.

Al principio sólo me noto un poco

«irritada» (lógico, después del esfuerzo al que han sido sometidas mis partes íntimas). Ha sido una noche intensa para mi vagina. En las tres últimas horas, he conseguido zamparme casi un kilómetro de polla. Es como si hubiera follado sin parar hasta la estación de trenes, y volver. Media ruta de autobús.

Pero al cabo de media hora, esa irritación se está transformando en un escozor intenso; empiezo a sentir que ha estallado la guerra ahí abajo.

Pienso en ilustraciones que he visto, en los libros de historia, de castillos sitiados. Así es como me siento ahora mismo. Como si algo me atacara desde dentro; y mis defensas están

derrumbándose a gran velocidad. Campesinos asustados que vierten aceite hirviendo desde las murallas. Ganado presa del pánico. Caballos que se encabritan y relinchan. Princesas que intentan huir por un túnel secreto; sus sombreros altos y puntiagudos se atascan en mi uretra. Gritos por doquier.

Al se da cuenta de que me desconecto de la conversación, distraída por los telegramas urgentes que recibo de mis genitales.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta por fin, y baja el volumen de la música.

—Bueno —le contesto con gallardía—. Voy al baño.

Me siento en el váter. Enfrente hay un espejo; es la primera vez que me veo sentada en el váter. Me alegro por esa novedosa información, pero tengo que admitir que no es muy sensual. Ante esta oportunidad de observar mi postura, me envío una nota a mí misma: «Nota para el futuro: difícil ligar sentada en el váter. No me habrían ido muy bien las cosas en Roma, en la época de los baños comunitarios.»

Empiezo a mear, y tengo la emocionante oportunidad de ver cómo mi cara se contrae en una mueca de intenso sufrimiento. ¿HOLA? Este pis parece hecho de veneno hirviendo. Veneno hirviendo, un millón de flechas

liliputienses, y un remolino vertiginoso hecho de los dientes como alfileres de Satanás. ¿Qué está pasando? ¿A qué se debe esta disfunción?

No he follado lo suficiente para saberlo. A lo mejor «poscoital» significa esto. Yo siempre creí que significaba «estar un poco amodorrado», pero *a lo mejor* significa «notar que se enciende una hoguera hecha con espadas dentro de tu vagina». A lo mejor es eso.

Vuelvo a la cocina y me siento en una silla con mucho cuidado. He estado dándole muchas vueltas.

—Me parece —digo, despacio, pero también con un tono que pretende transmitir autoridad— que tengo cistitis.

—¡Hostia! —exclama Al, alarmado

—. ¡Mierda!

Pausa.

—Y eso ¿qué es?

—Mi madre la tiene, a veces. —Doy un suspiro—. Me lo ha contado todo.

Me siento como deben de sentirse los hombres lobo adolescentes la primera vez que tienen que explicar el carácter hereditario de la licantropía a sus colegas, la noche después de que pasara algo horrible con la luna llena y con el gato de un amigo.

«Lo he heredado de la familia de mi *madre*», se disculparían, con un collar asomando todavía por la boca, del que cuelgan un cascabel y una chapa que

reza «Tibbles».

—Significa que te duele a rabiar cuando vas al váter —le contesto.

Al pone cara de estar intentando descifrar una información descabellada, nueva y alarmante.

—Bueno, entonces no es *tan* grave, ¿no? —especula; es evidente que ha contado las veces que mea al día y ha calculado «menos de diez minutos de dedicación».

—Sólo que necesitas ir al baño *todo el rato* —aclaro—. De hecho..., perdóname —añado; vuelvo a esa habitación tan fría y vuelvo a sentarme en el váter.

Pese a la desagradable presión que

noto en la vejiga, sólo consigo sacar como una cucharadita de un líquido que parece mermelada de mora a mil grados centígrados. El espejo me permite ver, otra vez, la cara que pongo mientras meo mermelada calentada a mil grados centígrados. Estoy roja como un tomate, y parezco sumamente desgraciada.

Oigo la voz de Al detrás de la puerta.

—¿Necesitas algo? —me pregunta.

—Puedes entrar —le digo—. Hace tres horas me la estabas metiendo a cuatro patas. Ahora no vamos a hacernos los tímidos.

Abre la puerta y se queda un momento, indeciso, en el umbral. Veo

mis ojos llorosos en el espejo, por encima de la toalla de manos que estoy mordiendo; parece que esté en las primeras etapas del parto.

—Mierda —dice Al, impotente.

—No: pis —replico yo, muy romántica.

—Oye, siento tener que preguntártelo —dice Al sin soltar el picaporte—, pero... ¿yo también lo tengo? La cistitis... ¿se pega? ¿Es como las ladillas y esas cosas? No me importa, yo ya las he tenido, pero...

Dios. En este váter podría haber cangrejos en miniatura. Joder, menudo día.

—No, Al —le contesto—. La cistitis

no se pega. Es una infección provocada por el traumatismo de los tejidos. —Me siento como el Dr. Chris del programa *This Morning*. Muy sabia.

Al intenta disimular, pero da un gran suspiro de alivio.

—¿Necesitas algo? —me pregunta, mucho más relajado que hace un rato.

Intento acordarme de qué hace mi madre en estos casos.

—Necesito codeína y zumo de arándanos, por favor —le digo—. Es lo mejor que hay para la cistitis. Codeína, y zumo de arándanos.

Inmediatamente, Al saca sus llaves y su cartera de un cajón de la cómoda.

—¡Lo que tú digas! Sólo tardo diez

minutos. —Sale volando y cierra de un portazo.

Consigo extraer otras siete gotas (cada una es como una brasa ardiendo) y, aprovechando que me he quedado sola, me permito soltar un «¡AAAAAAAAHHHHHHH!» de dolor.

Las mujeres emiten un sonido muy particular cuando tienen dolor en los conductos reproductores provocado por algo que intenta salir por ellos con gran esfuerzo. Años más tarde, durante el parto, reconoceré los mismos sonidos. Estoy convencida de que un musicólogo sabría precisar exactamente el tono de la «inmolación vaginal». A lo mejor podrían reproducirlo con un órgano en

una iglesia, mientras un coro de mujeres hacía muecas de dolor.

Intrigado por mis gritos, el gato de Al entra en el cuarto de baño, se sienta a cierta distancia de mí y me mira fijamente. Sus ojos parecen discos de jade transparente. El pelo parece un caparazón de tortuga. Me gusta como animal, pero también me encantaría ponérmelo, previamente transformado en mitones, esclavina o sombrero. Con los ojos haría botones. Me encantaría llevar puesto este gato. Este gato podría ser la mejor adquisición de mi vida.

—¿Eres una hembra? Los gatos machos tienen espinas en el pene, así que cuidado —le digo, y apoyo la

cabeza en la pared—. Lo he leído en *Todo sobre los gatos*. Una noche en un tejado de zinc, y tú también acabarás así.

Me quedo mirándolo. El gato me mira.

—¿Y si *eres* un macho? —continúo—. En ese caso, vete a la mierda. ¡Vete a la mierda, destrozavaginas!

El cuarto de baño de Al tiene unos azulejos verdes y blancos, seguramente victorianos o eduardianos. El suelo es de linóleo negro. Hace frío, porque el radiador está apagado. Parece una carnicería, o una despensa. Me siento como un queso curándose en un estante. Aquí no me voy a enmohecer, seguro.

La bañera también es anticuada: parece una barca enorme de hierro fundido, y tiene unas manchas de óxido que revelan que los grifos gotean. Quizá lleven siglos goteando. Empiezo a llenarla, y el agua tose por las cañerías. Seguro que un baño de agua caliente me sienta bien.

En cuanto hay dos dedos de agua en el fondo de la bañera, me quito la ropa, me siento cerca de los grifos y me echo agua en la maltrecha vulva. Estoy temblando, pero el alivio es inmediato. El agua no me *cura*, pero el dolor se reduce lo suficiente para impedir que me ponga a chillar. Comprendo al instante que debo quedarme horas en esta

bañera. Es el único sitio donde puedo estar. No voy a poder salir de esta bañera jamás. ¿Cómo volveré a Wolverhampton? Al final tendrán que meterme en uno de esos tanques de transporte que utilizan para trasladar delfines desde el SeaWorld, y llevarme en uno de esos camiones de plataforma enormes por la M1.

«Un camión de plataforma enorme por la M1», pienso. «Es un buen eufemismo de lo que me ha provocado este dolor. Me han metido un camión de plataforma enorme por la M1.»

Cuando regresa Al, media hora más

tarde, con la codeína y un cartón de zumo de arándanos Ocean Spray, estoy sumergida hasta el cuello, escuchando *Screamadelica* de Primal Scream, leyendo un ejemplar viejo de *Adrian Mole* que he encontrado en el dormitorio, y llorando.

No son lágrimas de tristeza, sino de puro dolor.

—¡Toma! —dice Al, y me da las pastillas y el zumo. Todavía parece un poco atribulado, no sé por qué. Sí, ha destrozado a una mujer con su herramienta, y ahora ella llora de dolor en su cuarto de baño, pero mira. Seguramente, esto es lo que les pasa a los adultos que practican sexo, ¿no?

Supongo que es lo más normal del mundo.

Me tomo las pastillas y me bebo el zumo directamente del cartón; luego sigo llorando.

—De esto es de lo que va la canción de los Manic Street Preachers «Slash 'N' Burn» —digo—. Y, seguramente, también de lo que nos quieren advertir los Dire Straits en «Tunnel Of Love».

—¿Te apetece comer algo? —me pregunta Al; sigue sin saber dónde meterse.

—No, gracias. Me he bebido cinco litros de agua. Estoy bien. Llena.

—El caso es que... —dice Al, más abochornado por momentos—. El caso

es que esta noche tengo ese concierto.

—¡Ya lo sé! ¡POR ESO HE VENIDO!

—Y... bueno. Les dije a los teloneros que podían dormir aquí esta noche. Vienen desde Ayrshire, y supongo que no tienen ningún otro sitio adonde ir, y...

—Al —digo, y levanto una mano—. No te preocupes. Estoy segura de que dentro de una hora se me habrá pasado, y que cuando vuelvas triunfante de tu concierto, me encontrarás sentada en el salón, completamente curada, feliz como una perdiz, preparando cócteles para tus amigos.

23.48 horas.

Oigo voces en el pasillo, y luego la llave de Al en la cerradura. Por fin han vuelto.

He pasado una tarde y una noche interesantes. Con esto quiero decir: horribles.

Cuando me ha hecho efecto la codeína, me he sentido lo bastante recuperada para salir por fin del baño, pálida y arrugada como ET cuando Eliot y Drew Barrymore lo encuentran muerto en el arroyo.

Me he quedado media hora tumbada en la cama, sin fuerzas (el dolor es

agotador), y luego me he vestido despacio y me he preparado para marcharme. Tenía que volver a mi casa. Al me ha invitado a quedarme a pasar la noche, pero todavía tenía el chocho hecho un cromo, y el sentido común me ha aconsejado ponerme en cuarentena y mantenerme alejada de su rabo, al menos en el futuro inmediato. Sería una locura pasar el dolor que acabo de pasar, y luego volver a follar con él. Sería como si Luke hiciera estallar, con gran esfuerzo, la Estrella de la Muerte, y luego volviera a construirla, y luego se la metiera por la vagina.

No; me voy a casa de mis padres, y a mi cama, y no volveré a meterme nada

dentro por lo menos hasta Navidad. Toda esta zona —he pensado mientras me pasaba una mano por encima de las bragas— está cerrada por trabajos de mantenimiento.

He conseguido salir del piso de Al y llegar a la tienda de la esquina, y entonces ha vuelto el dolor. Las pequeñas y valerosas pastillas de codeína habían surtido su efecto, pero es evidente que ya estaban desbordadas. Sentía mucho calor, y luego un frío intenso; he entrado un momento en la tienda a comprar patatas fritas, porque estaba convencida, no sé por qué, de que me sentarían bien.

Pasados tres minutos he ido

renqueando hacia casa de Al, con tres bolsas de patatas fritas McCoy's; menos mal que Al deja la llave de su piso debajo del felpudo. Era evidente que no podía ir a ningún sitio, de momento. Cuando he introducido la llave en la cerradura, me he meado un poco en las bragas, como hacen los ratones. Bueno, como harían los ratones si llevaran bragas. Por lo visto, los ratones mean continuamente. He reflexionado un poco y he decidido que tenía que dejar de pensar en ratones.

He conseguido prepararme un poco para cuando llegara Al. Entre las tres y las seis de la tarde, no he hecho otra cosa que llorar, agotada, en la bañera,

sintiéndome sumamente desgraciada. A las seis me he sentado en la bañera y me he comido las patatas. Ha sido una cena muy oportuna, puesto que, a esas alturas, ya había bebido tanta agua que mis niveles de sal habían bajado peligrosamente, de ahí mi confusión.

Después de ese picnic en la bañera, me he sentido un poco mejor, y he terminado *El diario secreto de Adrian Mole*; luego me he leído *Crece los problemas de Adrian Mole*. Aburrida, he encontrado un alargador, he arrastrado el televisor y el vídeo de Al hasta el pasillo y los he orientado para poder ver su vídeo de *Withnail* y yo desde la bañera. Siempre había querido

ver esa película, y, dadas las circunstancias, la he encontrado inspiradora: el elevado consumo de drogas de los protagonistas me ha convencido de que no pasaba nada si doblaba la dosis de codeína recomendada. He abierto del todo la gran ventana de guillotina y me he puesto a contemplar la lluvia que caía sobre los tejados de Brighton desde la bañera llena de agua supercaliente, con el pelo recogido en un moño alto sujeto con una aguja de calceta que he encontrado en la cocina.

Withnail y su amigo me han hecho mucha compañía por la tarde. De hecho, si no fuera por el dolor insoportable, la

clasificaría como una de las mejores tardes de mi vida hasta el momento. Para cuando Withnail empieza a recitar *Hamlet* bajo la lluvia ante los atónitos lobos del zoo de Regent's Park (destrozado, bajo su paraguas, por el mal de amores), yo estaba llorando como una Magdalena, ciega de codeína y fumándome un pitillo.

De ahí mi fantástico plan para cuando regresara Al. Todavía estaba demasiado hecha polvo para renunciar a los efectos analgésicos del baño caliente, pero, por otra parte, era consciente de que los invitados de Al, y el propio Al, tendrían que utilizar el cuarto de baño y les parecería un poco

chocante que hubiera una mujer desnuda en la bañera.

—¡Al! —he gritado alegremente, y un poco grogui, desde la bañera—. ¡Amigos de Al! ¡Venid a saludarme!

Los he oído avanzar por el pasillo, un poco indecisos, y a Al diciendo: «... no se encuentra muy bien...».

Al se ha asomado por la puerta con todo un grupo de teloneros (luego me entero de que se llaman Plume), todos de negro y todos con cara de preocupación.

—¡Hola! —Tengo un cigarrillo en la mano y estoy calentita y un poco colocada—. Lo siento mucho, pero estoy temporalmente confinada en esta bañera,

debido a una dolencia femenina. Sin embargo, como está claro que esto supone un grave inconveniente para cualquiera que necesite usar el baño, llevo puesta mi enagua —me señalo con un dedo, sentada en la bañera caliente, con la enagua empapada—, y abandonaré temporalmente el cuarto de baño y me quedaré esperando fuera cada vez que alguno de vosotros necesite hacer uso de estas instalaciones.

Y eso ha sido lo que hemos hecho, hasta las dos de la madrugada. Dejo la puerta del baño abierta y participo animadamente en la fiesta (o al menos ésa es mi intención). Como en esa película donde Glynis Johns es una

sirena que alguien tiene en la bañera de su casa, yo también soy una atractiva nereida a la que hay que mantener húmeda, pero que, sin embargo, hechiza a cuantos la conocen.

Al principio, los hombres se quedan en el salón, y yo grito agudezas siempre que veo un hueco en la conversación; sólo paro de vez en cuando para salir de la bañera y quedarme de pie en el pasillo, envuelta en el albornoz de Al, mientras ellos usan el cuarto de baño con la puerta pudorosamente cerrada con pestillo.

No obstante, hacia el final de la noche todos están tan borrachos que las barreras se desdibujan: las barreras

sociales entre hombres y sirenas, y también las físicas entre los que van al váter y los que esperan fuera. Primero, el grupo se traslada al pasillo, y luego al cuarto de baño; acepto la invitación a compartir la botella de vodka polaco de Plume («Es un líquido transparente, cariño, seguro que te limpia por dentro») mientras ellos se sientan en el radiador o en la repisa de la ventana, abierta, desde donde se contemplan los tejados y las estrellas. Todos mean delante de todos, y veo a uno de los músicos de Plume besarse con Al, porque estamos en la época de Suede, y todo el mundo hace como que es un poco bisexual entre las once de la noche y las

cuatro de la madrugada.

Por fin, a las cuatro de la madrugada, el dolor disminuye lo suficiente para que salga de la bañera, cuelgue mi enagua encima del radiador, me envuelva con una toalla y me quede dormida a los pies de la cama de Al, como un perro.

A la mañana siguiente me encuentro genial: he dormido y el dolor ha desaparecido, por fin; me siento limpia y ligera, como si hubiera renacido. Es evidente que he meado toda mi infección. Me levanto antes que nadie, voy de puntillas hasta más allá del salón

(donde todos los integrantes de Plume duermen en el suelo, tapados con mantas viejas) y entro en la cocina.

Está todo hecho una pocilga: latas y botellas de vodka vacías, ceniceros llenos de colillas y ceniza que parecen Pompeya, y una botella de vino rota en el fregadero: el vino que ha salpicado los platos amontonados parece sangre.

El dolor me ha hecho mayor y más sabia. Ayer, cuando encontré este piso hecho un desastre, lo limpié de arriba abajo, como una buena chica.

Hoy pueden irse todos a tomar por culo. Las tareas domésticas son infinitas. No pienso optar por ellas nunca más.

Me preparo una taza de té, me lío un

cigarrillo, abro la ventana, me siento en la repisa y contemplo la calle y el horizonte de Brighton. Tal como estoy sentada, con mi enagua, cualquiera que pase por la calle puede verme el coño, pero me importa un cuerno. Con el día que pasó ayer, el pobre, es un milagro que siga ahí. Me siento orgullosa de él. Los transeúntes *deberían* admirarlo por haber sobrevivido. Además, me gusta el efecto balsámico de la brisa acariciándolo.

Estoy graznándoles débilmente a las gaviotas —*cuaaa, cuaaa*— cuando oigo un ruido detrás de mí. Es uno de los músicos de Plume; va muy despeinado y creo que busca tabaco.

—¿Quieres liarte un pitillo? —le digo, y le ofrezco el paquete de tabaco de Al.

El chico lo acepta, medio adormilado, se sienta a la mesa junto a la ventana e inicia el proceso de armar un cigarrillo, y de armarse a sí mismo, para afrontar la mañana.

—Gran noche —comenta por fin, después de la primera calada y la primera tos.

—¡Sí! Ha sido una gran fiesta de bañera.

—¿Ya te encuentras bien? —me pregunta mirándome a través del flequillo—. Tenías muy mala cara.

—Pues yo creía que parecía

cautivadoramente narcotizada, como Stevie Nicks.

—Qué va. Estabas hecha unos zorros —me dice, y da otra calada. Suena un CD en el equipo de música; ha estado toda la noche encendido, reproduciendo el mismo disco, *Melody Nelson* de Serge Gainsbourg. Anoche me empeñé en que lo pusieran («¡Este disco es *flipante!* ¡Es como *comerse un caleidoscopio sexual!*») mientras les hablaba de John Kite («¡Con *él* también acabé en la bañera! ¡Ésta no es mi primera fiesta en la bañera de una estrella del rock!»).

—Es curioso, este disco trata de una pelirroja de Newcastle —digo.

—¿Ah, sí?

—Sí. Si te fijas, dentro de un minuto dice: «*bla bla bla French French Newcastle.*»

Escuchamos en silencio; las guitarras arrastran la canción como una marea.

—¡Mira! —salto—. ¡Mira!
¡Newcastle!

El chico prepara té, y pasamos una hora compartiendo información sobre Serge Gainsbourg. Antes de que existiera Internet, era así como te enterabas de lo que se cocía en el mundillo de la música; no había ningún sitio donde estuvieran almacenados todos los detalles. Te enterabas de las

cosas poco a poco, hablando con uno y con otro; a lo mejor tenías que ir a un bar de Nueva York a las tres de la madrugada para enterarte de algo que, veinte años más tarde, habrías podido averiguar con tu iPhone en el autobús. Compartimos muchos datos sobre Serge, como si fueran interesantes cotilleos de pueblo («Ah, pues *a mí* me han contado...»).

En un momento dado, el chico, que se llama Rob, lía otro cigarrillo, levanta la cabeza y dice:

—Hostia, no eres para nada como yo creía.

—¿Y cómo creías que era? —le pregunto, complacida. ¡Soy famosa!

—No sé. Por cómo escribes, creía que eras... —Se esfuerza por encontrar las palabras adecuadas—. Borde. Pero eres guay.

—¿Borde?

—Sí. Ya me entiendes.

Pienso un momento en las cosas que he escrito últimamente. La crítica de «Gonna Make You Sweat» de C+C Music Factory, que incluye un chiste sobre el hecho de que uno de los miembros del grupo (+C) ha tenido meningitis últimamente: «Y eso sí que *te hace* sudar cuando te pones a cuarenta de fiebre. No como esta aborrecible muestra de música *house*, diseñada únicamente para que los jefes se

restrieguen contra sus secretarias en las fiestas de Navidad.»

O la crítica de los Inspiral Carpets, en la que insisto en que son todos demasiado feos para ser estrellas del pop: «Las estrellas del pop tienen que parecerse a David Bowie: hielo, hueso y abrigos de pieles con hombreras imperiosas. Comprar un single de Bowie es como entrar en Tiffany's y comprarte una diadema cada vez que te da la depre. En cambio, cuando los Inspiral Carpets sacan a la venta un single, es como ese día tan desagradable, una semana antes de Navidad, en que los basureros llaman a tu puerta y dicen: “Feliz Navidad,

señora”, para que les des una propina. Son demasiado feos para formar un grupo musical. Son de *pena*.»

O la crítica de U2, donde todo el rato hablo de The Edge llamándolo, simplemente, «El Capullo», a pesar de que, como ya he dicho, en el fondo me encanta U2.

—Todos los grupos que conozco te tienen miedo. Mira, espero que no escribas ninguna crítica sobre nosotros —dice Rob adoptando, medio en broma y medio en serio, el aire de alguien que teme haber hablado demasiado.

—¡Ah, no, de vosotros no voy a hablar! ¡Me gusta cómo tocáis! Ahora sólo escribo sobre grupos que no me

gustan.

—¿Sobre grupos que *no* te gustan?
¿Por qué?

Eso, ¿por qué?

Porque creo que la música pop es demasiado importante para dejársela a los plastas, los zoquetes y los carentes de ambición. Porque la gente rica, poderosa y guay, o esos tipos arrogantes que forman esos grupos, son de los que normalmente mirarían por encima del hombro a una adolescente gorda de un barrio de viviendas de protección oficial; y quiero vengarme en nombre de los millones de chicas como yo en el

único sitio donde tengo más poder que ellos: en las páginas de *D&ME*. Porque cuando me siento a mi mitad de la mesa, en mi casa, frente al ordenador, con las cortinas todavía impregnadas del olor a aceite de la freidora y mientras los gemelos lloran en el piso de abajo, quiero fingir que soy esas otras periodistas (Dorothy Parker y Julie Burchill), y ellas habrían empuñado sus estiletes como yo empuño el mío, antes de apurar su Martini y parar un taxi. Porque me pagan por palabra, y me encanta cuando esa palabra es «capullo». Porque yo no corro, ni nado, ni voy en bicicleta, y sólo bailo a oscuras, así que la adrenalina que

obtengo odiando a esos grupos es lo más parecido que hago al ejercicio físico. Porque le hice una proposición matrimonial a John Kite en un artículo, y ya lo veis: no se ha casado conmigo. Porque Kenny me dijo que era lo que tenía que hacer.

Porque soy la más débil y la más joven del grupo en *D&ME*, y necesito matar para demostrar mi lealtad. Porque todavía estoy aprendiendo a andar y hablar, y es mil veces más fácil ser cínico y empuñar una espada que ser generoso y plantarse ahí con un globo en una mano y una tarta de cumpleaños en la otra, con un potencial infinito de quedar como un estúpido. Porque

todavía no sé muy bien qué siento ni qué pienso, y lanzo granadas al aire y lleno el aire de humo mientras intento desesperadamente despegar del suelo, elevarme. Porque todavía no he aprendido lo más sencillo y más importante de todo: la vida es difícil, y todos somos vulnerables, así que no seas cruel.

En esa época, considero que mi nueva actitud, beligerante, está absolutamente justificada. Soy una pistolera solitaria que ha llegado a la ciudad. Soy Travis Bickle^[42] limpiando las calles de escoria. Si alguien tiene derecho a hacer algo, yo tengo derecho a *deshacerlo*. Cada vez que le disparo a

uno de esos grupos sin posibilidades, libero un poco más de espacio para cuando llegue el nuevo David Bowie.

Evidentemente, lo que pasa con Travis Bickle, y con los pistoleros solitarios, es que no son la clase de gente que te apetece invitar a una fiesta. Porque si la misión que te has impuesto consiste en llegar a una fiesta, tarde, vestido de negro y disparando por encima de las cabezas de todos apuntando al escenario, la fiesta empieza a... irse al garete. Los menos vocingleros, los que no están tan seguros de ellos mismos, ya no quieren hablar. No quieren subir al escenario. Sólo los más seguros de sí mismos, los más

alborotadores, seguirán queriendo dirigirse al público.

La atmósfera cambia, porque ahora sólo quedan los extrovertidos haciéndose callar a gritos unos a otros. Los introvertidos han vuelto a la clandestinidad, y se han llevado las notas más tranquilas, los acordes menores. La lista de reproducción se reduce, se atrofia: la gente sólo pone sus temas favoritos de siempre. A todos les da miedo levantarse y arriesgarse a algo nuevo, que podría sonarles raro a los oídos impacientes.

Porque cuando el cinismo se convierte en el idioma por defecto, resultan imposibles la picardía y la

creatividad. El cinismo restriega la cultura, como la lejía, eliminando millones de pequeñas ideas incipientes. El cinismo significa que tu respuesta automática siempre es «No». El cinismo significa que das por hecho que todo acabará decepcionándote. Y por eso, en definitiva, todo el mundo se vuelve cínico. Porque a todos les da miedo el desengaño. Porque les da miedo que alguien se aproveche de ellos. Porque temen que alguien utilice su inocencia contra ellos; que cuando se den la vuelta, tan contentos, para comerse el mundo de un bocado, alguien intente envenenarlos.

El cinismo no es otra cosa que

miedo. Cuando el cinismo entra en contacto con tu piel, empieza a formarse un grueso caparazón negro, una especie de coraza como la de los insectos. Esa coraza protege tu corazón del desengaño, pero te deja casi incapacitado para andar. Con esa coraza no puedes bailar. El cinismo te mantiene inmobilizado, clavado eternamente en la misma postura.

Y por supuesto, la gran contradicción de que los jóvenes sean cínicos es que ellos son los que más necesitan moverse, bailar y confiar. Necesitan hacer cabriolas por una galaxia recién formada llena de ideas nuevas y relucientes, sin miedo a decir

«¡Sí! ¡Por qué no!»; si no, la cultura de su generación se reducirá al más insulso de los tópicos, ya sea agresivo o defensivo. Cuando los jóvenes son cínicos, o sarcásticos, aniquilan su propio futuro. Si siempre dices «No», lo único que queda es eso a lo que otros dijeron «Sí» antes de nacer tú. En realidad, cuando dices «No», no estás decidiendo tú.

Cuando otras personas empiezan a ir armadas a la fiesta, deja de ser una fiesta y se convierte en una batalla. Sin darme cuenta, me he convertido en una mercenaria autodestructiva de una guerra absurda. Estoy aniquilando mi propio futuro.

Pero no pasa nada: tengo mucho tiempo por delante para ser simpática. Mucho tiempo. Cuando tienes diecisiete años, los días son como años. Tienes millones de vidas por vivir (y morir, y volver a vivir) antes de cumplir los veinte. Eso es lo bueno de ser tan joven. Te queda mucho tiempo para arreglar las cosas.

Pero resulta que no, que a mí no me queda mucho tiempo.

Tercera parte

Hazlo pedazos y vuelve a
empezar

Hasta hace un par de meses, ser yo era cojonudo. Llegaba a las oficinas de *D&ME* y los chicos gritaban, con cariño: «¡Buenos días, Cruella de Ville!» Me sentaba en sus mesas, fumaba un cigarrillo detrás de otro y les contaba historias de las estrellas de rock con las que me había enrollado.

A mis colegas les encantan estas historias; mi relato de la noche que pasé con Al Polla Grande los deja a todos boquiabiertos. A veces me enrolló con estrellas del rock sólo para poder contárselo a ellos: soy una especie de

drone que va por ahí acumulando muestras de comportamiento sexual y luego las lleva al laboratorio para que los demás las analicen. Ésta es mi contribución personal al grupo: si esto fuera *Dungeon Master*, y estuviéramos formando una tripulación, el principal talento de Rob sería «Poder alcohólico de destrucción: 7»; el de Kenny, «Lengua viperina: 8»; y el mío, «Anecdotista sexual: 10».

En las entrevistas, emborracho a los compositores y los convengo para que me confiesen sus fantasías sexuales («¡Eh, extraoficialmente! ¡Sólo por curiosidad! ¡Contribuye a la belleza de tus canciones!»).

Cuando el cantante de un grupo me cuenta que su fantasía consiste en que una monja con los labios pintados le haga una mamada («Y me deja la polla llena de pintalabios...»), cojo un taxi y vuelvo corriendo a la oficina a contárselo a todos.

—¡Una *monja*! —dice Rob, atónito—. Ya veis cómo son los católicos.

—Los judíos no somos tan pervertidos —dice Rich, que está inusualmente jovial—. A nosotros jamás se nos ocurriría imaginarnos a un rabino haciéndonos una mamada.

Al final, tras un par de historias, Kenny grita:

—¡Se acabó! ¡El desfile de

monstruos ha terminado! ¡Todos a escribir! —Y me siento ante el primer ordenador que veo libre y empiezo a escribir lo que toca ese día; cojo todo lo que he ensayado ante mi público de prueba y lo convierto en un artículo para la revista. Mala uva cuidadosamente construida.

Hoy llevo escritas seiscientas palabras de un artículo cuando, de pronto, me acuerdo de la maqueta de mi padre que llevo en el bolso. Me la ha puesto él esa mañana, antes de que saliera de casa: «Consíguele un millón de libras a tu papi. Sólo un millón. Con eso me basta», me ha dicho, en la puerta de la calle, con un gran vaso de leche en

la mano. «Pónsela a alguien. Ábreme la puerta.»

Le he mirado los pies. Llevaba puestas las pantuflas de mi madre, con forma de abejita.

—¡Vale! —le he dicho.

—Kenny —digo ahora acercándome a la mesa de mi jefe. En su ordenador hay un adhesivo que reza: «VETE A LA PUTA MIERDA. ¿Quién eres?», y lo señala sin dejar de teclear—. He traído la maqueta de un grupo. ¿Puedo ponértela?

No aparta la mirada de la pantalla, y me acerca una mano:

—Son cincuenta.

—¿Cómo?

—Por escuchar la maqueta de un grupo nuevo. Son cincuenta libras.

Me mira.

—Soy demasiado mayor para ese rollo de la «maqueta de un grupo nuevo», querida. —Suspira—. Todavía no he superado que Genesis P. Orridge dejara Throbbing Gristle. Todavía creo que habrían podido ser el mejor grupo del mundo. Pónsela a alguno de los chicos. A alguien que aún no haya perdido todas las esperanzas.

Voy a la sala de reuniones, donde Rob y Zee están haciendo el crucigrama de *NME*.

—El cinco vertical *tiene* que ser Iggy Pop —dice Rob, sentado en la

repisa de la ventana, fumando un cigarrillo.

—Es que ya tengo Status Quo en el diecisiete vertical —dice Zee, indeciso—. Tendría que ser Iggy Poo^[43].

—Bueno, ¿por qué no? —dice Rob, pensativo.

—Eh, chicos —digo tras llamar a la puerta con los nudillos, entrar y dirigirme al equipo de música—. Tengo una maqueta.

—Pégale fuerte con una Biblia. Si mañana por la mañana no se te ha pasado, que te vea un médico —me aconseja Rob.

—¿Qué es? —pregunta Zee. Acaba de crear un modesto sello discográfico

(que también se llama «Thank You»); imprime *flexis* y los vende con su *fanzine*. En honor a las grandes compañías de discos independientes (Factory y Creation), en la oficina nos referimos al sello de Zee como Zaactory o Caqueishon, dependiendo de lo bien o mal que a uno le caiga Zee.

—Es un misterio —digo, misteriosa, y pongo el casete en el equipo de música—. Es de un grupo nuevo de los Midlands. A ver qué os parece.

Se oyen un silbido y un chasquido cuando las bobinas empiezan a girar. Y entonces, el sonido inconfundible de *Sit Down*, de James, a todo volumen.

—Creo que aquí podría haber algún

problemilla con el copyright —dice Rob—. No es muy original. Suena exactamente igual que «Sit Down» de James.

—Creo que lo ha... lo *han* grabado en una cinta vieja —digo; la paro y pulso el botón de avance rápido—. Qué inútiles.

—¿De quién es, de algún grupo gótico horrible? —me pregunta Rob. Rob está convencido de que soy gótica.

—Yo no soy gótica. —Mantengo pulsado el botón para que la cinta se rebobine más deprisa—. Lo que pasa es que me gusta vestir de negro. Como a los Beatles en Hamburgo. A ellos nadie los habría llamado góticos.

—¿Escribes poesía?

—Sí.

—¿Has bailado «Temple of Love» de Sisters of Mercy?

—Sí, como todo el mundo.

—¿Te has imaginado que Robert Smith de The Cure es tu hermano mayor?

—Eso es muy habitu...

—¿No saldrías de casa sin delineador de ojos?

—Hace tiempo decidí...

—Cuando hablas por teléfono, ¿dibujas un sauce triste al que se le caen las hojas?

—¿Has visto mi bloc!

—¿Sabes en qué me he fijado? — continúa Rob, pensativo—. En que si

eres gótico, no *puedes* evitarlo. Lo llevas en los genes. Naces así: es como ser negro. Seguro que podrías identificar a los góticos si los pusieran en fila, desnudos. Dios nos libre. Porque tus amiguitas góticas... están todas un poco gorditas, ¿verdad? No te ofendas, Dolly. Se hacen góticas porque el negro adelgaza, ¿no? Y se maquillan así porque son muy inseguras, e intentan dar miedo, asustar a los... depredadores. Y los chicos góticos, sin excepción, son todos unos putos tapones. Y se hacen góticos porque así pueden ponerse esos zapatos de plataforma y parecer un poco más altos. Cuando dos góticos se aparean, es la leche. Una pareja de

góticos acercándose por la calle parece un número «10» dando un paseo. Lo llevan en los *genes*.

Le doy las gracias a Rob, ex punk, por sus pensamientos sobre la dismorfia corporal de los góticos, y tras señalar que nunca he conocido a ningún ex punk que conserve más de nueve dientes («por los efectos de un *speed* adulterado, combinados con los puñetazos que reciben en la boca por ser unos *putos maleducados*»), lo que a Rob le duele, evidentemente, porque tiene unos dientes que parecen trozos de queso, hago avanzar el casete hasta el trozo donde están las canciones de mi padre. Pulso «play» y el sonido metálico

de «El bombardeo» empieza a invadir la habitación.

Es la primera vez que oigo las canciones de mi padre fuera de nuestra casa. En casa suenan enormes, sobre todo porque mi padre las pone a todo volumen, con unos altavoces inmensos. Y el público somos nosotros, y les damos palmaditas a medida que van pasando, como hacen los granjeros con sus vacas cuando las hacen pasar por una cancela. Estas canciones son nuestro ganado. Las mascotas de la familia.

Aquí, en cambio, en el minúsculo equipo de música de la oficina, con dos varones adultos escuchando intrigados, las canciones no suenan igual. Me

impresiona lo *insignificante* que suena mi padre. Insignificante y conmovedoramente triste. Como un músico callejero al que han echado de un pub por molestar a los otros clientes, y que se ha quedado en la calle. De pronto siento una profunda lástima por él. Mi padre era feliz componiendo estas canciones, pero el resultado es *tristísimo*.

Mi padre canta «Y las bombas que fabricáis / y las mentiras que fingís» (Rob: «Mira. ¿Cómo vas a fingir una mentira?») Zee, con razón: «Bueno, una mentira *es* algo fingido, ¿no?») Rob: «Es una puta *tautología*, eso es lo que es») cuando entra Tony Rich; se quita la

chaqueta, la cuelga en el respaldo de una silla y deja su bolsa en el suelo.

Tengo un breve flashback de la última vez que le vi quitarse esa chaqueta o, mejor dicho, de cuando se la quité yo a la luz de las velas; luego él me folló en el suelo, mientras yo le daba palmaditas en la espalda siguiendo los consejos que me había dado aquel tipo en aquella fiesta.

—Qué horror. Esto suena fatal — dice sin entusiasmo señalando el equipo de música.

—No te molestes: ya he entregado esa crítica — dice Rob con una sonrisa.

Todos escuchan un rato más.

—Jo, con esto te podrías divertir *a*

base de bien —comenta Rich—. ¿Quién va a hacer la crítica? Este tío es tope Birmingham. Y tope *empalagoso*. Parece un póster de Noddy Holder^[44] con un unicornio muerto en los brazos, y gritando: «Pero ¿POR QUÉ? ¡POR QUÉ!»

De momento no he dicho nada. Estoy en una habitación con mis colegas y mi medio novio, escuchando cantar a mi padre mientras ellos hablan pestes de él como si fuera un aspirante oportunista más que envía su maqueta a *D&ME*, y no digo ni una palabra. ¿Qué voy a decir?

—Ya hago yo la crítica —digo por fin; detengo la reproducción y extraigo el casete—. Sólo tendré que recopilar

todo lo que habéis ido diciendo. Será el trabajo más fácil de la semana.

Después voy al lavabo de señoras, saco la maqueta del bolso, la envuelvo con papel de váter y la tiro a la papelera. La meto bien al fondo. A continuación, me pongo más delineador de ojos y entro en el ascensor con Tony Rich, y me aprieto contra él hasta que se le pone dura, porque todavía me emociona poder hacer eso: ponérsela dura a un tío. Ahora mismo, ése es mi trabajo principal. Poner cachondo a Tony Rich. No pienso en nada más.

Esa noche, toda la plantilla de

D&ME va a Brixton Academy a ver a Teenage Fanclub. Entramos como si fuéramos una banda de mafiosos, con un aire ligeramente amenazador; llevamos los pases para la fiesta de después del concierto en las chaquetas de cuero, y nos quedamos en la parte de atrás fumando y hablando. (Yo aprendí que lo que hay que hacer es quedarse hablando en la parte de atrás después de tragarme todo el concierto de Primal Scream en primera fila, a empujón limpio contra la barrera; cuando salí de allí, empapada de sudor, Kenny me preguntó, afligido: «¿Vas empapada de *sudor de campesino*? ¿Alguien te ha metido mano? Enséñale a Kenny en esta muñeca

dónde te han tocado, querida. Te pondremos todas las vacunas que haga falta.»)

Así que ahora me quedo al fondo de la sala, junto a la barra, donde están los míos, y me dedico a comentar el concierto con los otros críticos musicales.

Sin embargo, últimamente lo tengo bastante difícil para salir, aunque me quede en la parte de atrás con los míos. El mundo del indie-rock es muy pequeño, y no tardo en darme cuenta de que ya he insultado a cerca de una tercera parte de sus integrantes.

Rodeada de mis colegas de *D&ME* y con mi chistera, soy fácilmente

reconocible, y mis enemigos me detectan enseguida; me di cuenta el mes pasado, cuando se me acercó una gótica bajita y me echó una bronca por poner como un trapo a Sisters of Mercy.

—¿Cómo te atreves a llamar a Andrew Eldritch «rata con pantalones», si tú eres... una foca con el sombrero del capturador de niños de *Chitty Chitty Bang Bang*? —me preguntó, y hay que admitir que tenía razón.

Un par de responsables de prensa ya se han negado a enviarme más CD; Kenny ha tenido que conseguirlos con camelos y enviármelos a mí para que hiciera la crítica, diciendo: «Tienen miedo de tu hacha, Wilde. He tenido que

decirles que era para ZZ Top.»

Y esta noche, en Brixton Academy, hacia la mitad del concierto de Teenage Fanclub, me estoy tomando unos whiskies en la barra cuando se me acerca el bajista de Via Manchester y me dice: «Eres Dolly Wilde, ¿verdad?», y espera a que yo le conteste como ya es tradicional: «La mayor parte del tiempo, sí.» Y entonces me tira su copa por encima.

«Y piensa que *acabo* de desperdiciar una copa buenísima», añade plantado ante mí mientras yo parpadeo, con el vodka chorreándome por la cara. «Quería hacerlo con pis, pero mi manager me ha aconsejado que

me reserve eso para la próxima vez.»

Intento recordar qué dije sobre Via Manchester mientras lloro en el lavabo, donde Kenny me está preparando mi primera raya de su legendario y terrible *speed*. «Para que te animes un poco.»

Antes, cuando me lo ha ofrecido, lo he rechazado, porque me da miedo meterme cosas por la nariz. Pero ahora siento que *tengo* que meterme algo para recuperarme del golpe. Necesito algo nuevo dentro de mí para contrarrestar esta desagradable y también nueva sensación. En realidad es como si me tomara un medicamento.

—No me acuerdo de si son de los que dije que demostraban que la

amenaza de la enfermedad de las vacas locas era real, o a los que deberían enterrar hasta el cuello en todos los discos que no han vendido, y a los que luego deberían lapidar unos campesinos furiosos —me lamento, llorando, mientras Kenny me prepara la raya en la cisterna del váter.

La esnifo sin pensármelo dos veces, y me fijo en que sabe a dinero. No sé a qué pensaba que sabían las drogas (a hielo seco, quizá, o a una especie de nieve metálica), pero desde luego, esto huele a billete de cinco libras.

De pronto me ilumino y me pregunto si eso se deberá a que *todos* los billetes de cinco libras que he olido tienen

adheridos restos de *speed*. Si *todos* los billetes están recubiertos de droga. Dios mío, *todo el mundo* toma drogas. No me explico que yo haya tardado tanto. Menos mal que ya he empezado; si no, ya podría ponerme al día.

—Kenny, no quiero ir por el mundo *molestando* a la gente —digo; el *speed* me hace volver a llorar—. Nunca pensé que fueran a *leer* esa crítica. Me imaginaba que sus responsables de prensa la meterían en una caja y que permanecería allí, y que ellos seguirían haciendo su música, y que nosotros seguiríamos haciendo nuestro trabajo, y todos sabemos que sólo lo hacía para *divertirme*. ¡Sólo era un *divertimento*!

No sé, ¿qué les *importa* lo que yo opine? Es el grupo que dijo que le gustaría meterle un éxtasis por el culo a John Major.

Y es verdad, lo dijeron. En directo, en el programa *The Word*. Provocaron una polémica considerable.

El *speed* me ha hecho efecto tan deprisa que todo eso lo he dicho en una única y furibunda exhalación, y sin dejar de llorar. Levanto la cabeza. Kenny me mira fijamente.

—Que se jodan —dice, enérgico—. Ya son mayorcitos. Son las reglas del juego. Es lo que hacemos todos. Ellos hacen discos, y nosotros escribimos sobre ellos. Ellos hacen los discos que

les da la gana, y nosotros escribimos las críticas que nos da la gana. Cada uno se sale con la suya. Si no quieres que escriban sobre ti, no saques discos, ni brinques por el escenario como un gilipollas.

Reflexiono durante un minuto y me siento reconfortada.

—Son las reglas del juego —repito. Cojo un pañuelo de papel y me sueno la nariz.

—¡Joder, Wilde! ¡La raya! — exclama Kenny, horrorizado—. ¡No te suenes si te acabas de meter una raya!

Miro en el pañuelo, donde acabo de dejar la mitad de la raya que mi nariz todavía no había absorbido. Miro a

Kenny. Por la cara que pone, sé que acabo de meter la pata hasta el fondo. Él me mira fijamente.

—¿Qué hago? ¿Me lo como? —le pregunto, intentando adivinar qué será lo apropiado en estos casos.

—Ahora no. —Kenny se inclina sobre su raya, la esnifa, arruga la papelina y la tira al váter—. Si acaso, guárdatelo en el bolsillo, para más tarde. Porque nunca se sabe cómo va a acabar la noche.

De momento, volvemos a ese lavabo tres veces más, y esnifamos más *speed*. La experiencia resulta sorprendente. No

tiene nada que ver con lo que yo me había imaginado. A pesar de que el tópico que circula sobre el *speed* de Kenny es que es horrible («Veneno para ratas y aspirina», me había explicado alguien de *D&ME*. «No se lo tomaría ni Shane McGowan de los Pogues»), la verdad es que no me hace mucho efecto, aparte de darme muchas más ganas de hablar, es decir: hablar por los codos hasta niveles insoportables.

Pero, al igual que el tabaco y el alcohol, me gusta porque es comunitario, y porque ayuda a crear vínculos. Supongo que si todavía viviéramos en una sociedad agraria, tendríamos la misma sensación de comunión al recoger

la cosecha, o al aunar esfuerzos, en un pueblo, para levantar una casa de tablas de madera en un día, como en *La casa de la pradera*. Privados de esta oportunidad, aunamos esfuerzos para burlar al segurata y colarme en el lavabo de caballeros, y culminamos el asunto puliéndonos dos papelas más. Eso le da a la velada un agradable aire de *aventura*.

Pero a la larga, la noche acaba, como tantas otras, follando en el piso de Tony Rich. Entramos tropezando, abrazados y metiéndonos mano, dándonos un morreo que parece una serie de preguntas encadenadas. Si tú haces... *esto*, yo haré... *lo otro*, y luego

te haré un montón de cosas alucinantes.

Cuando nos caemos en la cama, ya nos hemos quitado los zapatos, la chaqueta y la mitad de la ropa; voy tan caliente que parezco un hombre lobo ebrio de besos. Me siento felizmente animal. Éste es el mejor remedio que hay para una mala noche: un polvo. Cuando más a gusto estoy es cuando me estoy desnudando con un chico. Aquí no puedo equivocarme, ni ofender a nadie. Aquí soy una herramienta del bien: mi cometido es hacer que los chicos que necesitan correrse se corran. Esto es pura humanidad. De alguna manera, es muy noble.

Tony interrumpe mis elevados y nobles pensamientos.

—Bueno, así que... monjas con pintalabios haciendo mamadas... —dice cuando interrumpimos momentáneamente nuestro acalorado manoseo encima de la cama. Hemos parado un momento para recobrar el aliento. Yo estaba montada encima de él, machacándolo a base de bien—. Veo que has estado muy entretenida.

—¡Sí! —confirmo, orgullosa—. ¡He sido una auténtica caballera andante del sexo!

Empiezo a desabrocharle la camisa, y vuelvo a montarme encima y a machacarlo. ¡Basta de hablar!

¡Volvamos al rollo animal!

—Así que te has vuelto muy *aventurera* —dice, acariciándome el pelo. Con voz grave y lenta.

—Sí. —Le beso el pecho a medida que voy desabrochándole la camisa—. Soy como Cristóbal Colón: voy viajando por el mundo en busca de tierras inexploradas en los pantalones de los hombres. ¡Oh, mira! ¡Acabo de encontrar Nueva York!

Le desabrocho la bragueta.

—Eres tan *guarra* —dice él, encantado. Y luego, más serio—: Eres tan... *mala*.

En boca de Tony, esa palabra llama la atención: es tan simple y sucinta;

normalmente, él acompaña cualquier juicio moral con un párrafo de contexto social, como aquella vez que, en la oficina, Rob Grant dijo que Sinéad O'Connor era «una mentalista calva con ojos de mema», y Tony nos soltó un sermón de media hora sobre la Iglesia católica de Irlanda y la necesidad de que el feminismo aportara vanguardistas salvajes capaces de «bombardear los prejuicios incrustados». Mientras tanto, Rob, detrás de Tony, hacía muecas, decía «bla, bla, bla» e imitaba a Sinéad O'Connor desgañitándose. En fin.

—Supermala —concedo.

—¿Sabes esa historia que nos contaste del tipo de la vela...? —dice

—. Y la cera caliente. Me pareció muy... interesante. Pero para esas cosas tienes que escoger a la persona *adecuada*. No sirve cualquiera.

Me mira de manera elocuente.

Ah, ya. Vale. Ya te *entiendo*, mi querido pervertido pijo y guaperas. Al lado de la cama hay una vela. Le lanzo a Tony mi mejor mirada de dominatrix (me veo reflejada en sus ojos, y compruebo que en lugar de la Venus de las pieles parezco, más bien, «Mrs McCluskey de la serie *Grange Hill* cuando Gonch ha vuelto a hacer saltar las alarmas», pero bueno), y estiro el brazo para cogerla. ¡Voy a verterle cera caliente a este tío en los genitales! ¡Acepto peticiones! Pero

de pronto Tony se pone encima de mí.

—Lo que más me atrae de ti es que te gusta hacer *lo que no hay que hacer* —dice, y me sujeta las manos por encima de la cabeza.

A continuación viene media hora muy rara. Siempre había pensado que si practicaba S&M, yo sería la S y no la M. Me siento una S innata. La S es la que hace todo el esfuerzo; la S se pone a trabajar, calmando, controlando y aliviando a la M, ebria de gratitud.

Como nunca me ha asustado el trabajo, siempre he dado por hecho que yo sería la sádica en cualquier juego

sexual. ¡Soy una machaca sexual! ¡Una dominatrix adorable, caritativa y trabajadora con un estupendo traje de cuero, al estilo de Madonna!

Pero resulta que estaba equivocada, porque Tony ha visto a la masoquista que se esconde en mí. Tiene que ser eso; si no, ¿por qué hace esto?

Los primeros minutos me siento bastante... contrariada. La verdad, creo que yo sería mejor sádica que Tony. He leído mucho sobre el tema, en libros guarros, en la biblioteca; he leído a Sade, a Anaïs Nin, *El arco iris de gravedad* e *Historia de O*. Primero tienes que sentir placer, y luego, dolor. Sé que nunca debes pegar dos veces

seguidas en el mismo sitio; que debes escoger las partes más blandas y carnosas, y no el hueso. Cómo convences, y engatusas, entre los momentos de mayor crueldad. Que vas *contando la historia* de tu polvo.

En cambio, lo que hace Tony no se distingue mucho de las peleas que yo hago con Lupin. Sólo que Tony me está haciendo daño de verdad. En un momento dado, grito ¡AY!, indignada y con marcado acento de Wolvo, pero me doy cuenta de que estropeo la atmósfera, así que la siguiente vez lo alargo más, y suelto una especie de ¡MmmmmmmAY! Un verdadero desastre.

Francamente, creo que de esto

debería ocuparme yo. Tengo la impresión de que soy la Bob Dylan del sexo sádico, que me he presentado en una fiesta y he ofrecido mis habilidades sexuales a los invitados, pero el anfitrión me ha dicho: «No importa, mi hermano tiene un órgano Bontempi, y nos va a tocar un par de temas de Hue & Cry.»

Lo que no puedo pensar es «No quiero hacer esto», porque ¿cómo sé que no quiero? Todavía estoy terraformándome. Todos los días aprendo cosas nuevas sobre mí.

A lo mejor, hoy descubro que en el fondo soy masoquista, a pesar de que cada vez que recibo un golpe siento que

alguien me aporrea, en lugar de sentir una liberación sexual de alto octanaje.

Al final, como en el fondo no me pone nada que me regañe un tipo con la polla dura, hago lo que siempre he hecho durante mis relaciones sexuales: me concentro en lo mucho que *él* está disfrutando. Me imagino qué debe de sentir el atractivo y pijo Tony Rich con una guarrilla de diecisiete años en la cama. Pienso en el placer que debo de estar procurándole. Pienso en lo increíble que debe de ser meterle la polla dentro a una chica, en la magia de tener algo tan duro y tan lleno, y metérselo una y otra vez, a empujones, en el coño caliente y acogedor. Mover a

una chica por la cama y ponerla en las posturas que te dé la gana. Hacer que alguien te desee.

Tony debe de desear esto desesperadamente, y yo hago realidad sus sueños. No está nada mal, pienso, a cuatro patas, mientras él me pega en las nalgas una y otra vez, siempre en el mismo sitio, como un aficionado que nunca ha leído ningún libro pervertido, hasta que me duelen los huesos. Estoy haciendo realidad sus sueños.

—Eres flipante —me dice después, cuando nos quedamos tumbados y sin aliento. Me acaricia el pelo y me mira con cariño y admiración.

¿Es verdad? ¿Soy flipante? ¿Es

flipante lo que acabo de hacer? Si lo pienso bien, lo que ha pasado aquí esta noche es que Tony Rich ha follado con una chica que *fingía* estar con Tony Rich. Pero no creo que *yo* estuviera aquí, para nada.

—Eres maravillosamente guarra — me dice, y me besa. Y yo le sonrío, porque soy maravillosamente guarra. Al fin y al cabo, esto es lo mejor que me han dicho en varios meses.

«Eres maravillosamente guarra», pienso al día siguiente, ya en Wolverhampton.

Tumbada en la cama, pienso en Tony

Rich. Hago lo de siempre: intento enfocar las cosas positivamente. No puedo evitar pensar que lo que hicimos ayer significa, en definitiva, que estamos en una nueva etapa de nuestra relación.

Tengo la leve sospecha de que Tony Rich se está enamorando de mí. Lo que hicimos anoche fue una especie de ceremonia de compromiso. Tony *confía* en mí. A lo mejor la chica con la que salía antes *no le dejaba* hacer estas cosas, y por eso rompieron. Por eso ahora está conmigo. Porque se está enamorando de mí. De una chica con la que puede hacer cosas malas.

A medida que transcurren las semanas, mi único problema es que

estoy convencida de que preguntarlo abiertamente contradice todas las normas de las chicas sexys. Asomar la cabeza por la puerta camino del cuarto de baño y decir: «Voy a preparar un té, ¿alguien quiere una taza? ¡Ah, por cierto! ¿Estás perdidamente enamorado de mí? ¿Sueñas conmigo? ¿Soy tu mujer ideal? ¿Somos una pareja, o estoy yo sola en esto?»

Por otra parte, sin embargo, las oportunidades de descubrir por casualidad si tenemos una relación son contadísimas. Todas las conversaciones que mantenemos versan sobre música o sobre sexo. No sé cómo demonios voy a arrancarle a Rich la frase «... y, claro,

evidentemente, soy tu novio» en un análisis chiflado de la guitarra de Nile Rodgers, o bien mientras me ordena «¡Más! ¡Más!» y me da cachetes. No soy tan virtuosa conversando.

A lo largo de todo el verano siempre acabo en su piso. Bebemos su vino, practicamos sadomaso y luego nos quedamos tumbados en la cama y hablamos de la influencia de Auden en Morrissey; y siento como si estuviéramos en una sesión enorme, prolongada y surrealista del juego del post-it, en el que Rich me ha pegado un post-it en la frente donde está escrito «Mi novia» o «No mi novia», y yo tengo que adivinar cuál de los dos es mediante

una serie de preguntas a las que él sólo puede responder sí o no. Toda esta situación revela que tenemos un grave problema social. ¿Cómo es que todavía no hemos encontrado la manera de saber si alguien está enamorado de nosotros? ¿Por qué no puedo pegarle una tira de papel tornasol en la sudada frente a Tony, cuando follamos, y ver si se pone rosa (amor) o azul (sexo esporádico)? ¿Por qué no tenemos información sobre esto? *¿Por qué la ciencia no se ha ocupado de este asunto?*

Saber si yo estoy enamorada de *él* parece mucho menos importante que saber si él está enamorado de *mí*. Nunca me llevo a mí misma a un rincón y me

pregunto: «¿De verdad lo *quieres?*», porque tengo la impresión de que ya nunca me veo por aquí. Éste es otro inconveniente de vivir en una casa sin espejos.

Y entonces, a mediados de julio, como para confundirme aún más, un día que estoy en Wolverhampton, Rich me llama y me invita a pasar un fin de semana de agosto en casa de sus padres (¡COMO HARÍA CON UNA NOVIA!), y luego añade:

—Pero no te preocupes, irán muchos amigos más. —Como no haría con una novia.

—¿Qué pasa, que también practicas sexo esporádico guarro y pervertido con otros amigos tuyos? —le pregunto, como un detective del amor, alegre pero astuto.

—¡Mis padres tienen un sótano increíble! —me contesta—. ¡Quién sabe!

En casa de mis padres, donde no hay ningún sótano increíble, sino sólo un cobertizo lleno de latas de gasolina viejas, cuelgo el teléfono poniendo fin a esta llamada absolutamente gnómica y voy a buscar a Krissi.

Lo encuentro en su habitación, arreglando su propagador de semillas, que compró en un mercadillo de

beneficencia por cincuenta peniques; tiene una gran raja en la tapa, y mi hermano le ha puesto celo.

—¿Qué cultivas? —le pregunto. Me tumbo en su cama y bebo un trago de la botella de Jack Daniels. Ya he subido de categoría y me he pasado al Jack Daniels. Es lo que beben los Primal Scream, y Slash, y lo que bebía Ernest Hemingway. He dejado atrás las pistas baby del MD 20/20 en un tiempo récord.

—Sal de mi cama. No quiero que me la manches de regla otra vez —me contesta—. Eres demasiado descuidada con tus fluidos corporales. La semana pasada encontré restos de tus vísceras en la funda de mi almohada.

Calabacines.

Miro las hileras de diminutos almácigos de calabacín. Son tan pequeños que parecen un alfiler verde, con un solo par de hojas en la parte superior. Son la cosa más frágil que he visto en mi vida. No me explico cómo se mantienen derechos. Parece un milagro.

—No sé si soy la novia de Tony Rich o no —le digo. Obediente, me siento en el suelo y me pongo a jugar con su difusor de agua.

—Pues no —me contesta Krissi con aspereza—. O te lo habría dicho.

—¡No es tan sencillo!

—Claro que sí —dice mi hermano mientras desmenuza abono con los

dedos y lo echa en la bandeja.

—Te digo que no.

—Que sí. Es tu no-novio pedófilo superpijo.

Me quedo mirándolo, boquiabierta.

—¡No es pedófilo!

—Johanna, él tiene veintitrés años, y tú, diecisiete.

—¿Y?

—Un poco pedófilo, ¿no? No sé, *no-pedófilo* no es.

—La edad sólo es un número —replico, ofendida—. Tony y yo no pensamos en esas cosas. Sólo somos dos críticos musicales enrollados que practican sexo juntos.

—Sí, tienes razón —dice Krissi—.

Para Tony Rich, la edad sólo es un número. Un número que no para de repetirse: «¡Me tiro a una tía de diecisiete! ¡Me tiro a una tía de diecisiete! ¡En la oficina me van a felicitar!»

Decido, cabreada, que hoy no le voy a contar a Krissi lo del sadomaso. El sexo es complicado, y él no lo entiende. Él sólo es un comentarista que observa desde la línea de banda. Yo soy la que está en la primera línea del sexo, la que *lidia* con él.

Enfurrugada, doy otro sorbo de Jack Daniels. El problema es que Krissi todavía me trata como si yo fuera una adolescente de catorce años, virgen, que

intenta hablar con él de *Annie*, a pesar de mi chistera, y mi delineador de ojos, y mi vida sexual.

—Mira, ya lo entenderás dentro de un par de años —le digo despiadadamente—. Y espero ser más comprensiva contigo de lo que tú lo has sido conmigo hoy, cuando por fin *empieces* a follar.

Nada más decirlo, me doy cuenta de que la he cagado. No es justo mencionar que Krissi todavía es virgen. Él no tiene la culpa; ha sido un golpe bajo. No debería haberlo dicho; me he equivocado.

—Lo siento, Kriss, no debería...

Mi hermano se levanta. Está pálido.

Nunca lo había visto tan enfadado.
Mejor dicho: *furioso*.

—Largo de mi habitación, zorra —
me dice con una frialdad insólita. Va a
decir algo más (un millón de cosas),
pero al final sólo repite—: Largo, zorra.

Salgo inmediatamente de la
habitación de Krissi y me quedo
apoyada en la puerta que la separa de la
cocina. Desde allí, le digo:

—De verdad que lo siento, Kriss.
No debería haber dicho eso.

Detrás de la puerta, mi hermano
dice:

—Eres una mierda.

—Soy una mierda.

Mi padre entra en la cocina con un

plato lleno de cortezas de tostada y manchas de huevo frito, y lo mete en el fregadero.

—Ah, ¿eres una mierda? —me pregunta.

—Ahora no, papá —le digo; sigo apoyada en la puerta.

—De alguna forma, todos somos mierdas —dice mi padre; por lo visto tiene ganas de hablar. Oigo a Krissi, que dice con voz monótona:

—Pues *tú* de eso entiendes.

—Sólo es una conversación entre hermanos —le digo a mi padre.

—Te voy a matar —dice Krissi sin alterar el tono de voz.

—Una conversación entre hermanos.

—Oye, ¿ya has puesto la cinta en la revista? —me pregunta.

—Aún estoy esperando que se presente la ocasión —le digo, en el tono más positivo que puedo—. Hay que saber cuándo apostar y cuándo retirarse.

—Ah, Kenny Rogers^[45] —dice mi padre; asiente con la cabeza y sale de la cocina—. Tienes razón: sigue los consejos de Kenny.

Me quedo un rato con la espalda apoyada en la puerta de la habitación de Krissi diciendo: «Lo siento» una y otra vez. Pero lo único que oigo es a mi hermano rociando los almácigos con el difusor.

Me siento en el suelo, con la espalda

contra la puerta, y escucho los movimientos de Krissi. Sé que tardará mucho en volver a dejarme entrar.

Con este panorama, aún me apetece más pasar la noche fuera. En casa de los padres de Rich. La casa es tan bonita que dan ganas de besarla, como si la fachada fuera la cara de una niña.

«Es la antigua vicaría», me ha explicado Rich en el tren, cuando recorríamos los boscosos Cotswolds. Nos hemos encontrado en la estación de Paddington, y nos hemos besado tan apasionadamente, y tanto rato, que unos niños se han quedado mirándonos. Cuando por fin me he separado de él, los he mirado y les he hecho una señal

con el pulgar. Quiero que la sexualidad de los adultos tenga connotaciones positivas para ellos, desde bien pronto.

Pero cuando llegamos a la vicaría de los padres de Rich, veo que no se parece en nada a la vicaría del barrio de Vinery, que es de los años setenta y tiene una extraña fachada de hormigón amarillo en la que algún bromista ha escrito «¡DIOS MÍO!».

Esto es una vicaría victoriana con jardín, sauces y un portal lo bastante grande para dar cabida a toda mi familia. Las ventanas están bordeadas de rosas, y un perro labrador con artritis se acerca a investigar nuestro taxi cuando éste para delante.

Los padres de Rich han salido a la puerta a recibirnos; parecen los padres de una comedia televisiva en cuyo casting pedían «madre adorable, pija, un poco chiflada» y «padre serio, pilar de la sociedad, aficionado al whisky».

Nada más llegar, me siento desaliñada; cuando nos enseñan la habitación de Rich, con su cama de matrimonio, me avergüenzo de pisar con mis gastadas Doc Martens la moqueta blanca, y de mi mochila militar, salpicada todavía de barro seco después de pasar todo un día en el festival de Finsbury Park.

Me prometo a mí misma, inmediatamente, que no la dejaré en el

suelo, encima de la cama ni en el tocador, con su bonito tapete de ganchillo. No quiero saquear este sitio con mis inapropiados objetos personales.

—Qué habitación tan bonita, señora Rich —digo.

—¿Te gusta? Aquí dormía Tony cuando era pequeño. ¡Mira! —Señala un plato de cerámica con salpicones de pintura morada que hay encima del tocador—. Esto me lo regaló por el día de la madre cuando tenía siete años.

Lo miro. Tony pintó un retrato de su madre donde la pobre parece Data, de *Star Trek*, medio derretido.

—¡Qué bonito! —digo. La madre del

plato sólo tiene un ojo.

—Cuando os hayáis puesto cómodos, bajad a tomar algo con nosotros a la terraza —dice la señora Rich, y se retira.

Nos «ponemos cómodos»: le hago una mamada a Rich; él, sentado en una mecedora de madera de roble, con una mano en mi cabeza, me susurra «¡Chsst!» cada vez que me acelero demasiado y hago crujir la mecedora, porque soy una novia fabulosa, pero todavía no es oficial.

Luego nos tumbamos en la cama y nos besamos un rato: esos besos largos a cámara lenta que a Rich se le dan tan bien; toda su inteligencia se concentra en

su boca, y yo me encargo de correrme, porque ya es tradición que él ni lo intente; y vuelve a susurrar «¡Chsst!» para que no haga ruido. De mi orgasmo me ocupo yo, y en silencio.

Entonces llevo mi mochila a su cuarto de baño privado, donde no puede manchar nada; me pongo un vestido, limpio mis botas con papel higiénico mojado hasta que brillan y bajamos a ver a sus padres a la terraza. Nos reciben con un: «¡Qué bien! ¡Llegáis justo a tiempo para el champán!» El corcho sale volando, las copas entrechocan y unas mariposas revolotean, hermosas y livianas, y quedan atrapadas en el toldo de la

gigantesca sombrilla.

Nunca había estado en un sitio así, un sitio tan consagrado a la calma, el orden y el placer. La terraza, con suelo de piedra, está orientada a los jardines y al riachuelo que discurre al fondo, sobre el que se inclinan las ramas de los sauces. Los arriates están rebosantes de lavanda, *euphorbias* y rosas.

Les doy a los padres el regalo que les he traído: una taza con el escudo de Wolverhampton que he comprado en la Oficina de Turismo de Queen's Square. A ellos les sorprende su existencia, y les digo que no me extraña: «Mientras estaba allí, entraron dos personas y preguntaron: “¿Tienen patatas fritas?”»

Todos ríen.

Bebemos champán, y yo despliego la falda de mi vestido sobre la silla, y ellos me cuentan cómo era Tony de pequeño, mientras Tony me aprieta la mano por debajo de la mesa en plan «No hagas ni caso de lo que dicen»:

—... gastarse toda su mensualidad en esos discos *horribles*...

—... discos *experimentales*.

—... y saltándose exámenes importantísimos de Harvard para ir a ver actuar a los Pixies.

—Era la oveja negra de la familia —dice su madre, y lo mira con indulgencia.

Se ve que a todos sus amigos

abogados les decepcionó mucho que no le interesara continuar en la empresa familiar («¡Llevaban años esperando para ficharlo!»), hasta que se acordaron de su amigo Martin, que trabaja en el *Observer*, y le enseñaron algunas cosas que había escrito Rich.

—¡Y Martin dijo que escribía muy bien! Al cabo de nada, ya había publicado un artículo allí explicando que esas *raves* son el futuro de la música.

Rich le quita importancia a todo. «Sólo es una moda pasajera, papá», dice, y enciende un cigarrillo; su madre chasca la lengua para expresar su desaprobación, pero le lleva un

cenicero.

—¿No decían lo mismo de los Beatles? —pregunta su padre mientras vuelve a llenar las copas—. ¿Que sólo era una moda pasajera?

Pasamos una hora muy agradable charlando. Entonces los padres de Rich se marchan. «¡Os dejamos para que podáis montar vuestra... *bacanal salvaje!* ¡Hasta luego!», dice la señora Rich, y besa a su hijo en la mejilla. Inmediatamente, empiezan a llegar los amigos de Rich. ¡Will! ¡Emilia! ¡Christian! ¡Frances! Chicos y chicas seguros de sí mismos, con el pelo brillante, que saludan desde lejos, mientras atraviesan la extensión de

césped.

Estoy emocionada de ver a tantos jóvenes pijos. Una de las cosas que nunca he podido confesarle a mi padre, cuando me suelta uno de sus sermones sobre la guerra de clases, es que me gustan bastante los pijos. Bueno, más concretamente, los licenciados de Oxford y Cambridge seguros de sí mismos y un poco anticuados: chicos con chaqueta de tweed; chicas con gafas y vestido de flores que estudian física.

En un mundo paralelo en el que no hubiera dejado el colegio para ganar dinero, creo que yo también habría estudiado en esas universidades. Mis notas de selectividad habrían sido

bastante buenas, y me habría ido de Wolverhampton para entrar en ese Gormenghast^[46] intelectual donde no hay chicos en las esquinas que te gritan al pasar; ni vecinos que amenazan con abrirle la cabeza a tu perra de un hachazo.

Me habría llevado a mi perra, por supuesto. Si Byron pudo llevarse un oso, seguro que yo habría podido esconder a una pastora alsaciana en mi habitación. Tal vez en un armario.

Habría estudiado literatura, habría escrito para *Varsity*, habría salido con los hermanos pequeños de Hugh Laurie y habría ido en batea a comprar tabaco a la tienda de la esquina. Habrían sido

como unas vacaciones de tres años, salpicados de banquetes. Habría *disfrutado como loca*.

Pero dejé los estudios y me uní al circo del rock 'n' roll, para ganar dinero.

Así pues, como miembro del circo del rock 'n' roll es como recibo a estos jóvenes. Ahora que se han marchado los padres de Rich, puedo volver a ser la de siempre. Inclino mi chistera dándole el ángulo más tarambana, me pongo un cigarrillo encendido en los labios y me levanto para saludarlos.

—¡Hola! —les tiendo la mano—. ¡Soy Dolly Wilde! ¡Me alegro de conocerlos! ¡Venid a tomar algo! Os he

traído un recuerdo de Wolverhampton.

Levanto la botella de MD 20/20 que he comprado en la tienda de licores que hay cerca de la estación.

—Yo prefiero una cerveza, gracias —dice Will; le pongo la etiqueta de alborotador, y anoto su nombre inmediatamente en mi registro de enemigos, en la categoría de «rechazadores de priva»; los otros, sin embargo, se sientan, muy animados, y se sirven un poco.

—¡Igual que en la uni! —dice Emilia, jovial, y se beben de un trago mi medicina verde y reluciente.

—Así que tú eres la *enfant terrible* de *D&ME* —dice Christian con una

sonrisa, y se sienta—. Leo tus artículos.

—Rob Grant me llama la «*elefant*» terrible —respondo, y señalo mi cuerpo con un amplio ademán—, lo que tiene su gracia, viniendo de un ex punk al que no le queda ni un diente. Rob ostenta el récord de ser el periodista agredido físicamente con más frecuencia por los músicos a los que ha puesto verdes, aunque yo ocupo el segundo lugar, a escasa distancia. El mes pasado, el bajista de Via Manchester me tiró un vaso de pis por encima en un concierto de Teenage Fanclub.

—Era vodka, Dolly —dice Tony, y los otros ríen, horrorizados—. Y fue en junio.

—Dijo que *la próxima vez* me tiraría pis. Además, el vodka del Academy sabe a meados. Y además... *no, no.*

En el fondo temo que estos chicos tan guapos saquen temas de conversación en los que yo no estoy puesta porque no he leído nada sobre ellos en la biblioteca: Kant, los filósofos griegos, Schopenhauer... Sí, he leído a Rimbaud, pero todavía no estoy segura de cómo se pronuncia su nombre. Porque «Rambo» *no puede ser, ¿no?* De todas formas, por si se pronuncia *así*, tengo preparados cincuenta chistes sobre Sylvester Stallone. Porque todavía me acuerdo de la vergüenza que pasé

cuando, entrevistando a un grupo, dije «paradicma» y ellos se burlaron de mí y me corrigieron.

Esto es lo malo de aprenderlo todo de los libros: a veces no sabes cómo pronunciar las palabras. Conoces los conceptos, pero no puedes hablar con seguridad de ellos con otras personas. Así que te quedas callado. Es la maldición del autodidacta. O «autodidiacta», como dije ese mismo día, en la misma entrevista. Qué desastre de conversación.

De modo que hago lo que hacen todos los inseguros: llevo la conversación a un territorio en el que me siento protegida. O sea: yo. Hablo de mí

misma, toda la tarde. Les cuento todas mis batallitas: la mamada de la monja con pintalabios, Al Polla Grande, «las chicas gordas nadan bien». Hasta les cuento mi aventura en el programa *Midlands Weekend*, porque ya me siento en condiciones de reírme de aquella cría. Dolly Wilde puede reírse de Johanna Morrigan, con su cara sin maquillar y su ropa de pena.

«¡Soy el alma de la fiesta!», me digo mientras me sirvo otra copa y les veo reír, felices y escandalizados con mis anécdotas. A Christian le impresiona especialmente la historia de cuando entrevisté a Mark E. Smith de The Fall y le pregunté si ligaba mucho con las

groupies, y Smith me contestó, taladrándome con la mirada: «He follado más veces de las que tú has cenado caliente», a lo que yo respondí, dándome palmaditas en la prominente barriga: «*Eso lo dudo mucho.*»

—¡Ja, ja, ja, ja! ¡*Qué bueno!* —dice Christian.

No le cuento que, en realidad, no se me ocurrió decir «*Eso lo dudo mucho*» hasta cuatro días *después* de la entrevista, cuando estaba en la bañera. En ese momento, me limité a decir, aturullada: «¡Qué suerte, me alegro por ti! ¡Y por ellas!», y pasar a la siguiente pregunta.

Pero eso son mentiras piadosas.

Podría haberlo dicho, y básicamente, es lo mismo que si lo hubiera dicho. Las mentiras piadosas no tienen importancia cuando estás fardando de legendaria. Y cuando estás fardando de legendaria, no importa que hables sin parar.

Son las seis de la tarde, y curiosamente, a muchos el alcohol les ha despertado las ganas de practicar deporte.

—¡Basta de hablar! —se impone Rich, y se lleva a sus invitados, que son unos inquietos, al jardín para jugar a un juego que se juega con volantes y raquetas de bádmin-ton.

—Lo siento, no llevo un *sujetador* adecuado —digo yo cuando me piden que juegue. Reparo, un tanto dolida, en que Rich parece aliviado de que no participe en el juego. Decido ser noble y les digo adiós con la mano, en plan Maggie Smith.

Ni por asomo me voy a poner a practicar una actividad física delante de esta gente tan ágil: no tengo *nada* que hacer en una situación que implica correr de un lado para otro y en la que se necesita coordinación mano-ojo.

Por tanto, me quedo sentada con aire beatífico y les veo jugar bajo la luz del último sol de la tarde. Ahora tienen un aire... lánguido. Es como el vídeo

«Avalon» de Roxy Music: imágenes ligeramente desenfocadas y juventud dorada.

—¡Ven a jugar, Dolly! —me grita Will, jadeante, con una raqueta en la mano.

Niego con la cabeza, con cierto pesar.

Porque en el paraíso vienen a pedirte que juegues con ellos, pero tú no sabes cómo subir a bordo de su carabela, ni sabes montar en sus cisnes. Les oyes gritar sus nombres (¡Emilia! ¡Will! ¡Frances! ¡Christian!), unos nombres que no tienen que sobrellevar pesos, ni aparecer en formularios de solicitud de prestaciones sociales,

suplicantes. Nombres que siempre serán simplemente una alegre firma en una tarjeta de felicitación de cumpleaños, o en un cheque bancario; nombres que nunca gritará nadie en una habitación llena de gente angustiada.

¡Ay, vuestros nombres! ¡Nunca entenderéis la ansiedad que me generan, en el fondo! Nunca sabréis que me preocupa no poder pronunciarlos sin sarcasmo. En el sitio de donde yo vengo, vuestros nombres son chistes.

Suspiro y enciendo otro cigarrillo.

Dos horas más tarde ya es de noche. Estoy sentada con Emilia, que se ha

dado de baja del juego después de que Tony, sin querer, le haya pegado con la raqueta en la mano.

Emilia tiene la mano apoyada en una bolsa de guisantes congelados, y la estoy medicando con ginebra para paliar el dolor, porque nos hemos acabado el MD 20/20. Estamos en esa fase de la borrachera en que tu cara flota mientras habla con otra cara flotante.

Hemos mantenido una conversación interesante y variada: marxismo, Suede, Chanel No. 5, miedo a la locura, Guns N' Roses, que ella es la preferida de sus padres y lo incómodo que resulta eso, cuál es el mejor animal (coincidimos en el centauro), y si todas las chaquetas de

terciopelo te hacen parecer gorda (sí).

Emilia habla mucho de mis artículos para *D&ME*, de la que ella es fan; sobre todo de mi artículo sobre The Breeders, donde dije que Kim Deal tenía unas pantorrillas tan gordas y desproporcionadamente musculosas que debía de pasarse el día montando en una bicicleta minúscula y subiendo cuestas con ella. «Era *tronchante*.»

Y entonces, hacia las nueve de la noche, me dice algo muy sonado. Se inclina hacia mí en plan confidencial y me dice que lo sabe todo sobre mí, porque Rich y ella salían juntos hasta hace poco. Ella lo dejó, y él se quedó muy disgustado. «Pero todavía follamos

de vez en cuando. Sin compromiso, ya me entiendes, ¿verdad?»

Esta revelación me pilla desprevenida, en esta noche deliciosa, y muy borracha: recibo una descarga repentina de dolor y vergüenza. Siento como si estuviera firmando el comprobante de entrega de un paquete que ahora ocupa todo el jardín.

Al principio, cuando me lo dice, me dan ganas de romper a llorar. Me dan ganas de echar a correr. Quiero echar a correr (quizá después de prenderle fuego a mi pelo) y no volver nunca.

¿Él todavía está enamorado de esta chica, a la que se tira, y me ha traído aquí para que la conozca? Menuda

ocurrencia más *horrible*. Curiosamente, tratándose de alguien a quien acaban de partirle el corazón, lo que más me enfurece, al principio, es que Rich ni siquiera se ofreció a pagarme el billete de tren para venir hasta aquí.

«Me he gastado casi cincuenta libras para venir a conocer a la chica que le gusta. Y les he comprado una taza a sus padres», pienso. «Por ese dinero, esperaba cierta exclusividad, y no un “Ah, Dolly, ésta es la chica en la que suelo pensar cuando me corro dentro de ti”. No esta clase de fiesta sorpresa.» Esto es una putada gorda.

—Pero lo llevamos bien, ¿eh? —añade Emilia, un poco nerviosa por mi

reacción—. Ya me ha dicho que tú tienes otros rollos, que sólo os interesa el sexo. Que tú... haces cosas... Bueno..., que eres...

—¿Una caballera andante del sexo? Sí. Sí, es verdad —le digo para que se relaje un poco—. Soy una mosquetera erótica. ¡Soy Liviana Jones!

—Qué guay. A mí también me gustaría ser así —dice Emilia—. ¡Una caballera andante del sexo!

Brindamos por las caballeras andantes del sexo.

Y, entre borracha y desesperada por no acercarme a la vergüenza que está posada en el césped, cerniéndose sobre mí, tomo una decisión para salvar mi

orgullo.

Decido demostrar que no me afecta esta situación tan humillante de la que no tenía noticia, y decido que la mejor forma de hacerlo es darme el lote con Emilia. Así recuperaré mi supremacía dentro de este grupo: me morrearé con la chica que le gusta a Rich. Al fin y al cabo, después de las once de la noche todo el mundo es bisexual.

Pasados treinta segundos, descubro que besar a una chica tiene su gracia. Bueno, al menos a esta chica. Es tan suave, y tiene una carita tan pequeña, que es como si no estuviera pasando nada. Es un besito dulce, que me recuerda a un gatito acurrucándose

contra su madre. Pero mola. ¿A quién no le gustan los gatitos? A mí me encantan. Sigo besándola.

Veo que los demás, en el césped, han parado de jugar y nos observan.

Oigo a Tony decir, satisfecho: «Es tan *guarra...*»

Me entusiasma oírsele decir.

«¡Es *verdad!*», me digo. «¡Soy una *guarra!* ¡Mira cómo farda Tony de novia salida!»

Le pongo aún más entusiasmo a mi morreo con Emilia: le acaricio la cara y el pelo. Estoy montando un espectáculo.

Tras unos minutos de silenciosa contemplación desde el jardín, Tony deja a sus compañeros de juego y viene

a sentarse a la mesa, a nuestro lado. Se fuma un cigarrillo sin decir nada; de vez en cuando estira un brazo y nos acaricia el pelo a Emilia o a mí, pero, por lo demás, no dice ni pío.

Al final, me despego de la chica, miro a Tony y le digo «Hola» con voz sensual.

—No, por mí no pares —dice Tony con esa voz lenta y grave que pone cuando está cachondo—. Me encanta ver que os lleváis tan bien.

Pero me fijo en que le acaricia el pelo más a ella que a mí.

Así pues, mi desesperación y mis niveles de MD 20/20 y ginebra en sangre deciden volver a controlar esta

situación subiendo un peldaño más: propongo hacer un trío. No sé si tiene mucha lógica, básicamente porque estoy pedo. Pero deduzco que si soy la chica que menos le gusta, y, sin embargo, soy yo la que propone lo más deseado, volveré a convertirme en la chica que más le gusta.

Y cuando Tony coge suavemente a Emilia por un rizo del pelo, y la aparta de mí para besarme, pienso: «¡Sí! ¡He acertado!»

Y luego, cuando la besa a ella, pienso: «Bueno, sólo lo hace por educación. Además, esto ha sido idea mía. Las riendas sigo llevándolas yo.»

Le acaricio el pelo a Emilia

mientras Tony la besa, para no quedar fuera.

—*Ta n* tremendamente puerca — dice Tony; me mira fijamente, y luego la mira a ella, y se le dilatan las pupilas.

«¡Esto va de maravilla!», me digo. «¡Estoy a punto de pasarme una pantalla sexual!»

—Perdonadme un momento —digo con un murmullo; me levanto y estoy a punto de caerme. He bebido mucha ginebra desde la última vez que me levanté—. Vuelvo enseguida.

Les digo adiós con la mano, picarona, a lo Carmen Miranda; entro con mucho cuidado en la casa y subo al dormitorio. ¡Tengo que prepararme para

mi primer trío! ¡Tengo que estar guapa!

Saco mi delineador de ojos del bolso y me lo aplico hasta que mis ojos quedan rodeados de negro. Me echo desodorante en las axilas, porque quiero oler bien. ¡Las chicas son muy quisquillosas! Y luego me echo perfume: Vanilla Musk de Body Shop, el método más sofisticado, en los años noventa, de enmascarar el olor a tabaco. Luego me lavo los dientes sentada en la taza del váter. Parezco una novia gótica guarrilla preparándose para su noche de bodas bisexual.

La ventana del cuarto de baño está abierta, y oigo una conversación, apagada, en el jardín. Tony habla con

Christian, Will y Frances; les está invitando a marcharse.

Paro de lavarme los dientes un momento.

—Sí, vamos a dar una vuelta — propone Will—. Vamos al pub.

Christian se resiste.

—Estoy cansado —dice, enfurruñado.

Hay una pequeña refriega, y risas; por lo visto, Tony está pegando en broma a Christian.

—¡Ay! —protesta Christian entre risas—. ¡Vale, vale!

Entonces dice algo en voz baja que no alcanzo a oír, pero que acaba en «tu plebeyita».

A continuación les oigo marcharse (ruido de botellas, Christian quejándose: «Bueno, espero que no esté muy lleno. No me apetece nada quedarme de *pie* en la *barra*»).

Me quedo un momento donde estoy, tratando de asimilar lo que acabo de oír.

Una «plebeyita». Soy... «su plebeyita».

Y por segunda vez esta noche, me explico cómo tengo que abordar esta situación. Me *ordeno* afrontarla. Seré quien la situación me exija ser. Finge hasta que lo consigas, nena. *Voy a ser* esa plebeyita, como cuando Jane Eyre, venida a menos, conquista a Rochester. O como... Julia Roberts y Richard Gere

en *Pretty Woman*. ¡Voy a demostrar mi nobleza! He triunfado sexualmente, contra pronóstico, a base de ser yo misma. ¡Dos pájaros de un tiro! ¡Soy una chica de clase trabajadora que practica sadomaso y monta tríos! ¡Mi CV sexual incluye *todos* los vicios! *Tío*, soy la bomba. Cuánto te quiero, golfilla.

Pero cuando vuelvo a la terraza y saludo a mis dos compañeros de juego con un alegre «¡Venga, va, *empecemos* el trío!», veo a Tony restregándose contra Emilia, que tiene la espalda apoyada en la pared, y con una mano dentro de su sujetador.

—Oh —les digo—. Veo que...
vosotros ya habéis empezado.

Me quedo un minuto allí plantada.

Los primeros treinta segundos no pienso en absolutamente nada; me siento como el Coyote cuando corre más allá del borde de un precipicio y hace bicicleta con las piernas en el aire. ¿Es esto malo? ¿Es malo que me sienta mal? ¿Debo ordenarme no sentirme mal?

—¿Hola? —digo.

Tony y Emilia me miran. Emilia está completamente borracha, pero tiene las manos sobre el pecho de Tony. Tony me tiende una mano.

—¡Únete a nosotros! —me dice con una sonrisa.

Yo no me muevo.

—¡Va, ven! —insiste, sin retirar la mano.

No sé qué decir.

—No estés *triste* —me dice, como si intentara animar a un crío enfurruñado.

—Hombre —le digo. Trato de localizar mi insatisfacción. Lo único que puedo hacer es exponer un hecho—: Tenías una mano debajo del sujetador de Emilia.

—¡Pero si has propuesto que montáramos un trío! —dice Tony.

—Ya, pero *tú* has empezado a montar un dúo —le contesto.

—El dúo está *dentro* del trío. Es

inherente a él —argumenta Tony, riendo. Se acerca a mí (dejando a Emilia apoyada en la pared con cara de no entender nada) y me besa—. Ven, cariño —me dice—. Déjame enseñarte una guarrada *de verdad*.

Y de pronto, por primera vez desde hace muchos años, me cabreo. Hasta ahora siempre he evitado la ira; no me gusta cómo acelera mis pensamientos y mis emociones; me recuerda demasiado a la ansiedad. La ira es como echar ácido en agua hirviendo: hace que las cosas burbujeen descontroladamente. Te hace actuar y hablar con una aceleración peligrosa, y yo ya me siento demasiado acelerada.

Pero ahora... la siento como un inesperado aguacero de poder. La percibo (en caso de que pueda dominarla) como la solución a este problemático día. Porque estoy *indignada*. Estoy *ofendida*. Ha llegado mi carruaje, y pienso montarme en él.

—Vamos a dejar clara una cosa —digo colocándome bien la chistera y tratando de no caerme de esta furia galopante—. Vamos a dejar *muy* clara una cosa: aquí la guarra soy *yo*. *Yo* soy la experta sexual. He follado más veces de las que tú has cenado caliente. Ya me corría pensando en leones que hablan, en Narnia, mientras tú hacías tus putos *exámenes de selectividad*. Yo he *leído*

al marqués de Sade, en lugar de sólo escuchar a la Velvet Underground con unas estúpidas botas puntiagudas. He follado con un nabo tan grande que casi me mata. *Yo* he visto naves en llamas más allá de Orión, y rayos-C brillar en la oscuridad cerca de la Puerta de Tannhauser: todo eso *en mis bragas*. La perversión es que yo te folle *a ti*, y no al revés. Yo te ligué *a ti*.

Mientras digo eso, empiezo a llorar. No de tristeza, sino de... pena por haber *tenido* que decirlo. De lo estúpida que me siento por haber venido aquí con este tío tan estúpido.

—Soy yo la que te ha tratado como un objeto *a ti* —continúo, procurando

contener los sollozos que arruinarían este soliloquio—. Tengo una *libreta* donde llevo la cuenta de los polvos que echo. Por follar contigo me van a dar *el premio gordo*. En el club de obreros *me felicitan*. En los barrios de trabajadores también *sabemos divertirnos*, ¿te enteras? Yo no soy tu... *plebeyita*. Tú eres mi *pijito*, más bien.

Es mi batería. Es mi batería. Todos estos tíos a los que me he tirado son mis baterías.

Tony está callado, mirándome de hito en hito. Y detrás de él está Emilia, mirándome también de hito en hito. Entonces veo lo que he hecho: les he soltado un sermón de borracho sobre el

sistema de clases. Sé lo que eso significa. Por fin me he convertido en mi padre. Sólo sé una forma de poner fin a un discurso así.

—Soy el hijo bastardo, gitano y judío de Brendan Behan —digo—, y, algún día, ¡TODOS LOS CAPULLOS COMO TÚ SE INCLINARÁN ANTE MÍ!

Hago una pausa. Rich y Emilia siguen mirándome en silencio.

—Y ahora me voy con mi cabreo a fumarme un cigarrillo marxista —concluyo.

Me lo fumo por la escalera, y en el dormitorio, aunque dentro de la casa no se puede fumar. Luego apago el cigarrillo en el plato de cerámica que

hizo Tony cuando tenía siete años, aplastándolo en el retrato de su madre que me recuerda a Data derretido. Me tumbo en la cama y me quedo inconsciente.

Me despierto en medio del espléndido coro del amanecer: yema de huevo y pluma de fénix, y ese cuero gris, perlado, tan particular de las patas de las cacatúas, con el que se podría hacer un bonito sofá Chesterfield, aunque para eso habría que sacrificar cincuenta mil cacatúas. Los pájaros son la leche. ¡Mira cómo le cantan al sol naciente! Sus voces llenan su débil piel dorada hasta que ésta asciende flotando en el horizonte, como un resplandeciente zepelín de sonido. Dios mío, todavía estoy borracha.

Me vuelvo a dormir, y vuelvo a despertarme a las ocho. Ya es de día.

Me levanto de la cama (Rich todavía duerme, despatarrado tal como cayó anoche, horas después de subir yo; tiene chupetones en el cuello. *Qué* capullo), me visto, recojo mis cosas, busco las Páginas Amarillas y pido un taxi.

Sentada en el escalón de la puerta de la calle, fumando un cigarrillo mientras espero a que llegue el taxi, vivo un repentino e inesperado momento de calma; es como si hubiera pulsado el botón de «pausa» en una vida que parece llevar un tiempo en «avance rápido».

El humo asciende dibujando

espirales, como una cuerda india; me miro las manos y pienso: «Parecen manos de adulto. Ya tienes manos de adulto, Johanna.» Manos de adulto fumando un cigarrillo de adulto el día después de haber impedido una debacle sexual.

Me siento maravillosamente libre. Anoche iban a pasarme cosas que no me gustaban, y lo *evité*. Hasta ahora, nunca había evitado mi propia desgracia. Nunca me había plantado en el camino que iba a conducirme a la desgracia y me había dicho (con cariño, como lo diría una madre): «¡No! ¡Esta infelicidad no te corresponde! ¡Da media vuelta y toma otro camino!»

Hasta ahora, siempre me había resignado y había aceptado cualquier destino, muda y obediente, preocupada por parecer rara, o poco digna de un polvo, o por causar molestias.

Pero las cosas han cambiado: ahora, por lo visto, soy una chica capaz de instigar un trío y, luego, de *cancelarlo* y pedir un taxi. Llevo las riendas de mi vida. ¡Puedo alterar mi destino! ¡Puedo reorganizar la noche! ¡Puedo decir «sí», y, *luego*, «no»! Todo esto es nuevo para mí. Y me gusta. Me gusta la información que recibo sobre mí misma. Soy un dossier recopilatorio. Soy mi propio tema de especialidad.

El taxi llega detrás del BMW de los

padres de Tony. Los dos vehículos suben por el camino de grava, curiosamente dispares: el reluciente BMW de los Rich y, para mí, el destartalado Ford Fiesta con una enorme antena de radio.

Los padres de Tony salen del coche con sus bolsas, y vienen a saludarme. Me cuelgo la mochila a la espalda y voy a estrecharles la mano.

—Muchas gracias por todo —les digo con mi voz más pija—. Tienen ustedes una casa muy bonita. Preciosa. Pero un hijo muy malo.

Y me meto en el taxi y me largo.

En el tren, de regreso a Londres,

mareada y con resaca, me doy cuenta de que ya no salgo con Tony Rich. En parte, porque le he gritado cuando estaba borracha, pero sobre todo porque en realidad nunca he salido con él. Y me doy cuenta de que, en realidad, yo nunca *quise* salir con él. Me he comportado como una campesina desesperada por casarse que se ofrece al primer mercachifle apuesto que llega a la aldea para vender sus lazos y sus tónicos.

Apoyo la frente en el cristal de la ventanilla y me doy una pequeña charla.

«A ver, tú ¿qué *quieres*?», me pregunto, de buen rollo. «¿Dónde *quieres* estar? ¿Qué te conviene? ¿Quién te *gusta*, en realidad?»

Y la respuesta es obvia: John Kite. Me gustaría quedar con John Kite y charlar con él. Me gustaría tener una conversación con John Kite y hacer todo eso que hacemos juntos: estar de acuerdo en cosas, terminar el uno las frases del otro, sentir que somos las dos mejores personas del mundo. Y sé dónde encontrarlo: en The Good Mixer, en Camden. Allí es donde acabará apareciendo, si espero el tiempo suficiente. Voy a bajarme de este tren y voy a ir a buscar a John Kite.

Entro en el pub a mediodía. El Mixer es un viejo pub como cualquier

otro, pero en Camden, en 1993, viene a ser como el *Cheers* del mundo de la música indie, y si te sientas a la barra el tiempo suficiente, aparecen todos los miembros del reparto. James, de los Manic Street Preachers; Norman, de Teenage Fanclub; Miki, de Lush. Creo que los Blur tienen la mesa de billar reservada permanentemente; a su lado, una mesa donde dejan las cervezas. Dado que yo sólo soy un personaje muy secundario de esta comedia indie (la madre de Cliff, más o menos), saludo con la cabeza a los que conozco de algo, y luego la agacho, me dirijo a una mesa libre de un rincón, enciendo un cigarrillo y espero a que llegue John

Kite.

A la 1.30 me canso de esperar y salgo afuera, donde hay unos desvencijados tenderetes de mercado, y me compro un ejemplar viejo de *Ulises* y una bolsa de mandarinas. Sentada en el bordillo, pelo las mandarinas y leo a Joyce bajo la débil luz del sol. Nunca había intentado leer a Joyce. Durante veinte minutos, disfruto con esa narración que parece trascender el tiempo y el espacio (el pasado, el presente y el futuro del autor, como él mismo, como perro y como el propio mar), y entonces me doy cuenta de que he leído dos veces la misma página. «Joder, ahora no puedo con esto», me

digo, y me compro *Viz* en el pequeño supermercado de enfrente.

A las 2.59, cuando ya he vuelto a entrar en el pub, John aparece por fin (traje de lino arrugado, zapatos con cordones, anillos de oro). Va con un grupo de gente, pero al verme viene a mi mesa, con esa sonrisa que parece la luz de un faro; ya está un poco borracho.

—¡Duquesa! —brama—. ¡Navidad en pleno mes de agosto, y me la traen a mi pub, a mi *mesa*, para que disfrute de ella! ¡Eres un bálsamo para la mala leche!

—¿Cómo te va? —le digo, aparentando que no pasa nada.

—Pues mira, bien —dice Kite.

Enciende un cigarrillo y se sienta a mi lado, obligándome a dejarle sitio—. El camino es largo, y se hace andando. Oye, ¿qué te pasa?

Rompo a llorar.

Kite se pasa tres minutos tratando de tranquilizarme (¡Dutch! ¡Eh, Dutch!); luego me rodea con sus enormes brazos, que me envuelven por completo, y me quedo dentro de él, como un búho en el tronco hueco de un árbol. Jamás había llorado tan a gusto: si todas las lloreras fueran tan agradables, lloraría más a menudo.

Me calmo un poco, en parte porque me siento mejor, y en parte para poder inhalar ilícitamente la colonia de Kite;

paro de llorar del todo con un gran estremecimiento, como un coche que ha bajado sin frenos por una cuesta y se detiene al empotrarse en unos arbustos.

Cuando por fin salgo de su abrazo, veo que el barman nos ha traído una botella de ginebra a la mesa y que Kite ha servido dos vasos.

—Ve a lavarte la cara —me dice Kite, cariñoso—, y luego ven, que vamos a arreglar el mundo. Y si estás triste un segundo más, ¡algún capullo lo va a LAMENTAR!

Voy al lavabo y me quito el maquillaje, que se me ha corrido. Empiezo a aplicarme sobre la cara, otra vez, la cara de Dolly Wilde, pero

entonces decido que me importa un cuerno. Kite ya me ha visto sin maquillaje. No hace falta que me esfuerce.

Cuando vuelvo a la mesa, los amigos de Kite se han marchado («Les he dado libertad para ir a donde quieran»), y él me ofrece un vaso de ginebra. Doy un sorbo, e inmediatamente me siento mejor, más tranquila.

—Me he peleado con Tony Rich delante de su novia *de verdad*, y lo he mandado a paseo. Creo que yo no puedo ir a sitios guay, ni hablar con gente guay —digo por fin—. Creo que no puedo. Yo pertenezco al gueto, debo estar con mi gente.

—Chorradas. Tú podrías adornar el Palacio Ducal —dice Kite con firmeza.

—No, en serio. Todavía estoy demasiado... *verde* para ir por ahí. Siempre meto la pata.

Y le cuento que he estado en casa de Rich, con sus amigos; y le explico lo que he dicho, y cómo ha terminado todo. De vez en cuando, él ríe a carcajadas («¡Naves en llamas más allá de Orión, *en tus bragas!* ¡Jajajaja!»), pero hacia el final de la historia hace muecas de dolor, cuando le describo la escena de sexo. Por fin dice:

—Pero a ver, ¿qué hay entre Rich y tú? ¿Resulta que no es el gran amor de tu vida?

Miro mi vaso de ginebra, cabizbaja.

—¿Te acuerdas de cuando la princesa Diana dijo que en su relación había tres personas? Pues creo que en la nuestra sólo había una: yo. Resulta que no valgo lo suficiente para él.

—Te equivocas. Creo que él no vale lo suficiente para *ti* —me corrige—. Creo que sólo te interesa porque es escritor, y tú también eres escritora, y lo que quieres es tirarte a un escritor, porque eso es lo más parecido a tirarte a ti misma. Tú te gustas, querida. Como debe ser. ¿Habrías salido con él si hubiera sido... un vaquero, o... un espía?

—¡Ja, ja! No.

—Pues ya está.

Lo pienso un momento. Pienso en qué es lo que más me gusta de Rich: las llamadas de teléfono guarras; cómo describe nuestros polvos mientras estamos en ello. Me doy cuenta de una cosa:

—Me parece... que sólo quería follar con él por la crítica. Sólo quería que Tony Rich me dedicara una crítica. Para ver cómo era.

—¡JAJAJAJA! Y seguro que te puso cinco estrellas. Seguro que te eligió Álbum del Año. Culo del Año. Pero ¿sabes qué? No puedes salir con las críticas. Las personas no somos nuestro *trabajo*. No somos nuestro arte.

—*Yo sí* —le contradigo, y entonces veo que Kite me mira con las cejas arqueadas—. Bueno, *ahora* no. No todo el rollo... chica mala. Pero lo *seré*. Quiero hacer algo importante, como los hombres.

—Seguro que sí, tesoro —me dice él, y me besa en la coronilla—. Seguro que algún día serás un personaje importante.

Bebemos más ginebra, y luego más, y paso una de las mejores tardes de mi vida, parecida a aquella tarde irreal que pasamos merodeando por Dublín. Nos marchamos del Mixer y nos llevamos la botella de ginebra («¡Volveremos!», le dice Kite al dueño del pub, con un

floreo), subimos por Oval Road, hacia Regent's Park, bajo el último sol de la tarde, bebiendo y fumando.

—Ésa es la casa de Alan Bennett — dice Kite señalando con un dedo lleno de anillos una casa georgiana con una furgoneta desvencijada aparcada fuera —. Y ésa de ahí, la de Morrissey.

Esa tarde se hace patente la magia de Londres: cada calle tiene su genio particular; aquí es adonde todos vienen corriendo.

Llegamos a Regent's Park y paseamos por la rosaleda; continuamente salgo del sendero para examinar rosas especialmente bonitas que me llaman la atención, como chicas

sexys, y hundo la nariz en sus olorosos remolinos y le digo a John: «¡Ésta es la mejor! ¡No, ésta, ésta!»

Me enloquecen las rosas; querría llenarme de su perfume. Me imagino que soy una botella de cristal donde ellas se arremolinan. Soy una licorera, un pulverizador. Estoy enamorada de la opulencia de las rosas.

Cuando estoy con John, no necesito criticar nada, ni tener opiniones, ni adoptar poses; cuando estamos juntos nos limitamos a dejarnos llevar, a estar vivos, a fijarnos en cosas. Estamos en este mundo, simplemente. Nunca se me había ocurrido pensar en lo maravilloso que es eso. O quizá sí, hace mucho

tiempo, pero se me había olvidado. La vida me parece fabulosa. Me alegro infinitamente de estar viva. El sentido de la vida es la felicidad: hacerla posible, recibirla. La tierra es un tesoro lleno de personas y sitios y canciones, y todos los días puedes hundir las manos en él y encontrar un placer nuevo, asombroso y perfecto.

Encontramos un arriate de rosas amarillas, buscamos su nombre en el letrerito («Lluvia dorada») y nos echamos a reír a carcajadas. Al cabo de tres minutos, temo que el encargado de mantenimiento del parque nos eche, porque John se pone a gritar: «¡LLUVIA DORADA! Un tío se pasa treinta años

injertando esquejes en patrones, y luego va y llama al resultado LLUVIA DORADA. ¡Qué animal! ¿Por qué no lo llama CASCADA DEL OJETE? ¿O LEFA FLORAL?»

Me pongo a jugar con el agua de la fuente mientras John, sentado en el borde, fuma un cigarrillo y me cuenta la última visita que le ha hecho a su madre («Ya ni siquiera me mira a los ojos, Dutch. Se queda mirando por la ventana y describe las cosas, hasta que se acaba la hora de la visita»), y le pego en el muslo con el puño para mostrarle mi solidaridad, y él dice: «Nunca le cuento estas cosas a nadie más que a ti, hermanita.»

Vamos paseando hasta el zoo (Kite paga las entradas), nos sentamos y fumamos mientras oímos a los gibones, que se comunican entre ellos con unos gritos agudos, oscilantes y eléctricos en las copas de los árboles.

A estas alturas ya estamos muy borrachos (nos hemos pulido hasta la última gota de ginebra), y cantamos con los gibones; Kite hace un dueto con un macho, y entona fragmentos de sus canciones intercalándolos con los gritos del mono. Es muy bonito ver a un hombre al que amas haciendo un dueto con un mono; sus melancólicos sonidos

le sientan bien a la luna, que se alza, pálida, en el cielo azul, por encima de las jaulas.

Para sacarle el máximo partido a esta experiencia, llevo toda la tarde fumando un cigarrillo tras otro. Abro mi segundo paquete de Silk Cut, y John se queda mirándome.

—Nunca había visto a nadie fumar con tanta voracidad y tanta dedicación a la causa como tú —comenta.

—No *puedes* decir eso —le reprendo, y me quedo con el mechero en la mano—. Empecé a fumar por culpa *tuya*.

—Ah, bueno. Yo empecé por culpa de John Lennon. —Suspira y saca un

cigarrillo de mi paquete—. El rock 'n' roll es una niñera terrible, cariño.

Lo miro, y de pronto pienso una cosa que me emociona y que sé que no podré ocultar mucho tiempo. Quiero decírselo.

Arrastro a Kite hasta el recinto de los lobos (farfullando y tropezando), porque allí es donde Withnail pronunció su gran discurso, y yo voy a pronunciar el mío. John se arregla los gemelos de la camisa y dice:

—¿Qué pasa?

—He resuelto todos los problemas científicos y matemáticos, y mi conclusión es ésta: tendríamos que *besarnos* —digo, muy decidida—. Tenemos que besarnos, y tiene que ser

ahora. No puedo pasar ni un momento más sin besarte. Necesitamos besarnos, y así lo sabremos. Dejémonos de titubeos y empecemos a besarnos. ¡PONGÁMONOS MANOS A LA OBRA!

A la mañana siguiente, cuando me despierto, eso es lo último que recuerdo bien: que hablaba de besarnos con John Kite, delante del recinto de los lobos de Regent's Park.

¿Y luego? ¿Qué pasó luego? Pues no lo sé. Después de eso, todo es oscuridad empapada de ginebra; el alcohol ha destruido las neuronas encargadas de conservar recuerdos turbadores. El

sistema es muy práctico, y funciona.

Abro los ojos.

Estoy en la habitación de hotel de Kite, tumbada en su cama, completamente vestida. Él todavía duerme, en la bañera; también está completamente vestido. Recuerdo vagamente que dijo: «Hoy me toca a mí dormir en la bañera, Duquesa» y se metió dentro. Así pues, ¿entonces todavía nos hablábamos? No puedo haber hecho nada *excesivamente* grave, pero... sí: le propuse besarnos. ¡Johanna! *No vuelvas* a hablar de besos. Para. Para de hacer cosas y *piensa* un poco.

Vale. Me voy a mi casa. A pensar.

Lo meto todo de cualquier manera en mi mochila (meto también los ceniceros que hay en la mesa, como me enseñó Kite) y le escribo una nota: «Tengo que volver a casa. *Gracias*. Lo siento. Me llevo los ceniceros, claro. xxxx.»

Salgo del hotel. ¿Dónde estamos? Creo que en el Soho. ¿Todavía estoy borracha? Sí. Echo a andar hacia la estación y procuro serenarme. Hablo conmigo misma, como haría con un niño preocupado, o con Lupin en pleno ataque de terror nocturno. ¿Qué haces, Johanna?

Vuelvo a acordarme de la visión que tuve de cómo sería mi vida adulta: iría a una fiesta, en Londres, en la que estarían

todos mis colegas, y cuando entrara me aplaudirían por el último artículo que habría escrito, o por mi última hazaña. Gritarían «¡Bravo!» y me invitarían a champán, como debían de hacer cuando Wilde estrenaba una de sus audaces obras de teatro.

Pienso en lo que pasa en la vida real: sale un número nuevo de *D&ME* y mis colegas me tiran cerveza por encima porque a uno lo he llamado «inútil caraculo».

Pero seguro que saben que *en el fondo* soy una persona noble y buena, enamorada de la vida, ¿no? Seguro que todo el mundo se da *cuenta* de eso, independientemente de lo que yo diga,

¿verdad? La gente debe de detectar que, debajo de mi severo discurso, soy una chica que todavía sueña con tener un perro salchicha, y que llora por Nelson Mandela.

Cuando llego a la estación de Euston, voy al quiosco y me compro un ejemplar de *D&ME*. Voy a hacer un experimento. Voy a fingir que soy John Kite (que se despierta desconcertado porque una amiga suya le hizo proposiciones anoche, y se pregunta si no estará un poco loca), y voy a leerme todo lo que he publicado en el número de esta semana, para ver a qué conclusión llego, si soy una buena persona o no. Voy a poner a prueba a mi

yo que escribe, para ver si soy realmente *yo* o no. Para comprobar si *soy* una artista, como quiero pensar.

En el tren, consigo un asiento con una mesa para mí sola (¡Bingo!) y empiezo a beberme el batido de chocolate de McDonald's (mi remedio de emergencia para la resaca) mientras hojeo la revista con manos temblorosas. Paso un breve momento de pánico cuando veo un artículo destacado de Tony Rich (¡No pienses en Rich! ¡No pienses en Rich!), pero luego retrocedo y lo leo, y hago lo que hago siempre: ver si me menciona a *mí*, aunque sea indirectamente.

Pero no encuentro nada: no habla de

amor, ni de polvos, ni de chicas. Es evidente que por muchas veces que le chupe la polla a este tío, *no* me va a immortalizar. John tiene razón. El único sitio donde voy a ver mi nombre en esta revista es en lo que haya escrito yo, y aquí, en la página siguiente, está *mi* artículo, más destacado y más largo que el de Rich, lo cual me alegra enormemente.

Es mi «análisis» del nuevo álbum de Soup Dragons, un grupo escocés que se ha subido al carro de la escena musical de Madchester, y que es objeto de mucho escarnio. Kenny me había comentado algo sobre mi artículo por teléfono, después de que yo lo entregara,

pero en ese momento no le di importancia. Ahora veo, alarmada, el título que le ha puesto: «Wilde va demasiado lejos, por fin».

El artículo se basa en la ficción de que el grupo está en el banquillo, acusado de crímenes contra la humanidad por su carrera. «Si hemos de tomarnos en serio la Convención de Ginebra...», empieza.

... si hemos de exigir responsabilidades a quienes cometen atrocidades que conducen a la destrucción de la humanidad, sin duda debemos condenar a los Soup Dragons. Miembros de las fuerzas de seguridad armados los sacarán de su

cuchitril escocés (¡No beban la leche de la casa de Soup Dragons, porque seguro que está contaminada!) y los sentarán en el banquillo. Miradlos: aquí están, con sus grilletes.

—¿Qué tenéis que decir en vuestra defensa? —pregunta el juez, un hombre de mirada bondadosa, harto de oír tantas pruebas; un hombre en cuyos oídos todavía resuenan los traumáticos gritos de los cuatro minutos de «Dream-On (Solid Gold)».

—¡Sólo intentábamos entretener a los chicos! —se lamentan los Dragons—. ¡Sólo intentábamos ser libres, hacer lo que queremos, en cualquier momento!

—Pero ¿es cierto que, deliberadamente, y con conocimiento previo, cogisteis el indie-rock que hacíais antes, desmadejado y

enervante, y, cobardemente, le metisteis un back-beat de batería funky, como el anterior ocupante de este banquillo, el Dr. Mengele, que se dedicaba a coser a gemelos rumanos; pero ni siquiera en nombre de la medicina, sino simplemente para lucrarnos, y para aparecer en un triste número 72 de las Listas Independientes?

—¡Quiero volver con mi mamá! — grita el cantante Sean Dickson mientras el público de la tribuna clama exigiendo la pena definitiva: que los Soup Dragons suban al escenario en el Festival de Reading el domingo a las once de la mañana, y que sus colegas les lancen botellas llenas de orina hasta matarlos.

No puedo seguir leyendo. Cierro la revista. Dios mío. He comparado a un batería, un bajo, un guitarra y un tipo con el pelo a lo paje que toca unas maracas con los nazis, y su música con los experimentos médicos de Mengele. He insultado a un montón de chicos de clase trabajadora de provincias a los que les encanta la música (chicos como yo) y he intentado que se *avergüencen* de querer hacer eso tan maravilloso: componer una canción. Una canción que alguien, en algún lugar, tal vez necesite. De todos los trabajos necesarios que hay en el mundo, yo me he impuesto *esta* deshonrosa tarea.

Aunque todo eso lo he escrito yo,

palabra por palabra, en este artículo, como en el de Rich, tampoco hay nada de mí. No estoy aquí, en este personaje lleno de mal genio que he tardado tanto en crear y por el que he tenido que tomarme tantas molestias.

Empecé a escribir sobre música porque me encantaba. Empecé aspirando a formar parte de algo, a disfrutar. A hacer amistades.

Pero, curiosamente, lo que he hecho ha sido fingir que soy una gilipollas como una catedral. ¿Por qué lo habré hecho? ¿Por qué me habré esforzado tanto para ser... peor de lo que soy? Tras casi dos años en *D&ME*, si hago balance, ésta es la conclusión: este

experimento ha sido un fracaso estrepitoso.

Como si el *D&ME* estuviera contaminado, me levanto y lo tiro a la papelera del baño. Vuelvo a mi asiento, pero cada vez me cuesta más quedarme sentada. Me siento mal. Me siento mal en todas partes, me ponga como me ponga. No tengo pensamientos reconfortantes a los que recurrir.

Mi pensamiento negativo definitivo es éste: que he ofendido a John Kite. Esta mañana, cuando se levante (desconcertado por mi actitud), leerá este artículo y decidirá que no quiere volver a verme. Aquí no hay nada que pueda inspirar a nadie a amarme, ni a

estar a mi lado. Ni siquiera *yo* estoy a mi lado. He perdido a mi único amigo. A mi espejo bueno.

Este pensamiento acaba con cualquier otro pensamiento. Me corta la respiración. Empiezo a respirar superficialmente, hasta que necesito apoyarme en la ventanilla del tren y chuparme el pulgar, y respirar entrecortadamente con los nudillos pegados a los labios. Me desespero de mí misma. Me pregunto cuántas veces más, a lo largo de la vida, me daré cuenta de que soy una capulla y tendré que gritar: «¿Se puede saber qué *haces*, Johanna? ¿Qué has *hecho*?», como si hubiera sorprendido a Lupin dibujando

en la pared.

Me paso la siguiente hora del trayecto pensando en cómo puedo arreglar esto, si es que puedo. Primero tengo que escribir una carta de disculpa a los Soup Dragons, por supuesto. Y a C+C Music Factory, y a los Inspiral Carpets, y a U2, y más o menos a una tercera parte de todos los grupos musicales que existen, la verdad. Dios mío, ser una zorra reformada me va a costar un ojo de la cara en sellos.

A continuación tengo que alejarme de John Kite, durante un tiempo, para evitar el momento insoportable en que lo veré mirarme con pena.

Y después tengo que volver a

escribir como escribía *antes* de convertirme en el vecino borde que le revienta la pelota a cada grupo al que se le va la pelota por encima de la valla de su jardín. Tengo que dar la cara y demostrar que soy un ser humano medianamente decente. En eso va a consistir en adelante mi carrera.

Pero todo eso llevará su tiempo, desde luego. Y no contesta mi pregunta más urgente: ¿qué hago *ahora* con este mal sabor de boca? ¿Qué hago hoy, esta tarde, este segundo?

Lo único que se me ocurre es hacer una rápida y nostálgica regresión a la infancia (que me encuentren tirada al pie de la escalera otra vez); pero esta vez

quiero estar destrozada de verdad. Porque si estás destrozado, quiere decir que lo sientes, y yo lo siento de verdad. Siento ese remordimiento salvaje y desasosegante que hace que te den ganas de empotrarte contra las paredes.

De vuelta en casa, en mi habitación, después de beberme media botella de Jack Daniels, hago lo más parecido que se me ocurre a tirarme por la escalera o empotrarme contra una pared: me hago cortes en un muslo con una cuchilla de afeitar. He elegido un muslo por su similitud con una pata de cerdo, sé hacer marcas con un cuchillo en una pieza de

carne de cerdo, porque un domingo lo hice, en la cocina de mi casa. Si has decidido empezar a lesionarte en un arrebatado de autoflagelación, es conveniente recurrir a habilidades aprendidas en el apartado de «Carnes» de *La cocina en Inglaterra*, de Dorothy Hartley:

«Pastel de carne de cerdo (siglo XIV): Limpia el cerdo y córtalo en trozos. De un buen cerdo no se desaprovecha casi nada. Un cerdo matado en noviembre proporciona carne fresca, careta y pastel de carne hasta Navidad.»

El primer corte me hace tanto daño que me hago el segundo sólo para

distraerme, esta vez en el brazo. Y luego me hago ocho más, deprisa. Con rabia, despreocupadamente.

Me duele mucho, y eso me sorprende.

Nunca se me había ocurrido pensar que las autolesiones pudieran ser... dolorosas. Durante el resto de mi vida, ésa es una verdad que me cuesta creer, del mismo modo que nunca llegaré a creer que la única forma de dejar de fumar sea no volver a encender un cigarrillo, que la única forma de dejar de emborracharte sea no beber, y que la única forma de guardar un secreto sea no contárselo a nadie.

Pero luego llega la recuperación.

Porque aquí sentada, dolorida, de pronto me doy cuenta de que he cambiado. Ya no me odio a mí misma. Ese millón de mirlos que habitan dentro de mí, y que picotean, frenéticos, los alambres de la jaula, se han quedado dormidos en el suelo. Este desastre con un millón de ojos que no puedo comprender, contener ni nombrar ha desaparecido, y lo han sustituido estas rayitas rojas y calientes, en mi pierna y en mi brazo.

«¡Así que ésta es la gracia de autolesionarse!», me digo, admirada. «¡Es traducir las emociones a acciones! ¡Es más sencillo! ¡Es burocracia! ¡Es puro *papeleo!*»

Lo encuentro tan aburrido que casi

me desanimo. Yo creía que iba a ser muy romántico y que iba a pillar un colocón de endorfinas, pero nada de eso: sólo estoy furiosa con mis extremidades, furiosa con mi piel.

Me tranquilizo durante un minuto. Y entonces veo que estoy sangrando más de la cuenta.

Desde el piso de arriba oigo «The Black Angel's Death Song» de la Velvet Underground a todo volumen, proveniente de la habitación de Krissi. Bajo y llamo a su puerta, y digo, tan jovial como puedo: «*C'est moi! C'est la fiesta!*»

Normalmente, cuando digo eso mi hermano me contesta: «¡Vete a tomar por saco!», pero esta vez no dice nada. Abro la puerta y lo veo tumbado en la cama, vestido, rodeado de estantes y más estantes llenos de semilleros. El volumen es ensordecedor: el horroroso violín de John Cale (suena como una uña arañando una pizarra), los ocasionales y violentos silbidos de pistón, y Lou Reed cantando como un Gollum encadenado. En la habitación se respira la misma alegría que en las catacumbas de París. Esto parece un tétrico osario de los Midlands.

—Con esta música vas a matar tus plantas —digo al cabo de un momento.

—Yo sí que me voy a morir. Esta ciudad me está matando —dice mi hermano con voz monótona.

Sigo plantada en el umbral hasta que Krissi levanta la cabeza y me mira. Cuando me ve, la expresión de su cara cambia completamente.

—Joder, Johanna. ¿Qué coño has *hecho*?

—Intentar arreglar las cosas. Pero la he cagado.

Salta de la cama y me arremanga la camisa.

—Hostia puta. Sangre. Vale —dice con sangre fría—. Necesitamos un torniquete.

Va hasta un cajón del que saca su

corbata del colegio, y me la ata en el brazo, por encima del codo.

—Levanta el brazo —me ordena—. Así parará la hemorragia. Joder, tía, *apestas* a whisky.

Le obedezco sin decir ni mu. Caen gotas de sangre al suelo, pero cada vez menos, hasta que la hemorragia se corta del todo.

—Siéntate en la cama —me dice Krissi—. Voy a limpiarte un poco. Y luego voy a preguntarte a qué coño te crees que estás jugando.

Coge su pulverizador de plantas y una toalla limpia y empieza a limpiarme el brazo, con cuidado, mientras yo hago muecas de dolor.

—Esto me recuerda aquella escena de *Indiana Jones y el templo maldito*, cuando Marion cura a Indie después de la pelea —digo tratando de desdramatizar un poco la situación.

—Ya puedes bajar el brazo. Y no pienso morrearne contigo —dice Krissi; sigue limpiándome el brazo con mucho cuidado—. Tú *no* eres ningún arqueólogo sexy. —Cuando lleva un minuto limpiándome, de pronto se para y dice—: Johanna, te has... ¿Qué mierda es ésta?

Me mira el brazo.

Con el pánico y la borrachera, no me he fijado en cómo me hacía los cortes, y resulta que las incisiones de mi brazo

forman letras. Las siglas de algo.

—¿NWA? —dice sin poder creer lo que ve. Vuelvo a mirarme el brazo.

Sí, los cortes forman las letras «NWA». Ahora parezco la fan de los Niggas With Attitude más chiflada del mundo.

—¡Ha sido un accidente! —le aseguro—. ¡Esto no es una *declaración*, es una errata! ¡Es muy difícil escribir con una hoja de afeitar! ¡No miraba lo que hacía, de verdad! Ya lo arreglarán después los correctores.

Mi hermano sigue mirándome el brazo.

—Estás loca.

—¡Sí! ¡Estoy loca! —Me pongo a

llorar a moco tendido.

Krissi me limpia los últimos restos de sangre del brazo y me dice, dulcemente:

—Johanna, ¿te importaría explicarme qué cojones está pasando?

Y se lo suelto todo. Le hablo de Rich, de Kite, del pánico, del artículo, de lo horrible que soy. Hacia la mitad de mi relato empiezo a llorar porque me duele el brazo, y Krissi vuelve a abrir el cajón y saca dos pastillas. Una se la toma él.

—Tómate una. Es la medicina de papá. Son muy fuertes. Y no puedes tomarte más de una —me advierte—. Crean adicción.

Me tomo la pastilla y lo miro. Pienso en lo callado que está últimamente.

—¿*Tú* estás enganchado?

—No lo sé —me contesta, tan tranquilo—. No he intentado dejar de tomarlas.

Cuando la pastilla me hace efecto, me acurruco junto a Krissi, en la cama, y él me abraza y me acaricia el pelo. Sigo hablándole de John Kite, pero nada parece ya tan grave, porque ahora estoy a salvo en la cama de Krissi, y creo que podría quedarme aquí eternamente. Se está muy calentito. Y yo estoy muy cansada.

—Siempre tendremos a los Bee

Gees, Kriss —digo, adormilada—. *Siempre* tendremos a Robin, Maurice y Barry.

—Johanna —dice Krissi mirando al techo—. A veces pienso que eso no será suficiente.

Pero ya me he quedado dormida.

Sueño que vuelvo a estar con John Kite, en el zoo de Regent's Park, por la noche. Estoy recordando lo que ha pasado. Estamos muy, muy cerca; somos la misma cosa, unida por la ginebra. Somos como las voces de los Bee Gees. Nos conocemos de toda la vida, y no hay nada que no pueda decirle, y sé qué

quiero decirle: es un discurso que he ensayado un millar de veces mentalmente.

Lo tengo escrito en mi diario, donde ocupa dos páginas. Lo cito de memoria mientras espero un tren, o mientras camino bajo la lluvia, o cuando necesito un mantra para animarme. Y dice así:

«Desde que te conocí, siento como si pudiera ver el sistema operativo del mundo, y es el amor no correspondido. Ésa es la razón por la que todos hacemos todo lo que hacemos. Cada libro, cada teatro de ópera, cada lanzamiento espacial a la luna y cada manifiesto existen porque alguien, en algún lugar, prendió en silencio al ver

entrar a otra persona en la habitación, y luego se consumió en silencio porque esa otra persona no se fijó en ella.

»Sobre los cimientos de los millones de besos que nunca nos hemos dado, yo te construí este teatro de la ópera, cariño. Maté al presidente porque no sabía qué decirte. Confiaba en que te fijarías en mí. Confiaba en que me verías. Convertimos lo que no hemos dicho en lo que hacemos.

»Amarte era el combustible sucio que me impulsaba durante mi era industrial. Hay que tener un hobby, y tú eres el mío. Mi hobby es estar enamorada de ti. Nunca fue el sol saliendo por la mañana lo que iluminaba

la habitación. Era yo, que llameaba en silencio cuando decías: “¿Una más?”»

Éste es el discurso que he llevado guardado en el corazón durante un año. Esto es lo que quiero decirle. Pero sé que no puedo. No puedes leer un discurso delante de una persona.

Así pues, esto es lo que le digo, borracha, en el zoo de Regent's Park: le explico que soy Chrissie Hynde, y que llevo pasta en el bolsillo, y que voy a hacer que se entere usando 1) mis brazos 2) mis piernas 3) mi estilo 4) mi garbo 5) mis dedos 6) ¡mi mi mi mi imaginacióooooon!

—Seremos como Burton y Taylor —
concluyo, feliz—. Amanda Burton y

Dennis Taylor.

Eso es lo que le digo a John Kite, y él me mira y abre la boca, y los lobos aúllan, y los gibones brincan, y me despierto en la cama de Krissi, con la cara contra su pecho. Y no me acuerdo de nada más.

Pasa algo raro. Amodorrada por la pastilla de mi padre, tardo un rato en averiguar qué pasa: me duele horrores el brazo. Es como si me fuera a explotar.

—¡Krissi! —grito.

Mi hermano se despierta sobresaltado.

—¡Voy a explotar!

Krissi enciende la luz y me mira el brazo, que se me ha hinchado muchísimo

y se me ha puesto morado. Tengo las uñas de un azul oscuro muy alarmante.

—¡Hostia! ¡El torniquete! ¡Sólo lo puedes dejar puesto unos veinte minutos! —dice Krissi; me desata la corbata mientras yo mantengo el brazo estirado, como Frankenstein—. ¡Me cago en la puta!

—¿Voy a perder el brazo? —me lamento.

—No digas chorradas, Johanna. Abre y cierra la mano para que vuelva a circular la sangre.

—¡No puedo! ¡No la noto!

Krissi me pone un dedo en el centro de la palma de la mano.

—Apriétame el dedo —dice.

Intento doblar un poco los dedos.

—Más —dice Krissi, muy serio.

Vuelvo a intentarlo, y esta vez me esfuerzo un poco más. Empiezo a notar el dedo de Krissi en mi mano.

—Mira —dice, aliviado. Le aprieto el dedo con fuerza.

—Te quiero, Krissi.

—Yo también te quiero, trasto —me responde mirándome la mano. Luego me mira a los ojos—. Y lo digo en serio.

Durante varias semanas, me tapo los cortes del brazo con camisas de manga larga; las costras se enganchan un poco en la tela cuando me muevo, y me

recuerdan lo que hice. Esas cicatrices son como un mensaje que llevo en el brazo. Algo que alguien tiene que leer urgentemente. Años más tarde comprenderé que la persona a la que iba dirigido ese mensaje, la persona que no hacía caso, era *yo*. Era yo la que debería haberse mirado el brazo y haber averiguado qué significaban aquellos jeroglíficos rojos.

Si los hubiera traducido, me habría dado cuenta de lo que decían aquellas letras: «*No vuelvas* a sentirte así de mal. No vuelvas a este sitio, donde sólo sirve un cuchillo. Lleva una vida tranquila y agradable. No hagas cosas por las que luego querrás autolesionarte. Hagas lo

que hagas, recuerda esto, todos los días, y aléjate de aquí.»

Pero entonces todavía no lo tengo tan claro. En lugar de eso, me ocupo de lo que considero la lección más urgente que debo aprender de todo esto: le pido prestados a Krissi sus discos de NWA y me aprendo todo el rap de «Fuck Tha Police», por si algún día alguien ve la cicatriz de mi brazo, y me pregunta, y tengo que explicar semejante devoción.

24

¿Y qué hacer cuando te has formado a ti misma y luego te das cuenta de que te has formado con los elementos equivocados?

Lo rompes todo y vuelves a empezar. Eso es lo que haces en tus años adolescentes: construir, destruir y volver a construir, una vez y otra, continuamente, como en una película a cámara rápida de ciudades que pasan alternadamente por periodos de boom económico y guerras. Ser intrépida e inagotable en tus reinenciones; no pasar de los diecinueve, fundirte y

volver a empezar, otra vez. Inventar, inventar, inventar.

Cuando tienes catorce años no te explican esto, porque las personas que deberían explicártelo (tus padres) son, precisamente, las que crearon eso con lo que tú estás tan insatisfecha. Te crearon tal como ellos te querían. Tal como te *necesitaban*. Te construyeron con todo lo que ellos sabían, y con amor, y por eso no pueden ver eso que tú *no* eres: todas las lagunas que tú sientes que te hacen vulnerable. Todas las nuevas posibilidades imaginadas sólo por tu generación, e inexistentes para la suya. Ellos lo hicieron lo mejor que supieron, con la tecnología de que disponían en

ese momento; pero ahora te toca a ti, pequeño y valiente futuro, hacerlo lo mejor que puedas con lo que *tienes*. Ya se lo aconsejaba Rabindranath Tagore a los padres: «No limites a tu hijo a tus conocimientos, porque él ha nacido en otro tiempo.»

Así que sales a tu mundo y buscas las cosas que te serán útiles a ti. Tus armas. Tus herramientas. Tus encantos. Encuentras un disco, o un poema, o una foto de una chica que cuelgas en la pared, y dices: «Ella. Intentaré ser ella. Intentaré ser ella, pero *aquí*.» Observas cómo andan los demás, y cómo hablan, y les robas trocitos; haces un collage con todo lo que pillas. Eres como el robot

Johnny 5 de *Cortocircuito*, cuando grita: «¡Más *input*! Más *input* para Johnny 5!», mientras buscas en las páginas de los libros, y ves películas, y te sientas delante del televisor tratando de adivinar qué cosas, de entre todo lo que estás viendo (Alexis Carrington Colby bajando por una escalera de mármol; Ana de las Tejas Verdes con su maleta hecha polvo en la mano; Cathy llorando en los páramos de Yorkshire; Courtney Love aullando en combinación; Julie Burchill cargándose a gente; Grace Jones cantando «Slave To The Rhythm»), vas a necesitar cuando estés ahí fuera. ¿Qué te será útil? ¿Qué será, en definitiva, *tú*?

Y cuando tengas que hacer todo eso, estarás muy sola. No existe ninguna academia donde te enseñen a ser tú misma; no hay un gerente de línea que te vaya llevando, despacio, hasta la respuesta correcta. Eres tu propia comadrona, y parirás sola, una y otra vez, en habitaciones oscuras, sola.

Y algunas versiones de ti misma acabarán en fracaso; muchos prototipos ni siquiera saldrán por la puerta de tu casa, porque de repente te das cuenta de que no, *no puedes* salir a la calle vestida con un body dorado pasando mucho de tu problema de sobrepeso, al menos en Wolverhampton. Otros conseguirán un éxito pasajero:

alcanzarán nuevos récords de velocidad en tierra, y te parecerán increíbles, y de pronto explotarán, inesperadamente, como el *Bluebird* de Donald Campbell en Coniston Water.

Pero algún día encontrarás una versión de ti misma que hará que te besen, o que te granjeará amistades, o que te inspirará, y tú tomarás buena nota: te quedarás toda la noche, afinando, y luego improvisarás a partir de un breve fragmento de melodía que funcionó.

Hasta que, poco a poco, construyes una versión viable de ti misma, una que puedes tararear todos los días. Encuentras el diminuto granito de arena

alrededor del cual puedes formar la perla, hasta que interviene la naturaleza, y tu concha va llenándose de magia, aunque entretanto tú estés ocupada haciendo otras cosas. Tú empezaste a cultivarla, y la naturaleza tomará el relevo y acabará el trabajo, hasta que dejes de pensar en lo que *serás*, porque ya estarás demasiado ocupada *haciéndolo*. Y pasarán diez años sin que te des ni cuenta.

Y más adelante, con una copa de vino en la mano (porque ahora bebes vino, porque ya eres mayor), te impresionará lo que has logrado. Te maravillará que, en aquellos días, guardaras tantos secretos. Que intentaras

no revelar tu yo secreto. Que intentaras metamorfosearte en la oscuridad. Te maravillará ese yo secreto que eres *ahora*: escandaloso, borracho, promiscuo, con exceso de delineador de ojos, risueño, insoportable, que sufre pánico y se autolesiona. Cuando, en realidad, eras tan secreta como la luna. Y tan luminosa, bajo toda aquella ropa.

Estamos en octubre de 1993, dos meses después de que la cagara tanto que casi me explota el brazo.

Estoy en un concierto de Take That, en el NEC de Birmingham, con ZZ Top. ¡Ya lo sé, ya lo sé! Mi círculo social ha cambiado bastante estos últimos meses. Ya no salgo con los chicos de *D&ME*, ni me quedo al fondo de la sala con el malicioso Kenny; se acabaron el Tararí y Tarará de la locura: la ginebra y el *speed*.

He aprendido lo que mis contemporáneos aprenderán en el primer

trimestre en la universidad: que los primeros amigos que haces en un sitio nuevo suelen ser a los que intentas perder de vista durante los tres trimestres siguientes, y que esos que se mantienen al margen y esperan en un rincón serán con los que querrás estar cuando empieces el segundo curso. Los tranquilos mamíferos que trabajan a la sombra de los fabulosos y fatales Tyrannosaurus Rex que tanto te halaga que no te devoraran cuando entraste por la puerta por primera vez.

Zee es uno de esos tranquilos mamíferos. «Vamos a ir a Take That», me dijo por teléfono. «Necesitas ver a un montón de crías chillando, porque

eso es lo que tú eres. Una cría de los Midlands con ganas de chillar. Tú eres una *entusiasta*, Dolly. Ven y entusiásmate. Ven y vuelve a ser una adolescente. Ven a ser una *fan*.»

Pienso en eso que me dijo, ahora, mientras le grito (como el resto de las chicas) a Robbie Williams. Sus palabras son como el beso de Glinda, la bruja buena, en mi frente. Soy una *entusiasta* que fingía ser una cínica. Pero ya me han etiquetado correctamente. Ahora voy *a favor* de las cosas, y no contra ellas. Tengo que recordar esto, sobre todo porque es más divertido. Ser cínica es *agotador*. Tienes que hacer un esfuerzo enorme para ser una roca inmóvil y

furiosa en medio de un río. Pero el río nunca se mueve. El río te erosiona hasta reducirte a limo.

Me desgañito, pero la persona que está a mi lado grita más fuerte.

—¡Krissi!

—¡TE ADORO, ROBBIE! —grita mi hermano. Lleva purpurina en la cara, como las chicas que están a su lado, e irradia felicidad—. Johanna, ¿en qué orden te los tirarías? ¿En qué orden?

Miro hacia el escenario.

—Robbie, Jason, Mark —contesto—. Howard, los chicos de transporte, los amigos de los chicos de transporte, un tío que pasaba por la calle, otra vez Robbie, pero con una máscara, para que

no se dé cuenta y diga: «A ti ya te he follado.» A todo el que se me pusiera delante. Luego me dormiría. Luego ordenaría mi cajón de los calcetines. Prepararía té. Luego a Gary. ¿Y tú?

—¡ROBBIE! —grita Krissi—. A Robbie, hasta que los seguratas me arrancaran de sus brazos. Luego me haría una paja mirándolo desde detrás de una puerta. ¡OH, ROBBIE!

Me emociona que Krissi le esté pillando la onda a esto. Es un excelente hermano mayor.

Escribir esta crítica será facilísimo. En primer lugar, no había nadie más en *D&ME* que quisiera escribir la crítica de Take That. «Querida, eso es... pasto

para adolescentes pajilleras», dijo Kenny, horrorizado; yo asentí y le contesté: «¡Exacto! ¡Y de eso uno nunca se cansa!»

Además, tendré ocasión de volver a explicar (como hacía al principio) *por qué me encanta una cosa*. Explicar por qué amas algo es una de las tareas más importantes que existen.

El día después de casi destrozarme un brazo, me tumbé debajo de la cama, con el brazo todavía vendado, y pensé: «Tengo que morirme *otra vez*.» Y ese pensamiento me produjo una gran alegría.

Repasé el inventario de en qué me había convertido hasta el momento, y lo dividí en dos montones, como hago con los discos que me envían. Lo que quiero conservar y lo que quiero tirar.

CONSERVAR:

Chistera

Tabaco

T. S. Eliot

Dolly Wilde

Escribir. Obvio.

Delineador de ojos

Beber

Botas macizas

Larkin

Escuchar a los Pixies y fingir que

soy Kim Deal

*Acostarme con todos los tíos que
pueda*

Trasnochar hasta el amanecer

Aventura (véase también:

*Acostarme con todos los tíos que
pueda)*

Londres

TIRAR:

Cinismo

Speed

*Quedarme al fondo en los
conciertos*

*Salir con gente con la que no estoy
a gusto*

Autolesiones (la vida ya intentará

agredirte, no hace falta que compitas con ella)

MD 20/20

Salir con gente sin preguntarme si de verdad quiero

Cualquier pene de más de veinte centímetros de largo

Escuchar consejos sexuales de tipos extraños en fiestas

Decir «no». Siempre diré «sí». Juro por Dios que nunca volveré a cabrearme.

Después de renacer bajo la cama, tengo tres conversaciones interesantes. La primera, con mi madre.

Tenía la impresión de que hacía una

eternidad que no la veía. Nos sentamos en el jardín; yo me pongo a los gemelos en el regazo, mientras mi madre, sentada a cuatro metros de mí, echa el humo del cigarrillo lejos de los gemelos («David y Daniel»), anunció mi madre el día que, por fin, apareció con los certificados de nacimiento).

—Los antidepresivos son un gran invento, Johanna —me dice ahora, mientras David se retuerce para bajar de mis rodillas e ir a jugar con la Granja de Caracoles en la bandeja del horno. Hemos recuperado la Granja de Caracoles; el fin de semana pasado organizamos una Carrera de Caracoles que duró casi tres horas. Lupin tenía que

coger a Carol Decker de T’Pau continuamente y orientarla de nuevo, porque trepaba por los lados de la lata y se separaba de los otros. Es evidente que le gusta ir a su bola.

—Si algún día, por casualidad, tienes gemelos y te dan ganas de tirarte debajo de un autobús, te recomiendo que los pruebes —continúa.

—Lo recordaré —digo, solemne. Dejo a Daniel en el suelo para que vaya a jugar con David, y me siento al lado de mi madre.

—¿Me das una calada? —le digo tendiéndole una mano.

—Ni hablar. Soy tu madre. Soy responsable de ti. Te parí. No

pretenderás que te dé una cosa que te mata.

Le cojo un cigarrillo del bolso y lo enciendo. Ella asiente con la cabeza. Vale.

—He encontrado un piso en Londres —digo por fin, sacando el humo—. Puedo instalarme a final de mes. Voy a usar mis ahorros para pagar el depósito. —Le pongo una mano en el brazo, y añado—: Qué suerte que tenga esos ahorros. Gracias.

Mi madre examina el extremo de su cigarrillo.

—¿Estás segura?

—Sí. Me gasto una pasta en trenes para ir a Londres; esto me saldrá más

barato. Y me muero de ganas de vivir sola y tener un cuarto de baño para mí.

—Ah, no creas. Eso está muy sobrevalorado.

—¿Qué? ¿Tener tu propio cuarto de baño?

—Sí. Pronto odiarás el sarro. Puedes comprar esas pastillas para la cisterna, pero tiñen el agua de azul, y la perra se envenena cuando bebe del váter. ¿Te llevas la perra?

—¡Por supuesto!

—Qué bien. Así podremos volver a usar esas pastillas. Volveré a tener un váter azul, ¡hurra!

Mi madre está llorando. La abrazo.

—Vendré *mucho*.

—Vale, pero avísame con tiempo. Meteré un pollo en el horno. Un pollo pequeño.

Le pongo un brazo sobre los hombros.

—Siempre serás mi pequeña —me dice con un hilo de voz.

—¿Tu pequeña grandota, negra y deprimida?

—Mi pequeña grandota, negra y deprimida.

—Ahora que me marchó, por fin puedes decir lo orgullosa que estás de mí, y que soy la mejor —le digo, y la sacudo un poco.

—Estoy orgullosa de *todos* vosotros —replica ella con fiereza.

—Bueno, sí, claro. Siempre te he admirado por tratarnos a todos por igual, sin hacer diferencias. —Una pausa—. Pero yo soy la mejor, ¿verdad?

—Estaba igual de orgullosa de David cuando empezó a usar el orinal.

—Ya, *teóricamente*. Pero trabajar para una revista nacional a los diecisiete años es *cuantificablemente* mejor. Es un logro considerable.

—Se nota que nunca has enseñado a un crío a usar el orinal, Johanna. Es como trabajar de recogepelotas en Wimbledon, pero con mierda. Y dura meses. Y te *gritan*.

Seguimos fumando.

—Bueno, en el altillo tengo

cacharros de cocina, y cubiertos, y puedes llevarte un Buda —dice; empieza a preocuparse—. Coge el que quieras, menos el grande. Te traerán suerte. Y también me sobra un atrapasueños.

—Uf, gracias, mamá. No me gustaría nada que mis sueños... *deambularan* por el piso. Será genial atraparlos en una ventana.

Sigue fumando.

—¿Te las apañarás bien sin el dinero que te daba, mamá? ¿No lo necesitarás?

Mi madre guarda silencio un momento, y luego dice:

—¿Estás segura de que quieres irte?

—Sí. Londres es el sitio ideal para mí.

—Pues entonces, no te preocupes por nosotros, tesoro. —Apaga el cigarrillo y compone una sonrisa extraña —. Ya nos apañaremos.

La segunda conversación es la que tengo con Krissi. Me organizan una fiesta de despedida en casa del tío Jim, «Porque aquí no podemos celebrar ninguna fiesta», dice mi madre, inflexible, mientras reparte el pastel de carne por el salón. «La última vez que vino la familia de tu padre, encontré al tío Aled intentando meterse en la cuna

con la perra.»

Bueno, no es sólo mi fiesta de despedida; como lo ha explicado mi padre, muy romántico él, «el hijo de vuestra tía Soo le ha hecho un regalito a una pelandusca de Halesowen», así que también es su fiesta de compromiso.

Cuando llegamos a casa de mis tíos, localizo a la «pelandusca de Halesowen» e intento felicitarla, pero está en el jardín jugando al fútbol con unos chicos, y me grita que me aparte porque le estoy impidiendo lanzar un impresionante tiro a puerta (dos cubos de basura junto a la cancela).

—Os deseo un feliz futuro juntos — digo; me agarro el pecho, donde ha

impactado la pelota, y me retiro, muy circunspecta, al salón. La chica juega con un espíritu competitivo asombroso para estar embarazada de cinco meses. Es una auténtica chica del Black Country.

Krissi está en el salón, sentado en la repisa de la ventana con mi prima Ali; la encuentro muy cambiada respecto a la última vez que la vi. Fuma y echa el humo por la ventana. A mí todavía me duelen las tetas; les cuento lo que me ha pasado.

—Se ha hecho *rave* —dice Krissi señalando a Ali en cuanto me acerco a ellos. Ya me había dado cuenta.

—Me he vuelto loca —dice Ali

mientras hace unos ademanes extraños, seguramente relacionados con el consumo de éxtasis. Lleva un mono teñido con nudos y una gorrita fosforescente.

—¿Qué pasó con el chico de The Nova? —le pregunto—. ¿Qué fue del rollo *shoegazer*?

—Conocí a un *raver* con una polla enorme —dice Ali con aire de suficiencia. Krissi se estremece.

—¿Y qué se cuece en la escena... *rave*? —le pregunto.

Ali me habla de algunos discos que ha escuchado últimamente, y se explaya sobre la mítica línea de bajo *rave* que hace que algunos se caguen encima.

—Y eso... ¿es una *ventaja*? — pregunta mi hermano Krissi con desdén. Ali lo ignora.

—Lo que me encantaría saber, Ali, es cómo concilias tu amor por tantos géneros musicales —digo.

—Bueno, soy gótica en la cocina, *shoegazer* en el salón y *raver* en el dormitorio —me contesta mi prima, y tira la ceniza por la ventana.

Cuando Ali va a buscar una copa, Krissi se inclina hacia mí y dice: «No la *soporto*. Menuda imbécil. Ven, vámonos de aquí.» Salta por la ventana; echo un vistazo para comprobar qué hacen los niños (David intenta, con mucho cuidado, meter un dedo en el

reproductor de vídeo. Su concentración es absoluta) y, tras comprobar que están ocupados, salto yo también por la ventana.

Cruzamos la calle y vamos al parque infantil. Kriss se saca dos latas de sidra de los bolsillos.

—Así que te vas —dice mientras nos columpamos en los columpios, pese a que no están a la medida de nuestras piernas.

—Sí. ¿Podrás vivir sin mí?

—Me las apañé perfectamente el primer año de mi vida.

—Ya, pero te lo pasaste llorando y meándote encima.

—Quién sabe, a lo mejor puedo

redescubrir esos placeres tempranos — dice Krissi; sus rodillas casi rozan el suelo.

—Mira, Kriss, necesito preguntártelo: ¿de verdad crees que estarás bien sin mí? Bueno, no puedo no irme; si no me marchó de casa ahora, me moriré. Mucho. Pero ¿crees que saldréis adelante, todos?

—Sí, Johan, saldremos adelante — dice, y suspira—. Al fin y al cabo, tendremos una boca menos que alimentar.

Su comentario me indigna profundamente.

—Oye, *tío* —le digo—. Yo no soy la que puede *engullir* una lata entera de

arroz con leche. Por no mencionar que, la mayoría de las veces, el plato que ponemos en la mesa se paga con mi trabajo. Yo destripo a los Soup Dragons, y *tú* puedes tomar sopa. Son las matemáticas de la comida.

—Bueno, para ser sinceros —dice Krissi lentamente—, si lo miras desde otro punto de vista, también puedes decir que son tus trabajos los que nos han quitado el plato *de* la mesa.

Me quedo mirándolo. Con cara de boba, lo sé.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué trabajos? —pregunto—. Y por cierto, tampoco tiene sentido que sigamos hablando de mesas, porque no tenemos

ninguna. Ahora la mesa está en mi habitación. Es un escritorio con un montón de CD de Primal Scream encima.

Tras concederme con elegancia el tanto referente a la mesa, mi hermano dice:

—Vale. Tu trabajo nos quitó el plato de las rodillas, cuando teníamos platos, que manteníamos en equilibrio con cojines. —Da un suspiro, se frota la frente y entonces me explica lo que ha estado pasando todo este tiempo.

La razón por la que nos cortaron las ayudas fue que dejara los estudios para trabajar para *D&ME*. Que dejara de estudiar a jornada completa: a eso se

debió el recorte del 11%.

Nuestro empobrecimiento *fue* culpa mía, desde luego. Pero no por nada que le contara a Violet, sino por dejar el colegio. *Había llevado* a mi familia a la ruina, pero por intentar salvarla.

Vaya, qué intrincada es la red del pánico y la causalidad. De pronto siento una afinidad abrumadora con Marty McFly de *Regreso al futuro*, que retrocede en el tiempo y está a punto de provocar su propia inexistencia al impedir, heroicamente, que su madre atropelle a su padre. Pobre Marty McFly. Pobre de mí.

—Hostia puta —digo, inmóvil en el columpio—. Soy Marty McFly. Soy el

puto Marty McFly, Krissi.

Krissi me da una lata de sidra.

—Sí, tienes razón —me dice con dulzura—. Eres Marty McFly. Bébetela sidra. Es evidente que estás conmocionada, porque has empezado a decir tonterías. Seguramente necesitas una manta isotérmica o algo así.

—Con estos zapatos, ni hablar —digo automáticamente al tiempo que abro la lata—. Desentonaría mucho. ¿Y quién lo sabía? —pregunto a continuación—. Tú, evidentemente. ¿Y quién más? ¿Papá y mamá?

—Sí, claro. A eso venían todas aquellas discusiones —dice Krissi mirando fijamente su lata—. Y entonces

mamá nos dijo a papá y a mí que no te dijéramos nada, por si te daba un ataque con tanta presión. Bueno, ahora ya lo sabes. ¡Ya sabes el gran secreto! Justo a tiempo para que soluciones el problema pirándotelas.

—Sí, gracias por el resumen, Teletexto —le digo, y bebo un poco de sidra—. Cágate.

—Fuimos muy *nobles* —reflexiona Krissi—. Fuimos todos muy nobles contigo.

—Pero... cuando compré la tele nueva, me llamasteis salvadora —le recuerdo.

—Sí, ya nos percatamos de esa contradicción.

—Joder.

Me quedo completamente floja en el columpio, como una patata. No sé qué decir, la verdad. Estoy aprendiendo algo completamente nuevo: que a veces el amor no es observable, ni ruidoso, ni tangible. Que, a veces, el amor es anónimo. A veces, es silencioso. A veces, se queda quieto mientras tú lo llamas imbécil, mordiéndose la lengua y esperando.

—Márchate, de verdad. Perderemos un punto de familia numerosa, evidente; pero, la verdad es que nos cuestas más de siete libras y media cada semana en papel higiénico. Gastas una cantidad *alucinante*.

—Como todas las chicas —replico—. Ser chica implica un consumo importante de papel higiénico. No te lo puedes ni imaginar. Y generalmente es mejor que los tampones. Los tampones son muy traidores. Una vez tuve un accidente en unos lavabos de Vauxhall; estaba intentando ponerme un tampón y descubrí que ya llevaba uno viejo puesto. Es como una especie de... armario loco.

—Tu vagina nunca dejará de maravillarme —confiesa Krissi—. Es un depósito gigantesco de problemas.

—Sí, ya lo sé.

Nos quedamos un rato más en los columpios; cada vez hace más frío, y al

final la tía Lauren nos llama desde la acera de enfrente.

—¿VENÍS A BAILAR? —grita. Oigo «Groove Is in the Heart» de Dee-Lite—. ¡VENID A MENEAROS UN POCO! ¡DESPUÉS VOY A PONER ÉSA DE SALT-N-PEPA, Y DICE VUESTRO PADRE QUE VA A HACER EL BAILE!

Cruzamos la calle corriendo.

La última conversación es una conversación telefónica, a altas horas de la noche, con John Kite. No he vuelto a saber nada de él desde aquel mal rollo del morreo en Regent's Park; ni siquiera me he sentido capaz de escribirle una

carta, a pesar de que me tocaba a mí. Me he prohibido hasta pensar en él, para no volver a tener un ataque de pánico. He cerrado de un portazo la puerta de mi cabeza que conduce a los pensamientos sobre John Kite.

No es nada fácil, ya que, a lo largo del año pasado, he repetido su nombre mentalmente, como si rezara el rosario, en momentos en los que mi cerebro se queda al ralentí o está estresado: «JohnKite JohnKite JohnKite.» En las paradas de autobús, y mientras camino, y cuando me hago daño, y cuando estoy triste. «JohnKite JohnKite JohnKite.» De la misma manera que otros cuentan, o recitan salmos.

A veces lo digo como si fuera el nombre de un mineral nuevo: «Jonkite. Jonkite. Jonkite.» Un material con hebras de colores, pero endurecido por el movimiento de las placas tectónicas y la compresión de la tierra. Me gustaría ir al Museo de Historia Natural y encontrar un trozo de Jonkite sobre un cojín de terciopelo. Me lo imagino caliente al tacto. Me pondría un collar hecho con Jonkite, hasta que él se fijara. Me lo pondría con un vestido rojo, y entonaría con mis ojos. Si hubiera tenido un vestido rojo, habría podido *ganarme* a John Kite. Me reprocho a menudo no tenerlo. Estuve a un vestido rojo de ligármelo.

Sin embargo, desde aquel día en el parque, cada vez que lo hago tengo que imaginarme a un puñado de policías que irrumpen en mi cabeza y gritan: «NO PIENSES MÁS EN ESE HOMBRE. NO PUEDES VOLVER A PENSAR EN JOHN KITE.»

Pero ahora, a las dos de la madrugada, suena el teléfono en mi habitación, y contesto antes de que haya acabado de sonar el primer timbrado. Sé quién va a ser, y lo es: John, borracho. Me llama desde España.

—Estoy en la cama con un burro de paja, Dutch —dice arrastrando un poco las palabras.

—Ya veo que sigues teniendo mucho

éxito con las mujeres —digo en voz baja. Veo a Lupin moverse un poco en su cama, y me meto en el armario con el teléfono y cierro la puerta para tener un poco de intimidad—. Bueno, ¿cómo te va? —pregunto con voz un poco temblorosa.

—Mira, ya sabes cómo es la vida en la carretera —me contesta Kite. Le oigo encender un cigarrillo. A mí también me encantaría encender uno, pero hasta yo sé que no sería prudente, dado que estoy dentro de un armario—. Me he comprado un abrigo de pieles nuevo —me dice—. Lo encontré en un mercadillo. Es precioso. Creo que es de piel de perro. No tiene mangas, sólo dos

agujeros.

—Entonces es una capa.

—¡CLARO! —grita—. ¡ES UNA PUTA CAPA! ¡Yo creía que me estaban estafando!

—Bueno, y ahora que ya hemos aclarado eso, quiero que sepas que me alegro de oírte —continúo—. Te he echado de menos.

—Yo *también*, Dutch. Este último mes he tenido que beberme demasiadas botellas de ginebra yo solo.

—Pensaba que no volvería a saber nada de ti, después... de lo de la última vez.

—¿CÓMO SE TE OCURRE PENSAR UNA COSA ASÍ, IDIOTA? —me grita.

—Bueno, ya sabes. Me comporté como una auténtica gilipollas.

—¿Ah, sí? Pues yo estaba demasiado ocupado siendo un auténtico gilipollas y no lo noté.

—Creo que la más gilipollas fui yo —le digo—. Y lo sabes.

—De verdad que no lo sé —me dice, confundido—. ¿Qué pasó? Estaba completamente cocido. Llevaba bebiendo desde las once. Supongo que no hice nada... *inapropiado*, ¿no?

—No, no, *claro* que no. ¿De verdad no te acuerdas de nada?

—Pues... recuerdo que había lobos, y pingüinos. Nos lo pasamos muy bien, ¿no? ¿Qué pasó?

Creo que es verdad que no se acuerda, pero ahora voy a tener que contárselo. Por primera vez en un mes, me toco las cicatrices del brazo izquierdo. Ay, Johanna, ¿por qué sigues hablando? ¿Por qué dices las cosas que dices? Intento contárselo aparentando despreocupación.

—Pues mira, nos emborrachamos mucho, y cantamos con los gibones, y entonces... se apoderó de mí una especie de brutalidad, y dije que era Chrissie Hynde y Elizabeth Taylor, y que estaba escrito que teníamos que acostarnos.

Tenía previsto soltar una carcajada al final de esa frase, pero no puedo. Hay

una pausa.

—Bueno, probablemente *nos acostaremos* —dice él—. Es pura estadística, cariño. ¿Cómo *no* vamos a acostarnos en algún momento? Tú eres una tú, y yo soy un yo. Ahora sólo es un tema de edad, tesoro. Demasiado joven.

—¿Demasiado joven? Pero si tengo *diecisiete* años —digo con hastío y un punto de cabreo.

—Tú no, Dutch, sino *yo*. Soy demasiado joven para ti. Lo siento mucho. —Suspira y continúa—: Joder, me has dado un susto de muerte. Por un momento he creído que había pasado algo *grave*. Una vez me meé en un escenario, ¿lo sabías? *Eso* sí que fue

grave. —Y me cuenta lo que pasó—: Tenía que dar una charla. Llevaba *horas* en el escenario... —Pero no le estoy escuchando, porque me siento tan feliz que tengo ganas de llorar.

Hostia, mira: *estoy* llorando.

Es como volver a nacer; como salir a la superficie cuando llevas meses ahogándote. Me he confesado en este armario, y mi sacerdote borracho me ha dado la absolución; y ahora ya puedo salir a la calle y volver a empezar. Mi futuro ha vuelto a entrar en funcionamiento, con un ronroneo y una sacudida, y han muerto todos los males que tenía adheridos como lapas al corazón. ¡Resulta que *no* juzgué mal el

mundo cuando estaba borracha! ¡No hice lo que no debía! ¡Me comporté como se comportan los borrachos! ¡Puedo seguir adelante, tal como soy! ¡Y lo haré! ¡Seguiré adelante con mis aventuras!

—¿Dutch? —dice Kite por fin. No he contestado su última pregunta—. ¿Sigues ahí, Dutch? ¿Has colgado?

Y suspiro, y vuelvo a suspirar, pero de felicidad, y digo:

—No, no he colgado. —Y entonces consigo decir la cosa más hermosa del mundo. Digo—: John, tenemos que quedar para tomarnos una copa.

Una hora más tarde, cuando terminamos de hablar (le cuento que me voy a vivir a Londres, y que se me fue la

olla, y que ya estoy mejor), veo una luz encendida por la rendija de la puerta del armario. Al principio pienso que es la luz del amanecer, pero cuando salgo, veo que es la lámpara de la mesilla de noche: Lupin la ha encendido y está sentado en mi cama.

—¿Me dejas arrimarme? —me pregunta.

—Claro que sí, cielo —le digo, y lo subo a la cama conmigo—. Siempre podrás arrimarte a tu Johanna.

Nos acurrucamos en el hueco que dejó mi abuela. Será la última vez que duerma aquí.

Epílogo

ESTACIÓN DE SERVICIO DE LA M1.
JUEVES

Mi padre sale del Burger King comiéndose un Whopper.

—Qué maravillosa es la vida en la carretera, ¿verdad? —comenta; tiene salsa por toda la cara—. Te mantiene activo.

Estamos en la estación de servicio de Watford, en la frontera entre el norte y el sur. Hace frío y viento; cada dos por

tres se me cae la chistera. He comprobado que son muy pocas las circunstancias en que puedes llevar un sombrero de copa sin pasarlo muy mal. No sé cómo se lo monta Slash. *Debe* de usar velcro. A lo mejor usa su pelo como agente adhesivo.

La furgoneta está aparcada en la zona de minusválidos, con el letrero de minusválido cuidadosamente expuesto en el salpicadero. Por las ventanillas se ve lo llena que está: los edredones y las bolsas de basura llenas de ropa se apretujan contra los cristales, como una especie de terrina de artículos de segunda mano; va todo encima de mi cómoda y mi Buda (tuve suerte con el

tercero que elegí; mi padre: «Lo siento, ése tampoco te lo puedes llevar, Johanna, me gusta mucho su cara»).

Todas mis pertenencias están metidas en esta furgoneta.

He pagado el Whopper de mi padre («Descorche, Johanna»).

También le he pagado el tabaco («Para mantenerme despierto y alerta durante la migración») y el gran batido de chocolate que tiene en la mano («Los viejos tenemos nuestros caprichos»).

Por si eso fuera poco, también he pagado la gasolina; mi padre me ha asegurado, muy serio, que ha costado noventa libras. Años más tarde me enteraré de cuánto costaba la gasolina en

1993, y admiraré al capullo de mi padre: sableándome hasta el final, el tío. Hasta el mismísimo día de la despedida.

Nos metemos en la furgó, y el viejo bebe su batido mientras observamos a la gente que corretea bajo la lluvia.

—Si hiciera falta, podríamos acampar aquí —dice mi padre, y da unas palmaditas en el salpicadero—. Tenemos hornillo, y fregadero, y literas. Si fuera necesario, podríamos *vivir* aquí. Esto podría ser nuestro hogar.

—Vaya mierda —dice Krissi desde la parte trasera.

Veó a mi hermano en el espejo retrovisor. Está apretujado entre el edredón y mis cortinas, con la perra en

las rodillas. La perra se marea en el coche, igual que yo, y no puede viajar en el suelo, porque entonces vomita.

—¿No podemos largarnos? Ahora la furgo apesta a carne, y no puedo bajar la ventanilla porque *la perra* no me deja moverme.

Anoche, Krissi fue a verme a mi dormitorio («¿Se puede? Prométeme que no estás masturbándote con un bote de Elnett, Johanna, o te juro que te mato»), y me dijo que vendría conmigo a Londres y se quedaría unas semanas («para asegurarme de que estás bien, no vaya a ser que, sin querer, te escribas la lista de la compra en el brazo con un hacha»).

Esto es lo que él dice, pero le he visto leyendo la lista de locales nocturnos de *The Pink Paper* en el quiosco, y sé cuáles son sus *verdaderas* intenciones: ¡quiere llevarme a mi primer club de gays, para que por fin pueda conocer a mi amigo íntimo gay!

—Larguémonos ya, por favor —dice Krissi—. Este aparcamiento me está agobiando.

Mi padre enciende el motor, sale del aparcamiento y manipula el equipo de música.

—¿Alguna petición?

Es una pregunta para la que llevo un rato preparada. Llevo el single nuevo de Blur en una cinta, «For Tomorrow».

Estoy obsesionada con él desde hace un mes. A pesar de todo, pensando en mi leyenda, planeé hace ya tiempo que ésta sería la canción que escucharía cuando migrara hacia el sur: Damon cantando sobre Londres, y perdiéndose en el Westway, mientras yo adopto un aire de dignidad y de aceptación del destino. Hasta he imaginado que mi padre se vuelve y dice: «Sí, ésa eres tú, niña, *eres* una chica del siglo veinte», y que yo enciendo un cigarrillo y le contesto: «Y que lo *digas*, papá.» Será como lanzarle un hechizo de la suerte a mi vida futura. Protegerá mi camino. Será un momento clave de mi vida.

Todos escuchamos en silencio

durante un minuto, el tiempo que tardamos en incorporarnos a la autopista.

—No soporto esta mierda tan *cockney* —protesta Krissi al cabo de un rato—. Pon los Bee Gees, va.

Pongo los Bee Gees («Tragedy») mientras mi padre adelanta tres coches.

—Bueno —comenta mi padre, en plan ameno, mientras vira bruscamente delante de un Opel Astra—, he visto que Björk actúa mañana por la noche. Podrás ponernos en la lista de invitados, ¿no, Johanna? ¿Al viejo Pat Morrigan y a su acompañante? Porque tengo un plan. Iremos a la fiesta de después del concierto y hablaremos con esos

cabronazos.

Lo veo muy emocionado.

—Con los peces gordos. Los *poderosos*. Los *peores* que hay. Si te digo la verdad, me siento como un crío con todo este rollo de enviar maquetas y enjabonar a periodistas. Y no te ofendas, cielo. He estado perdiendo el tiempo. Debería haberme plantado allí. Estar allí cuando salen los jefazos: *entonces* es cuando se hacen los negocios. Seguro que son los mismos capullos de antes. *Me juego algo* a que conozco a muchos. Antes los conocía a *todos*. Había un tipo de A&R...

Miro hacia delante; en la autopista, todos los letreros rezan: «LONDRES». Es

tan emocionante que casi no lo puedo soportar. Tengo diecisiete años. Llevo conmigo a mi hermano, a mi perra y un ordenador en el que he escrito John Kite con Tippex. Creo en la música, en la ginebra, en la felicidad, en hablar demasiado y en la bondad humana. Tengo unas cicatrices de advertencia en los brazos, y toda una pared en blanco para llenar con caras y palabras. Todavía quiero cambiar el mundo, de alguna forma, y todavía tengo que hacer famoso a mi padre. He comido droga en un pañuelo de papel, he follado con un pene desaconsejable desde el punto de vista médico, desconcertado a los Smashing Pumpkins, desmontado un trío

con una cita de *Blade Runner*, y he intentado besar a mi héroe mientras unos gibones me cantaban una serenata. Y como en las mejores aventuras caballerescas, todo eso lo hice por una chica: por mí.

—... y *decididamente* me debe una —continúa mi padre mientras empieza a liar un cigarrillo con la mano izquierda, al estilo camionero—. No me acuerdo de cómo se llama. La verdad es que no me acuerdo de ningún nombre. Pero cuando has sacado a la mujer de un tipo, inconsciente, por la salida de emergencia de un hotel de Berlín, te aseguro que no se te olvida su cara. Si lo veo... Si mañana está allí...

Mi padre enciende el cigarrillo.

—... por Navidad estaremos
cagando *diamantes*.

Agradecimientos

Escribir un libro es mucho peor que parir un hijo (en el infierno), morirte, y luego que te traigan otra vez y tengas que parir *otro* hijo, que esta vez te sale por los ojos, a pesar de que tus ojos no son agujeros, y por lo tanto es imposible que un bebé salga por ellos. Pero peor. ¿Qué he dicho, que es difícil? Es más que difícil. Cuando te pasas el día sentado en una silla, te *duele* el culo. En serio. Y encima está ese bebé saliéndote por los ojos. Es un follón. Por eso estos «agradecimientos» no son exactamente

«agradecimientos», sino profunda y llorosa gratitud hacia las personas que me arrastraron hasta la línea de meta. Como mi director editorial británico, Jake Lingwood, y mi directora editorial americana, Jennifer Barth, que pusieron tiempo, amor, atención y una maestría apabullante en *Cómo se hace una chica*. No habría podido contar con dos profesionales mejores a uno y otro lado del Atlántico. Es como si te corrigieran Godzilla y Mothra. Sois extraordinarios. ¡Sois una caña!

Y Louise Jones y Claire Scott de Ebury UK, y Gregory Henry de HarperCollins US: no hay nada más sexy que el prestigio llevado con alegría y el

grito de «¿Un cóctel?», y vosotros hacéis las dos cosas *continuamente*.

John Niven, que fue tan bueno con el borrador que le enseñé que me hizo llorar. Nos vemos en el infierno, Shitbix.

Mis hermanos y hermanas, lo mejor del mundo. Lo siento mucho: he escrito *otro* libro lleno de pajas y polvos. No os preocupéis; ni siquiera os preguntaré si lo habéis leído. Podemos hacer como si todo esto de mi libro nunca hubiera pasado. Sois las mejores personas que he conocido, sin ninguna duda; y lo digo yo, que he conocido a *todos* los miembros de Inspiral Carpets, y al tipo que escribió *Bagpuss*, así que es un gran cumplido, la verdad.

Simon Osborne e Imran Hussain del Child Poverty Action Group, que calcularon qué ayudas habría recibido la familia Murrigan en 1990. GRACIAS. Tantas matemáticas estaban a punto de hacer que me tirara por la ventana.

Sobre todo, GRACIAS, Georgia Garrett, una agente tan extraordinaria que no puedo creer que existan otros agentes. Georgia contestó mi llamada de emergencia en julio, vino a mi casa y me encontró sentada en el jardín, con la cara empotrada en una mesa de picnic, con el ordenador al lado y llorando mientras escuchaba «Get Lucky» de Daft Punk una y otra vez. «No puedo escribir este libro», le dije. «Me he equivocado.

Además, soy la peor persona que ha existido jamás, ni siquiera sé escribir. Me cambiaré el nombre y me iré a vivir a otro país. A lo mejor me dedico a cultivar coles. O a recoger excrementos. Me ha entrado pánico. ¡ME HA ENTRADO PÁNICO! Dios mío, no siento la cabeza. ME ESTOY QUEDANDO PETRIFICADA.»

Y ella me trajo una taza de té, se sentó a mi lado y empezó a... hacerme preguntas, y proponerme cosas, hasta que de pronto vi que a lo mejor sí podía terminar el libro.

Y eso lo hizo nueve veces. ¡NUEVE VECES! Al final resultaba bastante divertido (bueno, para mí; supongo que para ella no). George: sin ti, este libro

no existiría. Y no es ninguna exageración. Siempre digo lo mismo, pero si dejaras de ser mi agente y mi amiga, me tirarías a un pozo, sencillamente.

El grupo Elbow, cuyo catálogo de obras completas escuchaba sin piedad mientras escribía *Cómo se hace una chica*, como mejor ejemplo de la forma de hacer las cosas de la clase trabajadora: trabajando duro, «presentando emociones universales en detalles potentes» (copyright: Dorian Lynskey), y con amor.

Lauren Laverne, que me devolvió la cordura servida en una bandeja, literalmente, en un Giraffe.

Y por último mi marido, Pete, que hasta ahora me ha ayudado a hacer a tres chicas. Además, es la única persona que habría caído en el detalle de que en el primer borrador mencionaba a Grant Lee Buffalo, cuando «en esa época sólo habían sacado a la venta un EP edición limitada, y es imposible que los conocieran en Wolverhampton», y me propuso cambiarlo por Uncle Tupelo. Y luego se fue a construir su propio gramófono. Te quiero.

Notas

[1] Referencia a *No Jacket Required* («No se exige llevar chaqueta»), disco de Phil Collins de 1985. (*N. de la T.*) <<

[2] Aneurin Bevan, político británico, miembro del Partido del Trabajo de Gales y posteriormente del Partido Laborista. Fue el responsable de establecer el Servicio Nacional de Salud, y dio forma al Estado del bienestar inglés. *(N. de la T.)* <<

[3] Programa de televisión en el que la presentadora, Anneka Rice, debe superar ambiciosos desafíos. (*N. de la T.*) <<

[4] Revista contracultural de Estados Unidos. (*N. de la T.*) <<

[5] *Mum*, «mamá» en inglés. (*N. de la T.*)

<<

[6] Greyfriars Bobby era un perro de raza Skye Terrier, famoso en Edimburgo por haber permanecido catorce años junto a la tumba de su amo, John Gray, hasta que murió el 14 de enero de 1872. *(N. de la T.)* <<

[7] Les Dennis, cómico, actor y presentador de televisión. (*N. de la T.*)

<<

[8] Limahl, cantante de pop inglés. (*N. de la T.*) <<

[9] Operación policial contra los abusos sexuales, particularmente los cometidos contra menores. (*N. de la T.*) <<

[¹⁰] Scout Finch es la niña protagonista de *Matar a un ruiseñor*. (N. de la T.) <<

[11] Frase extraída de la película *Tiburón* (Steven Spielberg, 1975). La pronuncia el jefe de policía Martin Brody (interpretado por Roy Scheider) cuando advierte el tamaño del escualo que acecha su barco. (*N. de la T.*) <<

[12] Anthony Neil Wedgwood «Tony» Benn, político del Partido Laborista. (*N. de la T.*) <<

[13] Comediante y actor británico. (*N. de la T.*) <<

[14] Alusiones al bandolero inglés Dick Turpin y al músico Adam Ant, pero feminizados. (*N. de la T.*) <<

[15] Término con el que se conoce la «movida» de Manchester. (*N. de la T.*)

<<

[16] Dramaturgo, poeta y escritor irlandés cuya niñez transcurrió entre las familias más pobres de Dublín. Fue militante activo del IRA, por lo cual estuvo encarcelado ocho años. (*N. de la T.*) <<

[17] Norman Beresford Tebbit, político británico, miembro del Partido Conservador. (*N. de la T.*) <<

[18] Programa de variedades de televisión en el que los intérpretes, blancos, llevan la cara pintada para imitar a los negros. (*N. de la T.*) <<

[19] Título de una canción de John Lennon. En 1969, Lennon devolvió al Palacio de Buckingham la medalla que lo acreditaba como miembro del Imperio Británico en protesta por la participación de Gran Bretaña en la guerra civil de Nigeria-Biafra, el apoyo de su país a Estados Unidos en la guerra de Vietnam y la salida de «Cold Turkey» de las listas de éxitos. (*N. de la T.*) <<

[20] Referencia a «Sally Cinnamon» y «Spun Sugar Sister», canciones de The Stone Roses. (*N. de la T.*) <<

[21] El mago protagonista de la serie de televisión con el mismo nombre. (*N. de la T.*) <<

[22] Cita de Hunter S. Thompson. (*N. de la T.*) <<

[23] Músico inglés, miembro del grupo Slade. (*N. de la T.*) <<

[24] «The Lambeth Walk», canción del musical de 1937 *Me and My Girl* que dio su nombre a una danza popular. (N. de la T.) <<

[25] Juego de palabras. El *moshing* es un baile a base de saltos y empujones, muy frecuente en los conciertos del grupo Smashing Pumpkins. (*N. de la T.*) <<

[26] Cómico británico, DJ radiofónico y presentador de televisión. (*N. de la T.*)

<<

[27] Referencia a que, en la canción de los Beatles «Norwegian Wood», el protagonista duerme en la bañera. (*N. de la T.*) <<

[28] Referencia al personaje de la película *Withnail y yo*. (N. de la T.) <<

[29] Phineas Taylor Barnum, empresario y artista circense estadounidense. (*N. de la T.*) <<

[30] Alan Titchmarsh, conocido presentador inglés, especialmente famoso por sus colaboraciones en el campo de la jardinería. (*N. de la T.*) <<

[31] Atholl Brose, bebida escocesa a base de avena, miel, whisky y nata. (*N. de la T.*) <<

[32] *Spitting Image*, famoso programa de televisión británico, consistente en sketches satíricos protagonizados por marionetas que caricaturizan a políticos y otros personajes públicos. (N. de la T.)

<<

[33] High Ball es el nombre correcto del cóctel; *screwball* significa «imbécil».
(*N. de la T.*) <<

[34] Slade, grupo de glam y hard rock de Wolverhampton. (*N. de la T.*) <<

[35] Owain Glyndwr fue el último galés nativo que ostentó el título de príncipe de Gales. Instigó una revuelta contra la dominación inglesa de Gales. (*N. de la T.*) <<

[36] En argot, la palabra *gareth* designa a un hombre con el pene muy grande. (*N. de la T.*) <<

[37] Famosa marioneta de los programas de televisión infantiles que representa a una taltuza. (*N. de la T.*) <<

[38] Arthur Herbert Fonzarelli (conocido como El Fonz o Fonzie) es un personaje ficticio interpretado por Henry Winkler en la comedia estadounidense *Happy Days*. (N. de la T.) <<

[39] Cita del programa de televisión *Family Fortunes*. (N. de la T.) <<

[40] Trío de cómicos británicos, protagonista del programa cómico del mismo nombre. (*N. de la T.*) <<

[41] Escritor, activista político y presentador de televisión. Fundador del *Libro Guinness de los Records*. (N. de la T.) <<

[42] Personaje central de la película de 1976 *Taxi Driver*. (N. de la T.) <<

[43] *Poo*: caca. (*N. de la T.*) <<

[44] Músico y actor británico. Vocalista y guitarra del grupo Slade. (*N. de la T.*) <<

[45] «You've got to know when to hold
'em / Know when to fold 'em» («Hay
que saber cuándo apostar y cuándo
retirarse») es una cita de la canción
«The Gambler» de Kenny Rogers. (*N. de
la T.*) <<

[46] El reino de *La Trilogía de Gormenghast*, de Mervyn Peake. (N. de la T.) <<